KAROLYN CISEAU



ACADEMIA DE PRIMAVERA

EL LADRÓN DE LAS GOTAS DE ROCÍO

ACADEMIA DE PRIMAVERA

EL LADRÓN DE LAS GOTAS DE ROCÍO

KAROLYN CISEAU

ÍNDICE

1. No soy un murciélago rosa
2. Una pesadilla en verde
3. Estrés escolar de lujo o: la esperanza muere al último
4. Verdad o no, no tengo ningún deseo de morir
5. El Conde Drácula parece diferente
6. Una prueba en profundidad
7. Dos son el principio de una rebelión
8. Trescientos son los nuevos veinte
9. Una planta asesina a la caza de caracoles
10. Lo que pasa en el laberinto se queda en el laberinto
11. Un asunto pegajoso
12. Hum, hum, hum
13. Mis manos son demasiado pequeñas para cargar con el destino de la humanidad
14. En una montaña rusa de emociones
15. Adiós al dolor con hielo
16. ¿Quién quiere ser enterrado vivo?
17. Una pesadilla a seis patas
18. Un despertar insólito
19. Esto no se mencionaba en el anuncio de trabajo
20. La curiosidad mató al gato
21. La venganza es un plato que se sirve mejor en forma de tartas de fresa
22. De duendes y encrucijadas
23. Flifla-algo-nada-flifla
24. ¡Quítatelo!
25. Hasta un cactus tiene sentimientos
26. Una luz en la oscuridad
27. No me gusta la gente… Pero contigo me siento bien
28. Serás mi perdición
29. La muerte de la luz
30. ¿Te apetece un baile de apareamiento?
31. Los pequeños momentos intermedios
32. Todo lo bueno viene de arriba

33. Todos tenemos nuestro propio equipaje
34. Charla con gotas de rocío
35. No quiero un maldito muñeco vudú
36. Una zambullida en lo desconocido
37. Por última vez
38. No hay despedida…
…para siempre

Academia de Primavera. El ladrón de las gotas de rocío
Copyright © 2025 por Karolyn Ciseau

Drachenmond Verlag GmbH | Auf der Weide 6 | 50354 Hürth | Alemania

Todos los derechos reservados.

Edición y corrección: Textwerkstatt Anne Paulsen
Diseño de portada: M. D. Hirt
Traducción: Monica Lopez

mail@karolynciseau.de
www.karolynciseau.de

1

NO SOY UN MURCIÉLAGO ROSA

NUNCA PENSABA EN LA MUERTE. PERO CUANDO LA RAÍZ SE ENROSCÓ alrededor de mi pierna y me arrastró hacia abajo con ella, mi vida pasó tras mis párpados en un segundo. El dulce aroma de las flores mezclado con el pútrido olor de las hojas podridas llenó mis fosas nasales mientras gritaba, deteniéndome bruscamente cuando tragué una bocanada de tierra.

—¡Linnea! —La curvilínea figura de Eliza se cernió sobre mí.

Su cabello rojo y su vestido amarillo de lunares ondeaban al viento cuando se arrodilló para ayudarme. Se estiró sobre el borde de la grieta que se había abierto en el suelo y me tendió la mano. Pero no pude cogerla. A su lado flotaba el espíritu céfiro que intentamos capturar: una criatura pequeña y rosada con alas de gasa, pelaje esponjoso y orejas puntiagudas. Observaba con interés cómo me devoraban las raíces y estaba segura de ver burla en sus enormes ojos oscuros.

¡Estúpido bastardo!

Pateé desesperada la raíz que me atenazaba. Mis dedos intentaron encontrar algo a lo que agarrarse, arañando la tierra húmeda, pero fue inútil. Me arrastraba cada vez más adentro.

No había imaginado que sería así. Cuando Eliza, Dalia, Alex y yo salimos a la caza de la criatura primaveral, me sentí bastante animada. Era una mañana soleada y soplaba una suave brisa en el valle galés. Gracias a nuestra salida sorpresa, se canceló la primera

clase: *Magia Primaveral Aplicada* con el profesor Chiswick, que hablaba con una lentitud tan agonizante que uno temía morirse de aburrimiento. Pero ahora, en este momento, no estaba segura de si morir de aburrimiento era mejor.

—¡Aguanta, Linn! —oí gritar a Alex, que se acercó corriendo seguido de cerca por Dalia.

Los dos jadeaban. El espíritu céfiro nos tuvo bastante ocupados. Lo habíamos perseguido por medio bosque, pero ahora ninguno de mis amigos le prestaba la menor atención, porque mi inminente desaparición era un poco más urgente que nuestra misión de devolver a esa descarada criaturita esponjosa a su mundo.

Alex casi perdió las gafas al tirarse boca abajo y meter la mano en el hueco mientras Eliza y Dalia le sujetaban por las piernas.

—¡Toma mi mano! —gritó.

No tuvo que decírmelo dos veces. Nuestros dedos se tocaron y la esperanza regresó a mí, hasta que una gruesa raíz se enroscó alrededor de la parte superior de mi cuerpo y tiró de mí. Una sacudida me recorrió y de repente me vi rodeada de oscuridad. Una oscuridad cálida y palpitante que olía a hierba recién cortada y a lilas en flor. Dos cosas que me gustaban, pero que ahora me revolvían el estómago.

¡Maldición, maldición, y mucha maldición!

No quería morir. Y desde luego no quería vomitar. El pánico se apoderó de mí. Esta misión estaba saliendo terrible. El espíritu céfiro debía estar ahora en mi lugar. Se suponía que *él* debía ser sacado de las raíces al mundo de la primavera, no yo. Era un error. Uno que me habría indignado bastante si no hubiera estado ocupada luchando por mi supervivencia. Porque en realidad no tenía nada en común con ese *murciélago* rosa, aparte del color de mi cabello, quizás.

—¡Linnea!

—¡Linn!

Las voces de mis amigos se apagaban. Me esforzaba por respirar, pero lo único que inhalaba era arena y tierra, que me hacían toser y balbucear.

De repente, un temblor recorrió el suelo. Las raíces que me sujetaban empezaron a temblar y a vibrar como si las atenazara un

ritmo invisible. No obstante, un crujido rompió el silencio sofocante y sentí que se aflojaba el agarre.

Agotada pero decidido, empecé a retorcerme y a girar, aprovechando cada milímetro que cedían las raíces. Con un último y enérgico tirón, me liberé y salí despedida hacia arriba. La tierra me escupió como un cuerpo extraño no deseado.

¡Oxigeno!

Por fin podía volver a respirar.

Aterricé de bruces en el suelo del bosque con un ruido sordo.

—¡Ay!

—Linnea, ¿cómo estás? ¿Cómo te sientes? —gritó Dalia ansiosa.

Mis amigos se abalanzaron hacia mí. Eliza me ayudó a levantarme y me apartó los sucios mechones de cabello de la cara, haciendo que cayeran al suelo unos gruesos terrones.

—Mierda, ¿qué fue eso? —jadeé.

—Parece que la tierra te vomitó encima —comentó Alex, ajustándose las gafas—. A lo mejor eres difícil de digerir.

—¡Bueno, gracias a ti también!

Hice una mueca de asco y me puse en pie de nuevo, examinando los vaqueros de diseño sucios de Alex y sus tenis no tan blancos.

—¿Te ibas a sacrificar conmigo? —pregunté.

—Pues sí. —sonrió—. Puedo sustituir a los entrenadores, pero no a ti. Tienes que sopesarlo.

—Ay, estoy conmovida. —Me apreté el corazón sobreactuando—. Y un poco agradecida de que tus tenis no fueran una edición especial.

—Ya vas. No son edición especial, pero sí caros.

—Tienes que tener más cuidado, Linnea —me advirtió Dalia—. Sabes que tenemos que alejarnos de las raíces al cruzar.

Como siempre, era la voz de la razón.

—Sí, sí. —Le hice un gesto con la mano.

Cuidado no era mi segundo nombre que digamos. No era la primera vez que pasaba por alto una raíz durante una de nuestras misiones. Pero nunca había sido así como hoy.

No teníamos muchas reglas que cumplir en la Academia de Primavera. Nuestra tarea era simple. Si una criatura del manantial

escapaba de su mundo al nuestro, la atrapábamos y la entregábamos a las raíces, que la devolvían a donde pertenecía. Y la única regla era ¡no estorbar a las raíces!

Pero las normas siempre me daban problemas. Yo era más del tipo *hazlo y ya veremos lo que pasa*. No en valde mis amigos solían llamarme *caos rosa*.

—¡Lo tengo! —vitoreó Alex triunfante.

Sorprendida, me di la vuelta para mirarle. Estaba demasiado ocupada intentando deshacerme de todos los terrones como para prestarle atención. Pero mi mejor amigo consiguió desterrar al espíritu céfiro con un hechizo. Se cernía sobre nuestras cabezas, atrapado en una enorme gota de rocío.

—¿Vamos otra vez? —preguntó Eliza, sus hoyuelos aparecieron mientras miraba al pequeño espíritu céfiro con una sonrisa.

—Solo si Linnea promete no darse un baño de barro esta vez —comentó Dalia.

—Ja, ja, ¡muy gracioso!

Le saqué la lengua, pero Dalia se limitó a sacudir la cabeza con un suspiro antes de agacharse y apoyar la mano en el suelo revuelto del bosque. Su cabellera negra le caía sobre la cara mientras la miraba pensativa. La grieta en el suelo que había intentado tragarme hacía tiempo que desapareció, las raíces ya no estaban.

—Muy bien. Hagámoslo —dijo Dalia, dándonos ánimos con la cabeza.

Formamos un triángulo. Alex, que aún mantenía cautivo al espíritu céfiro en su gota de rocío, se situó en el centro. La criatura rosa de primavera revoloteaba excitada, como si supiera lo que estaba a punto de ocurrir. Chocó con tanta fuerza contra la burbuja iridiscente que temí que reventara.

—¡Apúrense! —nos ordenó Alex, sin apartar los ojos de la gota de rocío. El hechizo exigía toda su atención.

Hice lo mismo que Dalia y Eliza y puse la mano en el suelo, sintiendo la energía que fluía a través de ella. Si cerraba los ojos y me concentraba, podía percibir cada una de las raíces que yacían ocultas bajo la tierra. Raíces con las que definitivamente tenía una

cuenta pendiente, porque no parecían diferenciar entre el cabello rosa y el pelaje esponjoso rosa.

—¡Señor de la primavera, te llamamos! *Aran'or esil'prim, esil'rae velen!* —Dalia pronunció las palabras del conjuro en el antiguo lenguaje de la magia de la naturaleza. Su voz sonaba firme y segura, un eco de su poder mágico.

Sentí que la energía se concentraba bajo mis manos, palpitante y viva.

—Tierra, ábrete y recibe a este ser. *Elenar, thiran'el un'or silen'ar thalen* —continuó Eliza.

—¡Escóltalo de vuelta a su mundo! *Thalen'or arin'el en'eldar silen!* —concluí, echando la cabeza hacia atrás para lanzar una mirada compasiva al espíritu céfiro.

Escoltar sonaba tan inofensivo teniendo en cuenta que aquella criaturita estaba a punto de ser tragada por la tierra. Pero mejor el espíritu céfiro que yo.

El suelo bajo nuestros pies empezó a vibrar. Se formaron pequeñas grietas y de ellas surgieron brotes verdes y tiernos.

—¡Atrás! —gritó Dalia en tono de advertencia, y todos saltamos hacia atrás.

Esprinté como Usain Bolt para asegurarme de que no se repitiera el desastre que acababa de hacer. La gota de rocío estalló con un sonoro *plop* y el espíritu céfiro trató de alejarse revoloteando. Pero ya era demasiado tarde para él. Una raíz salió disparada y se enroscó alrededor de la pequeña criatura, que lanzó un grito agudo y desesperado que me caló hasta los huesos. Vimos cómo el espíritu céfiro era arrastrado hacia las profundidades y la tierra se cerraba sobre él. Entonces todo quedó en silencio. Solo se oía el piar de los pájaros.

—¡Pobrecito! —dijo Eliza, con sus ojos verdes brillantes de simpatía—. A veces me gustaría que no tuviéramos que devolver a las criaturas de primavera a su mundo. Son tan bonitos y no hacen daño a nadie.

—¡Que ni lo oiga el profesor Chiswick! —advirtió Dalia—. Nos daría una conferencia de una hora sobre cómo las criaturas de la primavera están poniendo en peligro el equilibrio de nuestro mundo.

Inclinó la cabeza hacia atrás. La luz del sol bailó sobre su piel oscura y cerró los ojos de placer, era claro que le encantaba haber terminado el trabajo.

Eliza levantó las manos.

—No quiero salvarlos a todos. Pero un espíritu céfiro como mascota sería muy lindo.

—Supongo que no te queda más remedio que ganar la selección y acompañar al Señor de la Primavera a su mundo. Así podrás pasarte todo el día jugando con esponjosas criaturas primaverales —dijo Alex con una sonrisa y pasó el brazo por el hombro de Eliza.

Caminamos de vuelta a la Academia de Primavera, abriéndonos paso entre brezos y pasto, más allá de un pequeño arroyo que burbujeaba con alegría. Unas cuantas ovejas pastaban por aquí y por allá. Ya podía ver las puntiagudas torres de la Academia en la distancia. Sus ventanas arqueadas reflejaban la cálida luz dorada del sol matutino.

—Apuesto a que esas criaturas esponjosas te ponen de los nervios enseguida —refunfuñé mientras trotaba detrás de mis amigos.

No entendía por qué todo el mundo armaba tanto jaleo con la selección. Como si ganar las pruebas y seguir al Señor de la Primavera a su mundo fuera algo por lo que mereciera la pena luchar. ¿Qué había allí sino un puñado de criaturas primaverales y un tipo centenario que hacía su trabajo de velar por ellas?

—No hay problema —rio Eliza—. Cuando me canso de las esponjosas criaturas primaverales, aprovecho para reducir mi SuB. Ir al mundo primaveral es como estar varada en una isla desierta: el sueño de un ratón de biblioteca.

Alex frunció el ceño.

—¿Qué demonios es un SuB?

—Oh, Alex, deberías saberlo ahora después de años de amistad con Eliza —dije—. Una pila de libros subleídos…

Pero Dalia me interrumpió:

—Es un honor poder acompañar al Señor de la Primavera en su mundo y luchar junto a él por la protección de la humanidad —nos

llamó al orden—. Así que deberían dejar de bromear al respecto. En cada generación…

—¡Oh, por favor, ahórranos eso! —gimió Alex—. Ya me alegro de haber escapado de las lecciones del profesor Chiswick, no necesito que me des más. Pongámonos de acuerdo en que todos queremos ganar la selección, aunque solo sea para poder acurrucarnos con esponjosas criaturas primaverales.

—Todos menos Linnea —dijo Dalia, dirigiéndome una mirada casi de reproche.

Me encogí de hombros.

—No todo el mundo puede querer salvar el mundo.

Que los demás participen en las pruebas y luchen por la fama y el honor, dos cosas para las que yo no estaba hecha.

—No, no todo el mundo. —Dalia giró la cabeza. Su voz era apenas un susurro áspero cuando continuó—: Pero Lysander habría dado cualquier cosa por ella.

2

UNA PESADILLA EN VERDE

Los alumnos se agolpaban frente a la entrada del invernadero, el santuario de la profesora Willowtree, la maestra de *Ciencias de las Plantas Mágicas*. Aliviada por no haber llegado demasiado tarde, me puse de puntillas para buscar a Eliza, Alex y Dalia.

Tras nuestro regreso a la Academia, me duché para borrar los rastros de mi viaje involuntario al inframundo. Ahora, con el pelo aún húmedo y una buena dosis de *no-tengo-ningún-interés-y-solo-quiero-ir-a-la-cama*, esperé a que empezara la clase.

—¡Dios mío! ¿Qué demonios es eso? —Alex escrutó la flor en maceta que tenía en las manos con los ojos muy abiertos y la mirada turbada.

—¿Qué? Hice mi mejor esfuerzo —me defendí mientras también echaba un vistazo al triste espécimen—. Pero de alguna manera no tengo algo verde.

Nuestros deberes habían sido hacer florecer una planta mágica, cosa que yo hice bastante mal. Miré la flor de Alex, que estaba en plena floración, con indisimulada envidia. Incluso tenía algunos retoños.

¡Presumido!

—Linn, tienes el pulgar negro como el carbón —replicó mi mejor amigo, sacudiendo la cabeza—. ¿Qué hiciste con esa cosa? ¿La quemaste?

—Ah, fue un percance —respondí, haciendo una mueca—. Estaba experimentando con una nueva fórmula de crecimiento que encontré en la biblioteca. Pensé que un poco de magia extra no vendría mal y, noticia de última hora: ¡sí se pudo! Al parecer, la fórmula era demasiado fuerte. Mi planta pasó por una fase de crecimiento explosivo. Y quiero decir *muy* explosivo. Hubo un pequeño accidente con fuego y agua al mismo tiempo. Y ahora es… bueno, única.

—¿Única? —Eliza, que se había unido a nosotros mientras tanto, se sujetaba el estómago de la risa—. Único es un eufemismo. Parece el resultado del encuentro entre un dragón y un cactus.

—Oye, creo que tiene carácter —respondí riendo—. Al menos sobrevive a mis cuidados, y eso es más de lo que se puede decir de la mayoría de mis plantas.

—Eres incorregible. —Dalia, que también se había unido a nosotros, sacudió la cabeza sin comprender.

Al menos se ahorró cualquier otro comentario y se volvió hacia el invernadero, donde la profesora Willowtree acababa de abrir la puerta de cristal para dejar entrar a los alumnos.

El ambiente entre Dalia y yo no siempre fue tan tenso. Pero la muerte de Lysander lo cambió todo. A veces tenía que recordarme que Dalia lo perdió tanto como yo.

Lysander y ella fueron pareja durante décimo curso, antes de que a mi hermano le diagnosticaran cáncer y nuestros padres le prohibieran volver a la Academia. A diferencia de mí, Dalia sí estuvo convencida de que sacarlo de la escuela fue la decisión correcta. Que, de todos modos, habría estado demasiado débil para aguantar la jornada escolar. Mientras que yo, pensaba que mis padres le quitaron la vida a Lysander mucho antes de que muriera. Pero, ¿qué podía decir? Yo solo era su hermana gemela, y aunque nacimos con pocos minutos de diferencia, éramos completamente distintos. Lysander era el ambicioso y responsable de los dos, mientras que yo no solo tenía el pulgar negro, sino que además era la oveja negra de la familia. ¿Cuántas veces no escuchaba decir a mis padres que Lysander les hacía sentirse orgullosos y se convertiría en el nuevo elegido? Esa esperanza estaba ahora enterrada con él.

—¡Vamos, vamos, señoritas y caballeros, no tenemos todo el día! —gritó la profesora, sacándome de mis pensamientos.

La mujer, menuda y pelirroja, se paró junto a la puerta principal y empujó a los alumnos al interior. De mala gana, mis compañeros entraron trotando en el invernadero.

El entusiasmo de la profesora Willowtree por sus plantas mágicas parecía contagiarse a muy poca gente, quizá porque la profesora podía pasarse horas monologando sobre los orígenes o los cuidados de una de sus criaturas.

Seguí a los demás y me recibió una mezcla de olores a tierra húmeda, hierbas y flores en flor. El invernadero era lo bastante grande para albergar a nuestro grupo de veinticinco estudiantes. Los pasillos eran estrechos y había plantas en macetas por todas partes: desde delicadas flores con vistosos irisados hasta tupidos helechos de un verde vibrante que se extendían por las estanterías y las mesas. La luz que entraba por los cristales empañados creaba un resplandor verdoso y apagado que bañaba toda la zona con un brillo místico.

Alex y yo compartíamos puesto de trabajo. Llena de inquietud, puse mi maceta accidental junto a la suya. Ya estaba segura de que la profesora Willowtree iba a echarme la bronca. Y como si se tratara de una señal invisible, la profesora *de Ciencias de las Plantas Mágicas* respiró hondo antes de acercarse a mi mesa.

—Señorita Sullivan, ¿qué demonios es esto? —preguntó, con una voz mezcla de desconcierto e inquietud.

Tragué saliva.

—Mi planta. O, mejor dicho, lo que queda de ella.

Alex frunció los labios a mi lado. En lugar de ayudarme, el muy cabrón tuvo que reprimir la risa. Le dirigí una mirada furiosa.

La maestra me miró moviendo la cabeza con tristeza.

—Sé que lo ha pasado mal, señorita Sullivan. Todos echamos mucho de menos a su hermano. Pero el año escolar está por terminar y he sido muy paciente con usted.

—Tendré más cuidado la próxima vez. Lo prometo —murmuré con la cabeza gacha.

Podía sentir los ojos de mis compañeros sobre mí y me habría encantado hundirme en el suelo. No por la estúpida planta, eso no me importaba. Pero, ¿tenía la profesora Willowtree que sacar el tema de mi hermano?

—¡Bueno, espero que de verdad lo tenga! —suspiró—. Eso va por todos. La botánica mágica requiere paciencia y cuidado, no experimentos indiscriminados. Las plantas no son solo decoración. Son criaturas vivas con sus propias necesidades y sentimientos.

Dudaba que la cosa carbonizada tuviera sentimientos, pero asentí con pesar. Si me ayudaba a subir nota, me disculparía personalmente con la planta.

La profesora Willowtree me escrutó pensativa.

—¡Muy bien, entonces! Señorita Sullivan, me ayudará a replantar *la Euforia Borealis* después de clase. Quizá entonces pueda hacer la vista gorda con su nota. Entonces veamos lo que han conseguido sus compañeros.

Me dio la espalda y se paseó por las hileras para inspeccionar las plantas de los alumnos mientras les daba consejos y recomendaciones sobre cómo cuidarlas.

—No estuvo mal después de todo —susurró Alex, tras recoger un gran cumplido de la profesora Willowtree.

—Tú no estás castigado —dije, poniendo los ojos en blanco.

De algún modo, todo ha salido mal hoy. Primero mi involuntario baño de barro y ahora esto. Tal vez era uno de esos días en los que no debería haberme levantado.



—*La Euforia Boreal* es una planta extremadamente sensible —explicó la profesora Willowtree, pareciendo casi un poco emocionada por compartir sus conocimientos conmigo—. Es una flor de bosque y pradera y crece en el norte de Escandinavia, donde prospera bajo la influencia de la aurora boreal.

—Ok.

Aburrida, miré hacia la puerta por la que acababan de desaparecer mis compañeros. Alex y Eliza me habían lanzado algunas miradas de lástima, pero luego también me abandonaron a mi suerte. No tenía muchas ganas de ayudar a la profesora Willowtree a replantar las plantas. La mañana ya había sido bastante agotadora, y con mi pulgar negro muchas cosas podían salir mal. Pero no tenía otra opción.

—*La Euforia Boreal* reacciona a las emociones humanas —continuó, mientras se ponía los guantes de jardinería—. Su color cambia según el estado de ánimo de la persona que la cuida.

La observé mientras levantaba con cuidado una de las flores brillantes de su maceta. El color de las flores cambió de un azul oscuro a un cálido tono naranja. Al parecer, la planta sintió el afecto de la profesora. No quería saber de qué color se volvía cuando me acercaba a ella.

—Entonces, ¿qué debo hacer? —pregunté, esperando que mi tarea no fuera demasiado complicada y que implicara el menor contacto posible con las plantas.

La profesora Willowtree señaló con la cabeza una de las estanterías de madera del fondo del invernadero.

—Puedes ayudarme con el sustrato fresco. Coge la bolsa de la estantería de ahí arriba y llena las macetas hasta la mitad.

—Bien.

Ahogando un bostezo, me acerqué a la estantería y cogí una de las bolsas. Trabajamos codo con codo durante un rato, concentrados. Llené las macetas de sustrato y tierra mientras la profesora Willowtree plantaba *la Euforia Borealis*. La tarea no era tan mala como temí en un principio. Si me salvaba la nota, sin duda merecía la pena.

—No queda polvo —me di cuenta cuando casi habíamos terminado.

La profesora Willowtree frunció el ceño.

—Eran tres kilos. ¿Cómo vació la bolsa tan rápido?

—Eso no han sido tres kilos en mi vida —objeté, levantando la bolsa vacía en el aire para demostrarlo.

Los ojos de la profesora Willowtree se abrieron de par en par.

—¿Señorita Sullivan?

—¿Sí?

—¿De dónde sacaste la bolsa?

—Bueno, de ahí.

Señalé uno de los estantes inferiores y vi que la expresión de la profesora pasaba de la preocupación al pánico más absoluto.

—Era el polvo mágico de cultivo —se dio cuenta horrorizada.

¡Joder!

De verdad no servía para esto.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —pregunté, mirando con desconfianza las quince macetas que acabábamos de plantar.

Casi siempre, el polvo de crecimiento solo se utilizaba en cantidades muy pequeñas, y yo fui tan frugal con él como mi abuela cuando añadía una nuez de mantequilla al hornear.

—Tenemos que salir del invernadero —replicó, cogiéndome del brazo—. ¡Ya!

En ese momento, una de las macetas estalló y luego otra. Volaron fragmentos de cerámica en todas direcciones y me cubrí la cara con las manos para protegerme de las astillas. Una de ellas me rozó el brazo.

La profesora Willowtree soltó un grito agudo. Cuando me volví para mirarla, vi que una esquirla le había golpeado la mejilla. La sangre manaba de la herida y caía al suelo.

—Lo siento mucho. Lo siento mucho —balbuceé, pero se dio la vuelta y tiró de mí hacia ella.

—¡Fuera!

Las plantas empezaron a crecer como locas. Los brotes salieron disparados y se extendieron por mesas y estantes, apoderándose del invernadero a una velocidad vertiginosa. La profesora Willowtree y yo nos agachamos bajo un enorme zarcillo que se balanceaba salvaje por la habitación.

—Puede sentir nuestro pánico —gritó—. ¡Mira eso!

Ambas nos detuvimos un momento y contemplamos la sinfonía de colores que cambiaba constantemente.

—¡Es impresionante! —susurró asombrada.

—Sí —estuve de acuerdo—. Impresionante y bastante mortal si nos quedamos aquí más tiempo.

Esto pareció sacar a la profesora Willowtree de su estupor, porque huimos hacia la salida, acompañadas por el crujido y las astillas del invernadero, que ya no podía resistir el incesante crecimiento de las plantas. *La Euforia Boreal* hizo estallar los paneles y los marcos con una fuerza brutal, que nos llovieron astillas. No tardamos en traspasar el umbral y salir al aire libre, y nos encontramos en el césped, frente a los restos del invernadero.

Respirando agitada, me arrodillé temblorosa. El corazón me latía desbocado mientras intentaba comprender el alcance de la destrucción.

—Ha estado muy cerca —jadeó, con los ojos fijos en el mar verde que ahora sepultaba el invernadero.

Las plantas se extendían pacíficamente al sol como si nada hubiera pasado, un extraño contraste con el caos que provocó.

—Habrá repercusiones —espetó.

Gemí. Claro que sí. La profesora de *Ciencias de las Plantas Mágicas* me castigaría para toda la eternidad. Bueno, al menos hasta final de curso. Y me lo merecía. En verdad me lo merecía.

Pero en ese momento se limitó a sacudir la cabeza apenada.

—Lo siento, señorita Sullivan, pero no puedo dejar que apruebe el curso… y ya sabe lo que eso significa.

Me quedé helada, porque lo sabía demasiado bien: si no aprobaba el curso, tendría que repetirlo.

3

ESTRÉS ESCOLAR DE LUJO O: LA ESPERANZA MUERE AL ÚLTIMO

—No puedes. La profesora Willowtree no puede dejarte. —Alex negó con la cabeza, como si pudiera deshacer la devastadora verdad.

—Me temo que sí —murmuré mientras arrancaba los berros de mi sándwich de queso.

No sé por qué tenían que espolvorear una capa de cosa verde sobre todo lo que se servía en la Academia de Primavera. Con la invasión de plantas de hoy, tuve suficiente. Pero incluso en la cafetería, tenía pocas posibilidades de escapar de ellas. Era una obra maestra de la arquitectura orgánica, diseñada para difuminar los límites entre el interior y el exterior. Una cúpula de cristal permitía que la luz del día inundara toda la sala. Plantas de un verde vibrante crecían por las paredes en jardines verticales cuidadosamente diseñados, mostrando una gran variedad de colores y formas. Era como estar sentado en medio de un exuberante jardín, o de un invernadero parecido el que acababa de destruir.

—Pero tienes notas por tus actuaciones anteriores —se preguntó Alex—. ¿No cuentan para nada?

—Sí, creo. —Apreté los dientes—. Ese es el problema.

Nunca había sido una buena estudiante, pero tras la muerte de Lysander el año pasado, mi rendimiento escolar se fue al garete. Hasta ahora, aún tenía esperanzas de que lograría terminar la escuela, pero esa esperanza se esfumó de un plomazo. Mis padres estarían muy decepcionados. Y lo que era peor, tendría que pasar

otro año en la Academia, aquí, donde todo me recordaba a Lysander y al hecho de que ya no estaba.

—De acuerdo. —Alex se sentó en el banco junto a mí, cogió mi taza de café con los dedos en punta —mi mezcla personal especial de café y Coca-Cola que me aseguraba pasar el día— y la dejó a un lado—. ¿Cuántos puntos necesitas para aprobar ese curso?

Suspirando, me pasé las manos por la cara.

—¡Ríndete, Alex! Se acabó.

—¿Cuántos?

—No tengo ni idea. ¿Ciento ochenta?

Podías alcanzar un total de quinientos puntos por curso. Se necesitaban trescientos para aprobar, lo que hacía que mis ciento veinte puntos parecieran más que lamentables.

—¡Está jodido, Linn! —Alex expresó mis pensamientos en voz alta.

—Lo sé.

De mal humor, cogí mi taza de café y quise darle un sorbo, pero Alex me detuvo. Sus ojos brillaban con espíritu de lucha.

—Pero por suerte, sé cómo puedes salvar tu nota.

—¿Qué nota? —Eliza dejó la bandeja sobre la mesa y se dejó caer en el banco de enfrente.

Olfateé.

—¿Qué es?

—El guiso de setas del bosque de guayaba de Madame Flora —respondió, sumergiendo la cuchara en la sopa verde turbia que desprendía olor a tierra podrida.

Observé con asco cómo mi amiga se llevaba la cuchara a la boca.

—No puedo creer que sigas comiendo las creaciones de Madame Flora.

—¿Por qué no? —Eliza se encogió de hombros—. Le hace feliz. Y casi ninguno de los otros estudiantes se atreve a probar sus guisos.

—Con razón, querida —intervino Alex—. Pero volviendo al tema que nos ocupa: el caos rosa ha golpeado de nuevo. Nuestra Linn ha destruido el invernadero de la profesora Willowtree y ahora corre el peligro de tener que repetir curso.

—Gracias por andar de reportero, Alex —refunfuñé.

—De nada.

Eliza nos miró a Alex y a mí, sorprendida.

—¡Mierda! ¿Cómo?

—No es tan importante. —Alex le hizo un gesto con la mano—. Es más importante que tenga un plan.

—¿Y eso sería? —pregunté escéptica.

Alex hizo una pausa dramática y miró a su alrededor, asegurándose de que tenía toda nuestra atención.

—Tienes que participar en la selección —soltó finalmente la no tan pequeña bomba.

—Ni hablar. —La respuesta me salió disparada.

No me apetecía seguir los pasos de Lysander, ni quería pasar el resto de mi vida al lado de un tipo centenario en el Mundo Primaveral, con o sin honor.

—Escúchame antes de tomar una decisión —me imploró Alex—. Nadie dice que tengas que ganar la selección. Pero los participantes pueden ganar puntos durante las pruebas. Esa es tu oportunidad.

—No está del todo mal —aceptó Eliza tras pensarlo un momento.

—No. —Sacudí la cabeza con firmeza—. Nunca quise participar en la selección, y no voy a hacerlo ahora.

Alex frunció el ceño.

—¿Incluso si tienes que repetir el año escolar?

—Incluso entonces.



Me salté la siguiente clase. ¿Qué sentido tenía ir a clase si iba a suspender? En lugar de eso, salí del recinto de la Academia y seguí un estrecho sendero que me llevó hasta el arroyo. La luz del sol brillaba en el agua y algunas libélulas revoloteaban por la superficie. En la quietud, podía oír su suave zumbido y el rítmico batir de sus alas. En la orilla, me dejé caer sobre la suave hierba a la sombra de las copas de los árboles y cerré los ojos.

Un breve momento de paz. Eso era todo lo que quería. Pero un carraspeo a mi espalda me puso en un aprieto. Miré a mi alrededor,

parpadeando, y reconocí a Dalia, que estaba de pie detrás de mí, algo indecisa. Su larga melena negra ondeaba con suavidad al viento.

—¡Eh! —Sonrió nerviosa.

—¡Hola!

—¿Puedo sentarme?

—¿No tienes clases?

Sacudió la cabeza.

—Período libre.

—Oh, va.

—Alex me lo contó todo.

Claro que sí.

¡Ese charlatán!

Dalia señaló el asiento de al lado.

—¿Entonces? ¿Puedo?

—Claro, por qué no —respondí vacilante.

Sabía exactamente por qué no: Dalia tenía tendencia a regañarte. Y una reprimenda era lo último que necesitaba ahora mismo. Quería revolcarme en la autocompasión y no tener que escuchar que yo era la culpable de toda la desgracia.

Dalia se hundió torpemente en la hierba junto a mí. Permanecimos un rato sentadas una al lado de la otra, con la mirada fija en el arroyo que balbuceaba frente a nosotras.

—Lysander no habría querido eso —dijo en voz baja.

—¿Qué quieres decir? —pregunté tensa.

No me gustaba hablar de mi hermano. Sobre todo de lo que él hubiera querido o no. Me dolía demasiado.

—No habría querido que repitieras curso por su culpa —respondió.

—No es por él —dije, sonando más dura de lo que pretendía—. Quiero decir, no es culpa suya que mezclara el polvo mágico de crecimiento con el sustrato vegetal. No es culpa de nadie. Excepto tal vez de la profesora Willowtree. ¿Quién pone algo así en el mismo estante?

¡Sé sincera, Linnea! Lo has estropeado todo. Tú sola.

—Deberías participar en la selección —continuó impertérrita, sorprendiéndome.

—¿Hablas en serio? —Alcé las cejas con asombro—. ¿No eres tú la que siempre nos está predicando que la elección es sagrada y que no debemos tomarla a la ligera?

—Sigo pensando lo mismo.

—¿Pero?

—Después de todo lo que has pasado, no te mereces tener que repetir curso. Y quién sabe, quizá al final del proceso de selección te sientas llamada a hacerlo mejor después de todo.

Tal vez esto era lo más bonito que me había dicho Dalia en los últimos años, y me hizo cambiar de opinión sobre el proceso de selección. No tenía por qué aprobar todas las pruebas. ¿Y si solo participaba el tiempo suficiente para reunir los puntos necesarios para mi ascenso?

—Vale, pero no nos engañemos —resoplé con una sonrisa—, si alguien está destinada a cosas mayores, esa eres tú, Dalia.

—Ya veremos.



Era más de medianoche cuando por fin me levanté para salir de mi habitación. En mi mano había un trozo de papel con mi nombre escrito: *Linnea Sullivan*. Me sudaban los dedos de la emoción y la letra ya estaba un poco emborronada, pero supongo que no importaba dado que la solicitud de selección no tenía nada de burocrática.

Para participar, tenías que echar tu nombre en el mágico y completamente analfabeto estanque de nenúfares. Alex, Eliza y Dalia lo hicieron la semana pasada. Estaba segura de que el infierno se congelaría antes de que yo hiciera lo mismo. Pero parecía que solo hacían falta unas cuantas enredaderas de flores fuera de control y un invernadero destruido.

Descalza, me arrastré por los pasillos desiertos de la Academia. La luz de la luna que entraba por las ventanas dibujaba intrincados

dibujos en el frío suelo de piedra. Detrás de una de las puertas que conducían a las habitaciones privadas de los profesores sonaron risas y aceleré el paso. No estaba preparada para encontrarme con la profesora Willowtree o el profesor Chiswick y tener que explicarles por qué estaba paseando por los pasillos en mitad de la noche.

Cuando llegué al patio interior, la pieza central de la Academia, aminoré la marcha. El dulce aroma de las flores mezclado con la menta silvestre y el aroma de la tierra húmeda me golpeó y saturó el cálido aire nocturno. Me abrí paso entre arbustos en flor y una variedad de plantas raras.

El patio de la Academia de Primavera era un lugar mágico. Cascadas de enredaderas de luz estelar, casi invisibles durante el día, revelaban su verdadero esplendor por la noche. Sus flores se abrían hacia el cielo estrellado y brillaban con un resplandor interior que parecía reflejar los colores de galaxias lejanas. A un lado del patio crecían los helechos susurrantes, cuyas delicadas frondas se mecían con el viento. Si se escuchaba con atención, podían oírse suaves melodías, como si las plantas cantaran en una lengua antigua y olvidada. En medio se alzaban los sauces de los sueños, con sus hojas aterciopeladas moviéndose de un lado a otro. Sus inflorescencias brillaban con un suave color lavanda y esparcían una fragancia que calmaba los sentidos y despejaba la mente. Se decía que una siesta bajo el sauce de los sueños podía transportarte a mundos fantásticos o hacerte revivir tu peor pesadilla.

Me volví hacia el estanque de nenúfares, en cuyas orillas crecía la campanilla de hoja plateada. Las flores, que parecían pequeñas y delicadas campanillas, emitían un sonido cristalino con cada brisa. Los sonidos flotaban sobre el agua y se mezclaban con las ondulaciones y el murmullo del estanque.

Las rosas guardianas —la más poderosa de todas las plantas mágicas— vigilaban todo esto. Sus ramas eran gruesas y espinosas, y sus flores brillaban con un rojo intenso y oscuro. Protegían de los visitantes indeseados y garantizaban que solo los puros de corazón pudieran entrar en el estanque.

Sentí que me observaran mientras caminaba hacia el pequeño puente de madera que cruzaba el estanque. Me sentía mareada. La

idea de que una de las ramas pudiera alcanzarme y abofetearme en la cara era cualquier cosa menos tentadora.

¿De verdad era pura de corazón? ¿Qué significaba eso? ¿El hecho de que solo participara en la selección para acumular puntos ya era censurable? ¿O era una mala persona porque mi certificado de fin de cursos era más importante para mí que la honorable tarea de salvar el mundo?

Una de las rosas guardianas tembló con el viento e involuntariamente di un salto hacia atrás.

—¡Quédate donde estás! —advertí a la planta con el dedo índice levantado—. Si no, traeré los cortasetos.

Una amenaza vacía, la planta lo sabía tan bien como yo. Por otro lado, no había ningún estudio sobre el coeficiente intelectual de las rosas guardianas, así que mi amenaza merecía la pena. Se me aceleró el pulso, pero me obligué a seguir adelante, paso a paso, hasta situarme en medio del puente.

¡Sí!

Triunfante, me incliné sobre la barandilla de madera y contemplé el agua. Los nenúfares que se mecían en la superficie negra y profunda brillaban desde dentro. Sus flores blanco-rosadas parecían tejidas con luz pura.

—Bien, bien —susurré y extendí la mano con la nota en ella.

Me costó abrirlo, pero al final el papel bajó y se posó en la superficie del agua. Se formaron ondas circulares, cada vez más grandes, hasta que el estanque pareció palpitar como un ser vivo. El trozo de papel con mi nombre fue arrastrado hacia las profundidades. Y me quedé mirándolo con la certeza en el corazón de que había pasado a formar parte de un ritual tan antiguo como la propia Academia.

4

VERDAD O NO, NO TENGO NINGÚN DESEO DE MORIR

VOCES.

Busqué refugio bajo uno de los sauces de los sueños. La directora Madreselva y el profesor Chiswick entraron juntos en el patio de la Academia. Su conversación flotaba en el aire nocturno, amortiguada por el suave susurro de las hojas sobre mí.

—Todo lo que intento decir es que tenemos que preparar mejor a los alumnos, Mirabelle. No tienen la menor idea de lo que les espera. Y después de todo lo que pasó con el último Elegido… —El profesor Chiswick se calló.

Miré con cuidado a través de las densas hojas del sauce y los vi caminar lentamente hacia el estanque de nenúfares. La directora llevaba un vestido largo en suaves tonos verdes que se ceñía con elegancia a su alta figura. El profesor Chiswick, con su habitual combinación de chaqueta de tweed, pajarita y gafas niqueladas, parecía un excéntrico erudito de otra época a su lado.

—No tenemos derecho a interferir, Albert —dijo la directora con suavidad, pero con firmeza—. La selección sigue una tradición centenaria. Existía mucho antes que nosotros, y existirá mucho después de nosotros… al menos si seguimos teniendo éxito en salvar al mundo humano de la eterna primavera.

—No estoy hablando de abolir la selección —se justificó el profesor, pero la directora le cortó de tajo.

—¿Qué crees que pasaría si les dijéramos a los estudiantes que se están jugando la vida en el mundo de la primavera? ¿Crees que seguirían hablando de fama y honor? ¿Crees que participarían por voluntad propia en la selección?

La directora se detuvo en el puente de madera y miró pensativa hacia el agua, donde hacía unos minutos había estado la nota con mi nombre.

Se me cortó la respiración. ¿Qué acababa de oír? ¿Los estudiantes estaban arriesgando sus vidas en el mundo de la primavera? ¿En qué demonios se suponía que me había metido? Es decir, no iba a ganar, pero ahora me sentía como si hubiera firmado un contrato con el diablo, y el diablo era conocido por no seguir siempre las reglas. Así que, si tenía que saltar a ese estanque maldito y volver a pescar el papelito con mi nombre, prefería saberlo ahora mismo.

—Pero los peligros son reales, Mirabelle —protestó el profesor Chiswick, pareciendo casi un poco impotente—. Podríamos verlo por nosotros mismos.

Por un momento, sus palabras parecieron quedar suspendidas entre él y la directora. Pero parecía que no era la primera vez que las pronunciaba.

—La selección es más que un examen, ya lo sabes, Albert. Es un rito de paso que enseña a nuestros alumnos lo que significa asumir responsabilidades y enfrentarse a sus miedos. No podemos envolverlos en algodones de azúcar. Tienen que aprender a hacerse valer, tanto en nuestro mundo como en el de la primavera. —Había un deje de tristeza en la voz de la directora. Se volvió hacia el profesor Chiswick—. Haremos todo lo posible por enseñarles y protegerles, pero al final tendrán que abrirse camino por sí mismos.

Los dos se alejaron y yo me quedé atrás, sin saber qué acababa de oír ni qué pensar de lo que habían dicho. Pero esto era seguro: si el mundo de primavera era tan peligroso como afirmaban la directora Madreselva y el profesor Chiswick, ni porque pasara todos los cursos participaría en la selección. Y convencería a Alex, Eliza y Dalia de que ellos tampoco lo hiciera.

—Estabas bajo el sauce de los sueños cuando oíste la conversación, ¿verdad? —preguntó Alex, cruzando los brazos delante del pecho.

—Sí, ¿y? —Sacudí la cabeza sin comprender.

Acababa de contar a mis amigos lo que por casualidad escuché la noche anterior, pero ninguno de ellos parecía preocupado. Al contrario, podría haberles dicho que esta mañana había encontrado dos calcetines iguales en mi colada.

Nos sentamos en el aula y esperamos al profesor Bonnet, el profesor de *Magia Avanzada*. Dalia sacaba un libro de texto tras otro, sin prestar la menor atención a mi informe.

—Linnea, —Eliza me puso una mano en el brazo y me lo acarició con inquietante suavidad, como si me hubiera vuelto loca—, Alex está intentando decir que puede que te hayas quedado dormida y solo lo hayas soñado.

Resoplé indignada.

—Lo sabría.

—¿Ah, sí? —Dalia me miró con las cejas levantadas—. ¿Nunca has tenido un sueño que pareciera real?

Bueno, anoche soñé que una planta carnívora de nombre Audrey, que me perseguía por el invernadero de la profesora Willowtree. Pero eso no valía.

—No fue un sueño —respondí con firmeza.

—La directora no nos dejaría ir así a la intemperie. Si hubiera algo que necesitáramos saber sobre el mundo de la primavera, ya nos lo habría dicho —insistió Alex, y las demás asintieron.

Quise protestar de nuevo, pero en ese momento la puerta se abrió de golpe y entró el profesor Bonnet. El profesor de *Magia Avanzada* era un espectáculo para la vista. Con su figura enjuta, su rostro afilado y sus brillantes ojos verdes asomando bajo unas pobladas cejas grises y negras, parecía un personaje de un viejo libro de cuentos. Su piel estaba bronceada, como si hubiera pasado toda su vida bajo el sol abrasador de Nueva Orleans. Su melena, un revoltijo salvaje de rizos y remolinos, parecía tener vida propia y

encajaba perfecto con su excéntrico comportamiento. Llevaba un chaleco azul brillante decorado con hilos dorados y una pajarita a juego. Había combinado sus pantalones morados con unos zapatos de color rojo vivo. Todo en él gritaba ¡soy una mariposa!

—¡Buenos días, mis jóvenes magos! —gritó entusiasmado mientras se dirigía a paso ligero hacia la mesa del profesor y colocaba sobre ella su gastada bolsa de cuero—. Espero que estén preparados para ampliar sus conocimientos. Hoy vamos a estudiar la historia de las cuatro piedras primigenias. Señorita Pîroz, por favor, díganos cuáles son.

Dalia se levantó de su asiento casi como si hubiera estado esperando la señal del profesor Bonnet. Fue impresionante, porque ni siquiera me percaté de que la clase estaba a punto de empezar. Seguía pensando en la conversación que escuché entre la directora y el profesor Chiswick.

—El cristal del arcoíris, el rubí del sol, la piedra de la luna y el oro del otoño —enumeró Dalia—. Las piedras portan la magia del mundo que las creó. Una forma pura de magia que no es ni buena ni mala en su origen, pero que ha cambiado con el tiempo y se ha convertido en una amenaza. Las piedras llegaron al mundo humano. Quienes las encontraron fueron corrompidos por su poder y abrieron una puerta entre los mundos. Se fundaron cuatro academias para proteger al mundo de las piedras. La Academia de Primavera, la Academia de Verano, la Academia de Invierno y la Academia de Otoño.

Y todo sin tomar un respiro…

—¡Perfecto! —exclamó el profesor Bonnet, aplaudiendo con orgullo—. ¡Ha hecho un trabajo ejemplar memorizándolo todo, señorita Pîroz! Pero, como ustedes saben, para mí es muy importante que no solo sepan recitar la historia, sino que también cobre vida ante sus ojos. Así que vamos a profundizar en el pasado de las cuatro piedras originales.

Con rápidos movimientos, el profesor Bonnet descorrió las cortinas situadas frente a las ventanas arqueadas del suelo al techo y encendió el proyector. Una imagen de las cuatro piedras

primigenias se proyectó en la pared. Cada una de ellas brillaba con un color único.

—¡Miren estas maravillas! —se entusiasmó, con un aspecto parecido al de Gollum añorando su tesoro—. Cada una de estas piedras alberga una historia, un legado y un poder más allá de nuestra imaginación. Para dar vida a estas historias, en las próximas lecciones harán un juego de rol. Por favor, reúnanse en grupos de seis.

Juegos de rol.

Y ya creía haber llegado al colmo de la vergüenza cuando conté lo de anoche a mis incrédulos amigos.

Las pupilas empezaron a moverse de inmediato. Alex, Eliza, Dalia y yo nos lanzamos breves miradas de complicidad. No cabía duda de que formaríamos grupo juntos. Pero aún nos faltaban dos personas.

—¿Y Jasper? —sugirió Alex, un suave rubor comenzó a cruzar su rostro mientras intentaba mostrar una mirada inocente pero que ninguna de nosotras, de verdad, ninguna de nosotras, se creía.

—Así que, Jasper —murmuré divertida.

No era ningún secreto que Alex llevaba acercándose a escondidas a Jasper desde el comienzo del curso. Por lo general, nunca le costaba acercarse a un chico que le gustara. Pero Jasper parecía ser una excepción. Quizá porque era terriblemente guapo. O porque ninguno de nosotros sabía si le gustaban los chicos o las chicas.

—¡Jasper! —gritó Eliza, agitando ambos brazos—. ¿Quieres unirte al grupo?

Jasper se alborotó el pelo castaño antes de encogerse de hombros y asentir con indiferencia.

—También tiene un paquete de seis —susurró Eliza, impresionada, mientras Jasper se acercaba a nosotros.

Alex cayó en un ataque de tos nerviosa a mi lado.

—¡Qué onda! —Jasper miró a su alrededor.

—Hola —graznó mi amigo—. Quiero decir, hola. ¿Quieres sentarte?

Apartó la pila de libros de Dalia para hacer sitio a Jasper, algunos de los cuales se cayeron.

—Lo siento, yo…

—No importa. —Jasper dedicó a Alex una breve sonrisa que, para nosotras, fue más que claro que lo hizo desvanecerse por dentro antes de sentarse en el borde de la mesa junto a Eliza.

—Necesitamos una persona más —comentó Dalia—. ¿Qué tal Jasmin? Es buena trabajando en grupo.

—Claro, por qué no —asentí.

Jasmin era más bien una apartada. Rara vez se la veía con otros alumnos. Durante las pausas para comer, se sentaba a un lado con un libro de fantasía en la mano u ocupada con algún juego tecnológico que parecía un poco friki. Apenas la conocía, pero eso podía cambiar.

Dalia nos hizo un gesto con la mano para que nos acercáramos a la chica menuda de pelo largo y castaño, llamativos ojos azules y gafas, que sonrió agradecida por la invitación.

El profesor Bonnet asintió, satisfecho de que todos los grupos se hubieran reunido.

—Ahora voy a dibujar cada una de las cuatro piedras originales. Para la próxima lección, cada grupo deberá presentar un pequeño juego de rol donde representen la historia del origen de las piedras. No sabemos lo suficiente sobre el pasado de la piedra lunar y el cristal arcoíris, así que tendrán que confiar en su imaginación para crear su historia. Tengo mucha curiosidad por ver qué ideas se les ocurren. Quizá consigas abrirnos nuevas perspectivas.

El profesor Bonnet metió cuatro trozos de papel en una pequeña caja de color verde oscuro y dio una vuelta con ellos.

—¡Ojalá que no nos toque la piedra lunar! —suplicó Dalia—. Apenas sé nada sobre el Rey Invierno y no quiero tener que inventarme nada.

—Mientras no consigamos el rubí solar, todo irá bien —la tranquilicé—. El profesor Bonnet es muy exigente con esa. Después de todo, viene de la Academia de Verano y creció con la historia del rubí.

—Así es, señorita Sullivan —confirmó el mismo profesor, que apareció de repente a mi lado—. ¿Le gustaría probar suerte?

Me puso la caja delante de las narices y saqué un papel.

—El cristal del arcoíris —leí en voz alta.

—¡Sí! —Jasper levantó el puño triunfante—. Va ser pan comido.

A nuestro lado, tres chicos empezaron a pelearse por diversión.

—Tres hermanos peleando por la misma piedra. Deben de haber sacado el oro de otoño —se dio cuenta Eliza.

—Y ese de ahí, el rubí del sol. —Señalé a Beatrice, que se había subido a una de las mesas y agitaba los brazos mientras gritaba: *Me quemo. Me quemo.*

—¡Bueno, esto podría ser divertido! —dijo Dalia, sacudiendo la cabeza—. No puedo creer que el profesor Bonnet nos deje una tarea tan complicada, más cuando la selección empieza en dos días.

—Va eso. Y que tengamos que venir a clases mientras duran las pruebas —refunfuñó Alex—. Creía que la selección era sagrada y no tolerarían distracciones.

—Tan sagrada que Linnea solo participa para acumular puntos —respondió Eliza guiñando un ojo.

—¡Fue una idea estúpida! —murmuré—. Ninguno de nosotros debería hacer las pruebas si lo que dijeron la directora Madreselva y el profesor Chiswick es cierto.

—Estabas soñando, Linn. —Alex me dio unas palmaditas tranquilizadoras en el hombro.

—No. No lo estaba —respondí, pero el tañido de la campana de la escuela se tragó mi protesta.

El profesor Bonnet terminó la lección antes de que los alumnos lo hicieran por él, y la multitud salió en tropel de la sala.

Cuatro días.

Aún tenía cuatro días para convencer a mis amigos de que no participaran en la selección.

5

EL CONDE DRÁCULA PARECE DIFERENTE

—¡Oh Dios, es tan emocionante! ¿No es emocionante?

Eliza saltaba excitada de una pierna a otra, pareciendo querer ir al baño. Lo que me hizo preguntarme si de verdad no sería mejor ir. O al menos comer algo para que no me rugiera el estómago durante la ceremonia de bienvenida. Pero ese era el destino de los que se quedaban dormidos con el despertador por la mañana. Al menos conseguí peinarme y no parecía un flamenco atrapado en un tornado.

—¡Shh! —Dalia reprendió a Eliza con una mirada severa, que no era necesaria porque, de todos modos, todos los alumnos parloteaban excitados.

A primera hora de la mañana, en el patio de la Academia, entre el estanque de nenúfares y el sauce de los sueños, esperábamos la llegada del Señor de la Primavera. Los profesores se esforzaban por mantener el orden. Ni siquiera la mirada severa y penetrante de la directora Madreselva, que había perfeccionado a lo largo de los años, podía hacer nada aquí.

—Me pregunto qué aspecto tendrá —preguntó Alex.

—¿Quién?

—El Señor de la Primavera.

Me encogí de hombros.

—El tipo tiene varios cientos de años, ¿qué esperabas? Capaz tenemos suerte y no lo miramos convertirse en polvo antes que

desaparezca.

—Está claro que no has leído suficientes novelas de vampiros, lobos y esas cosas —rio Eliza—. Los inmortales son siempre sobrenaturalmente bellos.

—¡Bueno, no te hagas tantas ilusiones! No será en la superficie, sino más bien bajo tierra. —Hice una mueca, que también me valió una mirada desagradable de Dalia.

—Te estás comportando de forma irrespetuosa —le reprendió.

El penetrante sonido de un silbato nos silenció a todos. El profesor Bonnet miró alegre a su alrededor antes de bajar el instrumento de tortura y asentir satisfecho a la directora como si le hubiera hecho un flaco favor.

La directora Madreselva se aclaró la garganta.

—Damas y caballeros, el Señor de la Primavera nos honrará en unos minutos con su presencia. Espero que se comporten lo mejor posible. En los próximos días y semanas, asistirá a las pruebas y acompañará al ganador de la selección a su mundo.

Eliza chilló como una niña a la que acaban de regalar un poni por su cumpleaños. Llevaba unos días hablando como loca para disuadir a mis amigos de participar en las pruebas, pero no se habían dejado convencer. De hecho, ni siquiera sabía si era posible retirarse de la selección. Ahora no dejaba de preguntarme si con eso no había sellado mi destino, al lanzar mi nombre al estanque mágico de los lirios.

—Como todos saben, la primera de las cuatro pruebas tendrá lugar después de terminar el desayuno —nos informó la directora—. Entonces podrán conocer los detalles. Espero espíritu de lucha e imparcialidad de todos y cada uno de ustedes.

—Bueno, puede esperar mucho tiempo con algunos de ellos —murmuré y miré a Raider Johnson.

El tipo era un auténtico pendejo que no perdía ocasión de intimidar a sus compañeros. Y tenía muchas ganas de participar en la selección. No quería interponerme en su camino. Pero si el mundo primaveral era de verdad tan peligroso como había afirmado el profesor Chiswick, yo no tenía inconveniente en dejar que Raider y sus tópicas botas de tacos tomaran la delantera en las pruebas.

Un estruendo nos hizo saltar a todos a la vez. Se formó una grieta en el suelo arenoso y los alumnos se dispersaron.

—Es la hora —susurró reverente la directora Madreselva.

—¿Ya? —pregunté, sorprendida de que saliera así, con lo que fuera.

Eliza me cogió de la mano y Alex de la otra mientras retrocedíamos paso a paso. Un tembloroso estruendo recorrió el patio y, con una enorme sacudida, la tierra se abrió. Una brecha que se ensanchó. De él brotaron raíces tan gruesas que parecían brazos gigantes. Eliza soltó un grito agudo que me dolió en los oídos mientras corría a cubrirse detrás de mí.

—Esto es lo que yo llamo una entrada dramática —dijo Alex con voz temblorosa.

Nos agachamos bajo una enorme raíz que salió disparada hacia arriba y se estrelló contra el suelo a pocos centímetros de nosotros. La tierra salpicó por todos lados. Los estudiantes gritaron y corrieron como una bandada de gallinas salvajes huyendo de un zorro.

—¡Silencio! —ordenó la directora Madreselva—. ¡Mantengan la calma!

Pero nadie le hizo caso. Los alumnos corrieron de un lado a otro, buscando refugio y gritando como locos. Demasiado para la festiva ceremonia de bienvenida que nos habían prometido. Más bien parecía que estábamos en una película de terror al estilo de *El ataque de las plantas asesinas*.

—¡Allí!

Alguien señaló la grieta en el suelo, de la que salían cada vez más raíces hacia la superficie. Había algo en el centro de ellas.

O alguien.

Me acerqué con cautela y reconocí una figura. Tenía que ser el Señor de la Primavera.

Era muy diferente a como me lo había imaginado. Más joven. Quizá dos o tres años mayor que yo, al menos por fuera. Sus rizos blancos plateados, que le llegaban hasta la barbilla, enmarcaban un rostro de impresionante belleza. Su piel brillaba como el marfil al sol. Los pómulos altos y la nariz recta le daban un aspecto aristocrático, mientras que sus labios carnosos formaban un suave contraste.

Estaba tumbado en medio de las raíces, con los párpados cerrados, pareciendo apacible. Solo cuando lo pusieron en pie abrió los ojos y los dejó deslizarse tranquilamente sobre la multitud.

La tierra dejó de temblar y los gritos de mis compañeros enmudecieron. El silencio se extendió. Un silencio que fue interrumpido por el fuerte gruñido de mi estómago.

¡Qué vergüenza!

Me habría venido bien ese agujero en el suelo que tanto quería tragarme hacía unos días.

El Señor de la Primavera enarcó las cejas. Su mirada se cruzó con la mía e inconsciente contuve la respiración. Era como si se aproximara una tormenta primaveral, como si en sus ojos bailaran nubes oscuras, de una intensidad hermosa, peligrosa y aterradora. Una sonrisa arrogante se dibujó en la comisura de sus labios antes de cambiar a una expresión de absoluto aburrimiento.

—Bienvenido, Señor de la Primavera —le saludó la directora Madreselva, con voz temblorosa de asombro.

El Señor de la Primavera me miró un momento antes de volverse hacia la directora y caminar hacia ella con pasos tranquilos. Vestía una larga túnica de lino verde bosque. Su presencia era tan abrumadora que el aire a su alrededor vibrara.

En respuesta a una señal invisible, las raíces salvajes se calmaron, retrocedieron y volvieron a desaparecer en la tierra sin dejar rastro. Los alumnos, liberados ya de su miedo, cuchicheaban y murmuraban entre ellos, con la mirada fija aún en la imponente figura del Señor de la Primavera.

—Parece un príncipe elfo —murmuró Eliza, aun cogiéndome de la mano.

—O un modelo de ropa interior de Calvin Klein —añadió Alex con admiración.

Me encogí de hombros, sin querer admitir que el breve contacto visual con el Señor de la Primavera casi me dejó sin poder caminar.

—Como sea, a pesar de su inmortalidad, no tiene el menor parecido con el conde Drácula —dije con indiferencia, mientras mi estómago gruñía una vez más.

La directora Madreselva se aclaró la garganta y nos dirigió una mirada reprobatoria antes de volver a centrar su atención en el Señor de la Primavera.

—Es un gran placer y un honor darle la bienvenida a nuestra modesta Academia.

Reprimí un bufido. *Modesta* no era la palabra adecuada para la Academia de Primavera. ¿A qué venía tanto alboroto? La directora Madreselva parecía a punto de arrodillarse y quitar el polvo de las botas de cuero verde oscuro del Señor de Primavera. Aún no decía nada, pero observaba su entorno como si hubiera preferido echarse otra siesta entre las raíces que enfrentarse a una multitud de estudiantes con la boca abierta.

—¿Cuándo empieza la primera prueba? —preguntó al fina con una voz que sonaba a proceder de la propia naturaleza, suave y a la vez poderosa, imitando el susurro del viento en los árboles.

La directora Madreselva parpadeó sorprendida. Era claro que esperaba que el Señor de la Primavera se presentara o saludara a los alumnos antes de decir cualquier otra cosa. Después de una entrada tan espectacular, era de esperar. Pero al Señor de la Primavera no parecían importarle esas costumbres. Más bien parecía estar aquí en contra de su voluntad, como si fuera un juez de casting que en vez de ya haberse jubilado, siguiera teniendo de esos contratos donde tiene que ver un sinfín de audiciones.

—La primera prueba empieza dentro de unas horas —dijo la directora, aclarándose la garganta—. Antes, desayunamos juntos…

—Tus alumnos deberían desayunar solos; a juzgar por los gruñidos de sus estómagos, lo necesitan más que nunca. Me gustaría retirarme hasta el comienzo de la prueba —la interrumpió con dureza el Señor de la Primavera.

El tipo era un auténtico rayo de sol. Miré a Eliza y a Alex con cara de «¿Qué onda con ese sujeto y así dice llamarse Señor de la Primavera?», pero, al parecer, seguían ocupadas mirándole con corazonsotes en los ojos del puro amor que le tenían.

—Por supuesto, Señor de la Primavera. Sígame.

La directora Honneysuckle, aún irritada pero demasiado entusiasta, apartó a los alumnos y le hizo señas al Señor de la

Primavera para que la siguiera. Salieron del patio y yo me crucé de brazos.

—Así que, ahora que todos hemos tenido la oportunidad de echar un vistazo al tipo, espero que todos estemos de acuerdo en que ninguno de nosotros quiere pasar las pruebas y seguirle a su mundo. ¿Estoy en lo cierto?

—¿Qué quieres decir? —Eliza frunció el ceño.

Resoplé.

—¿No es obvio? Es un maleducado de mierda… y bastante arrogante.

—¡Estás exagerando! —Alex se desentendió como si aquella actuación de diva no hubiera sido para tanto—. Tal vez solo está agotado por la transición entre su mundo y el nuestro. No todos los días te transportan a través de la tierra en medio de raíces.

—A mí me pareció mucho más cómodo que cualquier viaje en una aerolínea de bajo coste. Al menos no tenía una bolsa enorme que guardar en el equipaje de mano, un niño gritón en la fila de asientos de detrás y suficiente espacio para las piernas.

—Ay, es que sí tiene unas piernas bien bonitas —suspiró Eliza.

—¿Qué? —Sacudí la cabeza sin comprender.

—Tonificadas, largas y fuertes —me dijo entusiasmada, haciéndome dudar de si todas las novelas románticas que leía sí eran buenas para su salud mental.

—Eso es una blasfemia —la increpó Dalia, que había estado un poco apartada y ahora se unió a nosotros.

—No estoy blasfemando —se defendió Eliza.

No se trata de eso.

—¡No es un dios! —gemí entre dientes.

¿Por qué tanto alboroto? ¿Y por qué mis amigos no se daban cuenta de que esta selección era una muy, muy mala idea? En muchos sentidos.

Prueba A: el Señor de la Primavera, que obviamente tenía aún menos ganas de estar aquí que yo.

Prueba B: la conversación entre el profesor Chiswick y la directora que escuché por casualidad y que sugería que el trabajo como Elegido no estaba exento de peligros.

Y la prueba C: el hecho de que tuviste que dejar atrás todo y a todos los que querías cuando te fueras al mundo de la primavera.

¿Quién querría algo así?

—Hablaré con el profesor Chiswick —decidí—. Le diré que nos excluya de la selección.

—¡No! —protestaron Eliza, Alex y Dalia al unísono, pero para entonces ya me había marchado.

El profesor Chiswick estaba de pie con la profesora Willowtree, hablando en voz baja. Cuando me uní a ellos, la maestra de *Ciencias de las Plantas Mágicas* me dedicó una sonrisa apenada.

—Ahí está nuestra alborotadora. Estábamos hablando de usted, Srta. Sullivan. Se apuntó a la selección en el último momento, ¿he oído? ¡Me alegro por usted!

—Eso fue un error —dije obtusa—. Profesor Chiswick, necesito hablar con usted. Me gustaría que eliminara mi nombre de la lista de participantes. Y los de Eliza Bennett, Dalia Pîroz y Alex Rivera también.

El profesor Chiswick me miró, desconcertado. Parecía necesitar un momento para procesar mis palabras.

Finalmente, se quitó las gafas, las limpió y se aclaró la garganta.

—Eso no es posible, querida niña.

—¿Por qué no? Tiene que haber una manera. ¿Qué pasa si alguien se pone enfermo o…

—¿Está alguno de sus compañeros enfermos?, ¿o usted misma?

—No, pero…

—Todos lanzaron su nombre al estanque de los lirios e hicieron un pacto mágico, Srta. Sullivan.

—¿Y eso qué tiene que ver?

¿Qué iba a hacer el estanque de nenúfares si yo no participaba en la selección? ¿Me perseguiría por la noche como un charco que había cobrado vida en mi habitación y me ahogaría?

—¡Por favor! Con esto no se juega. —El profesor Chiswick me miró suplicante—. No quiero ser el culpable de su muerte, Srta. Sullivan.

Vale, eso no sonaba nada bien. O el profesor Chiswick estaba exagerando demasiado. Entonces tuve que preguntarme si también

estuvo exagerando aquella noche, cuando escuché su conversación con la directora. O no. En ese caso, tenía la opción de poner a todos mis amigos en peligro convenciéndoles de que no se presentaran a las pruebas. O podía dejar que las cosas siguieran su curso y esperar que ninguno de nosotros ganara la selección. Esto último sonaba más prometedor, sobre todo porque tenía que darle la razón a Alex: no se podía descartar del todo que solo hubiera soñado la conversación entre la directora y el profesor Chiswick.

No lo hiciste, dijo una voz en mi cabeza que casi me vuelve loca. Poco a poco, ya no sabía qué creer o qué no.

Mi estómago volvió a rugir.

—Debería ir a desayunar con sus amigos y fortalecerte —aconsejó el profesor—. La primera prueba va a exigir mucho

Admití la derrota. Parecía que solo podría ganar esta pelea si perdía. Y eso era exactamente lo que iba a hacer. Como el plan A fracasó, recurriría al plan B: reventaría la primera prueba con una explosión.

6

UNA PRUEBA EN PROFUNDIDAD

—Eso sí está profundo. —Alex tragó saliva mientras daba un paso atrás desde el borde del acantilado—. Muy, muy profundo.

Estábamos al borde de un enorme desfiladero que se extendía bajo nosotros como una boca abierta. A lo largo de las escarpadas paredes rocosas había plantas que florecían de un púrpura tan vivo que parecían casi irreales. El color contrastaba con la aguamarina del río que fluía por el desfiladero. El agua brillaba a la luz del sol naciente.

Éramos dieciséis alumnos reunidos aquí arriba con la directora Madreselva y el profesor Chiswick. Muy por debajo de nosotros, podía ver a los demás alumnos y profesores que asistirían al examen como espectadores. Estaban sentados en una tribuna para ellos, arqueando el cuello con curiosidad. El Señor de la Primavera aún no llegaba. Al parecer, no le importaba lo más mínimo que todo el mundo le estuviera esperando, o formaba parte de su gran entrada.

—Parece que tenemos que llegar al otro lado de alguna manera —dijo Dalia, señalando una bandera blanca en una de las rocas de enfrente, ondeando al viento.

—¡A tiro de piedra! —respondí irónica—. ¿Eso es solo cuánto? ¿Cuatrocientos metros en línea recta?

—Me pregunto cómo demonios vamos a llegar hasta allí —murmuró Alex.

Parecía cualquier cosa, menos entusiasmado. No era ningún secreto que le daban miedo las alturas y que el mero hecho de estar aquí era un reto para él.

Me le acerqué y le pregunté en voz baja:

—¿Seguro que quieres hacerlo?

Alex miró ansioso al abismo, pero luego se enderezó.

—Puedo arreglármelas. Además, aún no sabemos lo que tenemos que hacer. No esperarán que nos salgan alas y vayamos volando.

—Lo dudo —asentí.

Con nuestra magia, podíamos influir en la naturaleza. Podíamos invocar las raíces, crear gotas de rocío o cambiar el caudal de un río. Pero cambiar la fisonomía humana no era una de ellas.

Un silencio irreal descendió sobre el desfiladero, como si incluso los pájaros y los insectos contuvieran la respiración. Me di la vuelta y vi al Señor de la Primavera caminando hacia nuestro pequeño grupo. Esta vez sin ninguna entrada dramática, aparte del inquietante silencio. Sin palabras, se detuvo junto a la directora Madreselva y la saludó con una inclinación de cabeza.

—Qué honor… —balbuceó la directora, pero se detuvo al ver la mirada impaciente de su homólogo. Tal vez ella misma acababa de darse cuenta de que ya había tenido bastante con el honor—. Bueno, pasemos a la prueba.

—No le gustan mucho los preliminares —susurré y puse los ojos en blanco.

Las mejillas de Eliza enrojecieron y soltó una risita.

—No tengo ningún problema con eso.

—¿Qué te pasa? El tipo es un imbécil arrogante y, además, está reviejo.

—Trivialidades.

—¡Señorita Sullivan! Srta. Bennett —gritó la directora, indignada por el alboroto.

Era poco probable que nadie más que Eliza hubiera escuchado mis palabras, pero los labios del Señor de la Primavera se curvaron en una sutil sonrisa. Parecía estar mirándome directamente. Otra vez.

Aparté la mirada y planté toda mi atención a la directora Madreselva, que por fin estaba explicando las reglas de la prueba. Su voz resonó con claridad y firmeza por encima del borde del desfiladero.

—Damas y caballeros —comenzó—, hoy se enfrentarán a un reto que requiere algo más que fuerza o velocidad. Está vez tendrán que controlar ustedes mismos los elementos para abrirse camino.

Un murmullo recorrió el pequeño grupo. Los alumnos se lanzaron miradas interrogativas y sentí un nudo en el estómago.

—Deben crear un puente con el rocío helado de la mañana —continuó la directora—. Un puente lo bastante fuerte para llegar sanos y salvos al otro lado. Esto requiere no solo una manipulación precisa del agua y el aire, sino también un profundo conocimiento del equilibrio y la ligereza. Cualquier descuido puede acabar en las profundidades.

¡Bueno, aleluya!

—¿Y qué pasa si nos caemos? —preguntó Alex con ansiedad.

Algunos alumnos murmuraron. Buena pregunta. Es de suponer que ninguno de nosotros quería conocer las rocas de ahí abajo.

—Por supuesto, los profesores harán todo lo posible para que aterricen con suavidad —dijo la directora con rigidez.

—¿*Todo lo posible*? —repetí.

Eso no sonaba muy tranquilizador.

—Las pruebas son para prepararte para mi mundo —espetó el Señor de la Primavera—. Y allí no tendrás una segunda oportunidad si algo sale mal. Así que será mejor que te acostumbres a que esto no es un juego. Eso va para todos.

—Puede que algunos de nosotros sigamos prefiriendo conservar nuestros miembros intactos —repliqué.

El Señor de la Primavera me miró con ojos entrecerrados.

—Entonces me pregunto por qué *algunos de ustedes* están aquí. Supongo que no los obligaron, ¿o sí?

Cómo jode.

Miré a Eliza, Dalia y Alex con las cejas levantadas. ¿Seguían creyendo que no tenían nada que temer en el mundo de la primavera? Si era así, había llegado el momento de quitarles las

gafas de color de rosa. El Señor de la Primavera lo dijo más que clarito: esto no era un juego. Pero mis compañeros le miraban como si fuera Willy Wonka que quisiera llevarlos a su fábrica de chocolate, y me hubiera gustado sacudirlos uno por uno para hacerles volver en sí.

La directora Madreselva se aclaró la garganta.

—Quien domine esta tarea demostrará tener verdadero dominio sobre los elementos y merecerá estar en la siguiente ronda. El primero en llegar al otro lado recibirá doscientos puntos. El segundo obtendrá cien y el tercero cincuenta. Todos los demás participantes que consigan cruzar el desfiladero recibirán treinta puntos, los demás quedan eliminados. Así que todo es cuestión de velocidad. Pero no lo olviden: un puente construido con demasiada precipitación o descuido podría ceder bajo tus pies.

Doscientos puntos por el primer puesto. Si ganaba el examen, mi año escolar estaría salvado. La idea me hizo estremecer los miembros, pero entonces recordé las palabras de la directora Madreselva: «¿Qué crees que pasaría si les dijéramos a los alumnos que se estaban jugando la vida en el Mundo de Primavera?».

Si ganaba la prueba, estaba un paso más cerca de la victoria y, por tanto, del mundo de la primavera. Eso no podía suceder. Antes prefería estar atrapada en la Academia de Primavera por otro año.

—Bien, si no hay más preguntas, ¡comencemos el examen! El Señor de la Primavera dará la señal de salida —dijo la directora, dando un paso atrás para permitir que el joven que estaba a su lado fuera el primero.

Miré a mis compañeros. Se notaba la tensión en sus caras. Alex parecía dispuesto a deleitar el interior de su estómago al mundo exterior. Eliza se contoneaba como si tuviera un aro de hula-hula invisible alrededor de las caderas. Dalia escudriñaba el desfiladero con la concentración de un campeón mundial de ajedrez tratando de calcular cuántos movimientos le llevaría llegar al otro lado. ¿Y Raider Johnson? Se frotaba las manos como si estuviera a punto de ganar el primer puesto en el *concurso de villano del año*. Tenía esa mirada de «sobreviviré a todos ustedes», y habría apostado mi última

chocolatina a que ya estaba tramando cómo hacernos caer por el desfiladero uno a uno.

Sí, de alejarme de él era seguro. Y haría todo lo que estuviera en mi mano para no ganar esta prueba. Incluso si eso significaba que tenía que cruzar el desfiladero a paso de tortuga. La idea de estar de pie a cien metros de altura sin nada más que unas gotas de rocío helado para mantener el equilibrio no era nada atractiva.

—En cualquier caso, les deseo mucho éxito —dijo el Señor de la Primavera. Sonaba aburrido, como si tuviera que reprimir un bostezo.

¡Snob arrogante!

Al menos podría haber mostrado un poco de simpatía. Después de todo, su vida no estaba en juego aquí.

No tuve tiempo de enfadarme más por su indiferencia, porque entonces levantó la mano. Sus dedos se movieron suavemente, como si tocara un arpa invisible. Y en ese momento, el rocío de la mañana que yacía sobre las hierbas y las hojas de los alrededores empezó a brillar y a resplandecer. Era como si mil estrellas diminutas se despertaran y cada gota fuera una luz que esperaba su señal.

Respiré hondo, me concentré en el hormigueo mágico de las yemas de los dedos, en el susurro del aire a mi alrededor y en el suave fluir del agua bajo nosotros. Todo se fundía en uno. Solo de pasada me di cuenta de que mis compañeros se colocaban en posición para la salida.

Con una repentina y aguda palmada, el Señor de la Primavera juntó sus manos y el aire a nuestro alrededor tembló. Era la señal. La prueba había comenzado.

Mi magia palpitaba mientras estiraba las palmas hacia el cielo, dispuesta a tejer la fina red del rocío matutino. Pero me contuve, dejando pasar a los demás.

Por el rabillo del ojo, vi cómo Raider se precipitaba hacia delante. Su puente era robusto y rápido, pero descuidaba el equilibrio necesario para estabilizarlo. Dalia formó un sólido camino de brillantes gotas de rocío con su precisión habitual, con los ojos fijos en el objetivo y los labios susurrando con firme concentración. Eliza

la siguió, con una mezcla de prisa y cautela, mientras Alex avanzaba con lentitud, pero la mirada clavada en el abismo.

¡Así que vamos!

Inspiré y espiré profundo, dejando que el aire fresco de la mañana llenara mis pulmones y concentré toda mi atención en la magia que llevaba dentro, sintiendo cómo fluía desde mi corazón a través de mis brazos. Extendí las manos hacia el fino rocío de las hojas circundantes y separé los dedos.

—Rocío de la mañana, une, fluye, unido al aliento del bosque. *Esil'rae thal'een morith, talen'or silvae* —recité en voz baja las palabras en el antiguo lenguaje de la magia de la naturaleza.

Palabras que sonaban en un suave susurro del viento y hacían vibrar los cristales de rocío de las hojas.

Las gotas reaccionaron a mi magia. Se desprendieron de las hojas, flotaron hacia arriba y brillaron a la luz del sol. Con movimientos tranquilos y concentrados, empecé a entrelazarlas para formar un puente. En mi mente las visualicé, vi cada conexión de las gotas de rocío, cada estructura de soporte necesaria para crear un paso sólido. Mantuve el equilibrio entre el aire y el agua, sintiendo cada pequeño cambio de temperatura en la punta de los dedos.

Cuando estuve lista, coloqué con cuidado un pie sobre el puente translúcido. La construcción de cuerda se balanceó a penas bajo mi peso, pero se mantuvo firme. Me temblaron las rodillas al dar un paso y luego otro.

Funcionó.

Cuando llegué al centro del desfiladero, alcé los ojos triunfante para ver hasta dónde habían llegado ya mis compañeros. Dalia iba en cabeza. Detrás de ella, Raider y Jasper, el enamorado de Alex, luchaban por el segundo puesto. Y la lucha era literal. Raider no dejó piedra sin mover para desequilibrar a Jasper. Le dio codazos e incluso manipuló su puente. Sin embargo, Jasper no se inmutó ante los ataques de Raider. Estaba concentrado en su objetivo.

¡Bien por él!

Estaba a punto de dar otro paso cuando un grito rompió el tenso silencio. Delante de mí, vi resbalar a una de mis compañeras, Lara.

Su pie había resbalado en su puente de gotas de rocío a medio terminar y ahora caía en picado hacia las profundidades.

Los profesores reaccionaron con la velocidad del rayo. El profesor Chiswick extendió las manos y murmuró palabras apresuradas. Un viento atrapó a Lara y desvió su caída, haciendo que su cuerpo esquivara las rocas mortales por un pelo. Cayó al río y desapareció.

Miré fijamente la ondulante superficie del agua que había debajo de mí. ¿Dónde estaba Lara? ¿Por qué no reaparecía?

Los alumnos de las gradas se levantaron de sus asientos horrorizados, mientras murmullos y voces preocupadas resonaban en el aire. Los profesores se miraron impotentes, sus rostros reflejaban preocupación e incertidumbre.

—Va a volver a aparecer, ¿verdad? —susurró Alex, que estaba de pie no muy lejos de mí, con la voz temblorosa.

—Claro que sí —dije, aunque estaba lejos de estar segura.

La directora Madreselva y el profesor Chiswick se acercaron al borde del desfiladero y observaron el agua. Tenían el rostro tenso y la frente arrugada por la preocupación. El Señor de la Primavera, hasta entonces impasible ante lo que estaba ocurriendo, también se acercó al borde. Levantó una mano y el agua del río empezó a agitarse. Los alumnos y profesores contuvieron la respiración, esperando, deseando. Pero Lara no apareció. El agua volvió a calmarse, se volvió suave y quieta. Una sensación opresiva se extendió por mi pecho.

¿Y si…?

—Continuamos con la prueba —anunció el Señor de la Primavera con una voz que no admitía discusión—. Cada uno conocía los riesgos. Esto no es un juego.

Sus palabras me golpearon como un mazazo. El peligro era real, mortal. Una mirada a mis amigos bastó para darme cuenta de que ellos también ahora comprendían la gravedad de la situación. Nuestra supervivencia en esta prueba dependía de nuestra capacidad para dominar la naturaleza y superar nuestros miedos.

—No puedo hacerlo, Linn —gimoteó Alex a mi lado—. No puedo hacerlo. No puedo hacerlo.

Su mirada estaba fija en el abismo que teníamos debajo, en los escarpados acantilados y en el agua azul profundo que había engullido a Lara.

—Sí, sí puedes —le tranquilicé—. Solo tienes que mirar hacia delante y poner un pie delante del otro.

—No. —Alex sacudió la cabeza con frenesí. Las lágrimas corrían por sus mejillas—. Voy a morir, Linn. Voy a morir aquí.

Su respiración era errática. Estaba a punto de sufrir un ataque de pánico.

—Respira, Alex. ¡Necesitas respirar hondo!

—No puedo.

Maldición. Maldición, maldición, más maldición.

Si Alex se cerraba ahora, no llegaría al otro lado.

—¡Cálmate! Voy hacia ti —le ordené.

Tejí un nuevo hechizo, ordenando a mi puente de gotas de rocío que se conectara con el de Alex. Empezó a oscilar, pero conseguí llegar hasta él. Su rostro estaba pálido y todo su cuerpo temblaba.

—Ya —jadeé sin aliento—. Ya estoy aquí contigo. ¡Agárrate a mí! Podemos hacerlo.

—¿Y si no lo hago? —La voz de Alex era llana y asustada.

Nunca lo había visto así. Pero tampoco había estado nunca con él a cien metros de altura, con nada más que un poco de agua helada bajo nuestros pies.

—Confía en mí —le dije y tomé su mano con firmeza entre las mías. Estaba empapada de sudor.

Lentamente, nos dirigí hacia delante. Cada paso era un acto de superación, cada respiración una lucha contra el miedo paralizante. El puente parecía balancearse bajo nuestros pasos conjuntos, como si estuviéramos en una cuerda estrecha por encima del abismo. Sentía cómo Alex se aferraba a mi mano y sus uñas se clavaban en mi piel. Juntos sentimos que avanzábamos.

Sigue, nada más sigue. No mires hacia abajo.

De repente se oyó un crujido, un ruido que me hizo estremecer. Nuestro puente empezó a balancearse, las gotas de rocío parecían perder su solidez.

Mi corazón se aceleró.

—¡Rápido! —grité y tiré de Alex conmigo.

Empezamos a correr, un sprint desesperado a través del puente en ruinas. El aire a nuestro alrededor silbaba mientras corríamos por la inestable estructura. Alex tropezó y yo tiré de él sin aminorar el paso. Debajo de nosotros, el abismo se abría como una boca bostezante, lista para tragarnos si caíamos.

A cada paso, más gotas de rocío se deshacían, desintegrándose en niebla, aire y agua. El corazón me latía con fuerza en la garganta y el viento me azotaba la cara. El miedo, la adrenalina y la determinación se mezclaban en mi sangre.

Corrimos. Pasamos por delante de nuestros compañeros, que se detuvieron asombrados. Pasamos a Raider y Jasper.

Entonces, con un último y desesperado salto, llegamos al otro lado del desfiladero. Nuestros pies tocaron tierra firme y nos detuvimos jadeantes. Nuestros cuerpos temblaban por el esfuerzo y el alivio.

Un murmullo recorrió la multitud de las gradas situadas debajo de nosotros. Cerré los ojos e intenté calmar mi pulso acelerado. Cuando volví a abrirlos, Dalia estaba a mi lado. Todavía tenía el susto en la cara.

—Eso estuvo cerca —murmuró—, casi…

No se atrevió a decir las palabras, pero ambas sabíamos lo que quiso decir: Alex y yo casi caíamos en las profundidades.

—¿Estás bien? —le pregunté a Alex, que estaba arrodillado en el suelo y seguía luchando por respirar.

Se ajustó las gafas con dedos temblorosos y me miró.

—Sí, yo… estoy bien. Pero, ¿y tú?

—¿Qué me pasa? —pregunté, mirando a un lado y a otro entre Dalia y Alex, que me miraban como si tuviera una planta exótica creciendo en la cabeza—. ¿Me perdí algo?

Dalia soltó una carcajada incrédula.

—Eso parece.

En el mismo momento, la voz de la directora Madreselva retumbó a través del desfiladero.

—Doscientos puntos para la ganadora de la primera prueba: Linnea Sullivan.

¿Qué? ¿Gané sin querer?

7

DOS SON EL PRINCIPIO DE UNA REBELIÓN

—¡Estamos tan orgullosos de ti, cariño!

La voz de mamá sonaba eufórica, casi un poco emocionada. Frunciendo el ceño, miré el móvil que yacía sobre mi cama desarreglada —¿qué persona normal consigue hacer su cama?—, y en el que acababa de activar la función de altavoz para despojarme de mi ropa, empapada de sudor por el examen.

—¿Orgullo? ¿Por qué? —pregunté con suspicacia.

Mamá nunca me hablaba así y si empezaba ahora, algo iba mal. Quizá había convertido mi antiguo cuarto en una sala de yoga y estaba intentando enseñarme con delicadeza que ya no había sitio para mí en casa. O tal vez se metió en uno de esos foros para padres en los que se dan consejos sobre cómo tratar a hijas adolescentes caprichosas.

—Porque participas en la selección, obvio —exclamó exultante—. Y porque ganaste la primera prueba. Lysander estaría tan impresionado con su hermana mayor si aún viviera.

Sus últimas palabras fueron acompañadas de un sollozo, y me puse rígida. No hablábamos de Lysander. No desde que murió. Y odiaba que me llamara su hermana mayor, aunque solo era un minuto más joven que yo. Como si yo hubiera sido responsable de él.

—¿Cómo sabes que he ganado el examen? —pregunté mientras cogía mi desodorante para untármelo bajo las axilas.

Se hizo el silencio en la línea durante un momento, y luego mi madre dijo:

—Llamamos por teléfono a Dalia porque queríamos saber cómo ha estado.

¡Ah! Había olvidado por completo que mamá y Dalia seguían en contacto. Hablaban por teléfono casi todas las semanas, más a menudo que conmigo, lo que decía todo sobre nuestra relación.

—Quizá tú seas la próxima elegida —dijo mamá esperanzada.

Para que yo me fuera al mundo de la primavera y ella no tuviera que volver a saber de mí. Eso podría convenirle.

—Sí, puede ser —murmuré y me senté en la cama junto al móvil.

De repente me sentí demasiado cansada. Tan cansada que quería dormirme ya.

—Tu padre también quiere felicitarte. Te lo paso. Cuídate, cariño.

Hubo un susurro y luego un largo e incómodo silencio en el que pude oír la respiración de mi padre.

—Hola, papá —dije en voz baja.

—Hola, pequeña.

Me sentía impotente. La última vez que mi padre y yo nos hablamos fue en el funeral de Lysander. Y las palabras que se dijeron desgarraron heridas profundas. Ni siquiera recordaba por qué habíamos discutido, pero dolió. Dolió mucho.

—Bueno, yo… gané la primera prueba —tartamudeé, por decir algo.

Se aclaró la garganta.

—Ya lo he oído. Qué bueno.

—Gracias.

Silencio de nuevo.

Apreté los labios desesperada. En contra de mi voluntad, se me llenaron los ojos de lágrimas. En un descuido, me las enjugué.

—Yo… —empezó mi padre y luego se detuvo. Respiró entrecortadamente y volvió a empezar—: Espero que te presentes a las pruebas por razones correctas.

Por supuesto que tenía que decir eso. No podía creer ni por un momento que su hija estuviera haciendo algo por razones honorables. Y el hecho de que tuviera razón solo lo empeoraba.

—Voy a colgar —dije sin ton ni son y cogí el móvil.

—¡Linnea! —La voz de mi padre había adquirido una urgencia que me hizo detenerme—. No quiero que te pongas en peligro si no es necesario. No podría soportarlo si…

—Estoy bien, papá —le tranquilicé, trayendo a mi mente el momento en que Alex y yo casi que patinamos por el desfiladero.

Fue de todo, menos seguro. Aunque Lara, la alumna que se cayó, sobrevivió, pero tenía varios huesos rotos. La encontraron unos minutos después de terminar el examen. Había flotado y había sido arrastrada por el río hasta la orilla. Un destino que me alegraba no haber compartido.

—De acuerdo. —Mi padre dejó escapar un suspiro casi inaudible —. ¡Cuídate, pequeña!

De repente, el corazón me dio un vuelco, pero me obligué a esbozar una sonrisa tan amplia que se me notaba en la voz.

—Lo haré, papá. Te lo prometo.

~

—Esto es...

Me quedé sin palabras al entrar en el comedor escolar: estaba redecorado como salón de banquetes. Pero Eliza, que estaba a mi lado, pareció encontrar las adecuadas.

—…decadente —terminó mi frase, con los ojos brillantes.

El lugar que unas horas antes fue el escenario de mi batalla diaria por el último trozo de pizza sin berro ya no estaba. Donde antes había mesas y sillas sencillas a la hora de comer, ahora una larga mesa con un bufé dispuesto en bandejas de plata nos esperaba. Mi mirada se deslizó sobre coloridas fuentes de fruta, bocaditos de salmón y queso fresco —con todo tipo de verduras, por supuesto—, una enorme tabla de quesos y postres decorados en vasitos.

—¿Nos servimos? —reflexionó Eliza—. ¡Estoy hambrienta! Esa prueba fue muy dura.

—No hasta que llegue el invitado de honor —dijo Dalia, señalando con la cabeza el atril de madera del otro extremo de la sala, que hasta ahora me había pasado desapercibido.

Al parecer, los profesores y el Señor de la Primavera podían acomodarse allí arriba, en su palco VIP privado, mientras que nosotros, los de a pie, teníamos que permanecer de pie. En una larga mesa había unas veinte sillas cubiertas de terciopelo rojo. Algunas ya estaban ocupadas. Reconocí a la directora Madreselva, al profesor Chiswick, al profesor Bonnet, al profesor Chanteloup, quien nos daba *Lenguajes primigenias de la magia de la naturaleza* y…

¿Raider Johnson?

¿Qué demonios hacía allí?

—Linnea, creo que tu nombre está en una de las tarjetas —chilló Eliza emocionada—. Y también el de Alex. Parece que los tres ganadores del concurso estarán sentados en la mesa de los profesores.

Miré disculpándome a Dalia. Debería haber estado sentada allí. Pero cuando Alex y yo nos precipitamos sobre el puente de gotas de rocío que se derrumbaba, ella se quedó congelada, mirándonos anonadada, y Raider se le había adelantado en el último momento.

Dalia sonrió con valentía.

—¡Venga, vamos! ¡Arriba! Alex y tú, tienen que disfrutar de su victoria.

Dudaba que fuera un placer cenar con Raider, un puñado de profesores y el Señor de la Primavera, pero asentí.

—¿Dónde está Alex? —pregunté mientras observaba a la multitud de estudiantes que iban llegando poco a poco.

Dalia se encogió de hombros.

—Quería acostarse un rato. La prueba le afectó demasiad. Tal vez se quedó se quedó dormido.

—Iré a ver a nuestra Bello Durmiente —ofreció Eliza—. ¡Prueben unos aperitivos por mí!

—No, antes… —empezó Dalia.

—…el invitado de honor tiene que venir. —Eliza y yo terminamos su frase al mismo tiempo, lo que provocó que sonriera.

De mala gana, me dirigí a las gradas y tomé asiento junto a Raider. Incluso sentado, el tipo era una cabeza más alta que yo. Su pelo rubio caía sobre su frente y me escrutó con mirada desafiante.

—Lo que hicieron con Alex esta mañana fue impresionante —dijo, como si todo hubiera sido un número de circo improvisado.

Me encogí de hombros mientras miraba los platos de plata y las copas pulidas.

—En realidad no fue intencionado.

—Pero sí valiente —intervino la profesora Willowtree, que ahora también se había unido a nosotros—. Estoy impresionada por la presencia de ánimo y la audacia con la que actuó, señorita Sullivan. Hay que felicitarla por ello.

Raider lanzó una especie de gruñido.

—Bueno, pero ¿dónde estaba su presencia de ánimo cuando destruyó ese invernadero? Me enteré de la tragedia, profesora Willowtree. Mi más sentido pésame.

Raider no sería Raider si no se hubiera burlado de mí. Le dirigí una mirada mordaz, pero la profesora pareció confundir su burla con auténtica simpatía.

Teatralmente, se apretó el corazón.

—Mi querido muchacho, muchas gracias por tus palabras. La verdad es que ha sido una pérdida dramática. Ese invernadero era como un segundo hogar para mí.

Murmuré una disculpa, que fue ahogada por el murmullo atónito de los alumnos cuando el Señor de la Primavera entró en la sala. Por supuesto, tenía que hacer otra gran entrada. Iba vestido con una larga túnica verde oscuro entretejida con hilos de plata y parecía aún más distinguido que de costumbre. Los profesores se pusieron en pie cuando se dirigió hacia la tribuna, y Raider y yo hicimos lo mismo.

Con una sensación de inquietud en el pecho, me di cuenta de que el asiento de al lado estaba libre y que, obviamente, estaba reservado para el Señor de la Primavera. Tal vez era un gran honor para el ganador de la primera prueba, pero yo habría prescindido de él con mucho gusto.

El Señor de la Primavera ni siquiera pareció reparar en mí mientras se sentaba con elegancia en la silla de al lado y se giraba para mirar a la directora, que estaba sentada a su otro lado. Los dos intercambiaron unas palabras en voz baja, que no pude entender, antes de que la directora Madreselva se levantara de su asiento.

—Señoras y señores, la primera prueba ha quedado atrás. Ha sido una competencia emocionante con un resultado sorprendente. —La directora me miró antes de volver su atención a los demás alumnos—. Esta noche queremos celebrar a los ganadores. Pero no olvidemos que la selección tiene un propósito honorable. El Señor de la Primavera está aquí para encontrar una pareja que le ayude en su batalla contra la Primavera Eterna. Una tarea que requiere gran dedicación y cuidado.

Sentí que el Señor de la Primavera se tensaba a mi lado. Su mano se cerró en un puño bajo la mesa antes de volver a abrirla y estirar los dedos. Algo en las palabras de la directora parecía haberle conmovido. ¿Pero qué?

—¡Un aplauso para todos los que se sientan a la altura y prueban suerte en las pruebas!

La directora aplaudió y los alumnos siguieron su ejemplo. Me sentí incómoda bajo todas las miradas, más la del Señor de la Primavera, que después de todo sí se volvió hacia mí y me observaba ahora con una expresión indefinible.

—¡Que empiece la fiesta! —gritó la directora y volvió a sentarse.

Los estudiantes se abalanzaron sobre el bufé y llenaron sus platos de aperitivos como si estuvieran a punto de morirse de hambre. Unos cuantos estudiantes de clase baja, con uniforme de camareros, se acercaron a nuestra mesa y nos sirvieron bebidas. Nos pasaron bandejas con comida. Raider paladeaba bocados en su plato como si se preparara para la hibernación, pero yo estaba demasiado nerviosa para comer nada. Me aferré al fino tallo de la copa en la que burbujeaba el vino espumoso. ¿Dónde demonios estaba Alex? No podía dejarme aquí sola.

—Te tiembla la mano.

—¿Qué?

Los dedos del Señor de la Primavera se cerraron en torno a los míos, me arrebataron el vaso de la mano y lo colocaron sobre la mesa frente a mí.

—Lo romperás —dijo, con una ligera sonrisa en la cara.

—Oh.

Junté las manos sobre el regazo, enfadada conmigo misma porque mi nerviosismo era tan evidente. Este tipo egocéntrico seguiría pensando que mis nervios extenuados tenían algo que ver con él.

—¿No quieres comer nada? Esta mañana parecía que era lo único que te importaba.

Aludía a mis gruñidos estomacales y al hecho de que había cuestionado el procedimiento de la prueba, y solo porque quería conservar mis extremidades. Qué mezquina fui.

—Gracias. No tengo hambre —dije rígida y crucé los brazos delante del pecho.

Estaba hirviendo dentro de mí. Pero me contendría. Ya había causado suficiente caos en los últimos días, e insultar al Señor de la Primavera no me ayudaría a graduarme.

Pero a mi vecino no le pareció suficiente mi silencio. Se inclinó un poco hacia mí.

—¿Por qué tengo la sensación de que es la única que de verdad no quiere estar aquí, señorita Sullivan? —preguntó en voz baja.

Vale, me rindo. Una chica solo puede mantener la boca cerrada un tiempo antes de explotar por dentro.

—¿De verdad soy la única? —repliqué, lanzando una mirada desafiante a mi interlocutor—. Porque me parece que estás tan desinteresado como yo en todo este circo.

Desde su llegada, no parecía poder esperar a abandonar de nuevo el mundo humano. No había dirigido ni una sola palabra amistosa a los profesores y alumnos. Durante la prueba, parecía preferir una endodoncia sin anestesia. E incluso ahora parecía que este banquete no era más que otro punto de su interminable lista de tareas pendientes.

Se aclaró la garganta.

—Touché. —Una sutil sonrisa se deslizó por sus labios—. Ya somos dos. Deberíamos tener cuidado: uno es un inconformista. Dos son el comienzo de una rebelión.

La idea parecía divertirle, pero no entendía por qué. Quería encontrar pareja. ¿No es así?

—¡Lo siento, lo siento, lo siento! —Alex irrumpió en las gradas, agarró la última silla libre junto a Raider, lo arrastró chirriando por el suelo de madera y se apretujó entre nosotros—. Me quedé dormido.

—¿Te dormiste? —repetí dubitativa, escrutando el pelo despeinado, las mejillas sonrojadas y los labios hinchados de Alex—. ¿Así lo llamas hoy?

Levantó las manos con una sonrisa.

—Vamos. ¿No me vas a dejar escapar con una mentira piadosa en un día como hoy? —Bajó la voz a un susurro conspirativo—. Le prometí a Jasper que no lo contaría todo de inmediato.

—Lo que estás haciendo —comenté irónica, haciendo que las mejillas de Alex adquirieran el color de los tomates maduros.

Hizo un gesto como si fuera a cerrar la boca con una llave imaginaria y a tirarla a la basura, pero por muy inquieto que se moviera de un lado a otro de la silla, no sería capaz de mantener el silencio ni cinco minutos.

—¡Eh, Rivera! No me digas que alguien sintió tanta lástima por ti después de tu pequeño ataque de pánico de esta mañana que se resbaló encima tuyo —se mofó Raider.

—¡Vete a la mierda, Johnson! —replicó Alex en voz alta, lo que le valió una mirada de reproche de la profesora Willowtree.

—Señor Rivera —gritó indignada—. ¡Compórtese! ¿Qué va a pensar el Señor de la Primavera de su vocabulario?

Me volví hacia el asiento de al lado, un poco curiosa por ver qué pensaba el Señor de la Primavera. Pero su silla estaba vacía. Ya no estaba. Desapareció.

8

TRESCIENTOS SON LOS NUEVOS VEINTE

Bostezando, salí trotando del salón de baile. Los estudiantes que habían sido esclavizados como camareros estaban desmontando el bufé para hacer sitio a una pista de baile. Pensé que ya había aguantado bastante. Después de todo, a diferencia del Señor de la Primavera, tuve la decencia de esperar hasta el final del banquete.

Estaba cansada. La prueba y todo el ajetreo me terminaron por bajar las energías, y el hecho de que Alex se hubiera pasado horas mordiéndome la oreja y delirando con los besos de Jasper tampoco ayudaron.

Las voces y las risas se hacían más silenciosas cuanto más me alejaba del salón de baile. Tomé uno de los pasillos poco iluminados que conducían al ala residencial de la Academia. Cuando llegué al patio interior, me detuve un momento. A la suave luz de la luna, todo parecía tranquilo y apacible. El estanque de lirios ondulaba con sutileza y las hojas de los árboles y arbustos brillaban con un misterioso color plateado. Pero a pesar del aparente idilio, había algo en el aire que no se podía comprender: una tensión palpable, casi como si la naturaleza contuviera la respiración. Ningún animal crujía entre la maleza. El brillo vibrante de los zarcillos de luz de las estrellas era solo un resplandor apagado. Y el canto de los helechos susurrantes sonaba más oscuro y melancólico que de costumbre.

¿Qué estaba pasando aquí?

Di un paso hacia el patio. El aire fresco de la noche me rozó la piel y sentí que los vellos de la nuca se me erizaban ligeramente. El silencio era tan profundo que parecía casi tangible. Una vaga sensación de inquietud creció en mi interior. Me pregunté por un momento si debía llamar a alguno de los profesores, pero luego negué con la cabeza. Era que estaba demasiado cansada y me estaba imaginando cosas extrañas. El día fue largo y agotador. Estaba bien estar un poco paranoica.

Estaba a punto de volverme cuando vi una figura con una túnica verde oscuro sentada en la orilla del estanque de nenúfares.

El Señor de la Primavera.

Me quedé quieta, indecisa. ¿Debía acercarme? No parecía ser alguien que estuviera buscando compañía y yo podía prescindir de la suya. Al fin y al cabo, no quería molestarle por si estaba enfrascado en una conversación filosófica con una fronda de helecho.

Tal vez fuera la forma en que sus manos arañaban la tierra húmeda. O la tensión de sus hombros, la postura rígida que delataba un conflicto interno.

—¿Va todo bien? —me oí preguntar antes incluso de poder pensar en mis palabras.

No reaccionó. En su lugar, se quedó mirando la superficie iluminada por la luna del estanque de nenúfares, que parecía más oscura de lo habitual.

¡Estupendo!

¿Por qué, de todos los demonios del mundo, pensé que era buena idea volver a abrir la boca? Ahora ya no podía escabullirme sin que nadie se diera cuenta. No se me daba bien mantener la boca cerrada.

Me acerqué despacio al Señor de la Primavera. Oí su respiración profunda y controlada. Parecía luchar consigo mismo. Como si le costara controlarse y controlar sus emociones, fueran cuales fueran. En silencio, me senté a su lado en la orilla del estanque, manteniendo una distancia respetuosa. Durante un momento que me pareció eterno, permanecimos sentados uno al lado del otro.

—Demasiada gente —murmuró de forma casi inaudible, con la voz áspera por la emoción reprimida—. Demasiado ruido…

demasiado abrumador.

Eso tenía sentido. El Señor de la Primavera vivía en un mundo muy diferente al nuestro. Un mundo en el que solo existían él y las criaturas de la primavera, y una compañera que había perdido hacía poco.

No sabía mucho sobre la última Elegida. Solo que estuvo sirviendo al Señor de la Primavera durante cincuenta años. Las reglas dictaban que no sabríamos nada sobre el paradero de los Elegidos ni cómo les había ido después. Así como tampoco teníamos la menor idea de la tarea que se nos encomendaba como Elegidos. Quien ganara las pruebas ayudaría al Señor de la Primavera a salvar al mundo humano de la eterna primavera. Eso era seguro. Pero ninguno de nosotros sabía lo que de verdad nos esperaba.

Los zarcillos de luz estelar parpadeaban inquietos y me arrancaron de mis pensamientos. Observé al Señor de la Primavera por el rabillo del ojo. Tenía cerrados los párpados. Su respiración era ahora más rápida y tenía las manos tan apretadas que los nudillos los tenían blancos. Parecía a punto de sufrir un ataque de pánico.

Nada bien. Nada bien.

Al fin y al cabo, la naturaleza parecía reaccionar ante el Señor de la Primavera, y por si en su pánico conjuraba una tormenta o una rosa salvaje guardiana, prefería no sentarme en primera fila.

—Vale, verdad o mentira: prefiero tomarme el café con coca.

—¿Qué? —El Señor de la Primavera abrió los ojos y me miró, sin comprender y un poco confuso.

—¿Verdad o mentira? —repetí.

Parpadeó.

—Mentira. Nadie en su sano juicio haría algo así.

—Bueno, mal, es la verdad. Tal vez no estoy en mi sano juicio. —Definitivamente no estaba en mis cabales si seguía adelante con esto—. ¡Tu turno!

El Señor de la Primavera me miró como si hubiera perdido la cabeza, pero mi maniobra de distracción pareció funcionar. Sus manos se relajaron y se frotó la frente con los dedos.

—No estoy seguro…

—¡Vamos! —le insté.

—Bueno, está bien. —Admitió su derrota con un suspiro teatral, como si le hubiera sugerido que caminara descalzo sobre carbones encendidos en lugar de jugar conmigo a un juego inofensivo. Miró los zarcillos de luz de las estrellas pensativo durante un momento y luego dijo—: Verdad o mentira, la directora Madreselva me ha invitado a sus habitaciones privadas para una *degustación* de té de hierbas.

—¡No lo hizo! —Solté una risita.

—Lo hizo. —Una sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios.

—Eso es muy… sexy. No creo que vuelva a mirar a la directora Madreselva con los mismos ojos.

—Absolutamente comprensible. A mí también me sorprendió mucho esa oferta inmoral.

Asintió con seriedad, y entonces ambos estallamos en carcajadas, reventando el ambiente tenso como una pompa de jabón.

—¿Te sientes mejor ahora? —pregunté cautelosa.

Ladeó la cabeza y me miró con una sonrisa de dolor.

—Lo tengo cubierto.

—De acuerdo. —Levanté las manos en un gesto de no *quiero interferir*, aunque eso era justo lo que acababa de hacer—. Pero si en tu pánico conjuras una tormenta de primavera o algo así, ¡por favor avísame a tiempo!

Resopló divertido.

—En serio tienes fe en mis habilidades.

—Bueno, en realidad no te conozco. Prefiero ir a lo seguro.

—Comprensible —asintió—. Después de todo, hay que tener mucho cuidado con los arrogantes y viejos gilipollas.

¡Joder!

Así que escuchó lo que le die a Eliza sobre él antes del comienzo de la primera prueba. Eso era embarazoso ahora. Demasiado embarazoso.

—Lo siento —murmuré con timidez.

Levantó las manos y frotó la tierra húmeda. Su postura era ahora mucho más relajada que unos minutos antes.

—Nunca debes disculparte por lo que crees que es la verdad.

—Como dije, no te conozco. Tal vez me apresuré a juzgar.

Después de nuestra pequeña sesión de *verdad o mentira*, ni siquiera era una frase de cortesía. Tuve la sensación de que había descubierto otra faceta suya. Y ese lado me gustaba, de una forma platónica, por supuesto. Dejé los enamoramientos para Eliza y la directora Madreselva.

—Bueno, lo cierto es que soy bastante viejo —respondió, sin preocupaciones—. Aunque solo pueda recordar grandes partes de mi vida en fragmentos.

—¿Entonces por qué pareces tan joven? —solté.

Tal vez no fuera la pregunta más adecuada, pero había sido él quien inició el striptease de almas.

—¿Cómo es que hace tantas preguntas, señorita Sullivan? —replicó.

—Tengo curiosidad.

—Quizá demasiada.

Vale, dio justo en el clavo. Pensé en cómo podía dirigir nuestra conversación en una dirección más inocua.

Pero lo único que se me ocurrió fue otra pregunta:

—¿Tienes nombre?

—¿Perdón? —Alzó las cejas, irritado.

—Bueno, es un poco incómodo llamarte siempre Señor de la Primavera. Así de: «Hola, Señor de la Primavera, ¿cómo estás? ¿Durmió bien, Señor de la Primavera? Señor de la Primavera, ¿cómo será la próxima prueba?» —empecé a balbucear. Siempre lo hacía cuando estaba nerviosa.

Me observó con un brillo divertido en los ojos. Y en sus labios, las esquinas de estos se curvaron un poquito.

—Me llamo Valerian.

—Valerian —repetí, sorprendida de que acabara de decirme su nombre de pila.

—Y no, no puedo decirte cómo será la siguiente prueba, *Linnea*.

Bueno…

Había memorizado mi nombre de pila y me tuteaba. La repentina familiaridad que esto me producía era extraña y me provocaba un cosquilleo desconocido en el estómago que no lograba ubicar.

Este hombre era un misterio. Todos —alumnos y profesores— hablaban siempre de él con el mayor respeto, como si fuera un dios o algo así. Y en cierto modo lo era: velaba por el mundo humano, protegiéndonos de la eterna primavera. Era capaz de dominar la naturaleza. Pero, aun así, ahora estaba sentado aquí, conmigo, codo con codo, hablando de la afición de la directora Madreselva a las infusiones y de la demencia en la vejez —aunque él no lo habría llamado así—. Yo no me dejaba impresionar tan fácil por esas cosas. Sin embargo, la repentina proximidad a aquel hombre poderoso y, ciertamente, bastante apuesto me inquietaba.

—Creo que debería irme a la cama —dije y me levanté de golpe antes de que pudiera cambiar de opinión.

Valerian se apartó de mí con una inclinación de cabeza y volvió los ojos al estanque de nenúfares. La naturaleza se había calmado, me di cuenta con sorpresa. El vibrante resplandor de las enredaderas estrelladas había vuelto, y la brillante melodía de los helechos susurrantes acompañaba mis pasos al cruzar el patio.

—¿Linnea? —Oí la voz de Valerian detrás de mí.

Sorprendida, me di la vuelta para mirarle. Estaba de pie. Su pelo brillaba plateado a la luz de la luna. Todo signo de pánico ya no estaba y volvía a irradiar la aristocrática distancia que parecía acompañarle en todo momento.

—¿Sí?

—Me preguntaste cómo sería la próxima prueba.

Asentí con la cabeza.

—Me contestaste que no podías decirme nada al respecto. Lo que es justo para los otros estudiantes.

—No, no puedo decirte nada sobre esta prueba. —Sus labios se entrecerraron y una expresión inflexible apareció en sus ojos grises de tormentas—. Pero quiero que la pierdas.

Le miré con el ceño fruncido.

—¿Por qué?

—¡Solo hazlo!

¿Por qué?

La pregunta martilleaba en mi cabeza mientras permanecía despierta, mirando al techo. Mi plan desde el principio fue perder las pruebas, pero ¿por qué el Señor de la Primavera… Valerian insistía tanto? ¿No me quería como su compañera?

La idea me produjo un escozor completamente tonto e infundado. ¿Por qué debería preocuparme si Valerian me veía como el elegido? Al fin y al cabo, hacía tiempo que decidí que yo no era la persona adecuada para el puesto.

Me giré de un lado a otro, pero el sueño no llegaba. Suspirando, me levanté, caminé descalza de puntillas por el suelo de madera hasta la ventana y aparté las cortinas. Me apoyé en el marco de la ventana y dejé que mi mirada recorriera el jardín de la Academia. Por los sinuosos senderos que serpenteaban entre parterres y setos, hasta los rincones ocultos donde la naturaleza podía extenderse indómita. La luna era grande y brillante en el cielo. Su luz transformaba los arbustos y matorrales en un mundo de plata y sombra. Todo parecía tranquilo y podía sentir cómo la inquietud que sentía en mi interior se calmaba poco a poco.

Pero entonces algo llamó mi atención: una niebla blanca.

No, una criatura de primavera.

Con los ojos muy abiertos, vi cómo lo que parecía un gran ciervo tomaba forma y se pavoneaba por el jardín. Su pelaje blanco y puro brillaba con la luz y sus movimientos eran gráciles, casi flotando sobre el suelo en lugar de tocarlo. La cornamenta del ciervo era una verdadera obra de arte de la naturaleza. Se extendía como las ramas de un viejo árbol, enorme y poderosa, pero de una belleza frágil. De las puntas ramificadas de la cornamenta brotaban delicadas flores de color rosa.

Durante un rato permanecí inmóvil junto a la ventana, atrapada por la belleza de la criatura. Pero entonces recordé que teníamos que capturarla.

La criatura de la primavera no podía vagar libre por nuestro mundo. Teníamos que entregarla a las raíces y devolverla a su mundo. Pero, ¿cómo iba a funcionar eso si el Señor de la Primavera estaba aquí y no podía recibirla en su mundo?

Estaba a punto de salir corriendo para informar a uno de los profesores cuando reconocí la figura de Valerian en el jardín. Caminaba hacia la criatura primaveral con pasos largos y enérgicos.

El ciervo, que había bajado la cabeza para pastar, volvió a levantarla y miró alerta al Señor de la Primavera. Valerian aminoró la marcha al acercarse a la criatura. Extendió la mano y esperó a que el ciervo se le acercara. Le acarició el hocico con suavidad.

Era un espectáculo mágico. Uno que me hizo olvidar respirar por un momento. Valerian y el ciervo parecían comunicarse en silencio. Parecía haber una profunda conexión entre ellos. La escena que tenía delante era tan hermosa y pacífica que parecía casi irreal. Mi corazón latía más despacio, como si quisiera aferrarse a este momento para siempre.

Y entonces…

Valerian levantó la mano que acababa de acariciar la piel del ciervo. Algo plateado brilló en ella.

¿Una daga?

Antes de que pudiera darme cuenta de lo que estaba pasando, Valerian apuñaló al ciervo en el cuello.

Una vez… dos veces… tres veces.

Me tapé la boca con la mano para ahogar un grito. La sangre brotó de las heridas y tiñó de rojo brillante el blanco pelaje de la criatura. Sus rodillas cedieron y el ciervo se hundió en el suelo. Las flores se desprendieron de la cornamenta y se marchitaron antes de tocar la hierba.

—No. —Sacudí la cabeza, incapaz de creer lo que acababa de ver.

No, no, no.

Esa hermosa y majestuosa criatura no podía… estar muerta. Valerian no…

No había…

El Señor de la Primavera se detuvo ante la criatura, con el cuchillo aún en la mano. No se movió.

Me corrían las lágrimas por las mejillas y temblaba por todo el cuerpo. Tenía frío. Demasiado frío.

¿Por qué tuvo que asesinar a esa criatura maravillosa? ¿Qué hizo aparte de estar en un lugar al que no pertenecía?

Se me escapó un sollozo. Valerian se dio la vuelta y levantó la cabeza. Me refugié en las sombras de mi habitación. Era imposible que me hubiera escuchado a través de la ventana cerrada y, sin embargo, estaba segura de que me había visto.

Cuando, al cabo de unos minutos, me armé de valor y di un paso adelante para mirar hacia abajo, ya no estaba. Volví a meterme en la cama y me subí las mantas hasta la barbilla. La imagen de la criatura muerta estaba grabada a fuego en mi memoria: las flores marchitas, la sangre que teñía de rojo el pelaje.

No me importaba lo que dijeran los demás. La reverencia y el respeto con que trataban al Señor de la Primavera. Cómo lo adoraban.

Sabía que no, y no me dejaría engañar por la conversación que habíamos tenido: Valerian era un monstruo.

9

UNA PLANTA ASESINA A LA CAZA DE CARACOLES

—Bienvenidos al segundo día de la selección, damas y caballeros —dijo la directora Madreselva con un entusiasmo que me hizo buscar la vía de escape más cercana.

Obviamente, alguien había olvidado decirle que no era la anfitriona de una alegre fiesta del té, sino la maestra de juegos de un evento que hacía que *los Juegos del Hambre* parecieran un relajado almuerzo de domingo. Con la diferencia de que el ganador de estos juegos especiales sería el verdadero perdedor. Después de todo, ¿quién quería ser arrastrado por un monstruo asesino a su ominoso mundo primaveral, del que no habría escapatoria durante los próximos cincuenta años? O tal vez para siempre. ¿Quién sabía lo que les sucedió a los otros Elegidos? Tal vez Valerian los apuñaló a sangre fría, igual que al ciervo blanco.

Pero, una vez más, parecía que yo era la única que tenía reservas. Mis compañeros y amigos estaban muy animados. Todos habían sobrevivido al examen de ayer. ¿Y a quién le importaba que Lara ahora pareciera que se había estrellado contra un árbol —varias veces— después de su caída en las profundidades y el baño involuntario en el río? Además, el ciervo muerto por arte de magia desapareció del jardín de la Academia y Alex, Eliza y Dalia volvían a opinar que todo lo que vi lo soñé.

Con el ceño fruncido, me acerqué a los setos altos y bien recortados que, sin dudarlo, formarían parte de la segunda prueba.

Parecía…

—La tarea de hoy es atravesar este laberinto mágico —continuó la directora Madreselva, confirmando mis sospechas. Recibió los aplausos emocionados de los alumnos que estaban sentados en las gradas para ver el desafío de hoy—. No quiero revelarles demasiado, pero dentro los esperan algunas sorpresas.

—Bueno, ¿qué podría ser? ¿Plantas salvajes intentando rompernos las piernas? —refunfuñé.

—Tienes experiencia en eso —se rio Eliza, aludiendo al desastre del invernadero.

La miré mal.

—Hoy te has levantado con el pie izquierdo, ¿verdad, Linn? —se burló Alex.

—Después de todo, todavía tenía los dos pies esta mañana. Quién sabe si será así después de la prueba.

—¡Oh, vamos! No puede ser tan malo. Al menos no tenemos que hacer equilibrios sobre un desfiladero de cien metros de altura —intentó animarme mi mejor amigo.

Hoy parecía mucho más optimista. No sé si era por la naturaleza del examen o porque Jasper no dejaba de lanzarle miradas furtivas. Supongo que fue lo segundo.

Aún quedaban doce alumnos en total participando en la selección. Lara se catapultó directamente fuera de la competición con su espectacular caída. Al igual que Inés, Robert y Agnes, que ni siquiera se aventuraron al otro lado y, al final de cuentas, quizá se habían hecho un gran favor.

—Una pista más —dijo la directora, lanzándonos una mirada conspiradora—. Las plantas reaccionan a sus emociones y a sus decisiones. Así que es importante mantener la cabeza fría. Solo con equilibrio y empatía encontrarán la salida.

Me quejé para mis adentros. El equilibrio y la empatía eran para mí tan importantes como los calcetines en las sandalias: en la teoría una experta, pero en la práctica un desastre.

—Bien, damas y caballeros. Como siempre, ¡les deseo mucho éxito!

Valerian, que hasta ahora había permanecido en silencio junto a la directora, se adelantó. Lo evité, pero ahora nuestras miradas se cruzaron. Sus ojos grises tormenta parecían aún más oscuros que de costumbre: tenía una advertencia pintada en ellos.

«Quiero que pierdas la prueba». Sus palabras resonaron en mis oídos.

Lo haría. Aunque tuviera que acampar durante días en ese laberinto de pesadilla botánica.

—¡A mi señal! —anunció Valerian.

Mis compañeros se prepararon para salir corriendo, mientras yo cruzaba los brazos delante del pecho. Yo establecería estándares completamente nuevos para el término *paso de tortuga*.

El Señor de la Primavera levantó las manos. Unas nubes oscuras se interpusieron frente al sol de la mañana. Se levantó un viento que me revolvió el pelo en la cara.

¿De qué iba todo eso? ¿No era todo lo bastante dramático para él?

Retumbó un trueno, luego un destello blanco y brillante cruzó el cielo y el seto frente a nosotros se abrió, revelando la entrada al laberinto.

Mis compañeros se alejaron furiosos, desaparecieron entre los setos y pronto fueron engullidos por el laberinto como por una gigantesca boca verde. Los seguí sin ninguna prisa.

El laberinto me recibió con un silencio antinatural. Aunque mis compañeros no podían estar muy lejos, yo no oía ningún ruido: solo el susurro del viento y el sonido amortiguado de mis propios pasos. Nada más entrar, el seto se cerró tras de mí con un crujido ominoso.

¿Sorprendente? La verdad es que no.

¿Preocupante? Pero, ¿y qué?

Una sensación de ansiedad se extendió por mi pecho. Estaba atrapada en este laberinto, aislada de mis compañeros y amigos y sola. Y aunque no quisiera ganar el examen, tenía que salir de aquí tarde o temprano, y de preferencia sin que ninguna planta mágica asesina me rompiera las piernas.

¿A la derecha o a la izquierda?

Volví la mirada a ambos lados, intentando averiguar qué camino era más prometedor, pero todo parecía igual. Altos setos, de un verde exuberante e impenetrable, se extendían en ambas direcciones. Ni un rayo de sol parecía penetrar en el denso follaje, lo que hacía aún más claustrofóbica la atmósfera. El suelo bajo mis pies era blando, cubierto de una alfombra de musgo y hojas caídas que crujían a cada paso. El aire olía a tierra, con un toque de algo dulce.

«Entonces a la derecha», decidí. «El camino correcto es siempre el camino correcto, ¿no?».

Sin perder de vista lo que me rodeaba, empecé a moverme. A los pocos pasos, sentí que el suelo se movía un poco. Me detuve y observé cómo del suelo musgoso surgían pequeños brotes que crecían con rapidez hasta convertirse en estructuras parecidas a zarcillos. Me treparon por las piernas y salté hacia atrás, apartándome de ellos. Los zarcillos regresaron al suelo, como si estuvieran esperando a que volviera a descuidarme.

Seguí caminando, ahora con más precaución que antes, y me di cuenta de que los setos empezaban a moverse con lentitud. Formaban caras grotescas que me miraban con ojos hechos de hojas. Sus bocas se abrían y cerraban como si me estuvieran chasqueando en silencio.

Así que no da nada de miedo.

Aceleré el paso, tratando de escapar de la inquietante visión de este espectáculo de horror de hojas verdes. Ante mí se abrió una bifurcación y volví a girar a la derecha. Mi padre me aconsejó una vez que, en un laberinto debía siempre tomar la misma dirección. Era el camino más largo, pero siempre te sacaba de allí. Me atreví a dudar si esta regla también se aplicaba a un laberinto mágico. Pero ya que no tenía una idea mejor, más me valía seguir su consejo a rajatabla.

Seguí el camino durante un rato, giré a la derecha, luego otra vez y una tercera. El inquietante silencio y la ausencia de nuevos ataques de las plantas me pusieron nerviosa. Era como si el laberinto intentara adormecerme con una falsa sensación de seguridad nada más para atacarme por la espalda. Me preguntaba

cómo estarían Alex y los demás. Esperaba que todos hubieran salido sanos y salvos del laberinto.

¡Ya está!

Algo en el camino delante de mí llamó mi atención. Un pequeño objeto que reflejaba la escasa luz. Caminé hacia él y me agaché. Eran unas gafas. Las gafas de Alex. Y uno de los cristales estaba rajado.

¡Maldita sea!

¿Qué sucedió? ¿Perdió sus gafas? Desde luego no las dejó aquí por gusto y gana. Sin sus gafas, Alex era igual a los murciélagos a la luz del día; no veía. ¿Estaba huyendo o tuvo que luchar contra algo?

De repente, un profundo estruendo llenó el aire. Me detuve y me di la vuelta. Despacio. Muy despacio. Casi a cámara lenta. Solo para ver cómo el seto que tenía detrás se convertía en una enorme planta que habría rivalizado con Godzilla. Tenía al menos tres metros de altura, ramas que se extendían como brazos y hojas que bailaban al viento en una melena salvaje.

La figura vegetal se balanceó y empezó a moverse pesadamente. Se dirigió hacia mí. La tierra temblaba a cada paso que daba.

Empecé a correr. Corrí tan rápido como pude, pero la criatura me pisaba los talones. Sus largos zarcillos se abalanzaron sobre mí, rozándome el pelo y dejándome una herida sangrienta en la mejilla.

El camino frente a mí se dividió y tropecé desorientada en una dirección, sin saber si escogí el camino de la derecha o el de la izquierda. De alguna manera, ya no importaba. La supervivencia era lo primero.

Detrás de mí, oí el crujido de las ramas y el inquietante susurro de las hojas de la monstruosa criatura que me perseguía sin descanso. Me abrí paso por estrechos pasadizos y salté por encima de raíces. Me ardían los pulmones. Las piernas me pesaban como el plomo. El laberinto parecía no tener fin, un laberinto perpetuo de horror verde.

En mi pánico, encontré un estrecho camino lateral, apenas lo bastante ancho para una persona. Sin dudarlo, me desvié y me colé por el estrecho pasadizo. Las ramas me arañaban los brazos y el corazón me martilleaba el pecho. El camino me condujo a una

espiral cada vez más estrecha hasta que por fin me detuve en un pequeño claro. Miré jadeante por encima del hombro.

¡Qué suerte!

La planta gigante no pudo seguirme.

El claro era tranquilo y apacible, un marcado contraste con la amenazadora persecución que acababa de emprender. En el centro se encontraba un cerezo en flor que parecía irreal; parpadeé varias veces para asegurarme de que no era una ilusión.

Algo se movió detrás de mí. Lo vi por el rabillo del ojo y me di la vuelta, segura de que el Godzilla de las plantas me había encontrado, pero lo que me encontré fue un grito de sorpresa: el ciervo blanco que vi en el jardín de la Academia la noche anterior entró en silencio y con elegancia en el claro. Su pelaje estaba inmaculado y limpio, sin una sola gota de sangre. Las flores rosas que brotaban de su majestuosa cornamenta brillaban con suavidad a la pálida luz del laberinto.

—Estás vivo —susurré incrédula.

¿Cómo podía ser? Vi con mis propios ojos cómo Valerian lo mató, una masacre que no se me olvidaría pronto.

El ciervo inclinó la cabeza como dándome la razón. Sus ojos marrones eran profundos y llenos de comprensión. Levanté la mano con cuidado y me acerqué a él, acariciando su suave pelaje y sus cálidas fosas nasales, sintiendo su aliento en mi piel.

Era real. Tan real. Y bastante vivo, lo que me llevó a preguntarme qué fue lo que en realidad aluciné anoche.

Con un rápido movimiento, el ciervo se apartó de mí y saltó hacia una abertura en el seto que rodeaba el pequeño claro.

—¡Espera! —grité.

De hecho, hizo una pausa, como si me hubiera entendido, y esperó a que le siguiera.

Lo hice.

Los setos que nos rodeaban parecían estar vivos, moverse y respirar. El aire estaba cargado de un inquietante susurro que me recordaba a cada momento que estábamos en compañía de una cámara botánica de los horrores. Sin embargo, me sentía segura cerca del ciervo. Irradiaba una calma que se asentaba suave y cálida

en mis sentidos. Avanzaba con paso decidido por el laberinto, como si hubiera recorrido incontables veces los senderos entre los altos setos y supiera adónde conducían. A veces se detenía y olfateaba, estirando el hocico en uno de los oscuros pasillos olfateando algo. Luego me empujaba hacia atrás y tomábamos otra dirección.

Caminamos durante un buen rato, no sabía cuánto. Las oscuras nubes sobre nosotros parecían acumularse aún más. El viento azotaba el laberinto, haciendo temblar las hojas y las ramas. Una y otra vez me pareció ver criaturas oscuras acechando en las sombras, pero cuando las miraba más de cerca, desaparecían.

Entonces, sin previo aviso, el ciervo salió al galope. Lo perseguí y apenas vi sus blancas pezuñas traseras desaparecer entre los setos. Se abrió un estrecho corredor y lo seguí, siempre pisándole los talones al ciervo, hasta que de pronto tropecé con un prado bañado por el sol.

Por un momento me quedé ciega, oyendo los aplausos y los vítores de los alumnos, un ruido de fondo que me hizo estremecerme de arriba abajo. Al parpadear, reconocí la silueta de la tribuna y a la directora Madreselva, que me saludó con un gesto benevolente.

Conseguí salir del laberinto.

—Linnea Sullivan ha terminado la prueba en tercer lugar. Se le han concedido cincuenta puntos —anunció la directora con voz alta y clara.

¡Joder!

Me sentía como si hubiera estado viajando por este estúpido laberinto durante media eternidad. ¿Cómo podía ser que aún fuera uno de los ganadores?

Miré a mi alrededor en busca del ciervo blanco culpable de todo el desaguisado, pero había desaparecido. ¿Regresó al laberinto? ¿Y por qué me dio su ayuda en primer lugar? Mis ojos se desviaron involuntariamente hacia Valerian, que estaba de pie junto a la directora. ¿Tendría él una explicación para todo esto?

El Señor de la Primavera me miró con el ceño fruncido. Luego se dio la vuelta de un tirón, cruzó los brazos a la espalda y se marchó.

¡Eso no fue de ninguna ayuda!

—¡Enhorabuena por el tercer puesto! —me felicitó Dalia y se puso a mi lado.

Ella salió del laberinto antes que yo.

—¿Ganaste? —pregunté con una sensación de náuseas en el estómago.

Sabía lo mucho que quería ganar, pero lo último que quería era que fuera al Mundo de Primavera con Valerian. Era peligroso. *Él* es peligroso. Estaba segura de eso después de anoche.

—No. —Dalia sacudió la cabeza—. Raider fue más rápido. Pero yo llegué segundo.

—Bien. —Respiré aliviada, pero entonces se me ocurrió una idea —. ¿Y Alex? Encontré sus lentes en el laberinto. Estaban rotas.

—Todavía no sale.

Dalia y yo intercambiamos una mirada preocupada antes de volvernos las dos hacia la salida del laberinto y esperar… y esperar.

—¿Cómo encontraste el camino a la salida? —pregunté después de después de un rato de solo estar mirando los densos setos—. ¿También te ayudó el ciervo blanco?

—¿Qué ciervo? —preguntó, con el interrogante escrito en la cara —. ¿El que supuestamente mató el Señor de la Primavera?

Cuando lo dijo así, sonó un poco como si estuviera fuera de mí.

—Sí —admití a regañadientes—, me llevó a la salida. Estoy segura que lo viste.

Recordé que el ciervo blanco galopó hacia la soleada pradera justo antes que yo. Pero Dalia sacudió la cabeza con inseguridad. Me miró como si hubiera perdido lo que quedaba de mi ya muy dañada mente.

—No, Linnea —murmuró despacio—. No había ningún ciervo.

10

LO QUE PASA EN EL LABERINTO SE QUEDA EN EL LABERINTO

¿Y SI SÍ LO IMAGINÉ?

La pregunta me acompañó todo el día y toda la noche. Quizá mi ferviente deseo de que el ciervo siguiera vivo hizo que mi mente sobreexcitada se lo imaginara. En cualquier caso, salí de la prueba en tercer lugar y conseguí la friolera de doscientos cincuenta puntos en total. Junto con Raider, estaba a la cabeza… y no quería estarlo.

Alex salió demasiado tarde de la prueba y fue eliminado. En el laberinto se topó con una planta psicodélica gigante, que lo hizo pasar varias horas en sus garras, con los sentidos entumecidos y la mente nublada. Cuando por fin recobró el conocimiento, sus gafas habían desaparecido. Encontró a ciegas el camino a través del laberinto y logró de escapar de milagro. Los demás participantes —incluida Eliza— también parecían bastante dañados, pero ninguno habló de ningún ciervo blanco.

La directora Madreselva anunció la tercera prueba para el martes siguiente. Eso significaba dos días libre para recuperarse del esfuerzo. Bueno, no del todo libres, porque las festividades en honor del Señor de la Primavera no terminaban.

—¿Un festival de primavera? ¿En serio? —me quejé al leer el aviso en la puerta del comedor escolar.

Al parecer, nuestro almuerzo acababa de ser trasladado al jardín de la Academia. Una sorpresa especial para los siete campeones que seguían en carrera.

—Como si no hubiéramos tenido suficientes sorpresas en los últimos días —aceptó Alex malhumorado, ajustándose su par de gafas de repuesto, que yo sabía que odiaba porque no llevaban la etiqueta de un diseñador.

—Los dos son un par de gruñones —regañó Eliza—. A mí me encantan las sorpresas.

—Ni que te hubiera secuestrado una planta asesina —se quejó Alex, a lo que Eliza se limitó a reconocer con una sonrisa.

—¿Podemos ir a mi habitación y comer chocolates? —sugerí—. Todavía tengo algunas de esas cosas de chocolate con caramelo súper pegajosas.

Eliza negó con la cabeza.

—¡No puede ser! La última vez tardé tres días enteros en volver a separar los dientes. Y, además, quiero saber qué clase de fiesta es esta.

—Por no hablar de que sería una afrenta no presentarse —añadió Dalia—. Dos de nosotros estamos entre los ganadores de la última prueba. Seguro que se espera que cenemos con el Señor de la Primavera.

Quise decir que ya había tenido ese dudoso placer una vez y que bien podía prescindir de repetirlo, pero luego me tragué el comentario. A Dalia de verdad le importaba esta maldita selección. Y aunque yo no lo entendiera, no iba a estropearle la diversión.

—Bueno, está bien —suspiré.

—*¿Bueno, está bien?* —Alex me miró, estupefacto—. Linn, fue un empate. Dos contra dos. Podríamos haber salido victoriosos. ¿Por qué admites la derrota así?

—Porque ambos tienen argumentos bastante convincentes —respondí, encogiéndome de hombros—. Y porque no volverás a ver a Jasper si te refugias en mi habitación. Ambos sabemos que eso es lo que quieres.

El brillo en los ojos de Alex me dijo que di justo donde quería. Jasper y Alex solo se habían visto unos instantes después del examen. Ambos quedaron bastante magullados, pero yo estaba segura de que Jasper anhelaba la compañía de Alex tanto como el contrario.

Recorrimos los largos pasillos de la Academia. Me sentía observada. Cada vez que nos cruzábamos con otros alumnos, nos miraban con los ojos muy abiertos, soltaban risitas o cuchicheaban a sus espaldas.

—¿Qué onda con estos? —me pregunté, mirándome para asegurarme de que tenía la bragueta cerrada y el top no era transparente.

Eliza se rio.

—¿Todavía preguntas eso? Has reunido doscientos cincuenta puntos, Linnea. Podrías ser la próxima Elegida.

—Eso no va a ocurrir —dije con firmeza.

La sola idea hizo que mi estómago diera volteretas como si estuviera entrenando para las Olimpiadas.

—¿Has hablado ya con tus padres? —preguntó Dalia en voz baja.

Sacudí la cabeza.

—No hay nada de qué hablar. No voy a ganar la selección. Se acabó. Se acabó. Y se acabó.

—Pero…

Levanté la mano e hice la seña de silencio, con la esperanza de silenciar por fin a Dalia. Por suerte, ya habíamos llegado a la salida lateral que daba al jardín de la Academia.

La fiesta ya estaba en pleno apogeo. Flores de todos los colores del arco iris adornaban las mesas y los caminos, mientras guirnaldas de colores ondeaban al viento con parsimonia. En una larga mesa situada en el centro del jardín, se había preparado un bufé con bocadillos, fruta fresca y montañas de pasteles y bollería. Los alumnos se agrupan en torno a ella, charlando y riendo. Divisé a la directora Madreselva, que estaba a la sombra de un roble con algunos profesores, observando lo que ocurría. Cuando me vio, me hizo señas para que me acercara.

—Srta. Sullivan, me preguntaba dónde estaba. Seguramente no querrá romper con una vieja tradición.

—¿Qué tradición? —pregunté sin comprender, lo que provocó una sonora carcajada de la directora.

—Bien, todos los participantes tienen hoy la oportunidad de tener una breve charla con el Señor de la Primavera y obtener de él

algunos consejos para las próximas pruebas. Como primera candidata, tienes el honor de dar el pistoletazo de salida.

—Esto es… —*…una absoluta pesadilla.* Me obligué a sonreír, pero fue un desastre—. Bueno… No puedo esperar.

La directora no pareció darse cuenta del sarcasmo de mis palabras; en vez de eso asintió satisfecha.

—Puedo entenderla, señorita Sullivan. Pero tendrá que esperar un poco. La llamaré cuando el Señor de la Primavera esté listo.

Claro, Valerian le estaba danto tarea de nuevo. Eso, de alguna manera, parecía ser lo suyo: lo hacía sentirse importante. Daba igual. No iba a hablar con él más de lo absolutamente necesario de todos modos.

Me acerqué a Alex, Eliza y Dalia, que arqueaban el cuello con curiosidad.

—¿Qué quería de ti la directora Madreselva? —preguntó Dalia.

—Tendremos el *honor* de hablar con el Señor de la Primavera. Y como soy uno de los principales candidatos, voy primero.

Hice una mueca de fastidio, pero Eliza chilló ante mi noticia y Dalia pareció a punto de desmayarse de la emoción.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Sí, yo… no puedo creer que de verdad se nos va a dejar hablar con él. Eso es… Él es…

Alex la abanicó con un abanico imaginario.

—¡Tranquila, amor! No dejes que tu entusiasmo nos vuelva locos a todos.

De algún modo, debí de olvidarme de contar a mis amigos mi encuentro con Valerian en el patio de la Academia. Pero después de verle apuñalar al ciervo, me pareció algo que no valía la pena. La reacción de Dalia a mis palabras, sin embargo, sugería que este encuentro le habría causado mucha más impresión que un ciervo muerto.

—¿Qué te parece? ¿Podemos hacerle preguntas personales? —preguntó Eliza, con los ojos brillándole de emoción.

—¿Por qué? ¿Quieres saber qué crema antiarrugas usa? Con trescientos años, debería ser un verdadero experto en eso.

—¡Linnea! —gritó Dalia, mientras me miraba con horror.

—¿Entonces qué? Creo que es una pregunta justa.

—Deberíamos llenarte la boca de magdalenas antes de que digas más blasfemias —decidió Alex.

—¡Oh, sí, asaltemos el buffet! —aceptó Eliza, dando brinquitos de felicidad.

Comimos juntos los bocadillos y las tartaletas. Una vez lleno el plato y la taza con mi especialidad de café con cola, busqué una mesa a la sombra con los demás y me senté en uno de los largos bancos de madera. El día era cálido y por un momento saboreé la sensación de sentarme a comer con mis amigos.

—¿Qué hace Raider ahí? —preguntó Eliza, frunciendo el ceño, con los ojos fijos en un punto detrás de mí.

Me di la vuelta y vi a Raider Johnson bailando un extraño bailecito, agitando los brazos en el aire como si estuviera colocado. Sus compañeros formaban un semicírculo a su alrededor, riendo y aplaudiendo.

—No tengo ni idea. Quizá esté borracho —supuse y di un sorbo a mi mezcla de café y cola.

—De plano —murmuró Alex con la cabeza gacha, metiéndose medio bocadillo de pepino y queso en la boca de una vez. Sus mejillas se habían puesto rojas. *Muy* rojas.

Detrás de mí, Raider comenzó a tararear una extraña canción:

Tu cabello es como los zarcillos, tan salvaje,

Serpenteando alrededor de mi confuso corazón.

Oh, si solo me sonrieras,

Olvidaría todo mi dolor.

—¡Ay! Le va a dar mucha vergüenza cuando se le pase la borrachera —se carcajeó Eliza—. ¿Y si le tomamos video?

Buscó a tientas su teléfono móvil, pero Alex negó con la cabeza.

—¡No! —chilló con la boca llena.

Los compañeros de Raider

abucheaban mientras él mismo estaba en plena forma.

—Y ahora el bis —gritó, señalando en nuestra dirección—. Esta es para ti, Rivera, ¡el más grande de todos los cantautores!

Dalia, Eliza y yo volteamos a ver a Alex confundidas y otra vez a Raider, mientras este se lanzaba sobre su pecho y empezaba la

siguiente estrofa:

Oh Jasper, mi Jasper,
Si tú eres el sol, yo soy la flor.
Quiero crecer y florecer en tu amor,
Pero creces y pareces una planta asesina.
¡Tan divina!

—¿Alex? ¿Hay algo que se te olvidó decirnos? —pregunté, tratando de que no se me saliera la sonrisa que tenía entre los labios.

La cara de Alex se puso roja hasta las orejas.

—No —aseguró, sacudiendo la cabeza—. Lo que pasa en el laberinto se queda en el laberinto.

—Eso es absurdo —resopló Eliza, que ya no podía contenerse—. Lo siento, Alex. Pero parece que te estaba dedicando esa canción de amor.

—Estaba bajo los efectos de esa planta psicodélica —se defendió Alex—. De alguna manera me atrajo con su seductor aroma. Y cuando me acerqué lo suficiente, sus hojas se partieron y liberó una nube de esporas. Me mareé y perdí la orientación. Intenté liberarme de su agarre, pero no me soltaba. Así que pensé en hacer algo para apaciguar a la planta. Cantar o bailar. En mi estado, tenía sentido. Estaba confundido y algo eufórico, y apenas puedo recordarme de todo. Raider debe haber estado por ahí. Pero en lugar de ayudarme, está claro que prefirió mirarme en vez de ayudarme.

—¿En serio? Ni siquiera le culpo —se rio Eliza, y Dalia y yo estuvimos de acuerdo.

—Sí, sí, ríete.

Alex parecía molesto, pero no podíamos controlarnos. Era demasiado divertido.

—Ahí viene Jasper —chilló Eliza, secándose una de las lágrimas que se le habían salido de los ojos, por estarse riendo—. ¡No puedo esperar a oír lo que tiene que decir sobre la canción!

—¡Ay, Dios, ¡no! —Alex intentó ponerse a cubierto bajo la mesa, pero no fue lo bastante rápido.

Ahora sentía un poco de lástima por él. Estaba recién enamorado, Jasper y él aún no lo habían hecho público —de hecho,

casi nadie sabía que a Jasper le gustaban los chicos—, y ahora Alex estaba siendo el hazmerreír de todo el colegio. No podía imaginar que Jasper estuviera muy emocionado. Y Raider, desde luego, no dejaría que Alex se librara pronto.

Jasper se dejó caer en el banco junto a Alex y se pasó los dedos por la cabellera castaña.

—¡Qué hubo!

—Lo… siento mucho —balbuceó Alex contrito, pero Jasper se limitó a encogerse de hombros.

—¿Por qué? No sé qué pensar de que me compares con una planta asesina, pero nadie me había escrito una canción de amor antes, así que…

—¿No estás enfadado conmigo? —preguntó Alex esperanzado.

—¿Por qué?

—Pues porque… puede ser que Raider se burle de nosotros por el resto de su vida.

—Déjalo.

Y ante los vítores de nuestros compañeros, Jasper besó a Alex como si hubieran sido pareja desde siempre y este beso no tuviera nada de especial. Pero lo era. Me di cuenta por la forma en que los ojos de Alex se iluminaron y las comisuras de los labios de Jasper se crisparon.

—¿Hay más versos? —preguntó Jasper—. Si es así, quiero oírlos.

—Claro que no.

—¡Oh, sí!

—No, por supuesto que no.

—¡Señorita Sullivan!

La directora Madreselva me hizo un gesto con la mano y me levanté de mi asiento con un suspiro.

—Me encantaría seguir escuchándolos, tortolitos, pero me temo que tengo una cita con el Señor de la Primavera.

Una que no me apetecía para nada…

—¡No te olvides de preguntarle por la crema antiedad! —me gritó Alex.

El bufido de reprimenda de Dalia fue lo último que oí antes de levantarme de la mesa.

—La está esperando en el Pabellón de las Rosas, señorita Sullivan —me informó la directora cuando la alcancé.

¡Genial! Así que iba a ser una conversación de tú a tú. Pensé involuntariamente en cómo Valerian mató al ciervo: rápido, brutal y sin vacilar. Ese no era el tipo de hombre con el que quería estar a solas.



El pabellón de las rosas estaba en el otro extremo del jardín, un poco alejado del bullicio. Rodeado de rosales en flor de distintos tonos, desde el rojo intenso al rosa delicado, parecía un oasis de calma. Una calma engañosa, teniendo en cuenta quién me esperaba dentro. Respiré hondo antes de armarme de valor y atravesar la chirriante puerta de hierro forjado para entrar.

Valerian estaba de espaldas a mí, frente a un capullo de rosa. Vi cómo sus dedos acariciaban con delicadeza las hojas aún verdes.

—Linnea —dijo sin volverse hacia mí; oí un deje de fastidio en su voz—. De verdad esperaba no tener que mirarte hoy.

Ay, no me digas, yo estaba igual.

Resoplé. Era el señor de la primavera, pero eso no significaba que pudiera salirse con la suya en todo. Era de esperar cierta cortesía. Sobre todo, porque por mi parte, habría tenido algunas cosas que decir, pero que me estaba guardando… y era pésima guardándome cosas.

—Bueno, a mí tampoco me hace mucha gracia, pero la directora insistió en esta reunión —espeté con frialdad y crucé los brazos delante del pecho.

Me había jurado a mí misma que no me enfadaría. Y no le llamaría la atención por su comportamiento asesino ni por su extraña orden de perder el examen. Iba a ser una conversación civilizada.

Valerian se volvió hacia mí con la rapidez de un rayo. En sus ojos grises se desató una peligrosa tormenta que me hizo retroceder instintivamente.

—¡No estarías aquí si hubieras perdido la prueba, como te pedí! —me gritó, arruinando todos mis buenos planes de no hablar de este tema.

—No creo que tengas derecho a exigirme nada —repliqué.

Con miedo o sin él, no dejaría que me arrinconara. Para enfatizarlo en sentido figurado, di otro paso hacia delante, tan cerca que mis brazos cruzados casi tocaban su pecho. No fue un buen movimiento. Ahora tenía que inclinar la cabeza hacia atrás para poder mirarle a la cara.

—Soy el Señor de la Primavera —acotó indignad, mientras su voz destilaba autoritaria.

No tengo ni idea de lo que intentaba decirme, salvo quizá que tenía un pronunciado complejo de dios. Si ese era su intento de intimidarme, desde luego le salió el tiro por la culata. La ira burbujeó en mi interior y se tragó mi miedo como un agujero negro.

—Eres un imbécil arrogante y engreído que mata a pobres criaturas primaverales solo por diversión y que se sienta solo en su mundo porque no tiene amigos. Y cada cincuenta años buscas una elegida y actúas como si fuera un gran honor servirte. ¡Qué mierda patriarcal! No tengo ni idea de por qué todo el mundo se lo traga, pero yo no. Y créeme, me hubiera encantado perder esa prueba. Porque de verdad no me interesa estar atrapada en otro mundo contigo. Los cinco minutos en este pabellón de rosas ya son bastante insoportables.

Las palabras brotaron de mí, sin filtro y él se me quedó mirando con aparente tranquilidad; como si todas mis acusaciones y maldiciones rebotaran en sus anchos hombros, sin importarle.

—¿Ya te encuentras mejor? —preguntó al fin con las cejas levantadas.

—Sí.

De verdad lo hacía. Mi enfado ya no estaba. Me senté en el pequeño banco de hierro forjado y miré la rosa cuyo capullo cerrado había tocado Valerian solo unos minutos antes y que ahora estaba en plena floración.

¿De verdad lo hizo? Y yo… ¿Dije que la selección y todo lo que conllevaba *era una mierda patriarcal*? Podrían incluso expulsarme de

la escuela por decir algo así. O algo peor. Y no serviría de nada explicarle a la directora Madreselva por qué Valerian era un auténtico imbécil, en parte porque obviamente le gustaba su culo, en parte porque teníamos que confiar en el Señor de la Primavera y sus habilidades.

—¿Por qué no lo perdiste? —preguntó Valerian con calma.

—¿Qué?

—La prueba. Dijiste que te habría encantado perderla. ¿Por qué no lo hiciste?

Me froté las sienes.

—Porque me perseguía una criatura vegetal gigante. Y entonces se me apareció el ciervo blanco, que tú… —Si decía que él lo había asesinado, sonaría un poco incoherente, dado que la criatura primaveral estuvo vivita y coleando y me mostró el camino—. Me mostró el camino para salir del laberinto —dije al fin.

—El ciervo blanco —repitió Valerian con lentitud. Sonaba extraño, casi un poco afectado.

Quería preguntarle de qué se trataba la criatura primaveral. Por qué tuvo que matarla y cómo podía seguir apareciendo frente a mí en el laberinto, pero Valerian parecía perdido en sus propios pensamientos.

—¿Y bien? ¿Algún consejo o truco para suspender con éxito el próximo examen? —pregunté con una sonrisa dolorida que pretendía ser una especie de ofrenda de paz.

Aunque yo seguía convencida al cien por cien de que Valerian no era de fiar, teníamos el mismo objetivo: queríamos impedir que ganara la selección.

Valerian levantó los ojos y me miró. Había una triste certeza en sus ojos grises tormenta cuando dijo:

—Ya es demasiado tarde para eso.

—¿Qué quieres decir?

—Pronto lo sabrás, Linnea.

UN ASUNTO PEGAJOSO

Demasiado tarde. ¿Qué significa eso? *Demasiado tarde* o *muy, muy tarde.* Iba en cabeza con doscientos cincuenta puntos, pero eso no significaba que no pudiera seguir fallando a lo grande. Como la oveja negra de la familia y *Linnea, la asesina de plantas*, aún tenía una reputación que cumplir… y eso era justo lo que haría. Si había algo que podía hacer, era perder.

Valerian dio por terminada nuestra conversación en el Pabellón de las Rosas antes de que yo pudiera hacerle más preguntas. Así que volví con mis amigos e intenté olvidar sus crípticas indirectas. Cosa que, por supuesto, no conseguí. Al día siguiente me senté en la clase del profesor Bonnet, todavía devanándome los sesos, mientras Raider y dos de sus compañeros representaban la historia del Oro de Otoño. Todo se convirtió en una pelea, que el profesor Bonnet interrumpió al cabo de unos minutos, sacudiendo la cabeza.

—Caballeros, estoy seguro de que han ensayado esta pequeña representación con mucha… bueno, llamémosla pasión, pero eso pierde el sentido de la historia. Sí, hubo tres hermanos que tropezaron con el Oro de Otoño y se dejaron corromper por su poder. La piedra abrió un portal al Mundo Brumoso, y los hermanos se convirtieron en gobernantes de ese mismo mundo. Y sí, se produjo una batalla, a la que solo sobrevivió uno de los tres hermanos. Pero, ¿qué pasó con la hermana menor, que se enfrentó a sus hermanos y se convirtió en la primera cazadora? La historia del

Oro de Otoño también es una historia de resistencia. La historia de una joven valiente que fundó la Academia de Otoño para proteger al mundo humano del Mundo Brumoso.

—Trivialidades —gruñó Raider y, al volver a su asiento, dio a su compañero un empujón tan fuerte en el costado que este se tambaleó contra una de las mesas.

—¡Señor Johnson! —le llamó al orden el profesor Bonnet antes de volverse hacia la clase con un suspiro—. Muy bien, sigamos con el Cristal Arcoíris. Señorita Pîroz, señorita Sullivan, señorita Bennett, señorita Auldville, señor Rivera y señor Wilkins: ¡es su turno!

Miré nerviosa a mis amigos. Habíamos ensayado nuestro debut como actores con la misma intensidad con la que yo ensayaba mis actuaciones matutinas de canto en la ducha. En los últimos días, todo lo demás nos resultó más importante que hacer la tarea del profesor Bonnet.

Jasmin, que evidentemente vivía en un mundo paralelo en el que el tiempo no jugaba ningún papel, nos armó manuscritos esta mañana, como si se tratara de escribir la lista de la compra y no de una representación teatral completa. Yo hojeé mi texto con más rapidez que un prospecto de jarabe para la tos. Jasper interpretaba al Señor de la Primavera, Dalia a su prometida y Alex y yo a sus padres. Jasmin eligió para sí el personaje de la hermana menor y Eliza iba a interpretar al Cristal del Arcoíris. Brillante, colorida y… sin vida, un papel que yo le envidiaba un poco.

Hasta aquí todo bien. Pero no teníamos ni idea de lo que estábamos haciendo.

—¡Estará bien! —murmuró Eliza despreocupada mientras se echaba sobre los hombros la tela de colores tornasolados que representaba el cristal del arcoíris.

Cuando nos alineamos frente a la clase, la tensión era casi palpable. Jasmin y Dalia, las únicas de nuestro grupo que parecían tomárselo en serio, nos lanzaron miradas de advertencia. Los demás ya nos esforzábamos por no reírnos.

Eliza comenzó con voz dramática y me sorprendió el hecho de que su papel no fuera en absoluto silencioso, algo inusual para una piedra:

—Oh, poderoso Señor de la Primavera, mira cómo brillo y resplandezco. Te ofrezco el poder sobre mi mundo. No dudes en aprovecharlo.

—Todavía no es el señor de la primavera —la corrigió Jazmín en voz baja.

—¡Oh, eso es! Oh, bonito y fugitivo jovencito, mira cómo brillo y centelleo —empezó de nuevo Eliza ante las risitas de nuestras compañeras.

Eso definitivamente no estaba en el manuscrito.

—¡Por favor, señoras y señores, permanezcan serios! —El profesor Bonnet llamó al orden a la clase con una leve sonrisa—. Después de todo, todos estamos aquí para aprender algo.

En realidad, estábamos aquí por obligación. No me habría importado cambiar la clase por una siesta, pero no era probable que esa oportunidad se materializara a corto plazo.

—¡Por favor, adelante! —exclamó el profesor Bonnet con un gesto de cabeza en nuestra dirección.

—Bueno, entonces… —Jasper se aclaró la garganta y dio un paso adelante con su manuscrito en la mano—. Gracias, oh cristal resplandeciente, pero no todos los que vagan son… ¿No es una cita de *El Señor de los Anillos*? —Lanzó una mirada interrogativa a Jasmine, que se encogió de hombros como diciendo: «no soy escritora para sacarme la inspiración de la manga».

—Bueno, sí… En fin… Mi corazón pertenece a mi familia y a mi prometida.

Vaya, fue peor de lo que esperaba.

Dalia, haciendo de prometida, gritó con exagerada teatralidad:

—¡Oh, amado mío, no te dejes seducir por esta piedra reluciente! No todo lo que brilla es oro.

Y para hacerle más énfasis a sus palabras se llevó el dorso de la mano a la frente.

—¡Así es, hermano! Piensa en nuestra infancia, cuando jugábamos juntos en la hierba y… —Alex se interrumpió y frunció el ceño. Se apresuró a hojear su manuscrito—: Este no es mi diálogo —se dio cuenta.

Jasmine resopló.

—No, eso es mío. Piensa en nuestra infancia, hermano —siguió —, cuando jugábamos juntos en la hierba o nos tumbábamos en el prado y contábamos las nubes del cielo.

—Oh, bonito joven fugitivo, si no vienes conmigo, destruiré tu mundo y a todos aquellos a los que aprecias —anunció Eliza mientras ejecutaba un pequeño baile, agitando alocadamente su colorido pañuelo.

—Sí, bueno. Es un argumento que no puedo rebatir —dijo Jasper, encogiéndose de hombros.

—¡El texto! —le recordó Jasmine con un suave silbido.

Hojeé las páginas de mi manuscrito. Había tres más. ¿Acaso no tenía fin?

Por fortuna, el timbre de la escuela sonó en ese mismo momento y todos respiramos aliviados. Incluso Jasmin pareció haberse quitado una piedra de la espalda. No se podían incluir muchas citas de Tolkien en un texto sin que nadie se diera cuenta.

—¡Buen trabajo! —le susurré, sintiéndome un poco culpable por haber contribuido a convertir nuestro trabajo de EQUIPO en un «gran trabajo».

—Muy bien, continuaremos con su actuación en la próxima clase —decidió el profesor Bonnet, mientras mis compañeros ya recogían sus cosas y se dirigían a la puerta.

Salvados una vez más.

Me enganché a Eliza y volví con ella a la mesa para coger nuestras mochilas.

—Eras un maravilloso cristal arcoíris —le dije guiñándole un ojo.

—Bueno, con mi deslumbrante personalidad, no es de extrañar —se jactó sonriendo—. El papel estaba hecho a mi medida.

—La próxima lección estudiaremos *las plantas mágicas*, ¿verdad? —preguntó Alex mientras salíamos del aula.

—Sí, pero creo que no participaré —respondí con un suspiro—. Ya perdí el curso de todos modos, y la profesora Willowtree puede prescindir de mi presencia.

Desde el incidente del invernadero, temía que la profesora rompiera a llorar cada vez que me veía. Al fin y al cabo, «destruí» su segundo hogar.

Eliza se rio.

—Vamos, no puede ser tan malo. Quizá aprendas a mantener viva una planta.

—Eso sería un milagro —respondí—. Tengo más talento para prenderles fuego o ahogarlas.

—O convertirlas en plantas asesinas gigantes que vuelan el invernadero —se burló Alex.

—¡Bueno, ya! Creo que prefiero pasar mi tiempo en la biblioteca. Tal vez encuentre una pista para nuestra próxima prueba.

Alex hizo una mueca.

—¡Claro, prueba suerte! Pero yo no me entusiasmaría demasiado. Si hubiera algo que pudiéramos saber sobre cómo será, estoy seguro de que la directora Madreselva nos lo habría dicho.

Nos separamos en el siguiente cruce y me dirigí a la biblioteca. Puede que Alex tuviera una fe inquebrantable en nuestra directora, pero yo no. Y si ni ella ni Valerian me daban una pista sobre cómo podía perder el próximo examen, entonces tendría que hojear unos cuantos libros.



La biblioteca de la Academia de Primavera era un laberinto de estanterías altas que escondían un sinfín de conocimientos en cada rincón. Recorrí los pasillos. Mis dedos se deslizaban por los lomos de los libros mientras hojeaba los títulos. El aire estaba impregnado del olor a papel y cuero viejos, mezclado con un toque de lavanda y menta que llegaba del jardín de hierbas a través de la ventana entreabierta.

La señorita Noble, la bibliotecaria, había puesto un cartel en el mostrador que decía: *Vuelvo en unos minutos.* Fue un golpe de suerte inesperado, porque la presencia de la bibliotecaria habría sido un obstáculo para lo que estaba planeando.

Lancé una mirada escrutadora por encima del hombro antes de adentrarme en la parte trasera de la biblioteca y colarme por una anodina puerta de roble oscuro. Esta era la zona prohibida.

Oficialmente, solo podían acceder a ella los profesores, pero yo sabía que la señorita Noble nunca cerraba la puerta con llave. ¿A qué alumno le interesaría una pila de libros polvorientos?

Nadie, excepto a mí. Y para ser sincera, los libros antiguos tampoco es que me llamaran la atención. Pero ahora tenía una misión: esperaba encontrar una referencia al ciervo blanco en los libros. Cuando le hablé a Valerian de la criatura primaveral, cambió de repente, demasiado extraño. Tenía que haber algo al respecto.

Esta parte de la biblioteca era diferente. El silencio era más denso, casi palpable, como si los propios libros respiraran y susurraran sus secretos. Las estanterías eran de madera oscura y estaban cubiertas de telarañas, y los libros parecían viejos y valiosos. Extendí la mano hacia un ejemplar que llamó mi atención cuando escuché una voz detrás de mí.

—Yo que tú tendría cuidado. Algunos de estos libros son más peligrosos de lo que parecen.

Me di la vuelta y el corazón me dio un vuelco. Era Valerian. Entro en silencio y sin ser visto. Estaba de pie, con una túnica verde oscuro que parecía brillar en la tenue luz de la biblioteca, y su mirada era penetrante y seria.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, en un jadeo silencioso.

—La cuestión es qué estás haciendo tú aquí —respondió—. Que yo sepa, esta zona está prohibida a los estudiantes.

Levanté la barbilla.

—Y que yo sepa, esta no es tu biblioteca. Entonces, ¿por qué te importa lo que hago aquí? No me darás respuestas, así que me toca buscarlas por mi cuenta.

Valerian se acercó, su expresión inescrutable mientras apoyaba el hombro en una de las estanterías y cruzaba los brazos frente al pecho.

—Tu terquedad te costará caro, Linnea —dijo—. Aquí no vas a encontrar respuestas. Solo más preguntas y más enigmas.

¡Mentiroso!

Si pensaba que eso me haría desistir de mi plan, estaba muy equivocado. Podía ser muy testaruda cuando quería. Y quería serlo.

—Estoy preparada para eso —repliqué desafiante, pero él sacudió la cabeza con una suave carcajada.

—No, no lo estás.

—No me conoces.

—Eso es verdad. Pero sé lo que te espera en el mundo de la primavera.

Su expresión se ensombreció, y estaba bastante segura de que no estaba pensando en esponjosas criaturitas primaverales. Algo oscuro acechaba en el mundo primaveral y él lo sabía, al igual que la directora y los demás profesores. Nos habían mentido sobre lo que nos esperaba al otro lado. No la tierra de la felicidad, no un mundo que fluye con leche y miel. Puede que fuera un honor acompañar al Señor de la Primavera a su mundo, pero pronto nos arrepentiríamos.

—Ya te he dicho que no quiero descubrir lo que me espera en tu mundo. No voy a ganar esta selección —dije con firmeza y me volví hacia la estantería, sabiendo que él seguía apoyado en la pared de estanterías detrás de mí, observándome—. ¡Y si no quieres ayudarme, te pido que te vayas ahora mismo!

Por dentro, contuve la respiración. Valerian aún podría delatarme a la bibliotecaria, la Srta. Noble. Eso significaría problemas. Pero especulé que le era tan indiferente que yo rompiera las reglas como todo lo demás que sucedía en la Academia de Primavera.

Se detuvo detrás de mí. Podía oír su respiración tranquila y uniforme. Una extraña tensión en el aire se instaló en el ambiente y parecía querer decir algo, pero se contenía. Algo crujió detrás de mí. Cuando miré por encima del hombro, Valerian estaba sacando un pequeño libro encuadernado en cuero del bolsillo de su túnica.

—Toma —me dijo y me lo entregó.

Cogí el libro. Me pareció antiguo y precioso, la portada estaba decorada con símbolos misteriosos.

—¿Qué es?

—Una pista para la próxima prueba.

Abrí el libro y hojeé las páginas amarillentas, pasando los dedos por las ilustraciones de plantas y criaturas mágicas. Una página del libro estaba marcada con una nota. La saqué, miré el dibujo de una polilla con alas de colores y leí:

La polilla estrellada —Luminarae Astralis— o hilanderas esterales son un subgénero mágico de polillas. Sus alas brillan de colores a la luz de las estrellas y reflejan patrones cósmicos que cambian con los movimientos del cielo. Estas polillas son capaces de recoger la luz de su entorno y emitirla en un suave y brillante resplandor, lo que las convierte en un espectáculo, sobre todo de noche. Su envergadura varía entre 5 y 10 centímetros.

Además de su belleza y significado mágico, las hilanderas estelares también tienen propiedades muy prácticas. Se alimentan de néctar, rico en energía mágica, y se desplazan de flor en flor, esparciendo polen y contribuyendo así a la salud del ecosistema mágico.

Una característica especial de las estrellas hilanderas es su reacción a determinadas sustancias: tienen una aversión a la miel…

En este punto, el texto se interrumpía de golpe. Faltaban páginas.

Levanté la vista y quise preguntarle a Valerian de qué se trataba y por qué me había regalado ese libro, pero ya no estaba. Me dejó sola.

—Las hilanderas estelares odian la miel —murmuré mientras cerraba el libro y lo apretaba contra mi pecho.

¿Es posible que las estrellas giratorias formaran parte del próximo examen? Y de ser así, ¿cómo podría aprovechar mis nuevos conocimientos? Aún no tenía ni idea, pero si había miel de por medio, iba a ser un asunto complicado. De eso estaba segura.

12

HUM, HUM, HUM

—¿Soy la única a la que le parece espeluznante que este examen sea de noche? —preguntó Eliza mientras nuestro grupito, guiado por la directora Madreselva y el Señor de la Primavera, cruzaba el jardín de la Academia.

Sonreí para mis adentros. A diferencia de mis compañeros, no esperaba que nos atacara ninguna criatura siniestra. Al fin y al cabo, las polillas eran de todo menos terroríficas.

No quise contarles mi conversación con Valerian ni a Dalia ni a Eliza, porque lo más seguro sería que me dirían que lo habría soñado, como todo lo demás. Además, podía colarles un poco de miel sin que se dieran cuenta y evitar así que una de ellas ganara la prueba.

Fue un alivio que Alex ya estuviera fuera de la carrera. Tenía una cosa menos de la que preocuparme. Por suerte, mi mejor amigo no parecía tomárselo demasiado mal, lo que tal vez se debía a Jasper y a sus crecientes sentimientos hacia él. Le haría un favor a Alex y también le pasaría un poco de miel a su nuevo novio. Al fin y al cabo, no quería que su romance acabara con el exilio prematuro de Jasper en el mundo de la primavera.

—Aquí estamos.

La directora Madreselva se detuvo frente al Arcanum Botanicum de la Academia. Este invernadero mágico era mucho más grande que aquel en el que la profesora Willowtree impartía —o impartió—

sus clases. Era una estructura impresionante hecha de piedra vieja y musgosa y grandes paneles de cristal que reflejaban la luz de la luna. Al entrar, nos recibió un calor sofocante. Una densa jungla de plantas exóticas, enredaderas y flores se abría ante nosotros, y en algún lugar de este Amazonas en miniatura se oía el chapoteo de un estanque.

—No es, lo que se dice, un escenario de una película de terror —observó Eliza, sonando decepcionada de que el ambiente espeluznante hubiera dado paso al escenario de un documental del Discovery Channel—. ¿Qué se supone que tenemos que hacer aquí? ¿Demostrar nuestras habilidades en el cuidado mágico de las plantas?

—Entonces estás jodida, Linnea —dijo Jasper con una sonrisa.

—Oye, ¿quién te dio permiso para burlarte de mí de esa manera? Eso solo lo puede hacer Alex.

—Sí, pero no está aquí. Así que me pidió que lo hiciera por él.

Le saqué la lengua.

—Bueno, muchas gracias.

—Nada que agradecer. Siempre estoy encantado de ayudar. —Jasper me guiñó un ojo con picardía.

Me gustaba el tipo. Alex hizo una buena elección.

—Damas y caballeros, bienvenidos al tercer desafío —anunció la directora Madreselva—. Quedan siete candidatos. Miren a su derecha y a su izquierda. Uno de sus compañeros, o quizás incluso ustedes mismos, saldrá victorioso de esta prueba de hoy, acercándose un paso más a su sueño de ser el Elegido. La prueba de hoy pondrá a prueba la habilidad, la valentía y la perseverancia de cada uno de ustedes. Todos saben que las hilanderas estelares son criaturas nocturnas raras y tímidas.

—¿Lo sabemos? —susurró Eliza—. Ni siquiera sé qué son las hilanderas estelares.

—Polillas mágicas —le indicó Dalia con el entusiasmo de un artículo de Wikipedia—. Sus alas reflejan la luz de las estrellas.

Si Valerian no me hubiera dado el libro, habría estado tan despistada como Eliza. Pero ahora estaba preparada. Mientras la directora daba una conferencia sobre las hilanderas de estrellas,

saqué un pequeño tubo de miel del bolsillo del pantalón, abrí el tapón y me eché un poco en el dedo. Puse la mano en la espalda de Eliza, que estaba más cerca de mí, y le limpié el viscoso líquido dorado de la camiseta mientras fingía acariciarle la espalda.

—No te preocupes, yo tampoco tenía ni idea de lo que eran.

Jasper fue el siguiente. Le cogí por la manga. Cuando me acerqué a Dalia e intenté sacar de nuevo el tubo de miel, me miró de reojo con desconfianza.

—¿Qué tienes ahí?

—Nada. Nada de nada.

Rápidamente hice desaparecer de nuevo el tubo. La directora hizo una ronda y nos repartió redes a todos.

—Su objetivo es capturar tantas polillas estrelladas como sea posible. Tienen hasta las primeras luces del alba —continuó, dirigiendo de nuevo la mirada de Dalia hacia delante—. Pero, eso sí, deberán tener cuidado, ¡las hilanderas estelares no son los únicos seres vivos de este invernadero!

Un murmullo recorrió el grupo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Eliza, mirándonos con temor, antes de girar la cabeza y buscar arañas monstruosas o algo igual de repugnante.

—¿Por qué crees que nunca tenemos lecciones en el Botanicum Arcanum? —respondió Dalia—. La naturaleza aquí es impredecible.

—Como siempre, el Señor de la Primavera dará la señal de salida —dijo la directora, impidiendo que Dalia dijera nada más, lo cual, a juzgar por la mirada de pánico de Eliza, quizá fuera lo mejor.

Valerian se adelantó y levantó las manos. Su mirada se deslizó sobre mí, pero no se detuvo en mí. En lugar de eso, echó la cabeza hacia atrás y miró a la luna. La luz que inundaba el invernadero era cada vez más pálida. Por un momento, pensé que Valerian sería capaz de oscurecer la luna, pero entonces me di cuenta de que las plantas que nos rodeaban habían empezado a crecer como locas. Se aferraban a los paneles de cristal y bloqueaban la luz hasta que el invernadero quedó casi a oscuras. Solo podía ver los contornos de mis compañeros.

Intenté localizar a Dalia. Todavía no le echaba miel, pero no la encontré por ninguna parte.

—¿Cómo se supone que vamos a encontrar a las polillas estelares así? —preguntó Eliza. Su voz retumbó inusualmente fuerte en la oscuridad.

No hubo respuesta de Valerian ni de la directora. Al parecer, el examen ya había comenzado. Es hora de mi baño de miel. Abrí el tubo de miel y me unté los brazos, el pecho y el cuello con el dulce líquido. Así los cabrones no se me acercarían demasiado. Justo cuando estaba a punto de cerrar el tubo, alguien chocó conmigo. El tubo se me resbaló de la mano y un ominoso crujido anunció el trágico final de mis reservas de miel.

—¡Eh, no te pongas en medio! —gruñó Raider a mi lado y me dio otro empujón que me hizo trastabillar.

Caí de rodillas en el mismo momento en que la luz de la luna se colaba por una de las ventanas del invernadero. Dalia estaba cerca, con las manos en alto y la mirada fija. Murmuraba un hechizo tras otro. Era evidente que había declarado la guerra a las plantas.

—¡Mierda, veo una! —gritó Raider y cargó como toro contra Red Bull.

Mientras me levantaba y me limpiaba la suciedad de las rodillas, vi a Raider persiguiendo a una estrella giratoria, con las alas brillando a la luz de la luna. Los demás alumnos también empezaron a moverse. Jasper y Eliza ayudaban a Dalia con las plantas, mientras los demás salían en persecución de las hilanderas estelares. La directora Madreselva y Valerian habían desaparecido.

—Bien, bien —murmuré.

La miel mantendría a raya a las hilanderas estelares. Así que todo lo que tenía que hacer era esperar hasta el amanecer. Eso sería fácil. Quizá debería haber traído algo para leer.

—¡Linnea, vamos! ¡Ayúdanos! —gritó Dalia y me hizo señas para que me acercara.

Empecé a moverme de mala gana cuando oí un suave zumbido.

¿Qué fue eso?

Confundida, miré a mi alrededor.

—¡Dios mío! —gritó Dalia—. Una estrella giratoria, justo a tu lado. ¡Atrápala, Linnea! ¡Atrápala!

Ante los gritos de entusiasmo de mis amigos, la criatura se posó directamente sobre mi hombro. Intenté ahuyentarla, pero volvía una y otra vez.

¿Qué jodidos…?

—Aquí viene otro —gritó Eliza—. Linnea, ¡eres una chica muy afortunada!

Yo no lo llamaría así. Quería alejar a las hilanderas estelares con la miel, pero por alguna razón parecía atraerlas cada vez más.

Salí corriendo presa del pánico, perseguida por todo un enjambre de hilanderas estelares que parecían hacerse cada vez más grandes. Hacía tiempo que había soltado la red.

Las hilanderas estelares se arremolinaban a mi alrededor como insectos rabiosos alrededor de una flor mientras me apresuraba a atravesar la espesura del Botanicum Arcanum. Sus alas brillaban a la tenue luz de la luna. Cada vez que creía que ya no las tenía encima, aparecían otras nuevas, atraídas por el dulce aroma a miel de mi piel, que, a las claras, parecía gustarles mucho.

Encontré una gruta y me metí dentro, apretándome contra las húmedas paredes con la esperanza de que las hilanderas estelares no me encontraran aquí. Por un momento, me pareció la decisión correcta. La gruta era estrecha y estaba rodeada de un inquietante silencio. El suelo estaba húmedo y resbaladizo y apenas podía distinguir nada. Pero las polillas parecían haber perdido mi rastro. Me desplomé contra la pared y jadeé.

Hasta el amanecer. Solo tendría que aguantar hasta el amanecer. Eso era manejable, o lo habría sido. Pero la gruta se interpuso en mi camino. Unas raíces brotaron del suelo y me agarraron como si quisieran arrastrarme a las profundidades. Grité y me liberé, sin embargo sentí más raíces enredándose en mis piernas.

Conseguí liberarme con un salto y salí furiosa de la gruta. Mi corazón iba a mil por hora.

Fuera, en el invernadero, Dalia y los demás consiguieron hacer retroceder las plantas. La maldita cosa verde logró abrir las ventanas para que la luna lo bañara todo con una luz plateada —incluidas las

innumerables hilanderas estelares, que enseguida se lanzaron en mi persecución.

—¡Linnea! —oí decir a Eliza, pero su voz sonó lejana.

A ciegas, tropecé con una rama y caí al suelo. La tierra empezó a moverse debajo de mí, abultándose como si algo estuviera a punto de estallar. Me levanté y seguí corriendo, impulsada por el miedo, con el zumbido de las polillas en todo momento.

Tengo que deshacerme de esta maldita miel.

Agua. Necesitaba agua. Corrí en la dirección desde la que había oído el chapoteo del estanque y llegué a una masa de agua oscura con enormes nenúfares flotando en ella.

No inspira mucha confianza.

Me sentía en una de esas películas de terror en las que los protagonistas solo toman malas decisiones. Pero esto era la vida real y mis opciones eran un poco limitadas ahora mismo.

Me metí en el estanque de nenúfares, me sumergí y nadé todo lo que pude. Bajo el agua reinaba el silencio y sentía que los latidos de mi corazón se calmaban poco a poco. Sin duda, las hilanderas estelares no me seguirían hasta aquí. Y tal vez mi sensación de inquietud era nada más eso: una sensación. A veces un estanque no es otra cosa que un estanque.

Cuando me quedé sin aire, salí a la superficie y con cuidado saqué la cabeza del agua.

Nada.

No había polillas girando. Ningún zumbido ominoso. Lo logré.

Estaba a punto de soltar un grito triunfal de alegría cuando el agua a mi alrededor empezó a burbujear y a ondularse. Mi mano rozó algo suave y resbaladizo y retrocedí con disgusto, para darme cuenta de que algas y zarcillos se movían por el agua con movimientos serpenteantes.

Pero no solo las plantas, el agua misma parecía estar viva. Tiraba de mí, intentando arrastrarme a las profundidades. Luché contra ella, pero era como si tuviera cien brazos que me sujetaban y tiraban de mí bajo el agua.

El pánico se apoderó de mí. Luché y pataleé mientras el frío líquido se abría paso hasta mi boca y mi nariz. El agua sabía

asquerosa, a hojas y tierra podridas. Con un último y desesperado esfuerzo, me liberé y salí a la superficie. Jadeando, respiré el aire húmedo y sofocante, que ahora me parecía un regalo.

Nadé hasta la orilla, me agarré al borde y salí. La ropa se me pegó al cuerpo demasiado pesada. Me temblaban los brazos y las piernas y el corazón me latía desbocado contra el pecho.

¡Qué pesadilla!

Este invernadero era un infierno vegetal y, para colmo, oía el zumbido de las hilanderas estelares que habían retomado la persecución. No conseguí lavarme la miel. Seguía pegada a mi piel.

Me puse en pie tambaleándome y empecé a moverme de nuevo, con pasos torpes y descoordinados pareciendo una jirafa recién nacida. Estaba agotada. Exhausta. Y no tenía ni idea de cómo iba a aguantar hasta el amanecer.

—¡Fuera del camino, Sullivan!

Raider apareció a mi lado, con su mirada codiciosa fija en una polilla. El animal voló hacia mí y Raider me dio un fuerte empujón.

Perdí el equilibrio y me tambaleé hacia atrás. Mis brazos buscaron desesperadamente algo que detuviera mi caída, pero no logré alcanzar nada.

El impacto fue brutal. Un dolor agudo me atravesó la cabeza al chocar contra una piedra. Por un momento, mil estrellas brillaron ante mis ojos. Luego, como si alguien hubiera pulsado un interruptor, descendió la oscuridad. Todo quedó en silencio, el mundo desapareció. El zumbido de las polillas, el susurro de las hojas, incluso las llamadas lejanas de mis compañeros… todo se hundió en un mar negro.

13

MIS MANOS SON DEMASIADO PEQUEÑAS PARA CARGAR CON EL DESTINO DE LA HUMANIDAD

—Eso es... bueno, sí... inusual. —La voz de la directora me llegó desde lejos.

Parpadeé, abrí los párpados pesados y me hubiera gustado volver a cerrarlos enseguida. La directora Madreselva, Valerian y mis compañeros me rodeaban en semicírculo. El invernadero estaba bañado por la suave luz del amanecer y las estrellas me rodeaban. Raider estaba a punto de arrancarme una, pero la directora le dio un tirón de orejas.

—Si cree que puede sacar ventaja así, Sr. Johnson, se equivoca. Srta. Sullivan, usted ganó el desafío… —Se volvió hacia mí—, aunque de una manera poco convencional.

Su mirada atónita se deslizó sobre mí. Debía de ser un espectáculo curioso: empapada, con algas en el cabello, la piel embadurnada de miel y cubierta de polillas estelares. ¿Qué demonios sucedió con todos los insectos que se suponía me rehuirían? El texto del libro que me dio Valerian decía a las claras que las hilanderas estelares odiaban la miel. Pero en lugar de alejarse de mí, las criaturas se me pegaban como pelos de gato en un jersey negro recién lavado.

Busqué la mirada de Valerian, pero me evitó. Estaba molesto porque, otra vez, gané la prueba. Poco a poco se estaba convirtiendo en una costumbre.

—¡Señorita Bennett y señorita Pîroz, tal vez tengan la bondad de ayudar a su amiga a liberarse de las hilanderas estelares! —dijo la directora, que seguía mirándome con los ojos entrecerrados, como si intentara comprender lo que había ocurrido. Como yo tampoco tenía ni idea, le deseé buena suerte—. No sé por qué llevaba miel, señorita Sullivan, pero ha sido muy inteligente frotársela. ¿Puedo preguntarle cómo sabía que atraería a las hilanderas estelares y se quedarían?

—Yo… —tartamudeé y miré a las caras interrogantes de mis amigos, que, si no me equivocaba, parecían un poco molestos.

Por favor, ¿qué?

Sentía que la cabeza me iba a estallar. Me llevé una mano a la frente y gemí.

—Quizá deberíamos dejar descansar a la señorita Sullivan antes de acosarla con preguntas —comentó Valerian con cierta rigidez.

—Por supuesto. —La directora asintió en señal de obediencia—. Tiene toda la razón, Señor de la Primavera. Srta. Bennett, Srta. Pîroz, lleven a la Srta. Sullivan con la enfermera cuando hayan terminado aquí. Quiero que se asegure de que la Srta. Sullivan no ha sufrido ninguna conmoción cerebral.

Buena idea. Teniendo en cuenta mi estado mental, que estaba entre *¿Cuál es la raíz cuadrada de la patata?* y *¿Existe una hierba mágica para perder el contacto con la realidad*?, quizá fue la decisión más inteligente del día.

Dalia y Eliza, que ya habían empezado a recoger las hilanderas estelares, me ayudaron a ponerme en pie mientras la directora Madreselva, Valerian y los demás participantes abandonaban el invernadero.

—Creía que no querías ganar —siseó Dalia cuando los demás estuvieron fuera de su alcance.

—No lo quiero —refunfuñé—. Fue más bien… una desafortunada coincidencia.

Eliza levantó las cejas dudosa.

—¿Que te embadurnaras de miel fue una coincidencia?

Vale, eso ha sonado de todo menos convincente.

—Sí… No. ¿Y los demás participantes? —pregunté para distraerme de mi mentira de aficionado—. ¿Quién más ganó?

Dalia resopló.

—Raider te quitó un montón de polillas mientras estabas inconsciente. Quedó en segundo lugar. Y Eliza, por alguna razón desconocida —entrecerró los ojos—, también tenía miel. Acabó en tercer lugar.

¡Así es! Había querido proteger a Eliza y terminé haciendo todo lo contrario. Fue una suerte que no untara a Dalia. Repasé los puntos en mi cabeza: la victoria de Eliza no le había servido de mucho. Seguía por detrás de Dalia, que ocupaba el tercer puesto en la clasificación general. Raider y yo íbamos en cabeza.

—Parece que va a ser entre Raider y tú —dijo Dalia, que parecía estar pensando lo mismo.

Parecía cualquier cosa menos feliz, y no podía culparla. No era solo que quisiera ser la misma Elegida, sino que ahora quedábamos Raider o yo para seguir al Señor de la Primavera a su mundo: la chica que no quería ganar, o el chico que era un gran gilipollas. Era como elegir entre la peste y el cólera.

—¡Tienes que ganar el próximo examen, Linnea! —dijo Dalia de repente, y sonaba decidida.

Negué con la cabeza.

—Sabes que no puedo hacer eso.

—Pero puedes —insistió—, solo que no quieres, y eso es algo completamente distinto. Pero se trata de algo mucho más grande que tú, Linnea. Piensa en toda la gente que el Elegido tiene que proteger. ¿Crees que Raider es capaz de hacer eso? Siempre busca su propio beneficio. Quiere ganar esto porque le traerá fama y honor, no le importa nada más.

Después de todo, él quiere ganar esto, a diferencia de mí, pensé, pero preferí guardarme el pensamiento.

—Ya va a agarrar la onda —murmuré, aunque ni yo misma estaba convencida de eso. Un trol aprendería antes a comer con cuchillo y tenedor.

Dalia se detuvo tan de repente que casi tropiezo con mis piernas intentando no chocar con ella. Se giró hacia mí. Sus ojos oscuros se

clavaron en los míos.

—No lo hará. Y lo sabes tan bien como yo. ¡*Tienes* que ganar esto, Linnea! El destino de la humanidad está en tus manos.

~

El destino de la humanidad.

Sonaba grande, significativo y muy, muy aterrador. Quería rechazar las palabras de Dalia con una sonrisa, pero me atormentaban.

Después de que la enfermera decidiera que necesitaba descansar un poco, Dalia y Eliza me llevaron a mi habitación. Eliza hizo una redada en el comedor escolar y me trajo un vaso de zumo de naranja, un montón de cruasanes de chocolate y una manzana.

—Hoy preferimos prescindir de tu mezcla de café y coca —dijo guiñando un ojo.

—¿Por qué? —gemí, haciendo un puchero.

—Porque necesitas dormir —decidió Dalia y me arropó con el edredón como si yo fuera una niña pequeña y ella la mamá sobreprotectora.

—Y porque es repugnante —añadió Eliza con una sonrisa.

Esperé a que mis amigas desaparecieran para salir de debajo del edredón. Mezcla de café y coca o no, estaba despierta. Y desde luego no iba a pasarme el último día antes de la prueba en la cama. No, utilizaría este tiempo para enfrentarme a Valerian. Porque ya estaba convencida de que manipuló todo el examen. ¿De qué otra forma podía explicarse el desastre de las polillas estelares?

La mayoría de los alumnos estaban en clase cuando me dirigí a las habitaciones donde habían colocado al Señor de la Primavera. Estaban un poco apartadas, en un ala de la Academia que apenas se utilizaba. No sé si era para dar intimidad a Valerian o si los profesores simplemente no soportaban su carácter alegre.

El móvil de mi bolsillo zumbaba sin cesar. Ya había ignorado cinco llamadas de mis padres. Al parecer Dalia les puso al corriente, y ahora mi madre no cabía en sí de gozo porque estaba un paso más

cerca de ser *la elegida*. Al fin y al cabo, nada más me faltaba una prueba para llegar a los cincuenta años de exilio. Para esta hora, mi madre quizá ya se encontraba vaciando mi habitación y estaba pensando en el nuevo color de las paredes de su sala de yoga. Pero eso era algo de lo que no podía ocuparme ahora. El destino de la humanidad ya pesaba lo suficiente. Así que el destino de mis padres —y las cuestiones del diseño de interiores— tendrían que esperar un poco más.

Mis pasos resonaron en las frías baldosas de piedra al acercarme a las habitaciones de Valerian. Los rayos de sol se reflejaban a través de las altas ventanas arqueadas, haciendo que diminutas partículas de polvo flotaran en el aire como estrellas parpadeantes.

El ambiente aquí era diferente al del resto de la Academia. Las paredes estaban cubiertas de finas enredaderas que temblaban con la brisa apenas perceptible. El musgo se había abierto paso hasta la superficie entre las baldosas de piedra y olía a aire de bosque y madera de cedro, un olor que, sin quererlo, me recordaba a Valerian. Era como si la naturaleza quisiera reclamar esta parte de la Academia, o como si la primavera quisiera estar más cerca de su amo.

La puerta de las habitaciones de Valerian era de madera oscura, pesada y decorada con intrincadas tallas que representaban escenas de la naturaleza: arroyos que fluían, colinas ondulantes y bosques salvajes e indómitos. Dudé un momento, respiré hondo y llamé a la puerta con decisión.

No hubo respuesta.

Valerian tampoco respondió a un segundo golpe. Evidentemente, estaba en otra parte. Giré el pomo y me sorprendí cuando la puerta se abrió de golpe. Entré vacilante.

Me recibieron unas estanterías altas, un gran escritorio de roble macizo, una zona de estar con dos sillones y una cama con dosel de color marfil. La luz del sol que entraba por una ventana se filtraba a través de un mosaico de hojas, dando a la habitación un suave resplandor verde. Todo parecía preparado para el Señor de la Primavera, aunque solo viniera cada cincuenta años.

Mi mirada se deslizó sobre un abrecartas con mango de plata que yacía en un cuenco sobre el escritorio.

Sangre. Hay sangre en la hoja.

Tragué saliva y tras mis párpados volví a visualizar al ciervo blanco. Cómo Valerian apuñaló a la majestuosa criatura primaveral y esta cayó impotente al suelo. ¿Fue con eso con lo que lo mató? ¿Con un abrecartas? Eso era algo indigno. Por otro lado, la idea de que Valerian llevara consigo un cuchillo para apuñalar criaturas de primavera tampoco era nada embriagadora.

Junto al cuenco con el abrecartas había unas cuantas páginas de libro arrancadas. Siguiendo un instinto, las alcancé y leí:

...NO PUEDE ESCAPAR al dulce olor y sabor de esta sustancia. Este comportamiento ambivalente es especialmente notable porque, en cuanto la polilla estelar entra en contacto con la miel, ya no es capaz de liberarse por sí misma. La sustancia actúa como un adhesivo natural que pega los finos pelos de las alas de la polilla y restringe por completo su capacidad de volar.

¡JODER!

Valerian arrancó la página del libro que me dio y no solo eso, me engañó deliberadamente. Quería que ganara el examen.

Pero, ¿por qué?

¿Por qué, si me estuvo advirtiendo que no ganara cuando nos conocimos? Nada de esto tenía sentido. Confundida, sacudí la cabeza.

—¡Linnea! —La voz de Valerian era tranquila, pero yo me giré como si un rayo hubiera caído detrás de mí y me hubiera esquivado por un pelo.

Miraba las páginas sueltas del libro que tenía en la mano, que temblaban un poco ahora que me daba cuenta poco a poco de lo que hizo. Valerian me manipuló, se aprovechó de la poca confianza que tenía en él.

—Seguro que tienes preguntas —dijo, señalando la zona de asientos antes de pasar junto a mí, sentarse en uno de los sillones y juntar las puntas de los dedos.

—¿Eso crees? —siseé—. Me atrajiste deliberadamente a la trampa. Sabías que leería el párrafo sobre las hilanderas estelares y pensaría que la miel las desanimaría.

Una sonrisa de suficiencia que no mostraba el menor remordimiento curvó sus labios.

—Bueno, ayudó que fueras tan crédula como para no comprobar esa información. Después de todo, habrías tenido toda una biblioteca a tu disposición.

¿Esa era su justificación? ¿Que no comprobé la maldita información tres veces como un maldito asesor fiscal?

Resoplando, me puse de pie frente a él.

—¿Así que ahora es culpa mía haber ganado el examen?

—Tu culpa o tu destino, en principio, no importa. —Valerian sonaba cansado, lo que me quitó un poco el aliento. Bajó la cabeza y se frotó el puente de la nariz—. Lo siento, Linnea, pero así son las cosas. No puedo evitarlo.

—¿Qué significa eso? ¡Y no me vengas con excusas! Ya estoy harta de estos juegos. Al fin y al cabo, el bienestar de la humanidad está en mis manos si gano la selección, al menos eso dijo Dalia. ¿Y me has mirado las manos? Son jodidamente pequeñas.

Levanté las manos con impotencia. Sentía que se me llenaban los ojos de lágrimas. No era justo. Nunca quise toda esta responsabilidad, nunca me vi en el papel de la elegida. Pero, ¿me quedaba otra opción ahora que Raider era la única alternativa? Era demasiado. Demasiadas decisiones que tomar, demasiada responsabilidad, demasiado todo. Sentía que no podía respirar. Yo…

Valerian se levantó y me cogió las manos. Sus largos dedos envolvieron los míos. Cálidos, suaves y fuertes al mismo tiempo.

—Tus manos son perfectas tal y como son —dijo con suavidad—. Y soportarán cualquier peso que les pongas, porque eres más fuerte de lo que crees, Linnea.

Hice una mueca y moqueé.

—Eso no era lo que quería oír.

Valerian asintió.

—Lo sé. Pero no puedo decirte lo que quieres oír. Créeme, lo habría deseado de otra manera, pero en el momento en que el ciervo blanco se te apareció, tu destino estuvo sellado. Solo se aparece a los elegidos.

Fruncí el ceño. Mis ojos viajaron hasta el abrecartas ensangrentado.

—¿Por eso lo mataste?

—Sí —confirmó—. Pensé que, si nadie veía al ciervo blanco, no habría un Elegido. Pero parece que algunas criaturas mágicas no se pueden matar, así como así y el destino no se puede detener sin más.

—¿Pero por qué? Creía que necesitabas a alguien a tu lado que te ayudara a salvar al mundo humano de la eterna primavera.

Con un suave suspiro, Valerian me soltó las manos y solo ahora me di cuenta de que las había estado sujetando todo el tiempo. Me pareció bien, familiar. Lo cual era absurdo, dado que Valerian acababa de poner todo mi mundo patas arriba.

—Fue estúpido e irreflexivo matar al ciervo e intentar acabar la selección con él. Supongo que esa es la clase de hombre que soy ahora.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, pero se limitó a negar con la cabeza.

—Eso no es importante ahora. Lo importante es que cumplas tu destino y ganes la prueba final, Linnea.

—¿Por qué? —quise saber—. ¿Qué pasa si no lo hago?

Los ojos grises tormenta de Valerian me miraron con seriedad.

—Lo que les pasa a todos los que no cumplen su destino: mueren.

14

EN UNA MONTAÑA RUSA DE EMOCIONES

Todo esto de «morirás si no haces esto o aquello» empezaba a ponerme de los nervios. Primero el profesor Chiswick, que me advirtió que no hiciera los desafíos, y ahora Valerian. Estaba rozando la conspiración. Y de alguna manera me invadió la sensación de que nunca había tenido ninguna oportunidad. El destino era una perra podrida.

Estaba aturdida mientras caminábamos por el bosque a la mañana siguiente. Mientras que las dos primeras pruebas tuvieron lugar en presencia del público, ahora éramos solo la directora Madreselva, Valerian, Raider y yo los que nos dirigíamos a un claro escondido en el corazón del bosque galés. El resto de los competidores habían sido eliminados: iban tan rezagados que, de todos modos, no tenían ninguna posibilidad de ganar.

Raider avanzaba con una mirada inquebrantable, sus pasos rápidos y llenos de determinación. No cabía duda de que quería ganar la prueba y que estaba dispuesto a recurrir a medios desleales. Una idea poco tranquilizadora ahora que yo era su único rival.

Aún no podía decidirme: ¿debería intentar ganar la prueba y sellar mi destino? ¿O perder y esperar salir viva? Salir viva, claro, porque ese parecía ser el punto crucial.

Mis ojos estaban pegados a la espalda de Valerian. Esperaba que se volviera hacia mí y estableciera contacto visual. Que me diera

algún tipo de señal que me respaldara. Pero no lo hizo.

¿Podría culparle por tratarme como a un participante cualquiera en una competición? No. ¿Lo hice de todos modos? Por supuesto que sí. Sobre todo, después de que ayer me cogiera las manos y me diera grandes discursos sobre lo perfectas que estaban. Una gran mentira cuando miré el esmalte de uñas desgastado y negro. ¡Sí, negro! ¿Acaso una chica que corre el riesgo de convertirse en la próxima Elegida gracias a un par de estúpidos accidentes no puede tener una fase emo?

Había un silencio extrañamente tenso en el bosque, como si incluso la naturaleza supiera que algo pasaba. No en sentido literal, claro, a menos que Raider y yo tuviéramos que luchar contra jabalíes rabiosos como prueba final. Solo se oía un rugido lejano. Sonaba como una cascada, pero no recordaba que hubiera una en la zona.

—Ya casi hemos llegado —dijo la directora, acelerando el paso.

Nos agachamos bajo las ramas bajas de un árbol y llegamos a un gran claro con un lago en el centro. Contemplé incrédula una imponente cascada que se precipitaba en las profundidades. El agua brillaba al sol como si estuviera hecha de luz líquida y colorida. Cada matiz de color irradiaba su propia belleza hipnotizadora, desde el rojo intenso al amarillo brillante, pasando por el verde radiante y el azul tranquilizador.

—¡Es hermoso! —jadeé.

Y mágico. La cascada no había estado aquí antes, estaba segura de ello. Valerian debió crearla de la noche a la mañana y yo estaba —lo admito— un poco impresionada por su habilidad.

—Hermoso… y peligroso —añadió Valerian, que se había puesto a mi lado, en tono de advertencia.

Raider recogió una piedra del suelo y la dejó saltar sobre la superficie del agua.

—¿Hay cocodrilos o algo aquí con lo que tengamos que luchar? —preguntó, mirando el agua con desconfianza.

—No, señor Johnson, no los hay —dijo la directora, negando con la cabeza—. La próxima prueba será más de naturaleza emocional.

—¿Qué se supone que significa eso? —refunfuñó Raider enfadado.

Lo más seguro fuera que había estado deseando golpear algo o a alguien. Pues mala suerte. Ese pendejo sabía tan poco de sentimientos como una IA de los efectos emocionales de una crisis existencial, lo que me daba cierta ventaja.

—Estamos frente a la Cascada Arcoíris, que será el objeto de su cuarta y última prueba —explicó la directora Madreselva—. Su tarea será escalarla. Cada capa de color de la cascada representa una emoción diferente con la que tendrán que lidiar durante su ascenso. Como siempre, el Señor de la Primavera dará la señal de salida. Srta. Sullivan, Sr. Johnson, ¡les deseo buena suerte!

Eso fue demasiado pronto. Demasiado rápido, también.

Mi mano agarró automáticamente la muñeca de Valerian y la sujetó con fuerza. Quería detenerlo. Esta prueba no podía empezar. No estaba preparada. Mi respiración se aceleró, mi pulso se incrementó y pude sentir cómo el pánico se apoderaba de mí.

¡Fantástico! Ni siquiera habíamos empezado y mis emociones ya estaban a flor de piel. ¿Qué era eso de mi ventaja sobre Raider? Tal vez me hubiera ido mejor como un bulto insensible en esta prueba después de todo.

Valerian puso su mano sobre la mía.

—¡Respira hondo! —dijo en voz baja, luego soltó con suavidad, pero con firmeza mis dedos de su muñeca y levantó los brazos.

Miles de gotas de agua surgieron del lago y flotaron en el aire, temblando en el aire y brillando de colores a la luz del sol. Luego, con un fuerte aplauso, cayeron todas al mismo tiempo.

Ese fue el pistoletazo de salida, tan dramático como siempre.

Raider saltó hacia el lago, quitándose las zapatillas de los pies una a una, y salió corriendo. Pero yo no me moví. Las piernas me temblaban como gelatina y no estaba preparada para ponerme en marcha. No sabía cómo poner un pie delante del otro.

—¡Vamos, Linnea! —me animó la directora con una urgencia que decía: «De verdad que no quieres dejar que gane ese tío, ¿verdad?».

No puedo. No puedo, no puedo, no puedo.

Raider vadeó hacia la cascada a grandes zancadas. El agua ya le llegaba a la cintura. Vi cómo se lanzaba hacia delante y nadaba.

Valerian me puso una mano en la espalda. Sus rizos rubios rozaron mi mejilla mientras se inclinaba hacia mí.

—Recuerda: eres más fuerte de lo que crees, Linnea —susurró.

—De acuerdo. —Asentí apenas perceptible y tragué saliva.

Por extraño que pareciera, las palabras de Valerian me dieron la fuerza que necesitaba. Me acerqué despacio al agua, me quité las zapatillas y toqué el agua fría con el dedo desnudo.

Brr. ¡Frío!

Vadeé hacia delante, con los ojos fijos en la cascada arcoíris. Raider había desaparecido en algún lugar entre el rocío. ¿Por dónde iba? ¿Tenía yo alguna posibilidad?

Cuando el agua me llegó al pecho, empecé a nadar hasta llegar al pie de la cascada. La parte más baja brillaba en un color rojo intenso. El rocío me salpicó los ojos y me quitó la visión. El rugido del agua ahogó mis pensamientos y adormeció mis sentidos. Avancé con dificultad hasta que sentí las primeras piedras bajo mis manos. Estaban resbaladizas y cubiertas de musgo. Los dedos se me resbalaron al intentar subir por ellas.

¡Joder!

La ira surgió de repente en mi interior. Rabia contra Valerian por darme esta tarea imposible. A mis amigos que actuaban como si fuera un maldito honor ser el elegido. A mis padres, porque nunca podría estar a la altura de sus expectativas. A Lysander por dejarme sola con todo esto. Y finalmente conmigo misma.

Porque era una cobarde. Tan cobarde.

Clavé los dedos con tanta fuerza en las piedras cubiertas de musgo que se me rompieron las uñas. Cada vez que respiraba, la rabia crecía en mi interior. Ardía en mis pulmones y latía por mis venas. Cada gota del agua roja y brillante parecía gritarme en la cara, burlándose de mi miedo, de mi inseguridad. Apreté los dientes y me levanté. Mis músculos protestaron, pero ignoré el dolor. Con cada estirón, con cada patada contra la resbaladiza pared, luchaba contra los recuerdos que amenazaban con engullirme.

Entonces, de repente, mis dedos tocaron agua amarilla brillante y mi rabia fue arrastrada por una ola de felicidad. Me sentí ligera, despreocupada. Feliz en todo su esplendor. Todo iba bien. Mi familia y mis amigos me querían. Estaba a salvo. El agua que me rodeaba era cálida y acogedora. Podía dejarme llevar. Ser libre. Libre como un pájaro. Eso era lo que siempre había querido.

—Esta vez no —oí gritar a Raider debajo de mí.

Sonaba tan enfadado que me arrancó de mi éxtasis por un instante. Recordé que momentos antes sentí lo mismo. Pero ahora toda esa rabia parecía haber desaparecido, para dar paso a una cálida sensación de logro.

—No soy un maldito pájaro. No puedo volar. Y no seré feliz.

¡Vale, eso ha sonado raro! ¿Tuvo Raider un ataque de nervios o algo así? Me pareció bien. Eso me dejaba más tiempo para… Sí, ¿para qué?

¿Por qué estaba aquí otra vez?

Me miré las uñas rotas y los dedos ensangrentados. Subir la cascada arcoíris me había parecido importante.

Pero ahora…

Cada capa de color de la cascada representa una emoción diferente con la que tienes que lidiar durante tu ascenso, las palabras de la directora resonaron en mis oídos.

Eso fue todo: me sentí feliz. Tan feliz que me habría encantado dejarme caer. Probablemente la cascada arcoíris despertó estos sentimientos en mí.

Pero no eran reales.

Cerré los ojos un momento, respiré hondo y me concentré en sacudirme la euforia artificial. No era real. Era otra prueba, no más. Una prueba que no quería pasar, pero que tenía que hacerlo. Poco a poco, con cada respiración, recuperé la determinación. Abrí los ojos y continué ascendiendo.

Los colores de la cascada se fundían en un verde brillante que se extendía ante mí como un mar de esperanza y miedo. La visión era impresionante y aterradora al mismo tiempo. El verde era tan vivo y poderoso que parecía casi tangible. Cada gota que me rozaba susurraba sueños y futuro, deseos y miedos.

Vacilante, alargué la mano para tocar el agua. La primera oleada de gotas verdes que fluyó sobre mis dedos se sintió fría y, sin embargo, reconfortante. Parecía que el agua me estuviera diciendo que todo era posible. Que mis sueños estaban al alcance de la mano, pero también que el futuro podía ser incierto e incluso amenazador.

Vi imágenes en mi mente. De mí al lado de Valerian, como la elegida, siguiendo al Señor de la Primavera en su mundo. Me vi caminando por un bosque de árboles en flor. El sol abriéndose paso entre las hojas y pintando patrones de luz y sombra en mi camino. Era una imagen de paz, de armonía. Pero algo oscuro y amenazador acechaba en las sombras. Un recordatorio de las palabras del Señor de la Primavera, de que su mundo no era lo que parecía.

El verde de la cascada se hizo más intenso, casi chillón. La esperanza que irradiaba era abrumadora, pero tras ella se escondía el miedo, la incertidumbre. Sentía que estas emociones hervían en mi interior y me hacían oscilar entre el sueño y la realidad.

Mi agarre de las piedras mojadas se tensó. No podía ceder. Ahora no. Tenía que seguir subiendo, hacia la cima de la cascada. Con cada tirón hacia arriba, me sentía más fuerte, más decidida. El miedo seguía ahí, pero ya no me paralizaba. Me animaba a seguir.

De repente, el verde se desvaneció y llegué a la parte azul de la cascada. El agua estaba fresca y calmada, pero la tranquilidad era engañosa. Cada gota que caía sobre mí me traía recuerdos profundos y dolorosos.

LYSANDER Y YO, jugando al escondite en la floristería de mi madre cuando éramos pequeños. Sus rizos rubios asomando detrás de un ramo de girasoles. Mamá llamándonos al orden, pero sus palabras siendo ahogadas por la risa desenfadada de Lysander.

LYSANDER y yo sentados en el asiento trasero de nuestro coche. Papá al volante y mamá discutiendo con el navegador, porque se equivocó

de camino. Vamos a la Academia de Primavera. Es nuestro primer día, todo es emocionante y nuevo, y estoy nerviosa hasta los huesos. Pero Lysander saca sus auriculares.

—¿Quieres escuchar? —pregunta.

—¡Tu gusto musical es terrible! —me quejo.

Sonríe.

—Lo sé.

Sacudo la cabeza, cojo uno de los auriculares y escucho los ritmos tecno. Mi nerviosismo se desvanece con cada minuto que pasamos allí sentados.

—Tu hermano tiene cáncer, Linnea. Está muy mal. No podemos ignorarlo.

Mi madre está arrodillada delante de mí. Tiene sus manos sobre mis rodillas, cálidas y tranquilizadoras, pero apenas las siento. Me corren lágrimas por las mejillas.

—No puedes simplemente sacarlo de la escuela. Esta es su vida. Siempre quiso ser el elegido. Él… —Se me corta la voz.

Lysander tenía sueños. No puedo creer que deban morir así.

—No hay otra manera, Linnea. Tienes que aceptarlo.

—No. —Sacudo la cabeza enfática—. Nunca.

El azul me envolvió como un manto de tristeza. Amenazaba con ahogarme, con arrastrarme a las profundidades de la cascada. Sentía los brazos pesados y débiles. Sabía que tenía que seguir subiendo, pero no podía.

Cada vez me venían más recuerdos. La risa de Lysander y lo que sentía cuando desaparecía. Sus abrazos, cada vez más débiles. Lo había perdido, un poco más cada día. Y ahora, aquí, bajo la cascada, sentía que lo perdía por segunda vez.

—No lo entiendo... —A mi madre se le quiebra la voz y solloza con fuerza—. No entiendo cómo pudiste ser tan irresponsable, Linnea.

Estamos de pie en el frío pasillo blanco de un hospital bañado por el resplandor de las luces de neón. Me siento perdida. Muy perdida.

Lysander está muerto.

Y fue culpa mía.

—¡Linnea!

La llamada de Valerian atravesó mis recuerdos. Su mano se extendió hacia mí. Solo nos separaban uno o dos metros, pero parecían tal largos. Estaba completamente destrozada, pero luché por avanzar, tirando poco a poco hacia arriba.

Es culpa mía. Culpa mía. Culpa mía.

Yo debería estar muerta, no Lysander. Yo…

La mano de Valerian se cerró con fuerza en torno a la mía. Me empujó hacia él con un fuerte tirón. Dejé atrás la cascada y caí de rodillas, empapada y temblando. Valerian me estrechó entre sus brazos, me abrazó con fuerza y yo enterré mi cara manchada de lágrimas contra su pecho, sintiendo su calor reconfortante.

Fue mi culpa, todavía resonaba en mi cabeza, pero el dolor punzante de la tristeza se fue calmando poco a poco y dio paso a un sentimiento sordo. Un sentimiento que me había acompañado desde la muerte de Lysander. No agradable, pero al menos familiar.

—Eso es… —Oí a la Directora Madreselva jadear en estado de shock—. Con todo respeto, Señor de la Primavera, no puede interferir en el examen. Va contra las reglas.

Agotada, levanté la cabeza. La directora Madreselva estaba a nuestro lado. Al parecer, Valerian y ella estuvieron esperando en la cima de la cascada para ver cuál de los participantes conseguiría escalarla. La directora parecía disgustada, pero no tanto como Valerian. Una enorme tormenta parecía estar gestándose en sus ojos grises.

—No pertenezco a su mundo —gruñó, su voz sonaba extraña y aterradora. Por encima de nosotros, unas nubes oscuras empujaban delante del sol. Los truenos retumbaban y los relámpagos iluminaban el cielo. La directora dio un paso atrás y Valerian me estrechó entre sus brazos—. Y ya no me importan sus reglas.

15

ADIÓS AL DOLOR CON HIELO

El vestido me apretaba demasiado. No podía respirar. Me temblaban las manos al intentar abrir los ganchitos del corsé en la espalda. Había muchos. Demasiados. ¿Cómo iba a arreglármelas? ¿Cómo iba a…?

Me desplomé sobre el suelo de madera de mi habitación, con una mano en la boca para ahogar un sollozo. Las lágrimas se agolparon en mis ojos cuando la realidad se asentó sobre mis hombros como un manto de plomo: yo era la nueva Elegida. La que acompañaría a Valerian a su mundo para ayudarle a luchar contra la eterna primavera.

Pero, ¿por qué? ¿Por qué diablos yo de todas las personas? Nunca quise esto. Todo lo que quería era graduarme y tener una vida normal. Una en la que el reto más difícil era ayudar a Eliza a decidir si ordenaba los libros de su estantería por color o por autor. Ahora tendría que dejar todo eso atrás. La Academia, mis amigos, mi familia. Todo.

Un golpe me hizo levantar la vista.

—¿Linnea? —oí la voz de Dalia al otro lado de la puerta.

No contesté, pero eso no le impidió entrar. Maldita sea, ¿por qué no cerré la puerta? Y por qué Dalia decidió que hoy, de todos los jodidos días, la privacidad era un concepto anticuado que estaba a debate. No quería que me viera así. Me di la vuelta con rapidez, me levanté y me acerqué a la ventana.

Era el final de la tarde. El jardín de la Academia se extendía apacible ante mí, como si mi mundo no acabara de dar un giro de ciento ochenta grados, convirtiéndome en el orador de honor de una conferencia titulada *Crisis existencial para estudiantes avanzados*. El sol proyectaba largas sombras entre los árboles, y algunos estudiantes correteaban por los senderos, riendo y despreocupados. Me parecía mal. Irreal.

—Has ganado la prueba —dijo.

Dio unos pasos dentro de la habitación, pero se detuvo, indecisa. Pude oír el crujido de las tablas del suelo bajo ella mientras cambiaba el peso de un pie a otro.

—Eso parece —dije, apenas capaz de ocultar la amargura en mi voz.

—Lysander estaría orgulloso de… —empezó, pero yo levanté la mano para defenderme.

—No lo hagas.

No podía soportar que hablara de Lysander justo en este momento. Los recuerdos que me habían abrumado en la Cascada del Arcoíris aún estaban demasiado frescos, el dolor demasiado presente.

—Pero… —empezó Dalia, pero volví a interrumpirla.

—Este era el sueño de Lysander, no el mío. Y desde luego él no estaría orgulloso de que yo participara en cuatro pruebas con la intención de fracasar, y de que estuviera entre los ganadores todas las veces. Eso no es motivo de orgullo, es una amarga ironía.

Una carcajada desesperada salió de mi garganta.

—O el destino —dijo en voz baja, recordándome las palabras de Valerian.

Lo siento, Linnea, pero así son las cosas. No puedo impedirlo.

Mi destino. ¿Había sido así desde el principio? ¿Estaba destinada a convertirme en la elegida, lo quisiera o no?

La tela de mi vestido me arañaba la piel, recordándome segundo tras segundo lo que me esperaba. Una estancia en un mundo que me era ajeno y hostil. Un mundo del que Valerian me advirtió incluso antes de decidir que todos —ya fuéramos el Señor de la Primavera o

una niña con el cabello rosa y la boca grande— debíamos aceptar nuestro destino.

Cerré los ojos, intentando contener las oleadas de pánico que me invadieron. En mi mente parpadeaban imágenes de Lysander, mi difunto hermano, cuya risa y ojos brillantes siempre me habían animado.

Puedes hacerlo, Linnea, susurró su voz en mi memoria.

Así que, bien. Puedo hacerlo. E incluso si no: finge hasta que lo consigas.

Me limpié las lágrimas de las mejillas y respiré hondo, temblorosa. Luego me volví hacia Dalia. No podía permitirme sentir lástima de mí misma. Lysander no habría querido eso. Él habría querido que yo fuera valiente, que aceptara este desafío y diera lo mejor de mí, aunque el miedo pesara como bloque de hormigón sobre mi pecho.

—¿Qué dices? ¿Puedo ir así? —le pregunté a Dalia, intentando sonreír.

Me escrutó con mi largo vestido verde salvia, cuya falda estaba decorada con filigranas de zarcillos plateados. Había sido confeccionado especialmente para mí y para la ceremonia que se celebraba en honor de la nueva Elegida. La directora Madreselva me lo dio con una sonrisa ganadora que decía: *¡Siempre supe que lo serías!* Junto con un par de zapatos de tacón que ya estaba deseando que llegaran a la luna, o a dondequiera que estuviera el purgatorio de los zapatos incómodos.

—¡Estás estupenda! Pero deberíamos recogerte el pelo. Definitivamente demasiado rosa.

Dalia me guiñó un ojo alentadora, me dirigió a mi escritorio y sacó horquillas de uno de los cajones inferiores, que ni siquiera me había dado cuenta de que tenía. Pero entonces recordé cuando Dalia me peinó una vez. Hacía tres años, cuando todos juntos fuimos al baile del colegio, incluido Lysander. Cuando todo iba bien en el mundo y yo ni siquiera me percataba de lo arruinada que estaría mi vida un día.

Me di cuenta de que Dalia solo intentaba ayudarme, pero el nudo en la garganta se me hacía cada vez más grande. Mi cabello rosa

formaba parte de mi personalidad y, mientras me lo sujetaba con alfileres, tenía la sensación de que esa parte iba desapareciendo poco a poco. Como si no hubiera lugar para ella ahora que era la elegida y tenía que cumplir con mis obligaciones.

Mi móvil zumbó, no era la primera vez ese día. Dalia lo cogió de la cama y miró la pantalla.

—Deberías contestar. Son tus padres.

—No. —Sacudí la cabeza. No podía y no quería lidiar con eso ahora.

—Puede que sea la última vez que hables con ellos, Linnea —insistió—. Eres la única finalista que no ha invitado a sus padres a la ceremonia. Al menos dales esta última conversación.

Si no invité a mis padres, fue porque estaba segura de que no ganaría. Y porque, después de lo que sucedió con Lysander, sabía que no querrían venir. Bueno, al menos me equivoqué en lo primero.

—¡Dame el móvil! —cedí con un suspiro.

Dalia me lo entregó y yo me preparé interiormente antes de pulsar el botón de aceptación con una sensación de náuseas en el estómago.

—Hola, mamá.

Un sollozo al otro lado de la línea, luego la voz entrecortada de mi madre.

—Linnea, cariño, ¿estás bien?

Me aclaré la garganta.

—Sí, claro. Soy la elegida. Es un gran honor.

Las palabras sonaban huecas. Sin sentido. ¿Pero qué podía decir? ¿Que estaba destrozada? ¿Que no sabía cómo iba a sobrevivir a este día, o al siguiente, o al siguiente? ¿Sobreviviría siquiera, teniendo en cuenta que el mundo de la primavera no era una brillante tierra de colores con unicornios danzantes, sino un lugar errante y peligroso? Eso no ayudaba a nadie.

Jadeó. Los sollozos de mamá se hicieron más silenciosos. Entonces oí la voz de mi padre.

—¿Pequeña? Vamos en camino. Puede que no lleguemos a tiempo a la ceremonia, pero…

—¿Qué? No. —El pánico me inundó ante la idea. No podía tener a mis padres aquí. No estaba preparada para una despedida así. No estaba preparada para nada. Mi brillante plan había sido alejarlos todo lo posible de mí hasta que ya no pudiera escapar de la realidad. La aparición de mis padres arruinaría por completo ese plan—. No puedes venir.

—Pero…

—No. Después del funeral de Lysander, dijiste que necesitaban tiempo. Lo respeté. Y sabes qué: ahora *yo* necesito tiempo.

Mis palabras fueron duras. Estaba temblando cuando colgué. No era justo. En aquel entonces, después del funeral de Lysander, quería hablar con papá de todo lo que sucedió. Pero él no estaba preparado. Dijo que necesitaba más tiempo. Y de alguna manera esa conversación que yo había querido tener nunca sucedió. Sostener eso contra él en este preciso no era lo que se dice ser sensible. Pero esperaba que impidiera que mis padres vinieran.

Bajé la mirada a mi móvil para evitar el reproche en los ojos de Dalia. Debía de pensar que yo era un monstruo despiadado. Pero ya lo hacía desde la muerte de Lysander y ni siquiera podía culparla.

—¿Estás bien? —preguntó con cautela.

—La verdad es que no. —Me froté los ojos llorosos—. Pero lo estaré.



—¡Sorpresa!

Eliza, Alex y Jasper saltaron de entre las sombras al estilo ninjas cuando Dalia y yo estábamos a punto de salir de mi habitación. Había tenido una larga orgía de estilo y sospechaba que Dalia se tomó su tiempo a propósito. Tal vez fue una maniobra de distracción para lo que Eliza acababa de ponerme delante de las narices. Un pastel con velas encendidas, escrito en él con glaseado verde tambaleante:

Para Linnea, asesina de plantas y elegida.

Gemí.

—Chicos, de verdad he tenido suficientes sorpresas por hoy.

Puede que el gesto fuera bienintencionado, pero yo estaba tan llena de sorpresas que ni siquiera pude soportar descubrir un brote verde en mi planta de interior medio muerta.

—Oye —se quejó Eliza—. Hicimos este pastel especialmente para ti, con mucho amor. Y azúcar, por supuesto.

—Hm. —Examiné el pastel con suspicacia—. Se parece a la tarta de limón que tenemos en la cantina todos los miércoles, y hoy resulta que es miércoles.

—Sí, bueno. Pero lo etiquetamos nosotros. Y, además, te mereces una tarta después de todo eso. Quién sabe si tendrás alguna en el mundo primaveral. —Eliza se mordió el labio inferior al darse cuenta de lo que acababa de decir—. Perdona, no quería asustarte.

—La falta de tarta de limón en el mundo primaveral es lo último que me preocupa —respondí con un suspiro mientras mojaba el dedo en el glaseado y lo lamía.

De alguna manera sabía a pasta de dientes de menta. ¡Qué cosa!

—Pero creía que te gustaba la tarta de limón. —Eliza me miró con ojos muy abiertos que reflejaban preocupación y compasión, pero también un poco de decepción.

Quizá mis amigos esperaban una despedida un poco menos emotiva.

Sonreí cansada.

—Me encanta la tarta de limón, Eliza. Pero ahora mismo… es demasiado.

Alex, que había permanecido en silencio hasta ahora, dio un paso al frente.

—Linn, sabemos que esto es… bueno, que es duro para ti. Pero queríamos mostrarte que estamos aquí para ti. Pase lo que pase.

Sentí que las lágrimas volvían a brotar. ¿Por qué estaba hoy tan sentimental? ¿Y por qué Alex no se burlaba de mí ahora y se ponía sentimental?

—Gracias —susurré, porque no me salía nada más.

Tenía los mejores amigos del mundo. Amigos que siempre estaban ahí para mí. Y que podían ser muy tercos cuando se trataba de convencerme de comer tarta de limón.

—Pensamos que tal vez podríamos comer la tarta juntos —dijo Eliza, sacando de su bandolera cinco tenedores de postre, que a las claras también eran de las cocinas—. Como en los viejos tiempos, ¿sabes?

—Incluso tenemos con nosotros tu asquerosa mezcla de café y cola —añadió Alex, levantando un vaso de papel con cara de asco.

Tuve que reírme contra mi voluntad.

—Está bien, me rindo. Entren.

Entramos en mi habitación, de la que ya sabía que no volvería a ver el interior. Pero algunas despedidas necesitaban alargarse un poco más. Alex y Jasper se sentaron en el suelo mientras Dalia y Eliza colocaban la tarta sobre mi escritorio, la cortaron y colocaron los pedazos uno por uno sobre servilletas. El dulce olor a limón llenó la habitación y por un momento me dejé llevar por el ambiente alegre de mis amigos. Alex y Jasper se tomaban el pelo. Eliza hablaba de un entretenido y muy sucio libro de fantasía con alfas y omegas que había leído. Y Dalia se burló de nuestro fallido juego de rol con el profesor Bonnet.

Me habría encantado congelar el tiempo y vivir este momento para siempre. Pero la aguja del reloj de pared avanzaba sin parar y por fin llegó la hora de partir hacia la ceremonia.

—Todavía no puedo creer que nos dejes de verdad —dijo Eliza, y me pareció ver una lágrima brillando en el rabillo del ojo—. ¿Qué vamos a hacer sin ti?

—Va a ser mucho más aburrido. Eso seguro —dijo Alex, que aún no había tocado su trozo de tarta.

Jasper le acarició el hombro de forma reconfortante. Verlos a los dos me hizo sentir un poco de nostalgia. Mis amigos me echarían de menos, eso estaba claro. Pero se tenían el uno al otro. A donde yo

iba, solo estaríamos Valerian y yo, y un mundo del que no sabía qué esperar.

16

¿QUIÉN QUIERE SER ENTERRADO VIVO?

Estos tacones altos habían sido creados por el mismísimo diablo. No podía ser de otra manera. Con los labios apretados en señal de concentración, entré —o más bien tropecé— en el patio de la Academia donde tendría lugar la ceremonia. Pasé entre los profesores y los alumnos, que observaban mi aspecto poco glamuroso con miradas curiosas.

Pero si el elegido no podía brillar con glamour, al menos la decoración sí. El patio fue decorado festivamente y, por lo que parecía, se habían utilizado los adornos de la última selección de hace cincuenta años. No encontraba otra forma de explicar esta masacre de cañones de purpurina y el uso exagerado de espumillón verde y dorado. Lo único que faltaba era la alfombra roja, y agradecí al universo que no la hubieran desplegado para evitare una nueva humillación.

Pasé junto a los sauces de los sueños, cuyas ondulantes ramas cubiertas de oropel bailaban como oro líquido, hacia la directora Madreselva y el Señor de la Primavera. La directora notaba más que nunca que la presencia de Valerian la inquietaba. Sus palabras de advertencia quizá aún resonaban en sus oídos: «No pertenezco a este mundo. Y ya no me importan sus reglas».

Un discurso impresionante, sobre todo porque lo hizo gracias a mí. Recordé cómo Valerian me rodeó con sus brazos y me abrazó con fuerza. Tan fuerte que apenas podía respirar. Como si sintiera

que estaba a punto de romperme y quisiera ayudarme a mantener unidos todos mis pedazos.

—Aquí estoy —dije, esbozando una sonrisa nerviosa que ni siquiera habría entrado en el top tres de la *liga de los ataques de pánico excepcionalmente bien disimulados*.

La directora Madreselva me escrutó de pies a cabeza y luego asintió con satisfacción.

—Está espléndida, señorita Sullivan, como una digna Elegida. ¿No le parece, Señor de la Primavera?

Valerian entrecerró los ojos al mirarme. Su mirada se detuvo en mi cabello recogido.

—Parece una princesa camino del cadalso —dijo finalmente.

La directora soltó una carcajada irritada que más bien parecía que haberse tragado una rana.

—Bueno… empecemos entonces.

Se aclaró la garganta y se adelantó para atraer la atención del público, que al parecer acababa de esperar a que empezara el espectáculo. Nunca antes un ruido de fondo había cesado tan así de brusco, lo que no ayudó en absoluto a la sensación de hundimiento en mi estómago. ¿No podríamos saltarnos esta parte y mandar a todo el mundo a casa?

Por favor, sigue adelante, no hay nada que ver aquí.

—Queridos alumnos, profesores e invitados de la Academia de Primavera, esta noche nos hemos reunido aquí para presenciar un momento significativo en la historia de nuestra Academia. —Las palabras de la directora flotaron sobre las cabezas de los presentes, e hizo una pausa por un momento —debido al dramatismo—, antes de continuar—: Linnea Sullivan se ha impuesto a sus compañeros en las pruebas y es, por tanto, nuestra nueva Elegida. Irá al Mundo de la Primavera junto al Señor de la Primavera para mantener el equilibrio entre nuestros mundos.

Hubo aplausos y vítores. Alguien gritó «¡Vamos, Linnea!», como si yo fuera la delantera de un partido de fútbol y fuera a marcar el gol decisivo en la final de la Copa del Mundo. Miré las caras de emoción de mis compañeros y me sentí entumecida. Quizá mi cerebro me estaba jugando una broma pesada y todo no era más

que un sueño. Uno de esos que te acompañan durante horas después de despertarte. Quizá estaba a punto de abrir los ojos y quedarme mirando la tranquilizadora monotonía de mi techo.

Pero a pesar de todas mis esperanzas, eso no ocurrió. En su lugar, Valerian vino a mi lado.

—¿Estás lista? —preguntó en voz baja, mientras la directora continuaba su discurso.

—En absoluto —respondí.

—Bien.

—¿Bien? ¿Por qué bien?

Reprimí una carcajada histérica. Si había algo que no necesitaba era tener un ataque de nervios delante de toda la Academia.

—Porque será mejor que te des cuenta enseguida de que nada ni nadie puede prepararte para lo que se avecina —dijo Valerian sin empatía.

En lugar de *Señor de la Primavera*, quizá debería llamarse *Maestro de las Palabras Elevadoras*. ¿Y cómo iba a ayudarme eso exactamente?

—Yo… —empecé, pero me interrumpió.

—Te protegeré lo mejor que pueda, Linnea. Pero no puedo garantizar que no sea *de mí* de quien necesites protección.

—¡Oh, vaya! Sí que sabes cómo hacer que una chica se sienta bien.

Crucé los brazos delante del pecho para ocultar mis temblores. Se me apretó el estómago y una oleada de náuseas subió dentro de mí. Intenté respirar hondo, pero el aire parecía no llegar a mis pulmones. Los sonidos a mi alrededor se convirtieron en un zumbido lejano y los colores empezaron a difuminarse. La realidad de lo que estaba a punto de suceder me golpeó con toda su fuerza: abandonaría mi mundo, dejaría atrás todo lo que conocía y amaba. Y el hombre que estaba a mi lado acababa de confesarme que no confiaba en sí mismo para cruzar el camino, significara eso lo que significara. Pero en general, no era una buena perspectiva.

—Linnea, ¿quieres decir algo más…? ¿Linnea?

La directora se había vuelto hacia mí. Esperaba una respuesta, unas últimas palabras épicas. Miré las caras embelesadas de mis

compañeros. ¿Qué querían de mí? ¿Que diera un discurso de aceptación de un Oscar o que divagara sobre la paz mundial?

Sacudí la cabeza en silencio.

—De acuerdo. —La directora intentó que no se notara su disgusto por mi reacción, o más bien por la falta de ella. Estaba segura de que se sentía tan decepcionada como yo por haber ganado la selección—. Entonces entreguemos a nuestra nueva elegida a la Tierra —anunció solemne.

—Por favor, ¿qué? —pregunté horrorizada.

¿Me perdí algún memo con el título *Entierren a Linnea*?

Para ser sincera, nunca pensé en cómo entraría en el mundo de Valerian. Me imaginé que me enviarían por *Root express*, o algo así, lo cual no era una idea tranquilizadora, al menos no para alguien que no tenía ningún interés en ver crecer rábanos desde abajo.

Pero las cosas empeoraron aún más.

—La transición a mi mundo es un poco incómoda —dijo Valerian, y la vacilación en su voz reveló que era el eufemismo del siglo, si no del milenio.

—¿Incómodo? ¿Qué quieres decir?

—Serás enterrada conmigo.

—¿Enterrada? —repetí tan estridentemente que Valerian se estremeció un poco, con una expresión entre *¡Eh, no me lo he inventado todo!* y *¿Quién iba a pensar que la chica tenía unos pulmones tan potentes?*

Debo haberle oído mal. No había querido decir *enterrada,* en la expresión de toda la palabra. La directora nunca permitiría tal cosa. Esta academia tenía una reputación que perder. No podía imaginar enterrar a los estudiantes bajo tierra como en una mala película de terror.

No cualquier alumno, solo el elegido.

Valerian dio un paso adelante y extendió los brazos. La tierra a nuestros pies empezó a temblar, retorciéndose y resquebrajándose como si hubiera sido moldeada por manos invisibles. Los alumnos retrocedieron, murmurando. Contemplé horrorizado la profunda y oscura tumba que se abría ante mí.

—Tú… ¿hablas en serio? —Mi voz era apenas más que un susurro —. ¿Lo dices de verdad?

Mis ojos iban y venían entre la tumba, Valerian y la multitud. Sentía un nudo en la garganta. Quería gritar, huir, hacer algo para escapar de esta pesadilla. Pero estaba congelada.

—No puedo hacerlo. —Sacudí la cabeza con decisión.

Valerian saltó a la tumba con un movimiento fluido y me tendió una mano.

—Me temo que no tienes otra opción —dijo.

Mis ojos se desviaron hacia mis amigos. Vi lástima y conmoción en sus caras. Todos querían ganar la selección, pero no sabían lo que les esperaba, igual que yo. Y, desde luego, ser enterrada no estaba en la *lista de cosas que hacer antes de morir*: eso era algo que se guardaba para después.

De mala gana, me acerqué al borde de la tumba. Me temblaban las piernas. De repente, sentí que la tierra bajo mis pies era muy frágil, como si pudiera ceder en cualquier momento y arrastrarme al abismo. Quise retroceder, pero Valerian me agarró suave, pero con firmeza por la cintura y me levantó hacia él, hacia la oscura tumba. Estaba fría y húmeda. El olor a tierra podrida me llegó a la nariz. Oía los susurros y cuchicheos tensos de mis compañeros, pero ya me parecía lejos.

—¿Y ahora? —jadeé.

—Ahora vamos a tumbarnos.

Me temblaba todo el cuerpo y tenía frío, muchísimo frío. Sentía los miembros rígidos, como si ya no me pertenecieran.

Valerian me tiró al suelo con él y nos tumbamos uno junto al otro en la tumba, con los rostros girados el uno hacia el otro. Su cálida mano en mi brazo contrastaba con el frío que me rodeaba. La tierra se cerró lentamente sobre nosotros. Se deslizaba sobre mi vestido, mi piel desnuda, mi cara. Levanté la vista, contemplé las estrellas, el oropel titilante y la silueta del sauce de los sueños mecida por el viento.

Eso será lo último que vea de este, mi mundo, pensé.

De repente, deseé no haber prohibido a mis padres que vinieran. Deseé que estuvieran aquí y poder mirarlos a la cara por última vez.

¿Y si no sabían cuánto los quería? Fui tan cruel cuando hablamos por teléfono. ¿Y si aquellas eran las últimas palabras que intercambiábamos?

Una lágrima corrió por mi mejilla. Valerian levantó la mano y me la secó con el pulgar sin hacer ningún comentario.

—No quiero ir —sollocé en voz baja.

Este era mi mundo. Este era mi lugar. Aquí estaban mis amigos. Mi familia.

—Lo sé —murmuró, apoyando su frente contra la mía mientras me acercaba más a él—. Lo sé.

La tierra me cubrió la cara y me obligó a cerrar los ojos. Inhalé un poco y tuve que toser. Sentí que el peso de la tierra me aplastaba.

—No puedo… no puedo respirar —grazné.

En mi desesperación presa del pánico, intenté levantarme, pero no pude. Estaba atrapada. La tierra me oprimía implacable, oscura, pesada y asfixiante. Cada respiración se volvía agónica, cada parpadeo una lucha contra el peso aplastante. Me invadió el pánico, un miedo salvaje e incontrolable que palpitaba en mis venas y aceleraba mi corazón a un ritmo frenético.

La mano de Valerian en mi brazo, su frente contra la mía, eran ahora mi único apoyo en esta pesadilla. Su cercanía, su calor, eran la única prueba de que no estaba sola en esta oscuridad opresiva.

—Todo va a salir bien —le oí susurrar mientras sus labios rozaban mi mejilla—. Todo va a salir bien.

Entonces perdí el conocimiento.

UNA PESADILLA A SEIS PATAS

El aire. El aire puro y fresco llenó mis pulmones.

Por un momento, me quedé tumbada y respiré, feliz de seguir viva. Cuando abrí los ojos, me encontré en un bosque primaveral. La luz de la luna se filtraba a través del denso dosel de hojas sobre mí, bañando los alrededores en un mar de colores de verde intenso, lavanda suave y plata resplandeciente.

El suelo estaba húmedo, cubierto de una alfombra de musgo y delicadas flores que parecían azafranes. Probablemente eran azafranes, pero como ahora estaba en el mundo de la primavera, prefería no apresurarme a juzgar. Tal vez esas delicadas flores de aspecto inofensivo tuvieran pequeñas bocas con dientes afilados.

Gimiendo, me enderecé, siempre con cuidado de mantener suficiente distancia de los supuestos azafranes. Me dolían las extremidades y me ardían los ojos. Estaba cubierta de tierra por todas partes. Esperaba que *el aspecto de enterrado* vivo estuviera de moda aquí.

—¿Valerian?

Miré a mi alrededor para ver si su atuendo, por lo demás inmaculado, también había sido víctima del viaje, pero el Señor de la Primavera no aparecía por ninguna parte. ¿Dónde demonios estaba? Hacía un momento sentí sus labios en mi mejilla, su cálido aliento en mi piel, sus palabras susurradas en mi oído. Y ahora…

—¡Tienes que estar de broma! —murmuré mientras luchaba por ponerme en pie y de inmediato me tambaleé sobre mis tacones, que se hundieron en el suelo del bosque.

¿Por qué demonios pusieron a la elegida este vestido jodidamente incómodo y le dieron zapatos de tacón alto, solo para enterrarla viva y abandonarla en un bosque oscuro? A quien se le ocurrió eso estaba loco o fuera de sus cabales.

Me quité los zapatos de tacón, los arrojé con rabia a los arbustos y me adentré descalza unos pasos en el bosque. El aroma del musgo húmedo y las flores frescas se extendió a mi alrededor. El bosque parecía respirar. La bruma se deslizaba por el suelo y flotaba entre los árboles. Cuanto más me adentraba en el bosque, más espesa se volvía.

¿Debería dar la vuelta? Miré hacia atrás, pero no había más que niebla y bosque. No valía la pena engañarme: fuera por donde fuera, estaba jodida.

De repente se oyó un crujido detrás de mí. El corazón me dio un vuelco. Me di la vuelta, pero no encontré nada. Nada más que sombras y el inquietante susurro del bosque. Si hubiera sabido que esto iba a ser como el numerito de la *Bruja de Blair*, habría insistido en llevar otra ropa y un spray de pimienta y una pistola eléctrica. Después de todo, una chica debería poder defenderse.

—¿Hola? —grité.

Tal vez estaba paranoica y era Valerian quien me buscaba, porque no planeó esto. De alguna manera debimos habernos perdido en la transición entre mundos. Y no me dejaría vagar sola por el bosque.

Respiré hondo y volví a concentrarme en el camino que tenía delante, tratando de deshacerme de la inquietud, pero esta se asentaba cual oscura premonición en mi nuca. En el fondo, lo sentía: este mundo no me favorecía.

¡Qué bien, ya éramos dos!

—Vale, para que quede claro: no me ofrecí voluntaria para este viaje. Así que, si quieres enseñarme la salida de emergencia, ¡adelante! Ahora sería el momento perfecto.

¡Qué bien! Ahora hablaba hasta conmigo misma. Menos de diez minutos en el mundo primaveral y ya había dejado mi mente en el guardarropa.

Como para confirmar que no estaba sola —y por tanto no del todo loca—, un susurro revoloteó entre las hojas y las plantas a mis pies. Me detuve abrupta. Dos espíritus florales se me adelantaron entre la maleza y solté una carcajada de alivio.

Las pequeñas criaturas primaverales a las que les gustaba escaparse al mundo humano y luego tenían que ser atrapadas por los estudiantes de la Academia eran absolutamente inofensivas. Eran criaturas diminutas y fugaces, apenas más grandes que mi mano. Sus cuerpos parecían tejidos con los pétalos más delicados, translúcidos y brillantes con los colores de la primavera: rosa, amarillo suave y el delicado verde de las hojas jóvenes. Corrían de planta en planta sobre sus diminutos pies, asegurándose de que los capullos cerrados se abrieran y florecieran.

—Bueno, ¿ustedes dos? Parece que tienen mucho que hacer —dije y me puse en cuclillas junto a ellos.

Uno de los espíritus de las flores se detuvo, ladeó la cabeza y me escrutó con recelo. Extendí la mano hacia él, pero retrocedió. Con un movimiento, desapareció entre las hojas y las ramas.

—Oye, no voy a dañarte —le dije.

Apenas pronuncié estas palabras, un chirrido agudo rompió el silencio del bosque. Me levanté con cautela y miré a través de la espesura. Mi corazón latió con fuerza contra mi pecho cuando lo vi: una monstruosa criatura parecida a una cigarra estaba sentada en una de las copas de los árboles, oculta bajo un dosel de hojas. Su cuerpo estaba cubierto de una armadura dura y brillante que resplandecía a la luz de la luna. Los ojos eran grandes y brillantes, y las alas transparentes de su espalda eran enormes. La criatura se movía despacio, casi deliberadamente. Sus patas con pinchos crujían con cada movimiento.

Demasiado para las esponjosas criaturas primaverales.

La bestia era una pesadilla en seis patas, y no iba a quedarme aquí esperando a ver si pretendía comerme. Tan silenciosa como pude, me escabullí, saltando por encima de raíces y rocas. Los

árboles y los arbustos pasaron a mi lado mientras yo aceleraba el paso, intentando dejar el mayor espacio posible entre la criatura y yo.

La cigarra monstruosa emprendió la persecución. Por supuesto. Hubiera sido demasiado bonito que decidiera que *los humanos* no estamos en su menú.

Ya sentía los pulmones como si acabara de intentar imitar a un tragafuegos. Las piernas me latían con fuerza y el corazón me retumbaba en los oídos. Eché un rápido vistazo por encima del hombro y vi a la criatura agitando sus enormes alas, dispuesta a atraparme y convertirme en su tentempié de medianoche.

La esquivé con un gancho a la derecha y casi choco contra el tronco de un árbol. Los ojos brillantes de la cigarra monstruosa se clavaron en mí, centelleantes de lujuria depredadora. Tropecé con una raíz, me agarré justo a tiempo antes de que mi cara golpeara el suelo del bosque y seguí corriendo. Mis pensamientos estaban llenos de miedo y desesperación.

¿Por qué yo de todas las personas? ¿Y dónde demonios está Valerian?

De la nada, un sonido llegó a mis oídos: un crujido en la niebla. Seguí el sonido, empujando mis cansadas piernas en un sprint final que era cualquier cosa, menos olímpico. El ruido se hizo más fuerte, más claro.

¡Bingo, un río!

La última vez que intenté salvarme saltando al agua, no terminé precisamente bien. Pero parecía que no tenía otra opción si quería tener una mínima oportunidad de salir con vida de ésta.

Muy bien, todas las cosas buenas vienen de dos en dos. ¿O eran tres?

Con mis últimas fuerzas —y una buena dosis de duda sobre si de verdad era la decisión correcta— salté el terraplén y aterricé en el agua fresca.

Detrás de mí, la cigarra se estrelló contra el río. Salpicó agua y aleteó con salvajismo en un intento de mantenerse en el aire. Me sumergí, dejándome llevar por la corriente helada.

Me sentí aliviada por un momento. La cigarra no me seguiría. Escapé de ella. Pero la corriente era implacable. Me arrastró a las oscuras profundidades del río, mientras mi estado de ánimo oscilaba entre el «lo sabía» y el pánico absoluto.

Aire. Necesitaba aire.

Forcejeando con brazos y piernas, intenté alcanzar la superficie. Pero mi vestido, ahora húmedo y pesado, me agarraba como los brazos de un ahogado. Desesperada, busqué los ganchos del corsé. Mis dedos, rígidos y fríos, tiraban de los pequeños cierres, pero no cedían. Cada respiración perdida se convertía en agonía, cada latido en un eco de mi desesperación. El mundo a mi alrededor se desdibujaba, arriba y abajo perdían todo significado.

No quiero morir. Maldita sea, no quiero morir.

La oscuridad tiraba de mi conciencia. Luché contra ella. Si ganaba, sería mi muerte.

Por un momento, me pareció ver a Lysander frente a mí, con sus rizos rubios flotando con suavidad en el agua.

¡Suéltate, Linnea, suéltate! Solo así podremos estar juntos.

La tentación de ceder era fuerte, pero mi voluntad de sobrevivir lo era más. Me indigné y me enfurecí, luchando por cada centímetro que me acercara a la superficie.

Algo me rodeó la cintura y me sujetó con fuerza. Le di una patada, clavando los codos en lo que parecía un cuerpo. Entrecerrando los ojos, traté de reconocer algo en el agua: contornos.

¡Valerian!

Abandoné mi resistencia y él tiró de mí hacia su pecho, nadando hacia la superficie con poderosos movimientos. Me atraganté en busca de aire mientras él abría los ganchos de mi espalda con hábiles movimientos y me despojaba del vestido.

Libre. Libre del opresivo encierro, libre del peso que había intentado hundirme. Los brazos de Valerian me abrazaron con fuerza, seguros y fuertes. Mi corazón martilleaba contra su pecho, un frenético latido de alivio y conmoción.

—No deberías estar aquí —le oí murmurar cerca de mi oído. Parecía descontento.

Quería contestarle algo. Decirle que estaba completamente de acuerdo con él, y que no quería estar en el mundo de la primavera más de lo que él me quería aquí. Pero mi conciencia empezó a desvanecerse y la oscuridad volvió a atraparme. Esta vez me abandoné a ella y dejé que me envolviera en su manta pesada y reconfortante. Lo último de lo que fui consciente fue del cuerpo de Valerian contra el mío, de su respiración constante y del suave vaivén del agua, que me llevó a un sueño sin sueños.

UN DESPERTAR INSÓLITO

—Es bien débil. Demasiado débil. El Señor solo tendrá problemas con ella. Se desmaya todo el tiempo. Y ahora se supone que Grym cuide de ella. Se supone que debe alimentarla y cuidarla. Pero Grym no es una niñera. No, no lo es.

Alguien o algo me haló del pelo. Abrí los ojos y solté un grito de sorpresa. Delante de mí había una criatura rechoncha de la mitad de mi tamaño. Su cuerpo estaba cubierto por un caparazón de escamas de madera, o más bien de corteza de árbol. Entre las escamas brotaban flores silvestres y musgo en un revoltijo indómito pero artístico. La criatura me escrutaba con desconfianza a través de unos ojos pequeños y redondos, mientras su nariz nudosa se arrugaba con cada olfateo.

—¿Qué eres? —pregunté, levantándome de la cama donde había estado tumbada.

Algo me tiró del cabello y mi mirada se posó en el pequeño cepillo que colgaba en él y que, era obvio, la criatura utilizaba para cepillarme. Dio un paso atrás, mostrando una ligera cojera.

—Eso es muy grosero —dijo en tono de reproche.

—¿Qué?

—Bueno, ¿te estoy preguntando qué eres, *humano*?

—Emm, yo… —Parpadeé confundida—. Lo siento, no quería ser grosera. Es que nunca había visto a nadie como tú.

La criatura se apartó de mí y se acercó a una mesita con una jarra de agua. Sirvió un poco en un vaso.

—*Uno como yo* —repitió con un bufido—. Imagínate, Grym tampoco ha visto nunca uno como tú. Con matorrales rosas en la cabeza y una constitución tan débil. ¿Pero Grym va a ser grosero por eso? No, no lo será.

Alguien debe haberse levantado con el pie izquierdo esta mañana. ¿O es que siempre estaba de tan mal humor?

Me quité el cepillo del cabello, que sin duda tenía un poco anudado.

—*Grym*. ¿Te llamas así? —pregunté, esperando no meter la pata.

—Sí, ¿quién más? —respondió la criaturita y me trajo el vaso de agua.

La acepté agradecida y bebí un buen trago. Tenía un sabor celestial, claro y puro: agua fresca de manantial.

—Me llamo Linnea —me presenté tras dejar el vaso en la mesilla de noche—. ¡Encantada de conocerte!

Grym me frunció el ceño.

—Eso ya lo veremos —refutó entonces, cojeando fuera de la habitación y cerrando la puerta tras de sí.

¡Qué cosa tan extraña!

Nunca había conocido a nadie así en el mundo humano. Creía que en la Academia de Primavera conocían a todas las criaturas primaverales. Le preguntaría a Valerian por él justo después de averiguar por qué una cigarra monstruosa y rabiosa acechaba en el bosque.

Pero, ¿dónde estaba Valerian otra vez? ¿Y dónde estaba yo?

Balanceé las piernas desnudas sobre el borde de la cama y me di cuenta de que solo llevaba ropa interior.

Cierto, Valerian había abierto mi corsé y el vestido flotó lejos de mí. Lo que significaba que me arrastró semidesnuda por el bosque hasta aquí. La idea me sonrojó. Casi siempre no era tímida. Y aparte de la cicatriz que me quedó de la apendicectomía, estaba muy contenta con mi cuerpo. Pero estábamos hablando del Señor de la Primavera y no de ninguno de mis compañeros. No es que eso

supusiera ninguna diferencia. No es que Valerian me atrajera. En absoluto.

—¿Grym? —grité mientras me levantaba y me envolvía el torso con la manta—. ¿Podrías traerme algo para ponerme?

La criatura no respondió. Era evidente que acababa de marcharse.

Eché un vistazo a la habitación. El sol de la mañana brillaba a través de una amplia ventana arqueada sobre el cálido entarimado de madera, las vaporosas cortinas color crema se mecían despacio con el aire primaveral y un enorme ramo de flores silvestres estaba sobre una consola, exhalando una fragancia dulce y agradable. La cama en la que estaba tumbada tenía un dosel azul claro cubierto de delicados motivos florales.

En el lado opuesto de la habitación había un gran armario de madera pintada de blanco. Me acerqué a él descalza y lo abrí. Me quedé con la boca abierta. De las perchas colgaban varios vestidos vaporosos de suaves colores pastel. Estaban confeccionados con una elegancia y una sencillez que rara vez había visto en el mundo humano, nada que ver con la monstruosidad de tela rasposa que me obligaron a llevar durante la ceremonia. A su lado, en varios estantes, se hallaban cómodos pantalones y tops de seda hechos para la libertad de movimientos y la comodidad. Eran de cálidos tonos marrones y verdes y parecían captar la esencia de la propia primavera. Las telas eran frescas y suaves, como una suave brisa que rozara la piel desnuda.

Elegí unos pantalones de seda en un relajante color tierra y un top a juego en un cálido verde hoja. Al ponérmelos, sentí cómo la seda se deslizaba delicada sobre mi piel. Cada prenda me quedaba perfecta, como si hubiera sido hecha especialmente para mí.

Una risita sonó desde el interior del armario. Me estremecí y di un paso atrás.

—Hola, ¿hay alguien ahí?

Algo volvió a soltar una risita, y entonces una pequeña criatura salió rodando del armario y aterrizó de golpe en el suelo delante de mí, con sus patas musgosas en el aire. Se parecía a Grym, pero más pequeño y amistoso.

—¿Pip? ¿Estás aquí? —Oí una voz al otro lado de la puerta.

Se abrió una rendija y otra criatura con un delantal rosa asomó la cabeza. Cuando me vio, emitió un sonido de sorpresa.

—Oh, lo siento, cariño, no quería irrumpir aquí sin avisar. Pensé que aún dormías.

La pequeña criatura que tenía a mis pies se levantó de un salto y corrió por la habitación, chocando de cabeza contra la consola. El jarrón que había encima empezó a balancearse y cayó hecho añicos al suelo. Los fragmentos se esparcieron en todas direcciones y las flores silvestres quedaron tendidas en un lamentable charco de agua.

—¡Oh, Pip! —se lamentó la criatura del delantal rosa, mientras dicho Pip sacudía la cabeza aturdido, luego se levantó de un salto y desapareció detrás de una de las cortinas color crema—. Lo siento muchísimo. Mi hijo no tiene más que estupideces en la cabeza. Se supone que no debería estar aquí, pero…

—No pasa nada —tranquilicé a la criatura, que se apresuró a recoger los pedazos—. ¿Puedo preguntarte cómo te llamas?

—Oh, sí, qué tonta soy. Soy Rosalind, una duende en ciernes. Espero que Pip y yo no te hayamos asustado. Vernos debe ser inusual para ti.

Un duende. Así es como se llamaban las pequeñas criaturas.

—No lo hiciste —le aseguré con una sonrisa amable—. Vale, cuando me desperté y vi a Grym me sorprendí un poco, pero por supuesto estoy encantada de conocerlos.

—Bien, eso está bien. —Rosalind parecía como si se le hubiera caído una piedra del corazón—. Sabes, Grym puede ser un poco gruñón a veces, pero no tiene malas intenciones. Y Pip… —Suspiró —. Bueno, es un poco alborotador.

Me arrodillé a su lado para ayudarla con los trozos rotos, pero ella negó con la cabeza.

—¡Déjalo! No quiero que te cortes con los fragmentos. Al Señor no le gustaría nada.

—¿El Señor? —Arrugué la frente—. ¿Te refieres a Valerian? ¿Dónde está?

—Oh, no se le ve muy a menudo. Lleva una vida muy apartada. Tendrás el palacio para ti sola, querida.

—¿El palacio? —Miré a mi alrededor. Así que este era el Palacio de la Primavera. Habíamos leído sobre él en la escuela, pero entonces nunca imaginé que llegaría a entrar en él, y mucho menos a vivir dentro de él. Señalé el armario—. Entonces, ¿esa ropa es para mí?

Rosalind asintió orgullosa.

—Los hice especialmente para ti. He estado trabajando día y noche desde que supe que venías con nosotros.

—Oh.

La idea de que el palacio se hubiera para mi llegada lo hacía todo mucho más real y, de algún modo, definitivo. Ahora tenía mi propia habitación y mi propia ropa en este mundo que aún me era completamente ajeno.

Rosalind malinterpretó mi expresión.

—¿No te gusta la ropa? —preguntó ansiosa—. Puedo hacer nuevos…

—¡No! Son preciosos —le aseguré—. Es solo que todo pasó tan rápido.

Recogió los trozos rotos en su delantal antes de levantarse y acariciarme la mano.

—No te preocupes, cariño, estarás bien. Ya verás, enseguida te sentirás como en casa.

Me costaba imaginarlo, pero por el bien de Rosalind esbocé una sonrisa.

Entonces se me ocurrió una idea:

—Dijiste que trabajaste día y noche en los vestidos. Pero seguro que hacía poco que se había decidido que yo ganaría la selección.

—Te diste cuenta hace poco tiempo —respondió Rosalind—. Pero el ciervo blanco lo supo mucho antes que tú.

¡Qué maravilla! ¿No podría haberme puesto en el CC con su memorándum al mundo de la primavera? Eso me habría ahorrado los últimos exámenes y mucho sudor y lágrimas. Pero el tren hacía tiempo que había salido de la estación y no valía la pena quejarse por ello.

—¿Qué debo hacer ahora? —pregunté, mirando a mi alrededor en busca de algo.

Después de todo, no venía aquí sin una misión. Debía ayudar al Señor de la Primavera a proteger el mundo humano de la eterna primavera. Y quería averiguar cuanto antes en qué consistía esta tarea. Quizá hubiera algo parecido a un manual: *Mundo Primavera para Principiantes. Una guía para elegidos en ciernes*.

—Acomódate primero —me aconsejó Rosalind—. Date un baño, explora el palacio y desayuna como es debido.

—Pero… —protesté.

No quería hacer turismo. Y aunque un baño sonaba muy tentador después de toda esta odisea, primero quería averiguar por qué había emprendido ese viaje que nos dejó *vivos y enterrados* y qué podía hacer aquí.

Pero Rosalind sacudió la cabeza con decisión.

—Todo a su tiempo, querida. Tendrás que aprender que la impaciencia no te llevará lejos. Especialmente cuando se trata del Señor de la Primavera.

—¿Qué quieres decir? —pregunté frunciendo el ceño.

Rosalind recogió las flores silvestres y se dirigió a la puerta.

—Este es su mundo —dijo, volviéndose hacia Pip, que salió de detrás de la cortina y corrió hacia ella para que su mamá le rascara la cabeza—. Y aquí, todo sigue sus reglas.

ESTO NO SE MENCIONABA EN EL ANUNCIO DE TRABAJO

El palacio era un laberinto de largos corredores y altos techos abovedados con frescos en los que las flores se mecían al viento y los pájaros danzaban en medio de un firmamento azul. Las ventanas arqueadas daban a jardines interminables que brillaban al sol de la mañana. Todo era un poco como si la hermana pequeña del palacio de Versalles y el jardín secreto de la novela homónima de Burnett hubieran tenido un bebé: grande, suntuoso, luminoso y un poco encantado.

Seguí uno de los muchos pasillos que me condujeron a una sala tan enorme que probablemente tenía su propio código postal. Aquí, las arañas de cristal flotaban desde el techo, atrapando la luz y refractándola en mil colores del arcoíris. Atravesé una puerta de cristal que daba a la terraza, donde había una mesa de desayuno bien dispuesta. Mi mirada se deslizó sobre bandejas de fruta y queso, cruasanes y panecillos, zumo de naranja recién exprimido y pequeñas tartas de fresa. La preocupación de Eliza de que no volvería a comer tarta parecía infundada.

Mi estómago rugió al ver el suntuoso desayuno. Intenté recordar la última vez que había comido algo que no fuera aire y nerviosismo. Aparte de la tarta de limón, apenas pude tragar nada en las últimas veinticuatro horas. Pero ahora parecía que recuperaba el apetito.

Me senté en uno de los dos asientos, cogí una tarta de fresas y me la metí en la boca mientras me llenaba el plato con un cruasán y

fruta y luego me servía un vaso de zumo de naranja.

—Cualquiera diría que en la Academia de Primavera no hay nada para comer —oí una voz divertida detrás de mí.

Valeriana.

Intenté colocar la tarta de fresas a medio comer en mi plato con la mayor elegancia posible. Fracasé estrepitosamente porque una fresa cayó en mi regazo y mis dedos quedaron cubiertos de crema pastelera.

Valerian me rodeó, cogió una servilleta de la mesa y me la dio.

Me limpié las manos y me quité la fresa del pantalón, que por fortuna solo dejó una pequeña manchita. Valerian tomó asiento frente a mí y me observó divertido.

—¿Qué? —pregunté, todavía un poco avergonzada.

Por lo general no me comportaba como una hiena voraz, pero después de todo lo que sucedió, no se me podía culpar por ello.

—Mmm… —Valerian se rascó la nariz.

Si ahora me diera un sermón sobre etiqueta, le demostraría lo creativa que puedo llegar a ser con las natillas.

—¿Sí? —pregunté burlona, lo que transformó su sonrisa en una amplia sonrisa.

—Tienes algo más —dijo, inclinándose y tocándome la punta de la nariz.

Cuando retiró la mano y se inclinó hacia atrás, las natillas de vainilla se le pegaron al dedo índice, que lamió con fruición.

—Oh.

Así que a eso se refería. Pero seamos sinceros: aunque estas tartas de fresa eran fantásticas, comérselas con gracia era imposible.

Mis ojos se detuvieron en los labios de Valerian durante un momento demasiado largo antes de apartar la mirada y mirar a los jardines detrás de él. Pensé en los enamoramientos de Eliza. En cómo probablemente habría chillado de placer al ver a Valerian lamiéndose el dedo. Me dejó fría.

Bueno, no del todo. Era lo bastante mujer como para admitir que Valerian era muy guapo, en el sentido objetivo de la palabra, claro. Y, de esa misma manera, no era de extrañar que, al ver sus labios, pensara por un instante en cómo se sentirían en los míos. Pero eso

era todo. Valerian era mi jefe, o al menos algo parecido. Y yo no estaba aquí para preocuparme por sus labios ni por ninguna otra parte de su cuerpo.

—Entonces… —Me aclaré la garganta—. Ahora que estoy aquí, ¿me dirás cuál será mi trabajo?

Valerian cogió un cruasán y le untó mantequilla antes de darle un mordisco con calma. Luego se sirvió un café, claramente poco dispuesto a darme una respuesta de inmediato. Quizá le gustaba tenerme en vilo.

—¿Te sirvo algo a ti también? —preguntó. Señaló con la cabeza una pequeña jarra de plata situada en mi mitad de la mesa, arrugando la nariz con el mismo asco que un británico que prueba el té de burbujas por primera vez—. A Torin no le hizo mucha gracia tener que preparar tu idiosincrásica mezcla de café, pero lo hizo de todas formas.

Alcancé la jarra, la abrí y aspiré. El inconfundible aroma a café y cola me hizo sonreír. Era un pedazo de hogar en este lugar tan extraño. Y Valerian recordó lo que le dije cuando nos conocimos en el patio de la Academia. Eso significaba algo para mí. Más de lo que podía imaginar.

—¿Quién es Torin? —pregunté mientras me servía una taza.

—Nuestro cocinero —explicó—. Y un duende en ciernes. Supongo que ya habrás tenido el placer de conocer a algunos de mis criados. Son criaturas muy útiles, aunque a veces un poco traviesas.

Pensé en el gruñón de Grym y tuve que sonreír. ¿Gruñía a Valerian como a mí? No podía imaginarme que el duende en ciernes tuviera un interruptor incorporado que pudiera ponerse en *educado*. Así que Valerian quizá también disfrutaba de sus desplantes.

—¿Cómo es que no sabemos nada de los duendes en ciernes de la Academia Primavera? —pregunté.

Valerian se encogió de hombros.

—No vienen a tu mundo, así que no tienen importancia para ti. Los duendes de las yemas son muy sedentarios. Una vez que han encontrado su hogar, no vuelven a abandonarlo en mucho tiempo.

—¿Y la cigarra monstruosa? Ayer me persiguió por el bosque un insecto gigante. —Me estremecí al pensarlo.

—Así que por eso el baño en el río —concluyó, y yo asentí.

—¡Esa criatura era horrible y me asustó un montón! Muy diferente de las criaturas que suelen venir a nuestro mundo.

Comparadas con la cigarra monstruosa que me persiguió la noche anterior, las criaturas primaverales que había encontrado hasta entonces eran como un zoológico de mascotas.

El rostro de Valerian se ensombreció.

—Pronto te darás cuenta de que las criaturas del mundo primaveral tienen poco en común con lo que ves en el mundo humano. Todo esto no es más que una bonita fachada. No debes dejarte engañar. Incluso una manzana roja brillante por fuera puede estar podrida por dentro.

—Vaya, me alegro de que no escribas folletos de vacaciones. No me has convencido para quedarme aquí. —Puse los ojos en blanco de forma teatral, pero mi humor mordaz pareció rebotar en Valerian.

—No intento venderte nada, Linnea —dijo con severidad—. Este mundo es peligroso, y quiero que estés preparada para ello.

—Entiendo. —Suspiré, un poco molesta porque era claro que Valerian sentía que tenía que sermonearme—. Entonces… ¿vas a decirme cuáles son mis funciones?

Se levantó de su asiento.

—Grym te informará —dijo con sequedad.

—Oh. Vale. ¿Y qué hay de ti?

—Tengo cosas de las que ocuparme.

Eso sí que es algo concreto.

De alguna manera había pensado que pasaría más tiempo con Valerian. ¿No tenía que enseñarme nada de magia o técnicas de lucha? Me costaba imaginar que Grym fuera la persona adecuada con la que hablar. Pero antes de que pudiera preguntárselo a Valerian, ya había desaparecido.

De acuerdo, entonces no.

Después de todo, no tenía que preocuparme por una mala referencia. Me encogí de hombros, cogí un cruasán y lo regué con mi mezcla de café y cola.

~

—Tres preguntas. ¿Eso es todo?

Me quedé mirando el pergamino arrugado como si Grym acabara de entregarme el mapa del tesoro de un pirata, solo que, sin piratas, sin tesoro y, desde luego, sin cruz señalizadora.

En su lugar, decía:

¿Cuántos años? —No sé cuál debía ser la respuesta, pero desde luego no se refería a la fecha de consumo preferente de la leche—.

¿De qué color? —Um, ¿arcoíris luz negra disco?

Y: *¿Qué nombre?* —¿Ha sido una versión extraña de *¿Quién soy*?

Ninguna de las preguntas tenía sentido para mí, pero Grym tampoco ansioso por responder, que digamos.

—Eso es todo lo que necesitas saber —me ordenó, con un aspecto tan malhumorado que casi resultaba simpático.

—Ya, a ver si lo entiendo: ¿tengo que hacerle estas tres preguntas a Valerian cada mañana, y ese es mi único trabajo? ¿Para eso estoy aquí?

Sonaba… descabellado y, para ser sincera, ¡bastante aburrido! Siempre supuse que los elegidos tenían un trabajo agotador, peligroso y responsable. Estar sentada en el Palacio de Primavera, ser alimentada con la comida más exquisita y hacer unas cuantas preguntas entre medias parecía más bien lo contrario. Mi mayor reto sería que la nueva ropa hecha a mi medida y adornada con los más exquisitos hilos, no me dejara de quedar. ¿De verdad era eso todo?

Grym asintió, exasperado.

—Por eso estás aquí. ¿No te basta con eso, princesa? Grym sería feliz si sólo tuviera que hacer tres preguntas. Pero en vez de eso, Grym tiene que hacer de niñera otra vez. ¡Ven, ahora te enseñaré dónde encontrar la daga!

—¿La daga? ¿Qué daga? —Ahora sí que estaba confundida, pero era obvio que Grym no creyó necesario iluminarme.

—La que espero que nunca utilices —murmuró tajante mientras cojeaba delante de mí.

Subimos una escalera y entramos en un ala más antigua del palacio. Aquí las paredes eran de madera oscura y, en lugar de los frescos vibrantes que dominaban las otras partes del palacio, estaban colgadas con viejos tapices. Grym me condujo por un largo y estrecho pasillo bañado por la tenue luz de las velas. El aire olía a musgo y madera vieja.

Por fin llegamos a una pesada puerta de roble. Grym sopló el polvo del pomo, sacó una llave grande y oxidada y la abrió. La puerta se abrió con un chirrido.

—Parece que necesita más aceite —comenté, rompiendo el incómodo silencio que reinaba entre nosotros.

El duende me miró con el ceño fruncido.

—Grym tiene mejores cosas que hacer que aceitar una puerta que nunca debería abrirse.

Se dirigió a una polvorienta vitrina situada en el centro de la sala, que contenía una daga. Me acerqué para verla de cerca. Su empuñadura era de madera y estaba decorada con intrincados adornos. La hoja plateada brillaba en la penumbra.

—Solo usarás esta daga en caso de emergencia extrema, ¿entendido? —preguntó Grym.

En realidad, no podía decir eso. No tenía ni idea de lo que hablaba el duende en ciernes. ¿Cuál era la última emergencia?

Y, sobre todo:

—¿Utilizar para qué?

Estaba segura de que no debía untar sándwiches con una daga.

—Bueno, para matar al Señor de la Primavera. —Grym sacudió la cabeza como si no pudiera creer la cantidad de preguntas estúpidas y superfluas que le estaba haciendo. Sus escamas de madera crujían con cada movimiento.

—¿Quieres que mate a Valerian? —pregunté, sorprendido.

—Por supuesto que no. Dime, ¿ese matorral rosa en tu cabeza está afectando a tu cerebro? Te dije que solo lo mataras en caso de

extrema emergencia.

Bien… Eso estuvo mejor, pero no bien.

—¿Y cuál sería *esa* extrema emergencia?

Grym gimió.

—Si no responde correctamente a una de las preguntas. *327. Lilas. Caterine*.

—¿Perdón?

—Estas son las respuestas a las preguntas: *327. Lila. Caterine.* ¡Memorízalas! ¿O eres incapaz de hacerlo?

—Sí —tartamudeé, sorprendida. *327. Lila. Caterine—.* Pero…

Grym me hizo un gesto para que saliera de la habitación antes de cerrar la puerta con un golpe y girar la llave.

Me lo tendió.

—Esto es tuyo ahora. Cuídala bien.

Lo cogí. Era áspera y pesada en la mano, como una responsabilidad que aún no podía asumir. De repente, las tres preguntas que se suponía que tenía que hacer habían adquirido un sabor bastante desagradable.

—Mmmm y… no me vas a explicar de qué va todo esto, ¿verdad? —pregunté sin intentar ocultar mi frustración.

Había pensado que mi trabajo era estar al lado de Valerian, luchar con él. En lugar de eso, ahora sostenía un pergamino con extrañas preguntas y una llave oxidada de una puerta que más me valía no volver a abrir.

Los hombros de Grym se hundieron. De pronto parecía tan cansado.

—Deberías hablar con el Señor de la Primavera —dijo—. Solo él puede darte respuestas, pero que lo haga es otra cuestión.

20

LA CURIOSIDAD MATÓ AL GATO

No vi a Valerian durante el resto del día. Lo cual no me sorprendió, ya que Rosalind me advirtió que rara vez estaba en palacio. Me pregunto qué habrá estado haciendo todo el día. Me prometí a mí misma que le daría algunas respuestas en algún momento. Pero no había prisa. No era como si fuera a marcharme de aquí durante los próximos cincuenta años, un pensamiento que aparté con brusquedad, porque la nostalgia era lo que menos necesitaba ahora.

Almorcé en la misma terraza donde desayunamos Valerian y yo. Consistía en ensalada fresca, patatas y un pescado morado que no había visto nunca y que al parecer solo existía en el mundo primaveral.

Rosalind me sirvió todo con un guiño.

—Si prefieres una pizza, solo tienes que decírmelo. Intenté decirle a Torin que la cabeza de pescado podría ser demasiado, pero no me escuchó.

Tragando saliva, miré al ojo de pez que me devolvía la mirada sin vida.

—Lo es, vale. El pez murió para que yo pudiera comérmelo, así que quizá tenga derecho a mirarme con tanto reproche.

—Lo que tú digas, querida —dijo Rosalind, alejándose a trompicones.

La carne de color púrpura estaba sorprendentemente sabrosa. Aun así, decidí decirle a Torin que era vegetariana antes de que se le

ocurriera servirme ojos de otros animales. No sé qué comían en el mundo de la primavera, pero no tenía ningún deseo de averiguar si Zephirgeist sabía más a pollo o a conejo.

Al terminar de comer, decidí explorar el exterior, sintiéndome un poco como Alicia en el País de las Maravillas. Pero en lugar de seguir a un conejo blanco, acabé en una reunión de espíritus de las flores y gnomos de las raíces que, al parecer, se habían reunido para discutir sobre el próximo parterre. Era un espectáculo que ofrecía más dramatismo que un enfrentamiento entre dos asociaciones de huertos rivales.

Los propios jardines del palacio eran una mezcla de caos bien ordenado y nichos encantados en los que la naturaleza se extendía como una obra de arte colorista y deslumbrante. En una sección, descubrí una rosaleda en la que las flores brillaban con tantos colores que parecían casi irreales. Las rosas, que iban del morado intenso al blanco nieve, desprendían una fragancia seductora que llenaba el aire. Un poco más adelante descubrí un jardín con juegos de agua, donde las fuentes bailaban ballet y los pequeños estanques estaban llenos de nenúfares y otras plantas acuáticas. Los peces de colores nadaban tranquilos en el agua cristalina, mientras las libélulas revoloteaban por encima.

Seguí un camino bordeado de guijarros que serpenteaba entre árboles y arbustos. Al final llegué a una zona apartada del jardín, rodeada de altos setos. En el centro había una pérgola cubierta de plantas trepadoras que daban sombra. Bajo la pérgola encontré una mesa y unas sillas de hierro forjado. Era el lugar perfecto para pensar y relajarse. Me senté y dejé que mi mente divagara.

La belleza de los jardines era sobrecogedora, pero seguía sintiendo el peso de la llave en el bolsillo del pantalón. Me recordaba por qué estaba aquí.

327. Lila. Caterine.

Saqué el pergamino del bolsillo del pantalón y volví a leer las preguntas, pensando en lo que las respuestas podrían significar para Valerian. ¿Qué había ocurrido hacía 327 años? ¿Quién era Caterine? ¿Qué significaba ella para él? ¿Y por qué demonios *Lila*?

Pero por mucho que me devanaba los sesos, no conseguía dar con una respuesta satisfactoria. No sabía nada del Señor de la Primavera. Absolutamente nada. Y, sin embargo, ahora vivía con él en su mundo, lejos de todo lo que conocía.

Con una buena dosis de determinación y una pizca de *¿Qué estoy haciendo aquí?*, me recompuse. No tenía sentido seguir aquí sentada y rumiando. Este jardín de rosas, por hermoso que fuera, no tenía respuestas para mí, eso era seguro. Pero quizá Rosalind estuviera más dispuesta a proporcionarme información; desde luego, era más amistosa que Grym.



La tarde ya se estaba convirtiendo en noche mientras caminaba entre fragantes macizos de flores y arcos entrelazados con plantas trepadoras de vuelta al palacio. Rosalind se reunió conmigo a mitad de camino. La duende en ciernes parecía emocionada y un poco nerviosa. Cuando me vio, corrió hacia mí sobre sus pequeñas piernas.

—Aquí estás, querida. Te he buscado por todas partes. ¡Rápido, volvamos al palacio!

—¿Sucedió algo? —Pensé en la daga que Grym me había enseñado y que solo debía usar en caso de extrema emergencia. Esperaba que esta no fuera tal emergencia. *Por favor, por favor, por favor, ¡que no sea una emergencia!*

—¿Está todo bien con el Señor de la Primavera?

Rosalind parpadeó irritada, sus ojos pequeños y redondos se abrieron y cerraron como los de una muñeca.

—No te preocupes, cariño —dijo entonces—. Pero se está poniendo oscuro e incómodo aquí afuera. Será mejor que te llevemos a tu habitación.

Dejé vagar mi mirada por los jardines que se extendían ante mí bajo el cálido sol del atardecer. No lo llamaría exactamente *incomodidad*, pero Rosalind parecía tener prisa por regresar al palacio. La seguí a través de la puerta de cristal de doble arco hacia

el interior y subí las escaleras. A mitad de camino, Pip se unió a nosotros. Se escabulló tan cerca de mis pies que casi me caigo y Rosalind lo llamó al orden con severidad antes de suspirar en voz alta.

—¡Ese chico!

Pip le sacó la lengua, soltó una risita a la que tuve que controlarme para no unirme y desapareció detrás de una cortina. El pequeño era quizá lo más parecido a lo que Alex había descrito como una esponjosa criatura primaveral. Y aunque estaba volviendo loca a su madre, se notaba lo mucho que la incipiente duende quería a su hijito.

—Rosalind, ¿sabes de qué tratan las preguntas que debo hacer cada mañana al Señor de la Primavera? —pregunté con cautela.

Su paso vaciló un instante, como si la hubiera desequilibrado con mi pregunta. Pero luego me hizo un gesto con la mano, sin volverse.

—Es solo una precaución. No deberías preocuparte demasiado.

Precaución. ¡Claro que sí! Y el rosa de mi cabeza es mi color natural de pelo.

—¿Y las respuestas? ¿Qué significan?

La duende en ciernes permaneció callada, pero yo no cejé en mi empeño.

—¿Qué hay de la Elegida que estuvo aquí antes que yo? ¿Tenía la misma tarea? ¿Adónde fue? ¿Y por qué nadie en la Academia de Primavera pudo verla? ¿Sigue viva? ¿Ha vuelto al mundo humano?

—Cuántas preguntas. —Rosalind se volvió hacia mí y me miró con una leve sonrisa—. Créeme, a veces es mejor no saber las respuestas. Te ahorra mucho sufrimiento.

—Pero me gustaría conocer las respuestas —insistí—. Después de todo, se supone que voy a pasar aquí los próximos cincuenta años. Y no lo haré si tengo que hacer algo que no tiene el menor sentido.

—Oh, me temo que has entendido algo mal: no tienes otra opción, querida. —Los ojos de Rosalind se llenaron de una mirada de dureza que nunca antes había visto en ella.

—Pero, yo… —protesté, algo desconcertada por el cambio de humor de la duende, que llegó más rápido que el cambio de opinión

de Valerian de *¡No debes ganar la prueba!* a *El destino lo quiere, eres la próxima elegida*.

La duende en ciernes se apartó de mí y abrió la puerta de mi habitación.

—Ha sido un día muy largo. Deberías descansar un poco. Tu cena ya está lista.

Se dirigió a la pequeña zona de asientos junto a la ventana. La mesa auxiliar ya estaba preparada. Rosalind cogió un cucharón, se puso de puntillas y abrió la olla que estaba allí. Se apresuró a servir la humeante sopa de tomate en un plato hondo. Luego metió la mano en la cesta del pan y colocó dos rebanadas de baguette al lado.

—Recién horneado —dijo, sonriendo como si no acabara de hacerme comprender que era una prisionera en este palacio—. Incluso está caliente todavía. Disfrútalo, querida.

Apartó la silla y me miró expectante. De mala gana, me senté. El pan y la sopa olían a gloria y, aunque sentía un nudo en el estómago, metí la cuchara en la sopa y empecé a comer.

Rosalind asintió satisfecha, luego se volvió hacia las ventanas por las que entraba la cálida luz del sol vespertino, cerró los postigos y encendió velas.

—¿No es un poco pronto para eso? —pregunté irritada, mientras Rosalind tapaba la templada tarde primaveral.

—Te vendrá bien la tranquilidad —replicó con firmeza la duende en ciernes. Vi cómo cerraba el último postigo y se dirigía a la puerta —. ¡Duerme bien, querida!

Rosalind salió. La puerta se cerró con un clic y una llave giró en la cerradura. Atónita, me quedé mirándola. ¿Me había encerrado?

Dejé caer la cuchara en la sopa con gran estrépito y me levanté. Un ruido en la puerta confirmó mis sospechas. Cuando me acerqué a las ventanas, me di cuenta de que Rosalind no solo cerró las contraventanas: las cerró con pesados cerrojos de hierro forjado.

¿A qué venía eso? ¿Tenía miedo Rosalind de que me escapara? Ni siquiera habría sabido adónde ir. No, no tenía la menor idea de si podría volver al mundo humano y cómo.

—¿Rosalind? —grité, esperando que la duende en ciernes regresara, pero no recibí respuesta.

El silencio que siguió a mi llamada fue sobrecogedor. Sentí que me invadía una sensación de impotencia de la que no podía deshacerme. Me temblaban las manos cuando volví a la mesa y me senté. Mis pensamientos se agolpaban. Los postigos, la puerta… todo aquello dejaba claro que no era una simple invitada, sino una prisionera en este palacio.

El tenue parpadeo de las velas proyectaba sombras danzantes en las paredes. Dejé que mi mirada recorriera la habitación: los elegantes muebles, las alfombras finamente tejidas, la acogedora cama con sus suaves almohadas. De repente, todo me pareció tan extraño y amenazador. Estaba sola, apartada de todo lo que me era querido y familiar, en un mundo que no comprendía y cuyas reglas desconocía.

Mientras apagaba las velas y me metía en la gran cama con dosel, pensé en mis amigos y mi familia, en la Academia de Primavera y en todo lo que dejé atrás. Y mientras caía en un sueño intranquilo, me di cuenta de que nunca me había sentido tan sola en mi vida.

LA VENGANZA ES UN PLATO QUE SE SIRVE MEJOR EN FORMA DE TARTAS DE FRESA

Algo sacudió las contraventanas. Al principio pensé que estaba soñando. Tenía que ser un sueño, porque mi habitación en la Academia Spring no tenía contraventanas. Cuando abrí los ojos, me recibió una oscuridad profunda y envolvente. Una a la que yo tampoco estaba acostumbrada. Tardé un momento en darme cuenta de que ya no estaba en la Academia. Busqué a tientas la vela y la caja de cerillas de la mesilla de noche.

Otro estruendo. ¿Era el viento o había algo más acechando ahí fuera?

Con manos temblorosas, saqué una cerilla y la encendí. La pequeña llama bailó en la punta de la cerilla. Encendí la vela y una suave luz llenó la habitación.

Hasta aquí todo bien. Al menos estaba sola. Ningún monstruo acechando en algún rincón. Pero el traqueteo de las contraventanas era cada vez más fuerte, como si hubieran decidido organizar una improvisada sesión de percusión.

No podía ser el viento. Algo estaba ahí afuera.

Me acerqué a la ventana, pero no tenía forma de abrir las contraventanas, y no sabía si habría sido una buena idea. Tal vez la intención de Rosalind no fue la de déjame encerrada después de todo, sino que era para mantener fuera a algo más, algo peligroso. No sé si debería sentirme aliviada o aterrorizada. Mi corazón, presa del pánico, se decidió por lo segundo.

Un grito irrumpió en la noche, haciéndome retroceder involuntariamente de las ventanas. Sonaba agónico y, aunque amortiguado, me puso en alerta.

Corrí hacia la puerta y la hice sonar, aunque sabía que la duende en ciernes la había cerrado con llave.

—¿Rosalind? —grité, con una voz tan aguda que podría haber rivalizado con un silbato para perros—. Rosalind, ¿puedes oírme? ¿Grym? ¿Valerian?

Ninguna respuesta. O estaban todos fuera de cobertura o decidieron no responder a mis llamadas.

Bueno, ¡gracias a ti también!

El ruido de las contraventanas se hizo ensordecedor. Me tapé los oídos con las manos.

—Aquí estás a salvo —me susurré a mí misma, con la esperanza de que mi yo interior estuviera de acuerdo. Pero, para ser sincera, sonaba tan convincente como un bebé de gelatina frente a un niño hambriento.

Entonces el traqueteo cesó de golpe. Las contraventanas dejaron de moverse y el silencio se apoderó de la habitación.

Me puse una mano en el corazón acelerado, intentando calmarme.

Se acabó. Fuera lo que fuera, se acabó.

Rosalind debía esperar que pasara algo así, de lo contrario no habría cerrado las persianas. Así que no tenía que preocuparme por ello.

¿O no?

Las dudas me corroían mientras volvía a meterme en la cama. No apagué la vela y me quedé mirando la llama parpadeante hasta que me pesaron los párpados y me sumí en un sueño intranquilo.



La siguiente vez que me desperté, ya era de día. Rosalind o Grym debían de haber entrado en mi habitación y abierto la puerta y las contraventanas. Todo estaba bañado por la suave y cálida luz del sol

matutino, y la noche anterior parecía una pesadilla lejana. ¿Fue un sueño todo lo que escuché?

Mis ojos se posaron en la mesilla de noche, en la solitaria cerilla negra y la vela consumida. Sí estuvo encendida, eso era seguro.

Me apresuré soñolienta hasta el cuarto de baño contiguo, me lavé y elegí un nuevo pantalón de seda y un top a juego antes de dirigirme a la terraza donde Valerian y yo desayunamos ayer por la mañana. Mi cabeza bullía con innumerables preguntas. Esperaba que Valerian respondiera al menos a algunas de ellas, pero tal y como lo conocía, lo dudaba. El Señor de la Primavera no era conocido por su locuacidad.

Ya estaba allí, sentado en el asiento donde se había sentado ayer, con la cabeza inclinada y absorto en un libro.

—¡Buenos días! —grité, más descansada y alegre de lo que me sentía —después de todo, un poco de buen humor no venía mal si querías mantener una conversación difícil—, y me dejé caer en la silla frente a él.

Valerian respondió con un zumbido inespecífico que bien podría haberse dirigido al libro que tenía en las manos.

Demasiado para ser hablador. El tipo ni siquiera me saludó, lo que me animó a balbucear aún más animadamente. Porque si había algo que no me gustaba era el silencio incómodo.

—Entonces, Grym me comprometió ayer. Bueno, en realidad no se puede llamar una *reunión informativa*. No estuvo muy comunicativo, pero ya le conoces. ¿Cómo van las preguntas ahora? ¿Las hago yo y tú respondes? ¿Desayunamos primero o…?

—¡Solo hazlas! —me indicó Valerian tajante y un poco molesto por mi torrente de palabras.

—De acuerdo. —Asentí enérgica, saqué el pergamino del bolsillo del pantalón y lo desdoblé—. ¿Cuántos años? —leí en voz alta.

—327.

—¿De qué color?

—Lila.

—Disparado con una pistola. Parece que alguien ha memorizado las respuestas —bromeé con una sonrisa, esperando al menos

provocar una pequeña sonrisa de Valerian. No tuve éxito—. Muy bien. Y… por último: ¿Qué nombre?

—Caterine.

Volví a doblar la nota y la dejé desaparecer en el bolsillo del pantalón.

—¿Eso es todo? —pregunté, sin intentar ocultar mi frustración por su taciturnidad.

Valerian asintió.

—Sí.

Dio un sorbo a su café antes de volver a su libro. Debía de ser una lectura apasionante si estaba tan absorto en ella. Me incliné un poco hacia delante para ver el título: *Walden*, de Henry David Thoreau. Desde luego, era un libro apasionante y muy apropiado. ¿No había vivido solo en la naturaleza y filosofado sobre ella?

Cogí un cruasán y le unté mermelada de fresa. Pensé febrilmente con cuál de mis mil preguntas debía empezar. ¿Cuál era la más inocua? ¿Y cuál sería la más probable que respondiera, dado que no parecía estar de humor para charlas triviales de todos modos?

—Algo sacudió mis persianas anoche —empecé con cautela.

—Suele pasar —respondió Valerian sin levantar la vista.

Estaba empezando a hartarme. Puede que los duendes de las yemas no tuvieran problemas con sus modales en la mesa, pero eso no significaba que yo tuviera que soportarlo. Alargué la mano hacia el otro lado de la mesa, cogí su libro y lo cerré ruidosamente antes de apartarlo de forma demostrativa.

—¿Ah, sí? *¿Suele pasar*? ¿Me dirás también qué fue eso?

Valerian levantó la vista y me miró, sus ojos grises tormenta no estaban enfadados, pero sí un poco indecisos, como si estuviera sopesando cuánto podía —o quería— decirme.

—Un cantante de arpa, tal vez —dijo al fin—. Así llaman a la criatura que te persiguió en el bosque la otra noche. O un par de espíritus céfiros.

—¿Espíritus céfiros? —Me reí con incredulidad. Esas pequeñas y esponjosas criaturas primaverales deberían haber hecho sonar mis contraventanas como si quisieran empezar una guerra—. ¿Por qué harían eso?

—Este mundo no es el mismo por la noche —replicó sombrío—. Tú solo conoces a los espíritus céfiro como esas criaturas monas y esponjosas de pelaje rosa, pero créeme: una vez que se pone el sol, no tienen mucho en común con las criaturas que tú conoces.

Intenté imaginarme a los espíritus céfiro como criaturas terroríficas con dientes puntiagudos, largas garras y ojos brillantes, pero no lo conseguí. Eran demasiado adorables. ¿Cómo podían unas criaturas de aspecto tan inofensivo convertirse en monstruos por la noche?

—¿Es por eso que Rosalind me encerró en mi habitación anoche?

Valerian desvió la mirada hacia el jardín iluminado por el sol que se extendía a sus espaldas. Se le endureció la mandíbula.

—En este mundo, nada es lo que parece —dijo en voz baja.

—Tomaré eso como un *sí*. Entonces, no salgas del palacio por la noche. ¿Hay algo más que deba saber? Por ejemplo, ¿qué hay de estas preguntas que quieres que te haga?

—Eso es… personal.

Resoplé.

—¡Eso es obvio! Déjame adivinar: estás a punto de desaparecer otra vez y no podré verte en lo que queda de día.

Valerian me miró divertido.

—¿Qué esperabas, Linnea? ¿Que pasearíamos por los jardines día tras día como un joven matrimonio, tomando el té juntos y leyéndonos el periódico?

Arranqué un trozo de croissant, me lo metí en la boca y me recosté en la silla.

—Puede que esa sea tu idea de un día perfecto —bromeé—. Después de todo, ya tienes unos cuantos años y probablemente te has vuelto un poco más frugal. Pero mi idea de un día perfecto es diferente.

—¿Ah, sí? —Valerian enarcó las cejas.

De repente, lo que dije parecía sugerente. Pero solo pretendía… No sé lo que pretendía. Solo quería provocarle, pero el tiro me salió por la culata.

Valerian se levantó, rodeó la mesa y se detuvo junto a mi silla. Su aliento rozó mi mejilla mientras se inclinaba hacia mí y me

susurraba:

—Créeme, Linnea, si fuéramos un matrimonio, tendría otras cosas en la cabeza que tomar el té contigo.

Sus palabras me produjeron un escalofrío por toda la espalda que fue cualquier cosa menos desagradable, y por un momento hasta me olvidé de respirar. Su cercanía, la intensidad de su mirada, el descarado desafío de su voz… Todo en él pareció de pronto cargado de electricidad. Pero tan rápido como llegó el momento, volvió a pasar.

Valerian se enderezó, con una sonrisa indiferente en los labios.

—Pero como ya te habrás dado cuenta, hoy tengo otras cosas que hacer.

Se apartó de mí y se dirigió hacia la gran puerta de cristal que conducía al interior del palacio. Mi corazón resonaba con fuerza, mucho más de lo que debería. No sabía qué pensar de lo ocurrido. ¿Estaba el Señor de la Primavera flirteando conmigo? ¿O era su forma de mantenerme a distancia? Si era así, su plan había funcionado. Tenía la cabeza tan vacía que me costaba mucho concentrarme.

—¡Espera! —grité—. ¿Puedes decirme al menos por qué tengo que hacerte estas preguntas todas las mañanas?

Valerian hizo una pausa.

—Es una especie de… medida de seguridad —dijo, sin volverse para mirarme—. Una prueba para asegurarme de que sigo siendo yo.

La respuesta me hizo preguntar.

—¿Y si no fueras tú? ¿Entonces qué?

—Entonces —dijo en voz baja—, tendrías que asumir las consecuencias.

No podía verle la cara, pero podía sentir el peso de sus palabras.

—Parece una responsabilidad enorme —jadeé, pensando en la daga que Grym me enseñó.

—Lo es —confirmó.

Luego salió de la terraza y yo me quedé.

Mis pensamientos se arremolinaban. ¿Qué clase de lugar era este en el que criaturas inofensivas se convertían en monstruos por la

noche? ¿Donde había que hacer preguntas para comprobar si alguien seguía siendo él mismo? Nunca creí que el mundo de la primavera fuera un lugar inofensivo, pero empezaba a preocuparme qué más acechaba en las sombras.



Pasaron los días y todos parecían más o menos iguales. Por la mañana, Valerian y yo desayunábamos juntos y le yo me encargaba de hacer las tres preguntas. Luego desaparecía y yo deambulaba por el palacio y los jardines para pasar el tiempo.

Encontré una biblioteca enorme con innumerables libros, sobre todo obras antiguas de Charles Dickens, Julio Verne, Jane Austen, Oscar Wilde y León Tolstoi, pero también libros de Stephen King, Terry Pratchett y alguna que otra novela romántica. Eliza se habría sentido como en el séptimo cielo aquí, aparte del hecho de que la biblioteca contenía muy poca obscenidad. Yo no era un ratón de biblioteca, pero cuanto más se alargaban los días, más me escapaba a las aventuras entre las tapas de los libros.

Rosalind hizo todo lo posible para que mi estancia en el palacio fuera lo más variada posible. Me pidió que le ayudara a cosechar verduras en el jardín, que redecorara con ella el ala oeste del palacio y que recogiera arándanos y fresas silvestres en el bosque, que luego conservábamos como mermelada. Al principio era una distracción bienvenida, pero con el tiempo empecé a sentir que todas estas actividades nada más servían para distraerme de los verdaderos misterios de este mundo. Yo era una princesa, encerrada en un palacio con un criado para entretenerme y pasar el tiempo. Excepto que yo nunca había querido ser una princesa. Echaba de menos a mis amigos, a mi familia, mi vida… Sí, incluso mi planta de interior medio muerta, a la que Eliza puso Ojos saltones y que me miraba con reproche todas las mañanas. Había renunciado a todo eso por la monótona vida en palacio y un trabajo que no tenía sentido para mí.

De vez en cuando me topaba con Grym o con los otros duendes que correteaban por el palacio, siempre ocupados y rara vez dispuestos a intercambiar más que unas pocas palabras conmigo.

Fue frustrante.

Al igual que era frustrante que Rosalind me recogiera cada noche antes de la puesta de sol, me llevara a mi habitación y me encerrara. Entendía por qué lo hacía, que quería protegerme de los peligros de la noche, pero algo me decía que solo ahí fuera podría encontrar respuestas a mis preguntas. Y que no encontraría la paz hasta que obtuviera esas respuestas.



—¿Qué es eso? —Con las cejas levantadas, Valerian miró los dos rectángulos de papel pintado que había en su plato del desayuno.

Sonreí mientras me servía mi mezcla de café y cola como si fuera una mañana más.

—Rosalind sugirió que redecoráramos el Ala Oeste y le pedí que consiguiera muestras. ¿Qué te gusta más: *Pretty in pink* o *Unicorn Love*? No me decido.

Realmente no podía, porque un patrón era más feo que el otro. Pero estaba harta de esta terapia ocupacional forzada. Si Valerian pensaba que podía encerrarme en su palacio y enviar a sus sirvientes a entretenerme sin que yo opusiera resistencia, se equivocaba. Sufriría tanto como yo, aunque fuera bajo el papel pintado más abismal del mundo.

Valerian se sentó en su silla. Tuve que reconocerle el mérito de mantener la cara seria mientras miraba los dos papeles pintados: uno con enormes flores rosa neón que parecían más bien genitales femeninos, y el otro con unicornios de los colores del arcoíris galopando hacia la puesta de sol.

—¡Ambos de muy buen gusto! —comentó, sonando como si se hubiera tragado una rana y tuviera que reprimir sus arcadas—. Pero *Pretty in pink* va mejor con tu cabello.

¡Argh!

Odiaba que no dejara que nada le perturbara. Esto era la guerra y él fingía ser Suiza. Fruncí el ceño mientras le veía servirse un café.

—¡Las preguntas! —me recordó, como si con eso se acabara el tema del papel pintado.

No era eso en absoluto. Empapelaría todo el palacio con *Pretty in pink* si eso le sacara por fin de su caparazón.

—¿Cuántos años? —presioné con rabia.

—327.

—Equivocado, 50.

Frunció el ceño.

—No, 327.

—¿De qué color? —le repliqué sin responder a su justificada protesta.

—Lila.

—Equivocado otra vez. Verde en todos sus putos matices.

Ahora sí se veía irritado, al menos lo conseguí.

—Linnea…

—No. Nombre equivocado, y ni siquiera he hecho la pregunta todavía. Tendrás que darme un poco de tiempo.

—Eso no fue…

—La pregunta es: ¿qué nombre? Y la respuesta: Valerian, el culo de primavera, por culpa del cual estaré atrapada aquí los próximos cincuenta años y no veré más que verde en todos sus putos matices.

Mi voz se había vuelto más fuerte con cada palabra. Era una tontería. Estaba siendo tonta.

Tonta e infantil.

Pero no podía evitarlo. Había acumulado tanta rabia y frustración en los dos últimos meses que llevaba aquí, y Valerian era el único ser humano medianamente humano con el que podía desquitarme.

Esperaba que se enfadara. Que me sermonease sobre la importancia de las preguntas con las que no se debe jugar. Pero en lugar de eso, se reclinó en la silla y cruzó los brazos delante del pecho, con una sonrisa divertida en la comisura de los labios.

—*¿Culo de primavera*? —repitió interrogante.

—Sí, admito que fue un golpe bajo —confesé.

—No, no. Creo que te estás volviendo muy creativa. Me gusta.

—¿Igual que el papel pintado?

—Igual que el papel pintado —respondió con valentía.

—No creas que no voy a hacerlo. Todo el maldito palacio estará empapelado de rosa.

Me pareció ver un tic nervioso en su ojo izquierdo, pero entonces se agachó y me agarró un mechón de cabello.

—¿Qué te hace pensar que no me gusta el rosa? Sí me gusta. Mucho.

Tragué en seco. Por la forma en que lo dijo, parecía que se refería a algo más que a mi color de pelo. Pero seguramente era solo una táctica para confundirme. Para distraerme de mi verdadera venganza.

No conmigo.

Me dejé caer hacia atrás en la silla y el mechón de cabello se le escapó de las manos.

—¿Me dirás de qué tratan las tres respuestas? —pregunté.

—No.

Oh, ese hombre culero… y testarudo.

¿No sabía que me moría de aburrimiento en este palacio? ¿Que mi tarea no parecía una tarea mientras no la entendiera? ¿O no le importaba?

Me levanté de un salto y me dirigí a la puerta del patio.

—Lo averiguaré —dije desafiante.

Detrás de mí, Valerian soltó un ruido de tos y arcadas. Evidentemente, mordió uno de los pasteles de fresa rellenos de mostaza en lugar de mermelada.

—También pasé mucho tiempo en la cocina con Rosalind y Torin, por cierto —le informé con una sonrisa de suficiencia.

Porque a veces la venganza no era dulce, sino condenadamente caliente.

DE DUENDES Y ENCRUCIJADAS

No fue una decisión consciente. No como si me hubiera sentado en mi habitación durante horas, hubiera escrito una lista de pros y contras y finalmente hubiera hecho la maleta. Rosalind y yo estábamos en el bosque. Era última hora de la tarde y nuestras cestas estaban llenas hasta los topes de arándanos y fresas silvestres. Me había alejado unos pasos para lavarme el dulce y rojo jugo de las manos en un pequeño arroyo balbuceante. Mis dedos se deslizaban por la superficie del agua, que centelleaba a la luz mortecina del sol de la tarde.

—Linnea, querida, debemos irnos ya —dijo Rosalind. Sonaba nerviosa, como siempre que el sol estaba a punto de ponerse.

—Voy —le aseguré.

Mi mirada se posó en la orilla opuesta. El arroyo era fácil de cruzar. Solo tenía que dar un gran salto. Pero Rosalind, con sus piernecitas, sin duda tendría problemas para seguirme.

Una idea me rondó la cabeza: ¿y si me ponía a correr? Rosalind siempre parecía guiarme por los mismos caminos trillados a través del bosque. ¿Y si la dejaba? Tal vez entonces obtendría por fin respuestas a mis preguntas.

—¿Linnea? —La voz de Rosalind sonó urgente.

Aproveché mi oportunidad. Con un valiente salto, crucé el arroyo y aterricé en la otra orilla. Miré hacia atrás y vi a Rosalind, que parecía desconcertada y preocupada.

—¿Qué haces, Linnea?… ¡Linnea! —gritó con un tono chillón cuando se dio cuenta de que no tenía intención de volver.

Me di la vuelta y empecé a andar. La maleza me rozaba los tobillos desnudos, pero hice caso omiso. El corazón me latía con fuerza en el pecho mientras corría agachada entre los árboles. Me sentía culpable por haber dejado a Rosalind así. La duende en ciernes se había tomado tantas molestias en las últimas semanas para tenerme contenta. Ni siquiera protestó cuando ordené empapelar los pasillos del ala oeste con *Pretty in pink*, aunque se había puesto un poco verde de la nariz respingona del susto.

—¡Linnea, vuelve! ¡No es seguro! —Oí su voz preocupada, pero sus llamadas eran cada vez más silenciosas cuanto más me alejaba.

Lo siento, Rosalind. Pero no puedo seguir así. Necesito respuestas.

Caminé entre densos arbustos y senderos cubiertos de maleza adentrándome en el bosque. Los únicos sonidos que me acompañaban eran el susurro de las hojas bajo mis pies y mi propia respiración.

Finalmente, al caer el crepúsculo y alargarse las sombras, ralenticé mis pasos. Me encontraba en un lugar que nunca antes había visto. Aquí los árboles eran más altos, las copas densas y la luz del atardecer se refractaba en un mágico color púrpura.

El suelo bajo mis pies se hizo más blando. Miré hacia abajo y vi que estaba al borde de una ciénaga. Helechos verdes, musgo y fango bordeaban mi camino.

Deberías volver, pasó por mi mente, pero algo en este lugar me atraía mágicamente.

Se extendía ante mí como un océano silencioso y misterioso, cuya oscura superficie brillaba en el crepúsculo. Velos de niebla se deslizaban por el suelo. Se arremolinaron a mi alrededor, condensándose en una nube húmeda con olor a hojas podridas. El susurro de las hojas fue sustituido por la suave ondulación del agua y el gorgoteo ocasional de las burbujas que subían a la superficie. Cada vez que levantaba el pie, la ciénaga parecía respirar, una masa blanda y viscosa que liberaba mis pasos a regañadientes.

De alguna parte llegaban voces susurrantes, silenciosas e ininteligibles, como si me hablaran a través del agua. Me detuve, escuché, pero no pude distinguir ninguna palabra, solo un inquietante murmullo que se mezclaba con el viento y me daba la sensación de que no estaba sola.

Entonces vi a los pequeños fuego fatuo.

Bailaban por el páramo. Puntos brillantes que a veces aparecían aquí, a veces allá y de repente volvían a desaparecer. Sus movimientos eran hipnóticos. Me sentí irresistiblemente atraído por ellos, como una polilla por una bombilla. Fascinada, los seguí hacia el interior del páramo. Cada vez que intentaba tocarlas, se me escapaban de las manos como un sueño fugaz.

La niebla era ya tan espesa que solo podía reconocer vagamente mi entorno. La oscuridad hizo el resto, y en ese momento no deseé nada más que un teléfono móvil que funcionara y Google Maps o, al menos, unas migas de pan en el bolsillo del pantalón que pudiera esparcir para encontrar el camino de vuelta.

Los murmullos a mi alrededor se hicieron más fuertes, casi como si las voces se dirigieran directamente a mí. Sonaban tristes y melancólicas, como ecos de una época pasada.

Un susurro apareció frente a mí y cerré la mano en torno a él. La sentí fría y aterciopelada: niebla que se manifiesta en forma sólida.

En cuanto mis dedos tocaron la luz, las imágenes parpadearon ante mi ojo interior. Vi a Valerian. Era más joven, con la cara llena de sueños y esperanzas, y una sonrisa llena de encanto juvenil. Las imágenes cambiaron abruptas. Vi cómo reía, lloraba y luchaba. Era como si estuviera viendo una película de su vida a lo largo de los siglos. Entonces, como si alguien hubiera soltado el botón de avance rápido y en su lugar hubiera pulsado *play*, las imágenes se ralentizaron de repente y me encontré en un recuerdo.

VALERIAN CAMINANDO POR EL BOSQUE, con una mujer a su lado que parecía la encarnación viviente de Blancanieves. Iba enganchada a él, con una sonrisa en los labios sonrosados.

Caterine.

Supe al instante que era ella. Parecían tan felices, su felicidad tan tangible.

Valerian se llevó la mano a la boca y la besó. En ella brillaba un anillo.

¿Un anillo de compromiso? ¿Estuvo comprometido?

MI MEMORIA SE DESVANECIÓ. Cuando abrí la mano, el susurro ya no estaba y la oscuridad a mi alrededor se hizo más profunda, como si el propio páramo quisiera engullirme. No sabía cuánto tiempo llevaba aquí. Me parecía que apenas habían transcurrido unos minutos desde que dejé a Rosalind y, sin embargo, ya era noche cerrada.

Desorientada, seguí a unos duendes que me llevaron a un pequeño claro y me hundí en una piedra cubierta de musgo. Me estremecí. Hacía frío. Mucho frío. Y deseé no haber planeado mi pequeña excursión de forma tan espontánea y haberme llevado al menos una chaqueta.

En algún lugar entre los altos helechos se oyó un crujido. Me pareció ver unos ojos amarillos brillantes, pero cuando me incliné para ver más, habían desaparecido. Al parecer, me estaba dejando llevar por mi imaginación. Mi mirada se desvió hacia las copas de los árboles. Estaba segura de que podría enfrentarme a algunas pequeñas criaturas primaverales, pero me vendría bien otro encuentro con la cigarra monstruosa a la que Valerian llamó cariñosamente *la cantante del arpa* —como si su gorjeo no fuera lo peor que había oído en mi vida—.

Un susurro flotó hacia mí y se posó confiado en mi mano. Otra escena de la vida de Valerian apareció en mi cabeza. Empecé a preguntarme si debería haber traído palomitas a este espectáculo.

ESTA VEZ VALERIAN ESTABA SOLO, en lo profundo del bosque, rodeado de la belleza de la naturaleza, que plasmaba en un lienzo. Su mirada

estaba concentrada, sus movimientos con el pincel eran fluidos y seguros.

De repente frunció el ceño, dejó el lienzo a un lado y se levantó. Vi cómo atravesaba la hierba alta y se arrodillaba para coger un objeto que brillaba a la luz del sol. Era una piedra, pero no una cualquiera: brillaba con todos los colores del arcoíris, vibrante y viva, como si estuviera llena de un poder mágico.

La expresión de Valerian pasó de la curiosidad al asombro y luego a una expresión que no supe interpretar: una mezcla de miedo y fascinación. Pareció darse cuenta de que no solo tenía una piedra en la mano.

Sabía que esa escena hacía tiempo que había pasado. Que nada ni nadie podía cambiar lo que estaba a punto de suceder. Y, sin embargo, quería gritarle a Valerian que soltara la piedra y corriera tan rápido como pudiera. Porque esta piedra —la Piedra Arcoíris— abriría un portal entre los mundos y cambiaría la vida de Valerian y la de todos nosotros para siempre.

El panorama cambió.

Valerian y Caterine estaban tumbados uno junto al otro en un prado. Él pasó una brizna de hierba por la piel desnuda del brazo de ella, un gesto tierno que la hizo sonreír y erizó los finos vellos de su piel. A su alrededor, el prado estaba en todo su esplendor. Las flores florecían, las abejas zumbaban y los espíritus de las flores revoloteaban de capullo en capullo, haciendo su trabajo.

—Quédate conmigo —pidió Valerian susurrante—. En este nuevo mundo, por fin podemos estar juntos. Ya no necesitamos escondernos.

Caterine suspiró.

—No sé, Valerian. No puedes esperar que lo deje todo. Mi madre está enferma y mi padre…

El rostro de Valerian se ensombreció.

—Tu padre nunca permitirá que nos casemos. Eres demasiado buena para mí. Siempre lo ha dicho.

—No demasiado buena, demasiado rica. —Caterine se tumbó de espaldas y contempló el cielo azul—. Ojalá perdiéramos todo nuestro dinero. Así papá no se preocuparía de que me casara por debajo de mi posición.

—¡Esta es nuestra oportunidad, Caterine! —Valerian sonaba casi suplicante.

—No lo sé. Me siento egoísta.

—¿Es egoísta luchar por la felicidad?

Caterine se incorporó y miró a Valerian durante largo rato. Finalmente suspiró.

—Necesito tiempo, Valerian. ¡Déjame pensarlo!

La escena se desvaneció y me encontré en el pequeño claro. El frío, para entonces, ya lo sentía hasta los huesos. Sentía los miembros agarrotados, pero le presté poca atención. En lugar de eso, busqué otro susurro. Necesitaba saber cómo había terminado la historia entre Valerian y Caterine. ¿Vivieron juntos en el mundo de la primavera? ¿Caterine envejeció y murió en algún momento, dejando solo a Valerian?

Un graznido estridente me dejó helada. Busqué en el bosque iluminado por la luna y en el cielo, pero no se veía nada. Nada, excepto un pequeño fuego fatuo que bailaba entre los helechos.

Salté hacia delante y lo agarré. Se me escapó la primera vez, pero luego lo agarré.

Una canción. Una melodía que nunca había escuchado resonó en mi cabeza. Imágenes aparecieron en mi mente. Un recuerdo que no era de Valerian y Caterine, sino que se remontaba mucho más atrás, era mucho más íntimo.

Vi a un niño pequeño, de no más de seis años, con rizos blancos plateados que brillaban a la pálida luz de un candelabro. Estaba

tumbado en una sencilla cama de madera tallada, con la cabeza apoyada en el regazo de su madre, que le acariciaba suavemente el pelo. Afuera se desataba una tormenta, los truenos retumbaban y los relámpagos iluminaban la pequeña habitación.

La mano de Valerian —tenía que ser él— se aferró al camisón blanco de su madre como si fuera su ancla salvadora en esta tormenta. Su canto parecía reconfortarle y secar las lágrimas que acababa de llorar.

Se inclinó hacia él y le dio un beso en la frente.

—No tengas miedo —susurró—, la lluvia que esta noche golpea tu ventana y te asusta tanto es la misma que cae sobre la tierra, los ríos y los bosques y crea este hermoso mundo que verás por la mañana.

Sus palabras parecían llenar la habitación de un calor invisible que hacía distante el retumbar de los truenos y menos amenazadoras las sombras proyectadas por los relámpagos en las paredes.

—Todo está bien, mi querido pequeño. A la luz de la mañana, la tormenta habrá pasado, pero yo seguiré aquí, a tu lado.

Valerian se relajó poco a poco, su respiración se hizo más tranquila y el apretado agarre del camisón de su madre se aflojó. La suave melodía que su madre cantaba de nuevo y el suave repiqueteo de la lluvia se entrelazaron para formar un capullo de consuelo. Valerian cerró los ojos, con la cabeza apoyada en el regazo de su madre, y se dejó arrullar por los sonidos.

No era lo que yo esperaba. Sin embargo, la escena me conmovió de un modo extraño. Nunca pensé en el hecho de que Valerian tenía un pasado. Que él también fue un niño lleno de miedos.

El siguiente recuerdo me pilló desprevenida. Un susurro voló hacia mi cara, como si quisiera comprobar si mis reflejos eran tan rápidos como mi capacidad para tomar malas decisiones. Lo cogí y de repente me encontré de nuevo en el mundo primaveral con

Valerian y Caterine. Pero algo era diferente. Todo parecía más oscuro, más amenazador.

Las nubes se movían delante del sol, el viento azotaba y los ojos de Valerian, que antes parecían tan humanos, ahora parecían fríos e inabordables. Brillaban con la imprevisibilidad de los relámpagos que atraviesan el cielo nocturno, y en sus profundidades yacía la oscuridad de una tormenta que se aproxima.

Caterine se alejó un paso de su prometido. Su voz temblaba, un suave susurro contra el rugido del viento:

—Has cambiado, Valerian. Apenas te reconozco. En el pasado, habrías dado la vida por tu hermana y tu padre. Pero ahora todo fuera de este mundo mágico parece carecer de sentido para ti.

—Este mundo es *mi vida ahora, Caterine. Y tú formas parte de él. —La respuesta de Valerian llegó como un rumor oscuro, duro y exigente.*

El cristal del arcoíris debe haberse apoderado de él.

Siempre me había preguntado por qué Valerian no sucumbía a su poder. El Rey Invierno, la Sacerdotisa Sol y el Rey de la Niebla… todos sucumbieron al mal al entrar en contacto con las Piedras Primigenias. Las piedras subyugaron su voluntad, su espíritu, todo su ser. Solo Valerian había conservado su lado humano. Pero, era claro, había habido un momento en que él también estuvo en esa encrucijada.

Caterine sollozaba. Lágrimas de desesperación corrían por sus pálidas mejillas.

—No sé si quiero seguir formando parte de tu mundo —insistió.

Valerian dio un paso hacia ella, con los ojos brillantes.

—No tienes elección, Caterine. Me perteneces a mí, a este mundo.

La agarró por el brazo y tiró de ella hacia él, como si pudiera salvar la distancia que los separaba. Pero Caterine se resistió.

—¡Suéltame! —gritó suplicante, poniendo las manos en su pecho e intentando apartarse de él.

En su rabia y desesperación, Valerian dejó que sus poderes mágicos surgieran sin control. Las plantas que los rodeaban empezaron a crecer con salvajismo. Unas enredaderas salieron disparadas del suelo y se aferraron a las piernas de Caterine. Ella se tambaleó, intentando liberarse, pero ahora la naturaleza obedecía las órdenes involuntarias de Valerian, convirtiéndose en su instrumento de rechazo y dolor.

—¡Valerian, por favor, me haces daño! —gritó ella mientras los zarcillos trepaban por su cuerpo y la envolvían con más fuerza.

La rabia salvaje y desenfrenada en los ojos de Valerian pareció dar paso a un momento de claridad estremecedora, como si la tormenta en su interior se hubiera silenciado de repente. Con un susurro apenas audible, puso fin a la naturaleza. Las enredaderas obedecieron, soltaron su férreo agarre y se retiraron, pero el daño ya estaba hecho. Caterine cayó de rodillas, con la ropa desgarrada y la piel marcada por las plantas silvestres.

—Yo… yo no quería esto —balbuceó Valerian, su voz un frágil eco de su antigua fuerza.

Con cuidado, temiendo que el más mínimo movimiento lo alejara aún más de él, tendió una mano hacia Caterina. Pero ella retrocedió, con los ojos muy abiertos por el miedo y el dolor.

—Tú… ya no eres de quien me enamoré —susurró. Se puso en pie con dificultad, con la figura lastrada por una pesada carga mientras lo miraba. Su mirada era tan penetrante como si estuviera mirando directo al corazón de Valerian, reconociendo en lo que se había convertido… y lo que ya no era—. El hombre que conocí ya no existe.

Las palabras flotaron entre ellos, demasiado pesadas. Caterina se dio la vuelta y se marchó. Lloró lágrimas silenciosas mientras dejaba atrás el mundo primaveral y al hombre que una vez había amado.

Valerian quiso correr tras ella, persuadirla para que diera marcha atrás, pero algo le contuvo. ¿Fue el orgullo? ¿La conciencia de haberla perdido? ¿O el miedo paralizante de en qué se había convertido?

FLIFLA-ALGO-NADA-FLIFLA

Sentí como si alguien me hubiera dado un puñetazo en la boca del estómago. Y no uno cualquiera, sino de los que te dejan sin aliento por un buen rato. Hasta ese momento, Para mí Valerian era el inaccesible Señor de la Primavera, al menos cuando no estaba sentado en el patio de la Academia sufriendo un ataque de pánico o mordiendo una tarta de fresas rellena de mostaza. Pero sus recuerdos le mostraban ahora bajo una luz distinta: fue una persona con sueños y deseos, que vivió una vida llena de amor y pérdidas. Era como si hubiera encontrado una grieta en la fachada que revelaba la verdadera naturaleza de Valerian, y eso me acercó a él. Me hizo comprender por qué se convirtió en quien era.

Mi mirada se deslizó sobre mi entorno. Los helechos, musgos y árboles que se extendían ante mí a la pálida luz de la luna. ¿Debería buscar más fuegos fatuos? ¿Cuántos recuerdos de Valerian albergaba este páramo? ¿Y era censurable querer verlos todos?

Antes de que pudiera seguir pensando en mi brújula moral y en adónde me llevaba, el silencio de la noche se vio interrumpido por un chirrido estridente.

La cigarra monstruosa.

Miré frenética en todas direcciones, intentando averiguar de dónde procedía el ruido. Una cosa era segura: tenía que salir de aquí lo antes posible. Un encuentro con esta bestia gigante era suficiente para mí, no iba a arriesgarme a un segundo.

Tomé el camino por el que vine, apresurándome a atravesar el fangoso barro, que no era nada adecuado para una huida tranquila. Por el rabillo del ojo, noté un movimiento a la altura de los hombros. Al girar la cabeza, una pequeña criatura rosada con alas de gasa, pelaje esponjoso y orejas puntiagudas revoloteó a mi lado.

Un espíritu céfiro. Sólo un espíritu céfiro.

Le miré con una sonrisa aliviada, pero entonces volvieron a mi mente las palabras de Valerian: «Tú solo conoces a los espíritus céfiro como esas criaturas monas y esponjosas de pelaje rosa, pero créeme: una vez se pone el sol, no tienen mucho en común con las criaturas que tú conoces».

Bueno…

Miré con desconfianza al espíritu céfiro mientras aceleraba el paso. La pequeña criatura me seguía como si pensara que todo aquello era una carrera o, en su caso, una huida. Una carrera que ella ganó con creces. Se echó hacia atrás, para salir disparada de nuevo y revolotear delante de mí. Parecía cualquier cosa menos amenazadora, más bien un cachorro juguetón. No obstante, me esforcé por mantener las distancias. Al fin y al cabo, hasta un cachorro inofensivo podía convertirse en un sabueso infernal de tres cabezas.

Un segundo espíritu céfiro se unió a nosotros, luego un tercero. Pronto me siguió todo un enjambre que, obviamente, planeaba jugar conmigo al «a ver quién la lleva». Los espíritus céfiro desaparecieron entre los árboles y luego reaparecieron, volando bajo sobre mi cabeza y haciendo un graznido, casi un chirrido. Parecía que se divertían acorralándome. Cada vez tenía que esquivar más a menudo sus picados.

—¡Eh! —grité cuando uno de los espíritus me rozó la mejilla al pasar volando. Sus pequeñas garras se clavaron en mi piel. Cuando me pasé la mano por la zona quemada, la sangre se me quedó pegada a los dedos—. ¿Qué hacen? ¿Creen que esto es un juego? ¡Piérdanse!

Pero los cabrones ni se lo pensaron. Aparentemente había caído en mi propia versión de *Los Pájaros* de Hitchcock.

Uno de los espíritus céfiro se enredó en mi cabello. Cuando intenté liberarlo, abrió la boca con un chillido y enseñó dos filas de dientes afilados como cuchillas.

¡Oh, mierda!

A eso se refería Valerian cuando dijo: «En este mundo, nada es lo que parece».

Se me aceleró el pulso. Mi instinto de supervivencia se apoderó de mí y agarré a la criatura que revoloteaba, arrojándola lejos de mí.

¡No, eso no, tonta!

Los espíritus céfiros parecieron reconocer mi reacción impulsiva como un desafío a la lucha. Se abalanzaron sobre mí, chillando y atacándome con sus afiladas garras y dientes, desgarrándome el pelo y la ropa y arañándome la piel.

Me agaché en el suelo y me cubrí la cara con las manos, arrastrándome a ciegas por el barro húmedo con la esperanza de escapar de los espíritus céfiros. Pero no tenía ninguna posibilidad. Eran demasiados.

Un gruñido, profundo y apenas humano.

Los espíritus céfiros me soltaron. Cautelosa, levanté la cabeza y miré a mi alrededor, parpadeando con los ojos empañados por las lágrimas, sin estar segura de que aquello fuera algo bueno. Que un par de espíritus céfiros caprichosos me arrancaran mechones de pelo era una cosa, pero que me devorara un bégimo de piel y pelo gruñendo era otra muy distinta.

Del suelo brotaron raíces. Agarraron a los espíritus céfiro y los lanzaron en todas direcciones. Las criaturas de la primavera, que un momento antes habían llenado el aire con su clamor, desaparecieron en la nada en un coro de chillidos, dejando tras de sí un silencio tan espeluznante que se podría haber oído caer un alfiler.

—No deberías estar aquí. —Era la voz de Valerian, pero sonaba más grave y oscura, casi un estruendo.

Me di la vuelta y aspiré audiblemente cuando mis ojos se posaron en la figura que tenía delante. Valerian no era Valerian. Iba descalzo, vestido únicamente con unos pantalones de lino verde oscuro que le colgaban de las caderas. La piel de su torso desnudo y bien tonificado brillaba plateada a la luz de la luna, surcada por finas

venas en forma de zarcillo. Sus ojos —no solo el iris, sino también el blanco— eran de un negro intenso que absorbía toda la luz.

Sin mediar palabra, levantó las manos y la naturaleza respondió a su orden tácita. Las raíces se hundieron en el suelo, dejando tras de sí tierra removida y fango.

Tragué saliva.

—No debo estar aquí —repetí, tartamudeando—. De acuerdo… lo recordaré para la próxima vez.

—Si Rosalind no me hubiera informado de tu desaparición, no habría habido próxima vez para ti —espetó furibundo.

—Sí… um… ¡buen punto!

Me enderecé con cuidado y retrocedí para alejarme de Valerian, sin querer perderlo de vista ni un solo instante. Me dolían las extremidades y de seguro tendría innumerables cortes en el cuerpo. Pero seguía viva, y tenía que agradecérselo a Valerian, o más bien a la criatura en la que se había convertido. Sin embargo, una voz interior me advirtió que no me acercara demasiado a él. Era más monstruo que hombre.

Un chirrido.

La línea que rodeaba la boca de Valerian se endureció mientras escuchaba en la oscuridad.

—¿La cigarra monstruosa? —supuse.

Puse toda mi atención en la dirección de la que provenía el sonido. Porque, aunque aún no estaba segura de lo monstruoso que era Valerian, no cabía duda de que la cigarra era el tipo de bestia que te arranca la cabeza de un mordisco.

Valerian asintió.

—¡Tenemos que salir de aquí!

Pero ya era demasiado tarde. El chirrido se hizo más fuerte, más estridente, acompañado por el susurro de las hojas y el crujido de las ramas. Esta cigarra era aún más grande y aterradora de lo que recordaba. O tal vez me había perseguido la cigarra bebé la última vez y esta era su madre vengándose de mí por haber bañado a su cría en el río. Los ojos iridiscentes de la cigarra se fijaron en nosotros mientras se arrastraba por el suelo del bosque hacia

nosotros con sus enormes patas y sus movimientos antinaturalmente dentados.

Valerian se colocó justo delante de mí con un paso que no admitía discusión. Su cuerpo estaba tenso, listo para luchar, con las manos cerradas en puños. E incluso en mi pánico creciente, tuve que admitir que sus anchos hombros y los músculos de la espalda que destacaban bajo la brillante piel plateada eran un espectáculo impresionante.

El aire a nuestro alrededor empezó a vibrar, como testimonio de las fuerzas invisibles que estaba conjurando. Su magia era palpable: un ser vivo y poderoso que se abría paso entre los árboles y la maleza, dispuesto a cumplir sus órdenes. Levantó la mano y, de repente, unas ramas espinosas surgieron del suelo. Formaron una barrera entre nosotros y la cigarra monstruosa. Un seto que habría dado envidia hasta a la Bella Durmiente.

Pero el monstruo no era tan fácil de rechazar. Aplastó el seto con una fuerza brutal, desgarrando las ramas espinosas como si fueran finos hilos. Valerian intentó crear más obstáculos, pero estaba claro que esa táctica no nos protegería durante mucho tiempo.

—Tierra despierta, protege, defiende con el poder de los Antiguos. *Elenar daran, thirin, lorin'el thalorae an'eldar* —susurré, intentando ayudarle.

Pero mi magia no era nada comparada con la de Valerian. Las ramas espinosas que invocaba eran más delicadas y no tan agresivas.

—¡Corre! —ordenó, cuando la cigarra rompió todas las defensas y se abalanzó sobre nosotros.

Tropecé hacia atrás por el barro, me di la vuelta y corrí, corrí y corrí. Me ardían los pulmones y el corazón se me aceleraba. Cuando me di la vuelta, Valerian ya no estaba detrás de mí.

¿Se había quedado atrás? ¿Se quedó enfrentando a la cigarra para darme ventaja?

Escuché atentamente en la oscuridad. El canto de la cigarra y el romper de las ramas quedaban ya muy lejos. Volvía el silencio del bosque, tan repentino que casi asustaba. Mi aliento formó nubes

blancas en el frío aire nocturno mientras intentaba organizar mis pensamientos y trazar un plan.

No podía huir y dejar atrás a Valerian, no después de que hubiera arriesgado su vida para protegerme. ¿Pero qué podía hacer? ¿No era yo más una carga que una ayuda?

Indecisa, me detuve y miré a mi alrededor. No tenía ni idea de dónde estaba. Me rodeaban árboles viejos y nudosos y oía el murmullo de un arroyo a lo lejos. ¿A qué distancia estaba del palacio de la fuente? ¿Podría pedir ayuda allí? Pero Rosalind, Grym y Torin apenas podían hacer nada contra una cigarra monstruosa.

Un grito tan agónico y crudo que parecía atravesar la noche. Apenas sonaba humano, pero supe de inmediato que era Valerian. Sin dudarlo, me di la vuelta y corrí por donde había venido. Las hojas y las ramas me azotaron la cara, pero apenas las noté.

—¡Valerian! —grité—. ¡Valerian!

No respondió. El miedo se apoderó de mis entrañas. ¿Y si le sucedió algo? ¿Y si la cigarra monstruosa…?

Ni siquiera me atreví a pensarlo.

Por fin llegué al lugar donde dejé a Valerian. La cigarra había desaparecido. Al parecer, consiguió ponerla en fuga. Aliviada, apoyé las manos en las rodillas y me permití recuperar el aliento. Mis peores temores no se habían materializado.

Pero mi alivio no duró mucho.

Valerian estaba arrodillado a cuatro patas. La parte superior de su cuerpo desnudo estaba cubierta de heridas de las que manaba sangre. O al menos supuse que era sangre, porque tenía el color de la resina oscura. En los lugares donde las heridas eran más profundas, se había formado una capa costrosa que recordaba más a la corteza de un árbol que a la piel humana.

Me acerqué con cautela al Señor de la Primavera. El corazón me latía dolorosamente contra el pecho.

—Valerian —susurré, pero no respondió.

Su respiración era superficial, apenas audible, y su rostro se contorsionaba por el dolor. La luz de la luna que se filtraba entre las hojas hacía que su piel brillara fantasmagórica, acentuando los cambios inusuales de su cuerpo.

—¿Valerian?

Un gruñido amenazador escapó de su garganta.

—¡No te acerques más!

Eso no me inspiraba confianza, pero no me dejé desanimar. Valerian estaba herido. Necesitaba mi ayuda.

Vacilante, di un paso hacia él. Luego otro.

Levantó la cabeza. Sus ojos negros se clavaron en mí como los de un depredador en su presa. Lentamente, extendí una mano hacia él.

—No pasa nada —intenté tranquilizarle—. Solo quiero ayudarte.

Las manos de Valerian arañaron la tierra húmeda. Su espalda se arqueó y soltó un rugido espantoso. La tierra tembló bajo él.

Vale, ¡quizás los primeros auxilios no fueran tan buena idea después de todo!

Retrocedí, tratando de ponerme a salvo, pero de repente unas raíces salieron disparadas del suelo. Una de ellas me rodeó la garganta con una fuerza inquebrantable. Jadeando desesperada, me aferré a la raíz con las manos e intenté liberarme de ella.

No cedió.

Ni un milímetro.

—Valerian —grazné—. ¡Valerian, por favor!

No podía llegar a él. Su lado no humano se había impuesto. Esto era un jodido déjà vu de nuevo, excepto que yo no era Caterine, y la raíz estaba alrededor de mi cuello. ¡Alrededor de mi puto cuello!

—Tierra descansa suavemente, vuelve al aliento del bosque. *Elenar sil'en, talen'or silvae unil'ae* —recité con dificultad.

Le rogué a la raíz que se retirara, pero mi magia era demasiado débil. No la alcanzó.

El mundo a mi alrededor empezó a parpadear. Pequeños puntos amarillos bailaban ante mis ojos.

Puntos amarillos.

¡La voluntad de las brujas!

Pensé en Valerian cuando era pequeño, en la canción que su madre le cantaba antes de dormir para calmarle. Canté la canción con mis últimas fuerzas. Un suave tarareo, la melodía frágil y tierna. Flotaba entre nosotros.

La raíz que me rodeaba la garganta se aflojó un poco. El aire volvió a mis pulmones. Un aire dulce que me salvó la vida. Lo respiré con avidez.

Los músculos temblorosos de Valerian se relajaron y la oscuridad de sus ojos dio paso a un gris tormentoso.

La raíz me soltó, se retiró a la tierra y yo caí de rodillas. Valerian cayó hacia delante. Su cuerpo temblaba con cada respiración. Me arrastré hacia él, cada movimiento una lucha contra el agotamiento y el dolor.

—¿Valerian? —volví a susurrar, con la voz un poco más firme, llevada por la esperanza de llegar por fin hasta él.

Me miró, su mirada ahora libre de la furia salvaje que antes le había dominado. Pero antes de que pudiera decir una palabra, se dio la vuelta. Las sombras a su alrededor parecieron temblar. Con un movimiento marcado por el dolor y la vergüenza, desapareció en la oscuridad del bosque.

¡QUÍTATELO!

—¿Dónde está?

Rosalind me miró con los ojos muy abiertos cuando irrumpí en palacio de madrugada. Había tenido que esperar hasta el amanecer para encontrar el camino de vuelta. Estaba helada hasta los huesos y tan agotada que apenas podía poner un pie delante del otro. Pero necesitaba respuestas, con más urgencia que nunca. Respuestas que solo podía obtener del Señor de la Primavera. Y esta vez las obtendría, aunque tuviera que empapelarle personalmente con *Pretty in pink*.

Además, a pesar de mi enfado, estaba preocupada por Valerian. Se había herido cuando me dejó sola en el bosque. Solo podía esperar que sus poderes curativos estuvieran más al nivel de *Lobezno en un buen día* y menos *al de mi planta de interior tras quince días a mi cuidado.*

—Linnea. El Señor de la Primavera es… Deberías… ¡Debiste huir! —La confusión de Rosalind dio paso a la indignación y se puso las manos en las caderas.

Oh, sí, casi había olvidado que yo era de alguna manera culpable de toda esta miseria.

—Lo sé —admití contrita—. No quería causarte problemas. Pero no puedo quedarme aquí sentada día tras día. Necesito entender de qué va este mundo y Valerian.

—*No te molestes* —repitió Rosalind, resoplando—. El amo estaba furioso. Dice que, si no puedo cuidar de ti, le soy inútil. Quiere que abandone el palacio.

Sus ojos pequeños y redondos se llenaron de lágrimas y me sentí culpable de inmediato.

—Hablaré con él —prometí—. ¡Pero dime dónde está!

Rosalind sacó un pañuelo de flores de su delantal rosa y se sonó ruidosamente la nariz.

—El señor no quiere que le molesten.

¿Por qué no quería ser molestado? ¿Cómo se curaría las heridas?

—Está herido —objeté—. No debería estar solo en su estado. ¿Y si pierde mucha sangre o tiene una conmoción cerebral?

—Pero eso es lo que él quiere —insistió Rosalind mientras se secaba las lágrimas de las mejillas—. No hay nada que podamos hacer, querida.

—Ese es el problema, ¿no? Que aquí todo el mundo se limita a hacer lo que Valerian quiere sin cuestionarse el sentido. —Sacudí la cabeza con rabia.

—Linnea… —empezó aplacando Rosalind, pero la interrumpí.

—¿Dónde está?

Los ojos de Rosalind se desviaron en dirección al ala oeste. Seguí su mirada.

—¿Allí? Está en el ala oeste.

La duende en ciernes empezó a protestar en voz alta, señal inequívoca de que se había traicionado a sí misma. Me marché, con Rosalind pisándome los talones, como una secretaria ansiosa por evitar que su jefe la visitara sin previo aviso.

—¡Linnea! —gritó—, ¡Linnea, espera!

Empecé a abrir una puerta tras otra al azar. La voz de Rosalind se hacía más y más aguda cuanto más me adentraba en el ala oeste empapelada de rosa. Por fin llegué a una puerta de roble decorada con zarcillos de flores. Algo me decía que Valerian estaba en la habitación que había detrás incluso antes de girar el pomo y entrar.

La habitación estaba a oscuras. Una franja de luz solar caía a través de un estrecho hueco entre las cortinas verde salvia sobre las viejas tablas del suelo de madera. El polvo bailaba en el aire.

Valerian yacía en la cama, cubierto hasta la cintura y vestido con una camisa de lino blanco. Su piel era pálida, pero ya no brillaba como plata. Las venas en forma de zarcillo habían desaparecido y volvía a parecer humano.

De repente me sentí extraño por haber invadido su habitación, así como así. Seguía siendo el Señor de la Primavera, un ser de más de trescientos años, mitad humano y —como ahora sabía— mitad monstruo. Pero por mucho poder que poseyera, también se sentía solo. En los últimos siglos, no había tenido a nadie que cuidara de él. Y quizá por eso me detuve resuelta en medio de la habitación.

—¿Linnea? ¿Qué haces aquí? —preguntó. Su voz era débil, pero resonaba con multitud de emociones: confusión, vergüenza, ira.

—Lo siento, señor —tartamudeó Rosalind, que me siguió a la habitación—. Intenté detenerla, pero…

—No pareces muy bueno en eso —observó Valerian malhumorado, lo que provocó otro resoplido de Rosalind—. ¡Déjanos en paz!

—Por supuesto, señor. Lo siento, señor.

La duende en ciernes hizo una profunda reverencia, salió a trompicones de la habitación y cerró la puerta tras de sí. Pude oír sus sollozos desgarradores mientras abandonaba el ala oeste y, aunque hacía un momento me había preocupado por Valerian, ahora me hervía la rabia.

—¿Tenías que ser tan poco amable? Y, además, no puedes echar a Rosalind del palacio, así como así. No ha hecho nada malo —le espeté.

—¿No hizo nada malo? —repitió Valerian furioso—. Se suponía que debía cuidarte y falló.

—¿Y qué? —Crucé los brazos delante del pecho—. Todo el mundo tiene un mal día.

—Casi mueres, Linnea.

—¿Y de quién fue la culpa?

El rostro de Valerian se puso aún más pálido de lo que ya estaba. Su mirada se posó en mi cuello.

¡Joder!

No había querido decir eso. No quise decir que la raíz que había conjurado involuntariamente y que, si era sincera, era uno de los puntos más bajos de mi noche de ayer. Algunas personas podrían tener una afición por ello, pero ser asfixiada no era un fetiche para mí. ¿Juegos de asfixia con plantas? Gracias, pero no.

—Lo siento —dijo Valerian en voz baja y con tanta culpa que se me atragantó la garganta.

—No hace falta —dije con firmeza—. Pusiste en fuga a los espíritus del céfiro y a mí. Me salvaste la vida con eso.

—Sí, y luego casi te mato. —Sonrió contrito.

—Como he dicho, todo el mundo tiene un mal día.

Acorté la distancia que nos separaba. Las tablas del suelo crujieron bajo mis pasos cuando me acerqué a la cama y me senté con cuidado en el borde, lo más lejos posible de Valerian para dejarle espacio. Intentó incorporarse, pero era evidente que las heridas le molestaban. Con la cara contorsionada por el dolor, se dejó caer sobre la almohada.

—Bueno, supongo que has tenido unos cuantos días malos más desde que llegaste al mundo de la primavera —dijo con pesar.

Incliné la cabeza pensativa.

—No sé, yo lo describiría más bien como equilibrado. No en vano me hice con el nombre de *Caos Rosa* y *Oveja Negra* en la Academia Primavera.

Provoqué una risa sorprendida de Valerian.

—Bueno, puedo entender el de *caos rosa*: has conseguido que me sienta mal cada vez que cruzo el Ala Oeste.

—Creía que te gustaba *Pretty in pink* —dije con un brillo ingenuo en los ojos.

—¡Oh, me encanta! Y no podría pensar en un patrón de papel pintado más bonito que vaginas sobredimensionadas.

—Son flores —respondí con fingida indignación, lo que hizo lo reír tanto que después se sujetó el pecho dolorido.

—Si tú lo dices… ¿Pero por qué *oveja negra*? No hay nada negro en ti.

Me encogí de hombros, fingiendo despreocupación.

—Tendrás que preguntárselo a mis padres. A sus ojos, no sé hacer nada bien.

—¿No estaban orgullosos de que ganaras la selección?

Me acordé de la última llamada con mis padres y de lo que le dije a papá. Le hice daño para que mamá y él se mantuvieran alejados de la ceremonia. Y quizá esa fue la última conversación que tuve con ellos. Me sentí fatal al pensarlo.

—¡No hablemos de eso! ¡Será mejor que me prometas que no echarás a Rosalind del palacio! Todos cometemos errores. Y seamos honestos: no es justo pedirle a un ratón que cuide a un gato. Rosalind nunca tuvo ninguna oportunidad contra mí.

Valerian sonrió.

—¡Que Rosalind no te oiga comparándola con un ratón! Se negará a volver a dirigirte la palabra. Y para que conste: nunca tuve la intención de echarla del palacio. Rosalind está siendo melodramática otra vez. Le dije que desapareciera de mi vista. Probablemente lo tomó como una oportunidad para hacer las maletas. No es la primera vez.

Así que eso era. No tenía ni idea de que la duende en ciernes pudiera ser tan dramática. Aunque podría haberlo adivinado por su pañuelo floreado. ¿Quién llevaría algo así consigo?

Mi mirada se deslizó sobre Valerian. Se había reído conmigo, lo cual era una buena señal, pero seguía pálido y la sangre se filtraba a través de su camisa de lino, lo cual sin duda tampoco era una buena señal. ¿Ni siquiera se había molestado en vendar las heridas? ¿O era que no tenía fuerzas?

—Estaba preocupada por ti —admití.

—Si no hubieras huido, nada de esto habría ocurrido —refunfuñó, con un leve reproche en la voz que ya me estaba molestando de nuevo.

—¿Ah, sí? Y si no estuvieras haciendo un secreto de todo lo que pasa en este mundo, no habría tenido que huir para encontrar respuestas. Creo que si jugamos a *quién tiene la culpa*, ambos saldremos con las manos vacías.

Basta ya de señalar con el dedo.

Me incliné hacia Valerian, le ayudé a sentarse y le mullí la almohada de la espalda. Fui al cuarto de baño contiguo, llené un recipiente con agua tibia y mojé un paño en ella. Encontré un frasco marrón de yodo en un armario. Valerian me observó con desconfianza cuando volví a la habitación armada con todas estas cosas.

—¿Qué estás tramando?

—Me pregunto qué —contesté mientras colocaba el cuenco de agua y el frasco de yodo en su mesilla de noche—. Hay que limpiar tus heridas para que no se infecten.

—Eso no será necesario.

—¿Cómo has llegado a los trescientos años con esa actitud? Quítate eso —le dije, señalando su camisa de lino.

Valerian enarcó las cejas, asombrado.

—Eso es algo nuevo. Por lo general, los elegidos no se meten en mi cama y me ordenan que me desnude —se burló de mí.

Puse los ojos en blanco, aunque notaba cómo el calor subía a mis mejillas ante sus palabras. De pronto tuve que pensar si alguna vez se había acercado a otra persona en todo este tiempo. Caterine fue su prometida, pero entonces la moral era distinta. ¿Habrían…? ¿Él había…?

¿Por qué volvía a preocuparme por esto?

—¡Ni lo pienses! —siseé un poco exagerada, a lo que Valerian respondió con una sonrisa de suficiencia.

—Claro que sí. Pero me temo que tendrás que ayudarme.

Se llevó la mano a los botones de la camisa, pero volvió a bajarla con un gemido frustrado, al parecer sin fuerzas para desabrochárselos.

—¿Cómo te pusiste la camisa? —me pregunté.

—Al parecer aún no se me había pasado el subidón de adrenalina.

Comprensible. Después del ataque de la cigarra monstruosa, seguí corriendo por el páramo como un hurón a toda velocidad durante un buen rato.

—Ese cabrón te ha hecho bastante daño, ¿verdad? —pregunté para distraerme —¡y distraerle! de la tarea que tenía entre manos.

Una tarea que consistía en quitarle la camisa a un hombre en cuya vida sexual acababa de pensar. Es cierto que era una camisa ensangrentada, pero la tensión en el aire habría generado suficiente electricidad para iluminar todo el Palacio de Primavera.

Mi mano rozó el pecho desnudo de Valerian mientras desabrochaba los botones para ayudarle a quitarse la camisa. Su piel era cálida y tensa, y podía sentir los músculos debajo. Me mordí el labio inferior, resistiendo el repentino impulso de colocar la mano donde su corazón latía bajo las yemas de mis dedos.

¡Concéntrate, Linnea! Le estás haciendo de una muy mala enfermera en este momento.

—¿Va todo bien? —preguntó Valerian para asegurarse.

—Estoy segura de que quien debería preguntarlo, sería yo —respondí, porque al ver la parte superior de su cuerpo sentí de repente algo completamente distinto al deseo.

La piel de Valerian estaba marcada con heridas y cicatrices. Algunas eran pálidas y viejas, descoloridas como los recuerdos de batallas pasadas, otras frescas y dolorosas en su crudeza. Seis cicatrices especialmente profundas estaban situadas donde latía su corazón, donde la vida latía en su forma más pura. Parecían contar su propia historia, y no me atreví a preguntar.

Los músculos de Valerian se tensaron cuando sumergí el paño en el agua caliente y limpié con cuidado los cortes y las abrasiones. El agua parecía ayudar. Era como si reaccionara con las heridas. Se cerraron con lentitud por arte de magia y respiré aliviada al ver que lo de *Lobezno* no fue solo una ilusión.

—¡Espero que hayas encontrado tus respuestas! —espetó Valerian de pronto.

—¿Hm? —Le miré, confusa.

—Dijiste que huiste para encontrar respuestas. ¿Las encontraste?

Pensé en los pequeños fuegos fatuos y en lo que me contaron sobre el pasado de Valerian. Solo fueron fragmentos. Piezas del rompecabezas que aún tenía que unir. Pero era un comienzo.

—¿Puedo preguntarte algo?

Valerian gimió.

—¿Puedo decirte que no?

—No.

—¡Entonces adelante!

Dudé, sin saber cómo hacer la pregunta. Pero entonces lo hice: ¿Qué pasó entre Caterine y tú?

Me di cuenta de que existía la posibilidad de que Valerian me echara de la habitación y no volviera a dirigirme la palabra. Pero tenía que saberlo. Tenía que saber si lo había visto todo o si, en contra de lo esperado, los dos se reencontraron después de todo.

—Caterine —repitió despacio. Por un momento pareció irritado. Tal vez porque no sabía cómo se me había ocurrido. Luego hizo una mueca—. La voluntad de las brujas. Supongo que has estado hurgando en mis recuerdos.

Bajé los ojos con timidez. La forma en que lo decía sonaba cutre, como si yo hubiera leído su diario secreto.

—No sabía que albergaban recuerdos —me justifiqué.

—¿Ah, sí? Y por eso te retiraste justo después de tocar el primer fuego fatuo, ¿no es así?

No lo había hecho, y él lo sabía. En retrospectiva, me pareció muy mal que hubiera hurgado así la intimidad de Valerian.

Y sin embargo…

—Caterine y tú…

Valerian suspiró y admitió su derrota.

—Éramos novios —dijo—. Yo quería que me siguiera al mundo de la primavera, pero ella no podía separarse de su familia. Y entonces el monstruo que hay en mí se impuso.

—Lo vi —dije en voz baja—. Pero entonces, ¿qué pasó?

Los labios de Valerian se curvaron en una fina línea.

—Lo que les pasa a todos los monstruos: viven en soledad.

Se echó hacia atrás, exhausto, y cerró los ojos. No sabía qué le había costado más fuerza: sentarse erguido mientras le curaba las heridas o hablar de la mujer que había amado y perdió. Su dolor era profundo. No necesitaba palabras para darme cuenta.

—Gracias —murmuré en voz baja.

—¿Por qué? —preguntó sin abrir los ojos.

—Por decirme eso. Y por salvarme de la cigarra monstruosa.

—De nada. Te necesito, después de todo.

—Claro. —Resoplé con amargura—. ¿Quién más va a clavarte una daga en el corazón si das las respuestas equivocadas?

—Así es. ¿Quién si no? —No escuché ni una pizca de ironía en su voz.



—¿El maestro te habló de Caterine? —Rosalind me miró sorprendida.

Después de darle la buena noticia de que podía quedarse en palacio, insistió en prepararme un baño. Ahora estaba sentada en una enorme bañera dorada llena de espuma y agua rosa que olía a pétalos de rosa. Rosalind se afanaba a mi alrededor, tendiéndome toallas y ropa nueva y mirando mi ropa embarrada de la noche anterior con la nariz arrugada.

—Prácticamente le obligué a hacerlo —admití—. Pero era bastante monosilábico.

La duende dejó escapar una risa seca.

—No me sorprende. Cuando se trata de Caterine, el amo no es muy hablador. Y apuesto a que no te ha contado toda la historia.

—¿Cuál es la historia completa? —pregunté, sentándome con curiosidad en la bañera.

El agua chapoteaba de derecha a izquierda. Rosalind, que estaba doblando una toalla, hizo una pausa en su movimiento. No parecía segura de cuánto debía contarme.

—Valerian me dijo que estaban prometidos y que ella debía seguirle al mundo de la primavera. Pero el monstruo que llevaba dentro se apoderó de él y Caterine le abandonó —dije, con la esperanza de hacer hablar a la duende en ciernes.

Quizás entonces estaba preparada para rellenar los huecos de la historia.

Rosalind bajó la cabeza. Parecía afligida.

—¿Te contó el señor lo que pasó después? —quiso saber.

—Lo que les pasa a todos los monstruos —repetí las palabras de Valerian—. Viven en soledad.

Se volvió hacia mí.

—El Señor no es una mala persona —dijo, mirándome desafiante como si esperara que dijera lo contrario.

—Yo nunca he dicho eso —repliqué, levantando las manos en señal de defensa.

Puede que Valerian haya luchado con su lado oscuro, pero teniendo en cuenta el poder de los Urstones, parecía estar haciéndolo bastante bien.

Los hombros de Rosalind se hundieron.

—No. Claro que no lo has dicho. Pero deberías saber… Después de que Caterine se marchara, el Señor selló el portal entre los mundos. Percibió el peligro que albergaba el mundo de la primavera, el peligro que *él* representaba para la humanidad. Y quiso que ningún ser humano volviera a ser dañado por él.

—Es triste —dije.

Pensaba en el joven Valerian, tan lleno de esperanza cuando descubrió el cristal del arcoíris. Había creído que se le abriría un mundo en el que él y Caterine podrían vivir en libertad. En cambio, este mundo se convirtió en una prisión para él.

—Eso es —confirmó Rosalind en un susurro.

Nos quedamos un rato en silencio. El agua de la bañera, que acababa de estar acogedora y caliente, de repente me pareció fría. Y me pregunté cómo sería pasar toda una larga vida solo en este lugar, sabiendo que nunca podrías escapar de él.

25

HASTA UN CACTUS TIENE SENTIMIENTOS

—¡Me está evitando! —me quejé a Rosalind, que estaba en medio de la preparación de su bote quinientos doce de mermelada de fresa.

Me senté en un taburete de la cocina y la miré con el ceño fruncido, sin querer mover la cuchara de madera.

Mis conocimientos de cocina eran tan intoxicantes como los de cuidado de las plantas: no existían. No sé por qué acabé en un lugar como este, donde apenas había nada más que hacer. Aparte del tiempo que pasé sacando de quicio tanto a Valerian en el desayuno que se dignó a mantener una conversación o al menos una discusión seria conmigo. Pero eso no ocurrió desde que le curé las heridas hacía quince días.

Si había pensado que Valerian y yo nos habíamos vuelto más cercanos como resultado, estaba equivocada. Y bien equivocada. No era antipático ni malhumorado conmigo, eso incluso podría haberlo hecho más fácil. No, era educado de una forma tan neutra que me daban ganas de arrancarme los pelos de frustración cada vez que me daba los *buenos días*.

Rosalind se limpió los dedos manchados de mermelada en el delantal rosa e hizo un gesto con la mano sin volver a mirarme.

—¡Oh, qué! Te estás imaginando cosas, querida. El maestro no te está evitando, solo está ocupado.

—Claro que la evita —gruñó una voz gruñona detrás de mí—. Es débil y molesta y se pone en peligro todo el tiempo. Grym dijo desde

el principio que esa chica era una mala elección.

Rosalind y yo nos volvimos y vimos al duende de los capullos entrando cojeando en la cocina, con una cesta de mimbre llena de fresas casi tan grande como él. Me apresuré a cogerle la cesta y la coloqué junto a Rosalind en la mesa de madera del centro de la habitación, que era lo bastante baja como para que los duendes pudieran trabajar en ella con facilidad.

—Debería darte vergüenza hablar así de nuestra elegida, Grym —reprendió Rosalind—. Ha asumido tantas cosas para estar aquí.

—Bueno, Grym no está del todo equivocado, ¿verdad? —intervino Torin. A diferencia de los otros duendes de las yemas, el cocinero no solía ser demasiado hablador. Durante la última media hora que llevaba haciéndole compañía a Rosalind, había permanecido en silencio en un rincón de la cocina, pelando papas. Ahora dejó el pelador, se quitó el gorro de cocinero y se volvió hacia nosotros—. La chica no era la mejor elección. Podría ser una distracción para el amo.

—¿Hola? —Hice un gesto con los brazos—. La *chica* en cuestión está en la habitación y preferiría que no hablaras de ella en tercera persona. ¿Y qué significa eso de: *una distracción*?

Torin enarcó sus pobladas cejas musgosas.

—Bueno, eres guapa. Te cuenta cosas. Te salva de los peligros del mundo primaveral. E incluso se asegura de que recibas tu impía mezcla de café y coca todas las mañanas.

De repente, Rosalind se puso extrañamente pálida.

—Quieres decir que la está evitando porque…

—Porque le gustan —confirmó Torin, asintiendo.

—¡Eso es ridículo! —Sacudí la cabeza con una carcajada incrédula—. Valerian nunca me quiso aquí. Incluso me aconsejó que perdiera las pruebas. Solo cuando le hablé de mi encuentro con el ciervo blanco cambió de opinión. Dijo que mi destino era inevitable.

—Quizá tuvo una corazonada —conjeturó Rosalind, encogiéndose de hombros.

—¿Una corazonada de qué? —pregunté, confundida.

—Que desarrollaría sentimientos por ti.

Miré a Rosalind y a Torin, que de repente parecían estar completamente de acuerdo. Aunque siempre discutían sobre la cantidad adecuada de sal en la masa del pan.

—¡Espero que sepan lo tontos que suenan! No hay nada entre Valerian y yo. Nada de nada. Y si mi mezcla de café y cola te enfada tanto, puedo prescindir de ella en el futuro, Torin.

Sin esperar respuesta, salí corriendo de la cocina, sin saber cómo sentirme ni qué pensar de las palabras de Rosalind y Torin. Era más que claro que los dos duendes en ciernes estaban viendo cosas que no existían. Quizá estaban aburridos, y como aquí no había telenovelas, Valerian y yo teníamos que proporcionarles el entretenimiento.

Pero, ¿por qué sus especulaciones me ponían tan nerviosa? ¿Por qué no podía solo sonreír ante el hecho de que Rosalind y Torin estuvieran intercambiando cotilleos como si fueran las protagonistas de una versión duende de *Las chicas de oro*?

Pensativa, salí por la puerta de doble hoja del palacio y bajé las escaleras hasta el jardín. El cielo tenía hoy un aspecto distinto al habitual: no era el azul pastel brillante al que me había acostumbrado día tras día. En su lugar, unas nubes oscuras se colocaron delante del sol y refrescaban el aire. Crucé los brazos y me estremecí, viendo cómo se me ponía la piel de gallina. Las ráfagas de viento hacían susurrar las hojas de los árboles y me tiraban del pelo rosa.

—Se avecina una tormenta.

Valerian salió de las sombras de los árboles detrás de mí, tan cerca que pude sentir el calor de su cuerpo. Eché un vistazo por encima del hombro, le miré y mi corazón latió un poco más rápido sin que yo se lo permitiera.

En las últimas semanas, solo coincidía con él en el desayuno, donde respondía a mis tres preguntas y luego desaparecía sin decir nada más. Tenerlo cerca ahora me ponía nerviosa. Tal vez por las cosas que Torin y Rosalind estuvieron diciendo y que yo no podía sacarme de la cabeza.

—¿Una tormenta? —repetí mientras volvía a apartarme de él e inclinaba la cabeza hacia atrás para observar el cielo más de cerca—.

¿Deberíamos preocuparnos?

—No. —Valerian sacudió la cabeza—. Para estos casos está el invernadero de cristal. Servirá de refugio hasta que pase la tormenta.

¿Un refugio?

Así que Valerian esperaba algo más que un poco de viento. Intenté calcular lo violenta que podría ser una tormenta así en el mundo primaveral. ¿Estábamos hablando de un viento de fuerza uno tipo unas briznas de hierba volando por los aires, o de un viento de fuerza tipo de *oh, maldición, hay una oveja volando*? Quizá de lo segundo, si es que había una habitación separada para ello.

—¿Nos acompañarán Rosalind y los demás duendes al invernadero de cristal? —pregunté, pero Valerian negó con la cabeza.

—Tienen sus propios refugios. —Me puso una mano en la espalda—. Vamos, no perdamos tiempo. Las tormentas aquí vienen rápido y son furiosas.

Cruzamos el jardín. Me sentí un poco aliviada de que Rosalind, Grym y Torin no nos acompañaran. Eso nos ahorraría un montón de comentarios embarazosos cuando hubieran decidido que Valerian y yo éramos su nuevo programa de entretenimiento.

Valerian me guio entre dos altos setos. Seguimos un sendero cubierto de musgo y piedras de colores y, con cada paso, el cielo se oscurecía todavía más. Las primeras gotas comenzaron a caer, gruesas y salpicando en las hojas, antes de caer al suelo y dejar manchas oscuras delante de nosotros.

El cielo tronó. Un profundo estruendo que hizo vibrar el suelo bajo nuestros pies. La atmósfera estaba cargada de electricidad, cada hoja parecía temblar en previsión de la tormenta. A nuestro alrededor, las criaturas del jardín empezaron a prepararse para la tormenta que se avecinaba. Los espíritus de las flores revoloteaban, susurrando advertencias e invocando hechizos protectores, mientras las ninfas de la luz se retiraban a la seguridad de las gotas de agua.

El camino se hizo pedregoso y estrecho. Nos condujo a una parte del jardín en la que nunca antes había entrado. Aquí las plantas eran

más silvestres, los colores más ricos y el aire estaba impregnado de una antigua magia.

Por encima de nosotros, las nubes se espesaban cada vez más hasta convertirse en un impenetrable negro grisáceo. Los relámpagos brillaban en el horizonte, seguidos del retumbar de los truenos, que ahora rompían casi por completo el murmullo del viento.

De repente, el camino se despejó para revelar el invernadero de cristal. Se erguía como un monumento, intacto y sublime, mientras el mundo a su alrededor se hundía en el caos. Sus paredes de cristal captaron la extraña luz de los relámpagos y la reflejaron en mil colores.

—¡Es precioso! —grité por encima del rugido de la tormenta.

—Y un espectáculo absolutamente raro, porque solo aparece cuando se le necesita —explicó Valerian mientras abría la puerta de cristal y me hacía un gesto para que entrara.

En cuanto la cerró tras nosotros, cesó el salvaje aullido de la tormenta, como si alguien hubiera silenciado el mundo. El interior del invernadero se llenó de una suave luz púrpura que se reflejaba en las paredes cristalinas. Por todas partes florecían plantas exóticas de los colores más vivos. Algunas parecían sacadas de una de las películas de *Avatar.* Su aroma era embriagador: dulce y terroso, con un toque de algo salvaje.

Fascinada, paseé entre las hileras de plantas. El centro botánico Arcano de la Academia de Primavera ya era impresionante, aparte de todas las plantas asesinas. Pero este…

—Es como entrar en otro mundo —susurré.

—En cierto modo, es verdad —confirmó. Me había seguido. Su mirada se posó en mí cuando me incliné hacia delante para observar de cerca una de las plantas. Parecía una medusa invertida, con sus tentáculos balanceándose con suavidad—. Este lugar existe en algún lugar entre el tiempo y el espacio. Aquí estamos a salvo de la tormenta, por muy salvaje que sea o por mucho que dure.

No había pensado en eso hasta ahora. Supuse que estaríamos aquí una o dos horas. Pero ahora me daba cuenta de que estaba a

punto de pasar más tiempo con Valerian del que jamás creí posible. La idea hizo que mi corazón latiera a un ritmo desconocido.

Eso no significa nada. Solo estás un poco tensa porque no sabes dónde puedes ir al baño aquí. O si hay algo para comer y beber mientras estamos en ello.

—¿Cuánto suelen durar estas tormentas primaverales? —pregunté, intentando que no se notara mi nerviosismo.

Valerian se encogió de hombros.

—¿Horas? ¿Días? Nunca se sabe.

—¿Vamos a estar encerrados tanto tiempo juntos aquí adentro?

Valerian sonrió ligeramente.

—Tal como lo dices, parece un calvario insoportable. Pero no te preocupes. Aquí el tiempo pasa de otra manera, más rápido.

—No, yo… no quise decir eso.

—¿Pero?

—Tengo la sensación de que eres tú quien me evita —solté.

Al fin y al cabo, el ataque era la mejor defensa, ¿no?

—A ti no, solo a tus preguntas entrometidas —admitió.

Así que eso era todo. Quería evitar mis preguntas, no a mí. Y no era porque tuviera algo conmigo. Pensar en ello era ridículo. Él era el Señor de la Primavera. Probablemente había descartado sentimientos tan terrenales como el amor en algún momento entre el auge del rococó y el hundimiento del Titanic.

En realidad, debería haberme sentido aliviada. Involucrar sentimientos, solo complicaría nuestra convivencia, pero en lugar de eso, sentí una mezcla de resentimiento y la necesidad imperiosa de darle con un cactus a Valerian —para que encontrara a una persona afín que fuera igual de inaccesible que él—.

—¿De verdad te desviarías de tu camino para responder a una o dos de mis preguntas? —refunfuñé mientras me acercaba a pisotones a un estanque de nenúfares… y retrocedí como si me hubiera picado una tarántula cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo.

Reboté contra Valerian, que me atrapó antes de que mi trasero hiciera contacto con el suelo.

—¿No te gustan los nenúfares? —quiso saber, y era evidente que estaba conteniendo una carcajada.

—No me gustan las plantas acuáticas peleonas que intentan arrastrarte a las profundidades. —Me estremecí al pensar en la tercera prueba, que me costó muchos nervios y aliento—. Volviendo al tema: no te pido que me presentes la historia de tu vida en bandeja de plata. Solo quiero entender por qué estoy aquí y de qué va este juego de preguntas y respuestas.

La expresión de Valerian se ensombreció.

—¿No tenemos todos nuestros secretos que preferiríamos guardarnos?

Estaba a mi lado y miraba la oscura superficie del agua, bajo la cual quién sabe qué acechaba.

—No sé a qué te refieres. Soy un libro abierto —dije, levantando la barbilla desafiante.

No cabía duda de que era él quien te hacía sentir misteriosa e inaccesible.

Valerian me miró con sus ojos grises tormentas durante tanto tiempo que me inquieté.

—¿Qué?

—En la cascada del arco iris, ¿por quién llorabas?

Apreté los labios. No tenía ni idea de lo que había esperado, pero no de que Valerian me lo planteara. La pena me golpeó desprevenida: fría y paralizante. Luché contra la avalancha de recuerdos que querían asaltarme. Me costó hasta el último gramo de energía contenerlos.

—Sí, pensé que no querrías hablar de ello —dijo en voz baja.

Se dio la vuelta como si eso fuera el final del asunto para él. Pero yo no le dejaría escapar así como así.

—*327. Lila. Caterine* —gemí.

—¿Hm? —Alzó las cejas sorprendido.

—*327. Lila. Caterine.* Dime a qué se refieren las tres respuestas y te diré a quién lloraba.

No quería hablar de la muerte de Lysander. Para ser sincera, habría preferido caminar descalza sobre cristales rotos. Pero tal vez

Valerian estaba dispuesto a revelar algo de sí mismo si yo hacía lo mismo.

Dudó. Pude ver que estaba luchando consigo mismo. Que no estaba seguro de si quería confiar en mí. Sin embargo, suspiró.

—Han pasado 327 años desde la última vez que vi a Caterine. Llevaba un vestido de color lila cuando nos conocimos. El día que decidí que debíamos separarnos para siempre para poder proteger el mundo humano. —Escuché un temblor imperceptible en su voz y quise acercarme para consolarlo.

Caterine.

Siempre fue por Caterine. Con cada pregunta.

Darme cuenta de que aún la quería tanto me dio una puñalada. Porque sentía su pérdida. Y porque estaba celosa. No de Caterine. Llevaba mucho tiempo muerta y habría sido una tontería sentir celos de ella. Sino de un amor tan profundo que duró siglos. Mis casi relaciones no sobrevivieron ni a la tercera cita.

Recordé la escena que me habían mostrado los fuego fatuo, en la que Caterine y Valerian discutían. Había algo que me desconcertaba: ella llevaba un vestido amarillo, no lila. ¿Se volvieron a ver? ¿O su memoria estaba equivocada? Y si estaba equivocada, ¿significaba eso que…?

Las campanas de alarma en mi cabeza estaban sonando. Miré a Valerian, pensando en que estaba atrapada aquí con él, lejos de la daga con la que…

Oh Dios, no puedo matarlo. Incluso si pongo mis manos en la daga. No puedo.

Valerian, al notar mi creciente pánico, frunció el ceño.

—¿Estás bien?

—Su vestido —tartamudeé—. El vestido de Caterine era…

UNA LUZ EN LA OSCURIDAD

—...AMARILLO. —VALERIAN TERMINÓ MI FRASE—. EN EL RECUERDO QUE viste, llevaba un vestido amarillo. Pero ese no fue nuestro último encuentro.

Exhalé un suspiro de alivio.

—Bien, eso está muy bien. Temía tener que… ya sabes. —Me pasé el dedo índice por el cuello, ladeé la cabeza, puse los ojos en blanco y saqué la lengua.

—Debería haber adivinado que irías directo a la garganta. Eres de los crueles —comentó sobre mi brillante actuación.

—¡Claro que sí! Así que será mejor que me cuentes sobre ese encuentro para asegurarme de que no sufres demencia monstruosa.

—¿*Demencia monstruosa*?

—Así lo llamaremos a partir de ahora.

—¿*Lo llamaremos*?

—¿Ahora pesas cada palabra en la balanza de oro? —pregunté, resoplando—. Creo que solo intentas ganar tiempo. ¡Déjalo ya! ¿Qué pasó en tu última reunión con Caterine?

—Ella volvió a mí otra vez —explicó, con los ojos repentinamente llenos de una indisimulada tristeza—. Ella quería resolver nuestra disputa, pero yo sabía que conmigo no estaba a salvo. Que el cristal del arcoíris me había cambiado y que atesoraría a Caterine como un tesoro, mientras todo lo demás me importaba cada vez menos. Caterine tenía que quedarse en el mundo humano porque era mi

única conexión, la única razón por la que estaba dispuesto a proteger su mundo del de Primavera.

Tragué saliva.

—Pero, ¿y tu familia? Los querías, ¿verdad? ¿No habrías hecho todo lo posible para protegerlos también?

—Mi lado humano sí —confirmó Valerian—. Pero para el monstruo que hay en mí, todo excepto Caterine era irrelevante.

Sus palabras y su significado me golpearon de un mazazo. Valerian sacrificó su amor para proteger a la humanidad. No sabía si yo habría actuado como él, si habría tenido la misma fuerza.

—Así que por eso las tres preguntas —murmuré.

Asintió.

—Asegúrate de que lo recuerdo todo. Porque el recuerdo de Caterine se desvanece con el tiempo. Y sin ella, no soy más que un monstruo, un peligro para el mundo humano.

—Pero Caterine murió hace tiempo.

Me sentí cruel al decir aquellas palabras, pero era la verdad. Y necesitaba saber qué impedía a Valerian perder definitivamente su lado humano cuando la mujer a la que una vez quiso proteger ya no estaba allí.

—Está muerta —dijo Valerian en voz baja—. Pero el recuerdo y la promesa que le hice de protegerla a ella y a su mundo siguen vivos.

Tu mundo.

Ya no era suyo. Aunque Valerian también fue humano, parecía haber perdido toda conexión con él. ¿Pero era así de sorprendente? ¿Cuántos años vivió en el mundo humano? ¿Diecinueve? ¿O veinte? Y cientos de años en el mundo de la primavera, que se convirtió en su hogar.

—¿Te ha pasado alguna vez? Que olvidaras la respuesta a una de las preguntas, quiero decir.

Quizá era una pregunta estúpida. Después de todo, el elegido que le hubiera hecho la pregunta habría tenido que matar a Valerian… y no estaba muerto. Obviamente. Pero para mi sorpresa, Valerian asintió.

—Más a menudo de lo que puedas imaginar. No muero cuando me matan. Solo pierdo algunos de mis recuerdos recientes. Pero los

más antiguos vuelven a la vida.

Bien, eso requería una reevaluación de esta delicada situación. Era un alivio saber que en realidad no mataría a Valerian si olvidaba la respuesta a una de las preguntas. ¿Pero por qué demonios Grym no mencionó eso? Podría haberme ahorrado algunas noches de insomnio. Definitivamente tenía una espina clavada con el duende. ¡Oh, qué, una estaca entera!

Entonces se me ocurrió una idea: Valerian dijo que perdería algunos de sus recuerdos recientes si… cualquiera que fuera el término correcto para *no morir*.

—¿Significa eso que también perderías tu recuerdo de mí si te matara? —pregunté.

Valerian asintió.

—A ti, y quién sabe a cuántos más. A veces son solo unos meses los que echo de menos. A veces son años o décadas.

—Esto es…

—…¿Preocupante? —intentó ayudarme.

—Iba a decir aterrador como la mierda, pero sí, es muy inquietante.

Se rio sin ganas mientras se sentaba en una gran piedra junto al estanque de nenúfares. Yo hice lo mismo, siempre con cuidado de mantener suficiente distancia del agua oscura. Nos sentamos uno junto al otro en silencio.

—Nunca se lo había dicho a un elegido —dijo al cabo de un rato.

—¿Por qué no?

—Es bastante personal, y no quería cargar a nadie con ello.

—¿Quieres decir que no querías asustar a nadie diciendo que lo único que se interpone entre tú y la destrucción del mundo humano es el recuerdo de tu antiguo amor? Muy honorable.

—Ese soy yo. Un héroe de verdad. —La comisura de sus labios se crispó un momento.

—Un héroe, ¿eh? —murmuré.

¿Era heroico no confiar en nadie y cargar solo con el peso del mundo? ¿O peligroso? No lo sabía. Pero estaba bastante segura de la respuesta que me daría el psicólogo al que me habían obligado a ir mis padres tras la muerte de Lysander: «ninguna persona es una

isla aislada. Estamos hechos para compartir nuestros pensamientos, para aliviarnos mutuamente de la carga que llevamos». Siempre decía eso cada vez que yo no quería expresar mis sentimientos.

—Quizá no sea un héroe en el sentido clásico —caviló, frotándose la barbilla—. Pero intento hacer lo correcto.

—Hacer lo correcto —repetí pensativa—. ¿No es eso a veces más difícil de lo que parece?

—Siempre. —Me miró con fijeza, y en ese momento pareció como si el peso de los siglos que llevaba fuera visible en sus ojos grises tormenta—. Pero a veces conoces a alguien que te demuestra que merece la pena seguir luchando. Que aún hay cosas que puedes proteger.

Se inclinó hacia delante y me pasó un mechón de cabello rosa por detrás de la oreja. Sus palabras flotaron en el aire entre nosotros, pesadas y significativas.

Se me cortó la respiración. ¿Era yo una de esas personas para Valerian? ¿Quería serlo?

—Creo que ahora me toca a mí —dije, intentando disipar la tensión entre nosotros con una sonrisa insegura—. Me contaste algo sobre Caterine. Así que… —Respiré hondo—. Lysander, mi hermano gemelo, por el que lloré en la Cascada del Arcoíris. Murió hace poco más de un año. —Tragué saliva al pensar en cómo ignoré el aniversario de su muerte. Aquí, en el mundo primaveral, fue más fácil fingir que no ocurrió—. Lysander y yo éramos inseparables, y luego… enfermó, y no pude hacer nada para ayudarlo.

Fue culpa mía.

Las palabras resonaron en mi cabeza. Las aparté, intentando ignorarlas lo mejor que pude. Lo que sucedió pertenecía al pasado y no podía cambiarlo, por mucho que quisiera.

Valerian puso su mano sobre la mía y la apretó.

—Debe de ser duro para ti —dijo con dulzura.

—Sí.

Sentí que se me llenaron los ojos de lágrimas. Me las enjugué con el dorso de la mano de forma discreta. Esperaba que Valerian me diera el pésame. Que soltara todos los tópicos que la gente dice cuando no sabe cómo tratar a una persona en duelo. La mayoría de

las personas tenían miedo de decir algo equivocado y por eso, preferían no decir nada, sin darse cuenta de que el silencio, el mutismo que acompañaba a la muerte, era lo peor.

—¿Cómo era?

—¿Ah? —Levanté la vista sorprendida.

Valerian seguía cogiéndome de la mano. No había piedad en su mirada, nada de la sombría pesadez a la que estaba acostumbrada de otros que me hablaban de Lysander. Tal vez estaba demasiado familiarizado con la muerte después de tantos siglos como para tenerle miedo.

—Tu hermano, háblame de él

—Oh, él era… —Busqué las palabras. Había hablado tantas veces de la muerte de Lysander en el pasado que olvidé por completo lo que era hablar de su vida—. Siempre estaba de buen humor. Aunque tuvieras un mal día, Lysander se las arreglaba para hacerte sonreír. Era popular entre los alumnos y los profesores. Y era ambicioso. Hasta que enfermó, no hubo nada que pudiera detenerlo. Quería ser el Elegido, y estoy segura que se volvería loco si supiera que ahora estoy sentada aquí junto al Señor de la Primavera, en su lugar.

Las lágrimas ahora corrían imparables, pero ya no me molestaba ocultárselas a Valerian.

—¿Por eso participaste en la selección? —preguntó—. ¿Para que tu hermano se sintiera orgulloso?

—Para ser sincera, solo quería salvar mi nota —dije, moqueando y riéndome de la idea.

La idea de que algo tan trivial me hubiera traído aquí era bastante absurda.

—¿Tu nota? —se preguntó Valerian.

—Sí, suspendí la clase de *Ciencias de las Plantas Mágicas* porque destruí el invernadero. Fue un accidente. No tenía ni idea de que las *Euforias Boreales* eran tan sensibles al polvo de cultivo. Y para recuperar los puntos, me presenté a las pruebas.

Valerian me miró con las cejas levantadas, luego echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Linnea, ¡eres única! No puedo creer que estés aquí solo porque destruiste un invernadero.

Me uní a su risa mientras mis lágrimas se secaban con lentitud en mis mejillas. No me había percatado de que reír y llorar podían ir tan de la mano, tal vez porque nunca me permitía sentir ambas emociones al mismo tiempo. Como ahora. Pero en este momento, era sincera, sin ocultar el dolor. Porque ya no ocultaba nada. Porque estaba siendo yo misma justo ahora.

—Sí, lo del invernadero no fue precisamente mi momento más sublime —admití, recordando la caótica escena que provoqué—. Pero si hubiera sabido lo que me esperaba aquí, podría haber tenido un poco más de cuidado.

—Bueno, te condujo a mí —respondió Valerian, su mirada ahora seria y penetrante.

El aire entre nosotros vibraba, cargado de algo inexpresable que no podía expresarse con palabras. La cercanía de Valerian, el calor de su cuerpo y el suave susurro del invernadero que nos rodeaba hacían que todo lo demás pareciera carecer de sentido.

—Valerian —empecé, insegura de cómo poner en palabras lo que sentía—. Yo…

Mi corazón iba a mil por hora. Mis pensamientos desbocados. Todo dentro de mí estaba descontrolado.

Sin embargo, la luz de un relámpago cegador invadió el invernadero, seguido de un trueno tan fuerte que resonó en las paredes de cristal, estremeciéndonos a los dos y cortando cualquier cosa que pudiera decir.

—Parece que la tormenta no amainará pronto —informó—. ¡Vamos, quiero enseñarte algo!

Me tendió la mano y me ayudó a ponerme en pie. Le seguí hasta una zona apartada del lugar donde se encontraba una planta que nunca había visto.

Bueno, no era demasiado difícil de adivinar. Yo no era botánica y nunca había visto muchas de estas plantas que digamos. Pero esta planta era especial, incluso yo podía reconocerlo.

Estaba rodeada de un suave resplandor, difundiendo su propia luz en el crepúsculo del invernadero. Sus flores eran grandes y parecían casi translúcidas, con un delicado resplandor que recordaba

a la primera luz del amanecer. Las hojas eran de un verde vibrante y cada tallo estaba cubierto por una fina red de hilos plateados.

—Se llama *Luz de la Esperanza* —dijo Valerian mientras cogía una de las flores y acariciaba sus delicados pétalos con cuidado, casi con reverencia—. No ha florecido ni una sola vez en siglos, hasta el momento en que llegaste a aquí.

Me acerqué, fascinada y al mismo tiempo abrumada por la belleza y el significado que parecía tener esta planta.

La *luz de la esperanza*.

—¿Qué crees que significa eso? —pregunté sin aliento.

—No lo sé —admitió—. Pero lo averiguaremos.

NO ME GUSTA LA GENTE... PERO CONTIGO ME SIENTO BIEN

Al amanecer, la tormenta cesó y Valerian y yo salimos del invernadero de cristal. Había ramas rotas por todas partes. El suelo estaba cubierto de hojas y flores que antaño habían dado esplendor a los jardines, pero que ahora cubrían los caminos de una alfombra de colores. Algunos de los orgullosos y majestuosos árboles que rodeaban el palacio estaban ahora desarraigados y rotos, con las copas pegadas al suelo, como si se inclinaran humildemente ante la fuerza de la naturaleza.

Por fortuna, el propio Palacio sobrevivió indemne a la tormenta. Sus muros color crema brillaban a la luz del sol naciente. Pero las huellas de la devastación llegaban hasta sus puertas. Hojas y pequeñas ramas yacían esparcidas por los escalones y terrazas, prueba silenciosa de la salvaje noche anterior.

—Pasará un tiempo antes de que todo esté restablecido —dijo Valerian mientras nos abríamos paso entre el caos. Pero el mundo de la primavera es duro. Se recuperará.

No parecía preocupado. Más bien, parecía ya haber experimentado situaciones así con anterioridad.

—¿Hay algo que pueda hacer? —pregunté y dejé que mi mirada se deslizara por la vista desarreglada, segura de que Valerian se negaría. Después de todo, en ningún momento me dejó ayudarlo en los últimos meses.

Pero me sorprendió:

—Por supuesto. Puedes ayudarme a poner todo en orden. Tenemos mucho trabajo que hacer, pero primero deberíamos desayunar.

Subí las escaleras delante de él y me giré para mirarle en el rellano superior.

—Y tengo unas cuantas preguntas para usted, señor. Tres, para ser precisos.

Valerian gimió.

—¡Eres insaciable!

—Oye, ese es mi trabajo. Solo estoy siendo concienzuda.

—Lo dice la chica que destruyó un invernadero porque echó polvo mágico de cultivo —se burló de mí.

—Me lo vas a restregar en la cara por el resto de mi vida, ¿verdad?

—¡Oh sí, y cómo lo voy a disfrutar!

Se unió a mí y me rodeó con un brazo cuando entramos por las puertas dobles del palacio. Fue un gesto familiar. Familiar y, sin embargo, nuevo y excitante. Por primera vez desde que había entrado en el mundo de Valerian, no quería escapar en cuanto fuera posible.



Después del desayuno —y de dos enormes tazas de mi mezcla especial de café con coca— volvimos a los jardines. O, mejor dicho, a lo que quedaba de ellos.

—¿Por dónde empezamos? —pregunté, sintiéndome un poco impotente ante la visión de este escenario postapocalíptico que la tormenta dejó tras de sí.

¿Cuánto tiempo nos llevaría recoger todas las ramas, rastrillar las hojas, reparar las espalderas y restaurar los arriates para que no pareciera que un tractor llevó a cabo su crisis personal sobre ellos?

—¡Déjame hacerlo!

Valerian levantó los brazos. Movió las manos despacio, casi con ternura, mientras tejía palabras en una canción que parecía a la vez

nueva e infinitamente antigua.

La tierra a nuestro alrededor empezó a temblar, mas no era un temblor aterrador, sino uno suave y arrullador. Los árboles arrancados se enderezaron lentamente, como si unas manos invisibles los devolvieran a su posición original. Las ramas rotas encontraron el camino de vuelta a los árboles, creciendo de nuevo hacia el tronco principal en cuestión de segundos, como si nunca hubieran estado separadas. Las hojas y flores que cubrían el suelo comenzaron a flotar, danzando en el aire, antes de reunirse con los árboles y arbustos de los que procedían.

Fue un espectáculo sobrecogedor, una sinfonía de renacimiento y crecimiento, dirigida por el mismísimo Señor de la Primavera. Al cabo de unos minutos, apenas quedaba rastro de la devastación.

—La naturaleza tiene una capacidad asombrosa para curar —dijo mientras bajaba las manos—. Pero a veces necesita un poco de apoyo. —Me quedé de pie, sin habla ante la belleza y el poder que acababa de presenciar. Valerian se volvió hacia mí, con una mirada suave—. La magia de la primavera es una magia de nuevos comienzos y esperanza. Nos enseña que después de cada final hay un nuevo comienzo y que el crecimiento suele venir de la destrucción.

En ese momento, me di cuenta de algo importante: Valerian no solo era el amo de este reino mágico, sino también su protector. Alguien que utilizaba su poder para dar y mantener la vida, no solo para gobernarla o controlarla.

—Bueno, una cosa es segura —dije, sacudiéndome la sensación de asombro que de repente me invadió al verlo—. Desde luego, no necesitas mi ayuda. Entonces, ¿por qué estoy aquí cuando podría estar tomando un baño de burbujas caliente o empapelando el ala este con *Unicorn Love* en su lugar?

Sonrió y desplegó todo su encanto infantil.

—¿Te he impresionado con mis poderes?

—Un poco, tal vez —admití mientras me agachaba para quitar algunas ramas que habían escapado a la limpieza mágica de Valerian —. Pero el hecho de que me estés montando todo un alardeo de ello ahora como que le quita el chiste.

—¿Ah, sí? ¿Y entonces sobre quién podría montar todos mis encantos?

—Bueno, no en mí de todos modos.

¡Ay, Dios!

¿De verdad dije eso? Se suponía que solo era un dicho estúpido sin ningún significado, como Alex y yo que siempre nos contestábamos de esa manera. Pero Valerian no era Alex. No era Alex en absoluto.

Sentía que la cabeza se me ponía roja. Así que me arrebujé a las ramas y hojas que tenía delante para no prestarle atención a él.

—De acuerdo. —Escuché la sonrisa en su voz—. ¡Hazme saber si algo cambia!

La respuesta llegó tan inesperada que me atraganté con mi propia saliva y tuve un ataque de tos.

—Lo haré —dije con dificultad en medio de mi ataque.

Juntos nos pusimos a reparar los pequeños daños que escaparon a la magia a gran escala de Valerian. Trabajamos codo a codo durante muchas horas, y con cada planta que replantamos y cada semilla que sembramos, sentí que la conexión entre este mundo y yo se hizo más fuerte.

Justo cuando estaba limpiando el jardín de hierbas, oí un gemido suave y lastimero.

—¿Valerian? —grité para llamar también su atención sobre el ruido.

Se levantó y se acercó a mí.

—Yo también lo oí.

Seguimos los quejidos hasta que llegamos a un huerto que estaba parcialmente enterrado bajo el tronco de un árbol caído. Allí, encajada entre las ramas, descubrimos una pequeña criatura primaveral del tamaño de mi mano. Era una ninfa de luz, sus alas brillantes y translúcidas relucían como pompas de jabón al sol de la tarde. Pero una de ellas estaba rota y su cuerpo estaba cubierto de arañazos ensangrentados.

Valerian se arrodilló junto a la criatura herida y le tendió la mano con cuidado. Sus dedos la tocaron despacio.

—No te preocupes, mi pequeña. Te ayudaremos —prometió.

Todo el cuerpo de la ninfa de la luz temblaba, pero se relajó un poco ante el contacto de Valerian.

—Deberíamos llevarla a Palacio —dijo, con preocupación en su voz—. Ayúdame a liberarla.

Aparté las ramas mientras él recogía con cuidado a la ninfa de luz. Sus manos formaban un caparazón protector. Le seguí de cerca de camino al palacio, sin apartar los ojos de la pequeña criatura que yacía tan vulnerable en sus manos. La ninfa de luz cerró los ojos, exhausta, con la respiración irregular, pero parecía sentir que estaba a salvo con Valerian.

Caminó decidido hacia el ala oeste del palacio y se detuvo ante una discreta puerta de madera.

—Hay que entrar.

Abrí la puerta y entramos en una habitación oscura con estanterías altas que contenían frascos de esencias, tinturas y hierbas. El aroma a lavanda y salvia flotaba en el aire. Valerian se acercó a una larga mesa de laboratorio de roble y colocó con cuidado a la ninfa de luz sobre ella. La criatura lanzó un lastimero grito de dolor que me dolió en el alma.

—¿Qué podemos hacer? —quise saber, pero Valerian ya me daba la espalda y buscaba en las estanterías con sus gafas puestas.

Volvió con un pequeño frasco que contenía un líquido dorado y con la ayuda de una pipeta, tomó un poco y lo goteó sobre el ala herida y el cuerpo de la ninfa. Los gemidos cesaron. La ninfa de luz soltó un suave suspiro y su respiración se hizo más regular.

—Es suero curativo —explicó mientras recogía a la ninfa y la colocaba sobre un cojín en el sofá de cuero junto a las estanterías contra la pared—. Todo lo que podemos hacer ahora es esperar y ver.

—¿Lo conseguirá? —pregunté ansiosa.

—Solo el tiempo lo dirá. Pero la mayoría de las criaturas de aquí tienen una resistencia increíble, aunque no siempre se note.

Miré el delicado cuerpo de la ninfa. Se había acurrucado y ahora dormía, pero el agotamiento y la agonía que había sufrido aún eran visibles.

Por primera vez, me di cuenta de que ya no era una extraña para las criaturas del mundo de la primavera. Algunas de ellas, como Rosalind, Pip o Grym, se habían convertido incluso en algo parecido a amigos. Y me sentiría desolada si la pequeña ninfa de luz no sobrevivía a la noche.

—Deberías descansar un poco —sugirió Valerian—. Pronto oscurecerá y ha sido un día muy largo.

Miré las contraventanas cerradas, por cuyas rendijas caía una estrecha franja de sol vespertino. Valerian y yo estuvimos trabajando sin descanso y notaba el cansancio en lo más profundo de mis huesos. Sin embargo, sacudí la cabeza, con los ojos fijos en la ninfa dormida.

—Quiero quedarme con ella. Para asegurarme de que estará bien.

Valerian me miró escrutándome durante un momento y luego asintió.

—Está bien.

Encendió una pequeña lámpara de aceite en la mesa del laboratorio, se volvió hacia la puerta y salió de la habitación sin decir nada más. Sentí una punzada en el corazón. No sabía por qué. Quizá una parte de mí esperaba que se quedara conmigo. Que vigilaríamos a la ninfa de la luz juntos. Pero eso era una tontería, ¡por supuesto! Él era el Señor de la Primavera. Tenía cosas más importantes que hacer que cuidar de una pequeña criatura primaveral cuya supervivencia quizá no era tan importante para este mundo. Y aunque habíamos reído y bromeado durante las últimas horas, nuestros papeles y tareas en este mundo seguían estando claramente divididos: gobernante del mundo primaveral y protector de la humanidad frente a la chica elegida para clavarle una daga en el corazón cuando llegara el momento.

Cogí la manta de lana gris oscuro que colgaba sobre el respaldo del sofá de cuero, me envolví en ella y me acomodé junto a la ninfa en el sofá. La oscuridad de la habitación se hizo más profunda a medida que desaparecían los últimos rayos de sol. La habitación, llena del parpadeo de la lámpara de aceite, creaba un ambiente tranquilo, casi acogedor.

Fuera se oían los sonidos del despertar de la vida nocturna del mundo primaveral, un concierto de gorjeos, zumbidos y el suave susurro del viento. Pronto se añadirían más sonidos: el traqueteo de las contraventanas, el aullido lejano de una criatura primaveral. Las primeras noches, todos esos sonidos me aterrorizaron, pero ahora ya estaba acostumbrada a escucharlos.

Mientras estaba allí sentada, envuelta en la manta de lana, con la mirada fija en la ninfa de luz dormida, sentí una profunda conexión con todo lo que me rodeaba. Los acontecimientos del día, la impresionante magia de Valerian, nuestro esfuerzo conjunto por restaurar los jardines y ahora la preocupación por una pequeña criatura herida, todo ello me hizo darme cuenta de lo mucho que me involucré desde que llegué a este mundo. Había evitado responsabilizarme de nada ni de nadie más que de mí misma. Creía que era incapaz de hacerlo. Pero me equivoqué. Tal vez no fue un error haberme convertido en la elegida después de todo.

Pasos familiares se acercaron, junto con el ruido de la vajilla. Poco después entró Valerian. Llevaba una bandeja de plata en una mano.

—Pensé que querrías cenar algo.

Dejó la bandeja sobre la mesa del sofá. Me senté, dejé que la manta de lana se deslizara por mis hombros y estiré el cuello con curiosidad. Dos tazas de té humeantes y un plato de bocadillos. Aquello me hizo rugir el estómago.

—¡Es perfecto! —susurré y sentí que un calor acogedor se apoderaba de mí.

No se fue, sino que fue a traernos algo de comer. Cogí un bocadillo de queso y lo devoré a mordiscos. Sabía a gloria después de un día de duro trabajo.

—Bueno, si hay algo que ahora sé, es que nunca hay que saltarse una comida. Los depredadores hambrientos son algo peligrosos —bromeó mientras acercaba una silla y se sentaba a mi lado.

Dejé de masticar y le miré con los ojos entrecerrados.

—¿Me estás comparando con un depredador?

—Ciertamente te conviertes en uno.

—¡Solo asegúrate de que no te coma a ti!

¡Maldita sea, lo hice otra vez! ¿Por qué se me escapaban comentarios lascivos en presencia de Valerian?

—¿Es una oferta? —Enarcó las cejas—. Si lo es, estoy confundido. Después de todo, antes dijiste que no debía insistir contigo.

—Hay una gran diferencia entre que yo te coma y que tú me montes. Deberías saberlo.

¿De verdad estaba teniendo esta conversación? ¿Con el Señor de la Primavera?

Valerian miró a un lado.

—¿Debería? —preguntó en voz baja, sonando casi un poco inseguro.

—Mmm, yo… no sé, pero este sándwich de queso está riquísimo. Deberías probarlo alguna vez. ¿Siempre te has preguntado por qué se llama *sándwich*? De niña, siempre pensé que tenía algo que ver con una cosa de arena o algo así, porque…

—¿Linnea?

—¿Sí?

—Estás divagando.

—Estoy divagando.

Mi corazón iba a mil por hora. Y estaba nerviosa. Tan nerviosa que me sudaban las manos. Me las limpié discretamente en la manta de lana.

Valerian me observó un momento con una expresión indefinible antes de coger también un bocadillo.

—El conde de Sandwich —explicó entre bocado y bocado—. El sándwich lleva su nombre. A menudo se pasaba horas jugando a las cartas y, como no le apetecía interrumpir la partida para ir a cenar, se limitaba a pedir el filete de ternera servido entre dos rebanadas de pan.

Resoplé divertida, mis latidos habían vuelto a un ritmo más moderado.

—¡Eres un mamón para saber algo así!

—¿Un mamón? ¡Qué tontería! En la tarde pensabas que era un mago poderoso.

—Sí, lo eres. Un mago poderoso y un mamón.

Comimos en silencio durante un rato hasta que Valerian volvió a tomar la palabra.

—Podría acostumbrarme —dijo.

—¿Sobre qué?

—A tu cercanía. Normalmente no aprecio la compañía de otras personas.

Pensé en cómo lo encontré en el patio de la Academia de Primavera después de la fiesta de bienvenida: al borde de un ataque de pánico.

Demasiada gente, había murmurado. *Demasiado ruido… demasiado agobio.*

—Me lo tomaré como un cumplido —dije sonriendo.

—Deberías.

Nos miramos a través de la mesa y de repente había tantos sentimientos en la habitación que me sentí mareada. Sí, vale, Valerian dijo que podía acostumbrarse a mi compañía, eso no era realmente romántico. Pero, ¿por qué sentía que era mucho más? ¿Por qué de repente me costaba respirar? ¿Y por qué era incapaz de apartar la mirada? Incapaz de hacer otra cosa que mirar sus ojos grises tormenta e imaginármelo inclinándose hacia mí y…

Me aclaré la garganta.

—Vale, y… ¿qué pasa con los otros Elegidos? Es decir, nunca has vivido aquí solo, ¿verdad?

Una sombra apareció en el rostro de Valerian. Al parecer encontré el tema de conversación adecuado. Era una aguafiestas de corazón.

Valerian se llevó la taza de té a la boca y bebió un sorbo antes de girarla pensativo entre las manos.

—Nunca fui muy amigo de los otros elegidos —confesó dubitativo —. Nos veíamos por la mañana para desayunar. Por lo demás, los evitaba. Me parecía más seguro.

—¿Más seguro? ¿Por qué?

—Porque es más fácil matar a un hombre que apenas conoces.

Tragué saliva. Por un momento, olvidé por qué estaba aquí. Si Valerian perdía la memoria, tendría que usar la daga que Grym me

enseñó.

—¿Cuántas veces has… muerto? —La última palabra apenas salió de mis labios. Me mordí la lengua.

—Seis veces. —Se encogió de hombros como si no fuera para tanto—. Los intervalos son cada vez más cortos. La última Elegida tuvo que matarme dos veces.

Dos veces.

Lo mató dos veces. La idea me revolvió el estómago. Quería preguntarle a Valerian cómo era para él morir. Si sentía dolor. Pero no estaba segura de estar preparada para oír la respuesta.

—¿Qué… qué fue de ella? —pregunté en su lugar.

Valerian dejó la taza con un ruido seco.

—Ingrid vivirá el resto de su vida en una pequeña isla de Escocia.

¿Qué?

—¿Está viva?

Después de oír la conversación entre la directora Madreselva y el profesor Chiswick en el patio de la Academia, supuse que el último Elegido estaba muerto. Sobre todo, porque el paradero de los elegidos era un secreto.

—Por supuesto que está viva. —Valerian sonó indignado, y no podía culparle.

¿En qué estaba pensando? ¿Que le había hecho algo? ¿El hombre que estaba a mi lado y velaba el sueño de una pequeña ninfa de luz?

¡Claro que no!

—Es que… ¿Por qué no se deja que los estudiantes de la Academia sepan lo que les sucede a los Elegidos? Uno pensaría que regresarían al mundo humano y… bueno, serían celebrados por sus actos heroicos.

—¿*Sus actos heroicos*? —repitió, frunciendo el ceño.

Tal y como lo dijo, sonó estúpido. Lo único que mis predecesores hicieron fue hacer las mismas tres preguntas todos los días y matar a Valerian si respondía mal.

—No me malinterpretes, tu tarea es una gran carga —dijo—. Y estoy agradecido a todos los que han cargado con ella durante los últimos siglos. Pero nadie que abandone el Mundo de la Primavera

después de cincuenta años desea que se celebre lo que ha hecho, y mucho menos compartir su secreto con el resto del mundo.

Lo comprendí. Siempre habíamos pensado que lo teníamos todo bajo control. A diferencia de las otras Academias, no luchábamos contra una fuerza superior que amenazaba con destruir el mundo humano. El Señor de la Primavera estaba de nuestro lado: nos protegía. Pero el hecho de que esta protección solo durara mientras Valerian recordara su gran amor no era una bomba que se dejara caer a la ligera.

—Pero… escuché una conversación entre la directora y el profesor Chiswick. Hablaban de cómo la última Elegida casi murió.

Los ojos de Valerian parecieron oscurecerse. Apretó los labios y clavó la mirada en las sombras. Estaba segura de que no me daría una respuesta, sobre todo porque no le hice ninguna pregunta, pero entonces se aclaró la garganta.

—Así es. Ingrid dudó la primera vez que respondí mal a una de las preguntas. Dejó que el monstruo que llevo dentro me dominara y eso le costó la vista. —Lo dijo sin ninguna emoción, pero sus manos temblaban ligeramente.

Jadeé y Valerian me miró penetrante.

—Esto no es una broma, Linnea. Es importante que te lo tomes en serio. No debes dudar a la hora de matarme.

—No lo haré —prometí, intentando que no se notara lo agitada que estaba—. Te dejaré hecho un hielo.

—Esa es mi chica.

Valerian parecía aliviado, y me pregunté si había hecho mi promesa demasiado a la ligera. ¿Sería capaz de matarlo llegado el momento?

SERÁS MI PERDICIÓN

Algo me acarició la mejilla. Cuando abrí los ojos, estaba tumbada en el sofá con la ninfa de luz a mi lado, sus alas rozándome la cara con suavidad. Alguien había abierto las contraventanas. Los rayos de sol entraban en la habitación y se reflejaban iridiscentes en las alas translúcidas de la pequeña criatura primaveral.

Valerian ya no estaba.

Me incorporé y me froté los ojos para quitarme el sueño. La ninfa de la luz me observó con curiosidad mientras me estiraba y bostezaba.

—¿Cómo estás? ¿Te encuentras mejor ahora? —le pregunté.

La criaturita pareció entenderlo, porque se elevó en el aire con unas alas relucientes, dio una vuelta sobre mí y volvió a sentarse a mi lado en el sofá. Sus movimientos eran gráciles y llenos de alegría de vivir, señal inequívoca de que se había recuperado.

Suspiré aliviada.

—¡Qué suerte! Nos preocupaste mucho, ¿lo sabías?

La mirada de la ninfa de luz se desvió hacia la ventana y luego volvió a mí. Me miró implorante.

—Claro que quieres salir. Tu sitio está donde brilla el sol y burbujean los ríos.

Las ninfas de luz eran las protectoras de los arroyos y lagos de primavera. La criatura debió sentirse terriblemente prisionera aquí.

Me acerqué a la ventana y la abrí. Me recibió el aire fresco de la mañana. Respiré hondo y vi cómo la ninfa de luz saltaba al alféizar de la ventana y, después de un momento, se alejó volando.

La naturaleza parecía haberse recuperado de la tormenta con la ayuda de Valerian y mía. Todo parecía tranquilo y pacífico. Contemplé la vista: la luz suave y dorada de los rayos del sol que envolvían todo a mi alrededor en un cálido resplandor. El rocío aún presente en las hojas y las flores, que brillaban como incontables diamantes. El suave zumbido de las abejas, el piar de los pájaros y el aleteo de las mariposas. Este era mi hogar, y cada día lo sentía más como tal.

Fui a mi habitación, me lavé y me puse ropa limpia antes de ir a desayunar. Valerian ya estaba sentado a la mesa, con la nariz metida en un libro. Cuando me reuní con él en la terraza, sentí un cosquilleo en el estómago.

—¡Buenos días! —saludé entusiasmada.

—Buenos días —respondió sin levantar la vista.

Me dejé caer en mi asiento, cogí un cruasán y le unté mermelada de fresa.

—La ninfa de la luz está bien otra vez —dije—. Deberías haber visto lo contenta que estaba zumbando por ahí.

—Bien.

Valerian seguía sin mirarme. Debía ser otra de sus lecturas emocionantes.

—¿Qué estás leyendo? —quise saber e intenté mirar la portada del libro—. ¡Déjame adivinar! Una novela de romance oscuro sobre una joven que es secuestrada por un jefe de la mafia y se enamora perdidamente de él. Debe de gustarte mucho.

Valerian cerró el libro.

—¡Las preguntas! —me recordó, sin responder a mis burlas ni mover siquiera la comisura de los labios.

Mmm… no le gustaba el romance oscuro.

—Oh… sí, claro. —Un poco avergonzada, dejé mi croissant a un lado y me limpié las manos en una servilleta. Después de todo, no quería que Valerian pensara que no me estaba tomando las preguntas en serio—. ¿Cuántos años?

—327.

—¿De qué color?

Una vacilación. Una pequeña vacilación. Podría haber sido que su mente estaba en otra parte. Valerian parpadeó y mi corazón dejó de latir por un momento.

—Lila —respondió entonces, y solté el aliento que estuve conteniendo.

—¿Qué nombre? —continué, porque quería acabar rápido.

—Caterine.

Al parecer, yo no era la única que no podía esperar a que terminara nuestra pequeña sesión de preguntas. Valerian se levantó mientras pronunciaba su nombre.

—¿Quieres irte ya? —pregunté sorprendida.

—Tengo obligaciones, Linnea. —Su tono era educado, pero aun así se sentía como una bofetada en la cara.

—Ya lo sé —respondí con rigidez.

Valerian se aseguraba de que la frontera entre los mundos permaneciera intacta. Y recibía a las criaturas de primavera que enviaban a los estudiantes y graduados de la Academia de Primavera de vuelta al mundo de primavera, criaturas que ahora sabía que no eran tan inofensivas como siempre parecían. Pero eso seguía sin explicar por qué dejaba la mesa del desayuno a toda prisa, como si le persiguiera el mismísimo Demonio.

¿Era por lo de anoche? ¿Dije o hice algo que le molestó? ¿Estaba enojado?

—¿Puedo ayudarte con tus tareas? —pregunté insegura—. Sé que mis poderes mágicos no pueden seguir el ritmo de los tuyos, pero…

Valerian negó con la cabeza.

—Preferiría estar solo.



—Prefiere estar solo. —Trabajé con energía en la enorme masa de levadura que Rosalind me había preparado.

La duende en ciernes me miró con una expresión que oscilaba entre la preocupación maternal y una de *¡Cuida la masa!*

—Linnea, te agradezco mucho que quieras ayudarme en la cocina. Pero no es culpa de la masa de levadura que el maestro prefiera pasar el tiempo solo.

Le di un último puñetazo al montón de masa antes de sentarme en un taburete de la cocina con un suspiro frustrado.

—No pasa nada. Es que pensaba que Valerian y yo nos estábamos acercando en los últimos dos días, y ahora vuelve a ser tan despectivo.

—Es mejor así, cariño —intentó tranquilizarme mientras se espolvoreaba las manos con harina y luego retomaba la conversación donde yo la había dejado.

Lo que dijo me hizo dudar. Supuse que Valerian estaría enfadado, pero ¿y si me mantenía a distancia por un motivo distinto?

—¿Crees que le preocupa lo que le pasó a mi predecesora? —le pregunté.

—¿Hablabas de Ingrid? —Rosalind sonó tan sorprendida, que pareció haber escuchado que Valerian y yo nos estuvimos limando las uñas mientras nos compartíamos el último cotilleo sobre la última moda primaveral mientras tomábamos el té.

—Me dijo que perdió la vista porque dudó en matarle —resumí nuestra conversación en pocas palabras.

Valerian no entró en detalles y yo no quise presionarlo. Quedó bastante claro que le resultaba difícil hablar de lo sucedido.

Rosalind asintió apenada. Vi cómo sacaba de debajo de la mesa un cuenco tan grande que se podría haber bañado en él a una cría de elefante.

—¡Fue una historia trágica! —dijo mientras echaba el montón de masa en el cuenco y lo cubría con un enorme paño de cocina—. Ingrid no llevaba mucho tiempo con nosotros cuando ocurrió. El señor respondió mal a una de las preguntas que ella le hizo. Ingrid, al igual que tú, tenía la tarea de matarlo si eso ocurría. Pero ella dudó. No por miedo, sino porque esperaba poder llegar hasta él.

—Pero no pudo —concluí.

Rosalind sacudió la cabeza. Miró a lo lejos, como si recordara aquel trágico suceso de hacía casi cincuenta años.

Su voz era tranquila y llena de tristeza mientras continuaba.

—Una noche, abrumado por la oscuridad, el Señor se transformó. Atacó a Ingrid. No era él mismo, Linnea. El monstruo había tomado el control.

—¿Pero Ingrid sobrevivió? —pregunté.

—Sí, lo hizo, pero a un alto precio. Aquella noche perdió la vista y parte de sí misma. El Señor pudo recuperarla antes de que fuera demasiado tarde. Sanó sus heridas, pero no pudo devolverle la luz de sus ojos. Ingrid vivió muchos años con nosotros. Nunca se recuperó de lo ocurrido. Desde entonces siempre se tomó muy en serio su tarea. Cuando el Señor respondió mal a otra pregunta, ella no dudó en matarlo.

Las palabras de Rosalind resonaron en mi corazón, se metieron bajo mi piel y calaron hondo en mi alma. Sufrí con Ingrid, cuya vida cambió tan drásticamente por haberse equivocado en una sola decisión. Pero ella no era la única…

—¿Y Valerian? —pregunté con la voz desencajada—. ¿Cómo lidió con todo eso?

Rosalind se limpió las manos llenas de harina en un paño de cocina y se sentó en el taburete frente a mí. Parecía tan disgustada que me habría gustado estrecharla entre mis brazos, pero no estaba segura de que ella quisiera que lo hiciera.

—¿Te traigo un vaso de agua? —pregunté en su lugar.

Asintió agradecida. Después de servirle una copa y de que se la bebiera, continuó.

—El Señor se retiró, atormentado por sentimientos de culpa. Entonces juró no poner a nadie más en peligro. Su plan era impedir que se encontrara un nuevo Elegido. Esperaba poder controlar él mismo su lado oscuro. Pero no tuvo éxito. Por eso te mantiene a distancia. —Rosalind puso una mano sobre la mía—. Tiene miedo, Linnea. Miedo de que la historia se repita.

Mi corazón se sentía infinitamente pesado. Valerian y yo nos habíamos acercado en los últimos días. Había sentido una conexión

con él. ¿Y si esta conexión no era más que otro riesgo, otra tragedia a punto de desencadenarse?

—¿Cómo es que Valerian se siente culpable? Dijo que perdía parte de sus recuerdos cuando moría. ¿No debería haber olvidado ya todo lo relacionado con Ingrid? —le pregunté.

Rosalind asintió.

—Es cierto. Pero el amo lleva un diario. Y los duendecillos del páramo guardan sus recuerdos por él. Pero no es lo mismo. Los registros permanecen, pero los sentimientos que él asociaba a esos recuerdos desaparecen. Cada vez que muere, vuelve como otra persona, no por fuera, sino por dentro.

Se puso una mano en el corazón para subrayar lo que acababa de decir.

Recordé algo que Valerian me dijo durante la selección: *era estúpido e imprudente matar al ciervo y acabar con la selección. Supongo que esa es la clase de hombre que soy ahora.*

Así que eso es lo que quería decir.

—¿Cómo era antes de morir la última vez? —pregunté.

Rosalind ladeó la cabeza. Parecía estar pensando.

—Sombrío y melancólico —dijo pasados unos momentos—. Y muy, muy cauteloso. Nunca te habría hecho una confidencia como la que te hizo. Supongo que una parte de él está dispuesta a volver a dejar entrar a alguien en su corazón, sin importarle las consecuencias.

—¿Eso es bueno?

—No lo sé, Linnea. —Rosalind suspiró profundo—. De verdad, no lo sé.



Llovió durante los días siguientes. Lo que empezó como una suave llovizna, llenando el aire del dulce aroma de las flores frescas, pronto se convirtió en una persistente lluvia primaveral que paralizó el mundo del palacio. Las criaturas primaverales, normalmente vivaces y en constante movimiento, habían encontrado refugio bajo las hojas

y en las pequeñas cuevas y nichos escondidos por los jardines. De vez en cuando podía oír sus suaves gorjeos o susurros cuando me sentaba en la ventana a mirar al exterior.

Como se me acababa el tiempo, decidí ir a la biblioteca. Envuelta en el silencio, solo interrumpido por el repiqueteo de la lluvia contra las altas ventanas, rebusqué entre las interminables filas de viejos libros encuadernados.

—¿Busca algo en particular?

Valerian apareció detrás de mí, con los ojos fijos en la estantería que tenía delante.

—Sí, tú —se me escapó sin tener tiempo de pensarlo.

—¿Yo? —Valerian sonó asombrado.

Y a mí me ardieron las mejillas. No quise ser tan directa, aunque fuera verdad. Algo me atraía irresistiblemente hacia Valerian. Cuando estaba lejos de él, me preguntaba qué estaría haciendo y si se encontraría bien. Tenía ganas de hablarle de mi día o de las pequeñas observaciones que había hecho. El hecho de que fuera tan monosilábico durante el desayuno y me evitara no me facilitaba las cosas.

Continué mi paseo por la biblioteca, aunque hacía tiempo que olvidé qué libro buscaba. Valerian me siguió.

—¿Y… puedo saber el motivo por el cual me buscabas? —quiso saber.

¿Estaba el señor *Soy Reservado y Taciturno* de buen humor por hoy?

Me di la vuelta y le miré desafiante.

—No sé, quizá solo quiero profundizar en nuestra conversación sobre montar a caballo.

Mi intención fue avergonzar a Valerian. Pero la forma en que tragó en seco mientras su mirada revoloteaba hacia mis labios me avergonzó.

—¡No hagamos eso! —dije en voz baja y me di la vuelta para mirar muy de cerca una encuadernación de cuero que tenía delante.

Un libro de zoología titulado *Comportamiento de apareamiento*, del que desgraciadamente me di cuenta demasiado tarde.

—¡Interesante elección! —comentó—. ¿Sabías que los piqueros de patas azules realizan una danza característica para atraer a su pareja? Levantan sus brillantes patas azules y se pavonean mientras extienden las alas y emiten gruñidos.

—Por favor, ¿qué? —Aunque estaba muy, muy enfadada con él, no pude evitar reírme—. Ni siquiera sé lo que es un piquero de patas azules.

—Y los pingüinos —continuó—, recogen piedrecitas para impresionar a su elegida. Ellos…

—¿Valerian?

—¿Sí?

—Estás divagando.

Sonrió como niño.

—No estoy divagando. Se trata del comportamiento de cortejo de los pingüinos, no de brujas de arena.

—Es más o menos lo mismo.

—¿Ah, sí? —Cruzó los brazos delante del pecho y apoyó el hombro en la estantería junto a mí, y —¡cielos! — tenía que saber lo guapo que estaba. Mis ojos estaban literalmente pegados a la parte superior de sus musculosos brazos, que se estiraban bajo su bata verde oscuro—. ¿Estás comparando formas de coquetear con pingüinos?

Hubo innumerables réplicas jocosas en mis labios, pero uno de los dos tenía que dar el primer paso y abordar por fin al gigante de la habitación.

—Comparo mi nerviosismo con el tuyo. ¿Estás nervioso, Valerian? —Le miré con fijeza, notando cómo saltaba su laringe al tragar de nuevo.

—Linnea…

—¡Me has estado evitando todo el tiempo! —le acusé—. ¿Por qué?

Di un paso hacia él. Estábamos tan cerca que tuve que levantar la cabeza para mirarle. Olía a bosque y a madera de cedro.

—Estoy aquí —dijo con voz ronca—. ¿Te parece que te estoy evitando?

No se había movido ni un milímetro y parecía tan tranquilo por fuera. Pero sus ojos decían otra cosa. En ellos se desataba una tormenta, atrapada en los vórtices de sus iris, una poderosa tormenta que luchaba contra los grilletes de su autocontrol.

—Sabes muy bien lo que quiero decir —susurré.

Levanté una mano y la puse sobre su pecho, sintiendo el latido de su corazón bajo mis dedos. Era tan rápido como esperaba. Algo dentro de mí se alegró, mientras que otra parte entró en pánico de repente. ¿Qué estaba haciendo? Esto no era solo un flirteo inofensivo. Era algo más. Mucho más. Era intenso. Y complicado. Y aterrador.

Y asustaba como la mierda.

—¿Linnea?

Valerian se apartó de la estantería y me cogió la cara con las dos manos. Su pulgar acarició con suavidad mi mejilla y olvidé cómo respirar. Le miré y vi la batalla que se libraba en sus ojos grises tormentas. Él no quería esto. No quería quererme. Pero me quería. Me di cuenta de que era sorprendente y aterrador al mismo tiempo. Yo le arrastré hasta aquí, al borde del precipicio. Y ahora que quería saltar conmigo, no estaba segura de estar preparada. No sabía si estaba preparada para todos esos sentimientos que de repente se agolpaban en mi interior.

Valerian se inclinó hacia mí. Su aliento estalló en mis labios mientras susurraba:

—¡Dime que me vaya! Dilo y me iré.

Mi cuerpo tembló de deseo. Sentí que estaba a punto de estallar en mil pedazos. Mi cabeza estaba vacía y mi voz… No sabía cómo funcionaba mi lengua.

Pero Valerian seguía allí, esperando una respuesta. Se quedó muy quieto, como si temiera que al moverse, todo se rompería. Con una sola palabra mía, un solo movimiento.

—No quiero que te vayas —gemí sin aliento.

Y en el momento en que lo dije, supe cuánto lo decía en serio. Cuánto había deseado esto en los últimos días.

A él.

Su cuerpo cerca del mío. Sus labios a milímetros de los míos.

—¡Cielos, Linnea! —respiró—. Tú serás mi perdición.

Y luego me besó.

Fue un beso exigente. Uno que demostraba que Valerian estuvo luchando por controlarse durante mucho tiempo. Me rodeó la cintura con los brazos y me acercó a él mientras su lengua se introducía en mi boca. Sentí cada músculo de su cuerpo, sentí un calor que nunca antes había conocido, que me quemaba por dentro incendiándome completa.

Mis manos se deslizaron hacia arriba y se enredaron en sus rizos rubios plateados. Me levantó y por instinto le rodeé con las piernas, sintiendo su dureza presionando contra mi entrepierna.

Se me escapó un jadeo. Valerian se lo tragó con su beso.

En algún lugar al borde de mi conciencia, reconocí algo. El ruido de la vajilla, luego un carraspeo.

—El té, señor. ¿Dónde lo pongo?

Era la voz de Grym.

Los músculos de Valerian se tensaron. Me bajó tan rápido que casi pierdo el equilibrio y retrocedió lejos de mí. Se pasó la mano por los rizos, despeinándolos por el nerviosismo.

—Muchas gracias, Grym. Pon la bandeja en la zona de asientos.

Dirigí una mirada de reproche al duende en ciernes. Nos había molestado a propósito. Seguro que no era la primera vez que traía té de valeriana. Y desde luego sabía muy bien dónde dejarlo.

Grym cojeó hasta la zona de asientos con la bandeja y la dejó en el suelo. Regresó menos de medio minuto después.

—¿Hay algo más que pueda hacer por usted, señor?

—No, gracias. —Valerian se frotó el labio inferior ligeramente hinchado. Parecía avergonzado—. Eso es todo.

El duende en ciernes no se movió. Sus ojos pequeños y redondos nos miraban a Valerian y a mí. Parecía cualquier cosa menos feliz.

—¿Grym?

—¿Sí, señor?

—Ya puedes irte.

De mala gana, el duende en ciernes se dio la vuelta y se alejó cojeando. Escuché sus pasos mientras se alejaban con lentitud. Cuando cerró la puerta de la biblioteca tras de sí, respiré aliviada.

—Eso fue desagradable.

Sonreí, sin saber qué pensaba Valerian de la interrupción. Aún podía sentir sus labios sobre los míos, su lengua en mi boca y su cuerpo apretado contra el mío, sobre todo en ciertos lugares. No me habría importado continuar. Me habría encantado agarrar a Valerian por el cuello de la bata y empujarlo contra la estantería más cercana. Pero lo que estaba ocurriendo entre nosotros me parecía frágil, así que me limité a dar un paso hacia él.

—Sí. Fue desagradable —confirmó Valerian sin girarse para mirarme.

Tenía las manos cerradas en puños. Todo en él parecía tenso.

¡No es buena señal!

—¿Valerian?

No contestó.

Quería mantener la calma. De verdad quería hacerlo. Éramos dos adultos que habíamos tomado una decisión y deberíamos ser capaces de afrontarla. Pero al ver a Valerian allí de pie, con el rostro cerrado y sombrío, algo dentro de mí se quebró.

—¡Vete! —le ladré.

—¿Qué?

Me reí sin gracia, sin deseos de hacerlo.

—Eso es lo que planeabas de todos modos, ¿no? Escapar. Así que, ¡adelante! No voy a impedírtelo. Después de todo, fue un beso, sin sentido.

—No. No lo fue.

Valerian se desplomó contra la estantería que tenía detrás, cerró los ojos y se frotó el puente de la nariz. Parecía agotado. Increíblemente agotado. La sinceridad de sus palabras hizo que todo lo que acababa de estallar en mí volviera a su sitio.

—Tienes razón. No lo fue —admití en voz baja mientras me dejaba caer al suelo junto a una de las estanterías y subía las piernas hacia mi cuerpo. De repente me sentí pequeña y vulnerable —. Aun así, vas a irte, ¿verdad?

Valerian sacudió la cabeza con desesperación.

—No lo sé, Linnea. Intento hacer lo correcto. Pero a tu alrededor, parece que sigo olvidando qué es eso.

—¿Qué quieres decir?

—Te he contado cosas que, por lo general, siempre me las guardo para mí. Estoy dejando… —agitó la mano de un lado a otro entre nosotros—, que esto ocurra.

Se me escapó un bufido.

—Yo diría que no dejaste que pasara.

Valerian abrió los ojos y me miró. Encontré culpa en su mirada. Culpa y un deseo que no tenía nada que envidiar al mío.

—Exactamente.

LA MUERTE DE LA LUZ

—¿Sabías que los libros pueden ser muy útiles?

Triunfante, golpeé un grueso tomo que había encontrado en la biblioteca sobre la mesa del desayuno, frente a Valerian, y casi derribo su taza de café.

—Linnea, ¿cuánto de ese café con cola te has bebido hoy? —preguntó, escrutando mi hallazgo con el ceño tan fruncido como si le hubiera puesto delante una rana muerta.

El libro verde de brujería estaba escrito en la portada. Las letras doradas brillaban con mi euforia matutina.

—¿Esta mañana o esta noche? —respondí mientras saltaba como pelota saltarina sobre mis piernas. Estar quieta era un verdadero reto en este momento.

—¿Estuviste despierta toda la noche?

Contrapregunta: ¿quién podría dormir después de un beso así? ¿Sobre todo cuando el tipo que te había besado podía convertirse en un monstruo peligroso en cualquier momento?

—Investigué un poco —anuncié, abriendo el libro y hojeando las páginas hasta encontrar el pasaje que buscaba—. Hay un ritual de unión de almas que puede ayudarte a vincularte con más fuerza a tu lado humano. Toma.

Con el dedo índice, pulsé sobre la imagen de tres símbolos místicos, seguidos de tanto texto como si alguien hubiera intentado

exprimir los secretos del universo en un párrafo, o al menos las instrucciones para el ritual definitivo de superunión de almas.

Valerian cogió su café y le dio un sorbo, tomándose su tiempo. Tiempo en el que yo tamborileaba inquieta con los dedos sobre la mesa hasta que él me miró con las cejas levantadas.

—Conozco el libro —dijo al fin, indiferente con mi descubrimiento —. Originalmente procedía de la Academia de Verano. Para realizar el ritual, tendríamos que practicar magia vudú.

—Bueno, la magia vudú es una forma bastante básica de magia, ¿verdad? O sea, cualquiera con talento mágico puede practicarla.

Negó con la cabeza.

—No es tan sencillo, Linnea.

Nada era fácil aquí, eso estaba claro.

—Al menos podríamos intentarlo, ¿no? —insistí.

Valerian vaciló.

—Hay muchas cosas que pueden salir mal —objetó.

—Supongo que hay muchas cosas que pueden salir mal si seguimos como hasta ahora —respondí, encogiéndome de hombros.

Valerian y yo no habíamos hablado de lo que significaba *seguir como antes*. ¿El beso fue algo aislado o no?

De cualquier manera, estaba segura de que un mundo se derrumbaría para mí, si me obligaban a matar a Valerian. Y ciertamente no iba a sentarme aquí de brazos cruzados y esperar a que eso sucediera. No si podía evitarlo.

Valerian dejó con cuidado su taza de café y suspiró:

—¡Muy bien! Pero no deberías esperar demasiado de él.



El intento de rebajar mis expectativas resultó tan prometedor como una dieta frente a las deliciosas tartas de fresa de Rosalind.

Sí tiene que funcionar, me repetía una y otra vez, mientras Valerian y yo buscábamos un lugar tranquilo en la orilla del río al amanecer de la mañana siguiente para llevar a cabo nuestro ritual.

Encendí un pequeño fuego, que no tardó en crepitar apacible, y Valerian y yo nos sentamos con las piernas cruzadas frente a frente.

¿Fuego? Comprobado. ¿Agua? Justo delante de nosotros. ¿Tierra? Estamos sentados sobre ella. ¿Y el aire? Bueno, estamos respirando, así que mega check, enumeré, intentando que no se notara mi ansiedad.

—Los elementos ya están unidos, así que nada puede salir mal.

Excepto…

Valerian me dedicó una sonrisa tan cálida y amable que estaba segura de que ya se estaba preparando para nuestro fracaso, y eso no era devastador en absoluto. Al menos podía fingir que creía en ello.

—Crees que todo es un abracadabra, ¿verdad? —le pregunté.

Se encogió de hombros.

—Tuve un poco más de tiempo que tú para asimilar las circunstancias.

—No voy a aguantar nada —protesté con firmeza—. Y tú tampoco deberías.

—*Rabia contra la muerte de la luz* —murmuró para sí mismo.

Mi corazón tropezó.

—¿Qué? —Atónita, le miré, sin saber si le había oído bien.

Me devolvió la mirada.

—Bueno, el tatuaje sobre tu corazón. Lo vi cuando te saqué del río tras el ataque del arpista. *Rabia contra la muerte de la luz.* Es de un poema de Dylan Thomas, ¿no?

—Puede que sí.

Sacudí la cabeza, intentando concentrarme en el ritual. ¿Por qué Valerian tenía que empezar justo ahora? Eso no venía al caso. Absolutamente irrelevante. Y no tenía nada que ver con nuestro ritual en lo absoluto.

Dibujé los símbolos del libro en la tierra polvorienta con un palo. Representaban el pasado, el presente y el futuro. Cuando terminé el último símbolo, Valerian me quitó el palo de la mano.

—Has olvidado algo.

Completó el último símbolo y yo asentí sin prestar atención.

—Bien.

—¿Va todo bien? Podemos cancelarlo en cualquier momento.

Me obligué a esbozar una sonrisa irónica.

—Solo intentas evitar el ritual. Reconócelo. Pero no te voy a dejar escapar tan fácilmente. Dame las manos.

Valerian dejó el palo a un lado y me pasó las manos por encima de los símbolos. Cerramos los ojos, nos tomamos un momento para respirar hondo y concentrarnos en el aquí y el ahora.

—¿Estás listo? —pregunté.

—No será nada fácil.

Lo mismo digo.

Abrí los ojos y me encontré con la mirada de Valerian, entrelazando mis dedos con los suyos.

Entrecortadamente, empecé a pronunciar las primeras palabras del conjuro: *Elemento de la tierra, firme e inquebrantable, concédenos los cimientos de este vínculo. Que las raíces de nuestras almas estén ancladas en tu reino, alimentadas por los recuerdos que llevamos dentro y de las vidas pasadas que hemos vivido*.

Valerian se unió. Tenía que reconocerle el mérito de haber memorizado aquel largo conjuro, aunque no creía que lo consiguiéramos. Lo hizo por mí y se lo agradecía.

Nuestras voces se fundieron con el murmullo del agua y el crepitar del fuego. Con cada línea, sentía que la energía que nos rodeaba se hacía más densa, que los elementos respondían a nuestras palabras. El fuego parpadeaba con más intensidad, como si las llamas amplificaran nuestras intenciones, mientras que el agua parecía murmurar con más suavidad, escuchando lo que cada uno decía.

Rabia contra la muerte de la luz.

Las palabras volvieron de repente a mis pensamientos, como una molesta mosca zumbando alrededor de tu cabeza. Intenté espantarlas.

Ahora no.

Estábamos aquí para unir más a Valerian a su lado humano. Era su pasado, *sus* recuerdos, los que debían armonizarlo consigo mismo. No los míos.

Rabia contra la muerte de la luz.

Pero cuanto más me resistía a las palabras y a lo que provocaban en mí, más presentes se hacían. Como un susurro en el viento que se hacía cada vez más fuerte hasta que comenzó a berrear en mi cabeza. Mi concentración se vino abajo y las palabras del conjuro se perdieron en un mar de recuerdos.

Valerian sintió el repentino cambio en mi energía.

—¿Linnea? ¿Qué te pasa? —Su voz sonaba preocupada, pero distante, parecía escucharlo a través de una espesa niebla.

El mundo que me rodeaba empezó a difuminarse. Las fronteras entre el pasado y el presente se disolvieron y, de repente, me encontré en un recuerdo que había intentado olvidar durante mucho tiempo.

—¡Linn! Linni, ¿estás bien? —Lysander sacudió la mano delante de mi cara.

Aunque en realidad no podía llamarse de esa manera. Era un movimiento débil. Cada uno le costaba fuerza, y una vez más me pregunté si fue la decisión correcta traerlo aquí. Mamá y papá habrían estado en contra. Les habría dado un ataque de nervios si hubieran sospechado siquiera lo que me traía en manos. Pero mi hermano llevaba demasiado tiempo encerrado en casa. Necesitaba esto. Ambos lo necesitábamos.

—¿Quieres algodón de azúcar? —Dirigí la silla de ruedas de Lysander hacia un colorido puesto de algodón de azúcar que brillaba en medio del bullicioso festival—. Antes te encantaba.

—No lo sé, Linn.

—Vamos, ¡hoy tienes permitido tomarte un descanso del estricto plan de dieta de mamá!

Desde que se enfermó, mamá lo controla todo. Adónde iba, qué hacía y qué comía. Pero hoy no. Hoy todo sería diferente. Me aseguraría de eso.

No podía soportar el triste estado de ánimo cuando volvía a casa de la Academia de Primavera durante las vacaciones de verano. Parecía que todo el mundo —Lysander, mamá y papá— estaban

esperando a que muriera. Como si no hubiera nada más de qué hablar. Así que, sin más preámbulos, cogí el coche y me escapé con mi hermano a la feria de South Pier, donde Lysander y yo solíamos ir tan a menudo cuando éramos niños.

—¿Y? ¿Qué color quieres?

Lysander vaciló, como si aún no estuviera seguro de si de verdad debería arriesgarse a ir en contra del plan dietético de mamá.

—Verde —dijo por fin.

Por mi parte opté por el algodón de azúcar rosa e hice el pedido. Mientras empujaba la silla de ruedas de Lysander por el muelle y el azúcar se derretía en mi lengua, todo pareció estar bien en el mundo. El rítmico chocar de las olas contra el muelle se mezcló con las risas de la gente, los gritos excitados de las atracciones y la música a todo volumen de los altavoces y los carruseles. El aire olía a almendras tostadas, palomitas de maíz y el olor salado del mar. Respiré hondo, tratando de absorber todas las impresiones sensoriales que estaban tan inextricablemente unidas a los recuerdos de tiempos más felices.

—¿Recuerdas cuánto nos gustaba montar en la noria? —preguntó Lysander, y había una añoranza en su voz que me estrujó el corazón.

—¿Por qué antes? —pregunté, dándole un matiz alegre a mi voz, para que no se me notara la tristeza que estaba sintiendo en ese momento—. Hoy todavía me gusta montar en la noria. Así que vamos.

—¿No has olvidado algo? —Lysander dio unos golpecitos en el respaldo de su silla de ruedas.

—¡Oh, qué! Podemos arreglárnoslas.

—Ese no era mi recuerdo. —La voz de Valerian me devolvió a la realidad.

Parpadeé confundida, bajando la vista hacia mis manos, que seguían entre las suyas.

El ritual de unión de almas.

—Algo debió salir mal —dije con voz gutural.

Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas al recordar a Lysander y tragué saliva. Teníamos que detener el ritual y empezar de nuevo. Seguramente habíamos hecho algo mal.

—Quizá tengas… —empezó Valerian, pero antes de que pudiera terminar la frase, el mundo a mi alrededor volvió a nublarse.

—¡Estás loca! ¡Completamente loca!

—¿Porque te dejé tomar una cerveza?

—Porque me arrastraste a una noria y ahora me estás llenando de alcohol. Mamá nunca permitiría eso.

—Pero mamá no está aquí. Y esta es tu primera cerveza, la primera. Deberías tener tantas primeras como sea posible. Quién sabe cuánto tiempo te queda.

Me masqué el labio inferior. La forma en que lo dije sonó cruel, aunque fuera la verdad. Pero Lysander echó la cabeza hacia atrás y comenzó a reírse a carcajadas.

—¿Tantas primeras veces como sea posible? ¿Tengo que preocuparme de que me lleves a un club de striptease, Linn?

—No, pero quizá deberíamos hacerte un tatuaje —sugerí.

Fue solo una broma, pero Lysander ladeó la cabeza mientras jugaba pensativo con el tapón de la botella que tenía en la mano.

—No es mala idea, en realidad. Deberíamos hacernos tatuajes los dos.

Sacudí la cabeza.

—No deberíamos.

—¿Quieres negarle un deseo a un moribundo?

Miré a los ojos grises tormenta de Valerian y vi cómo la comprensión se extendía por ellos.

—Rabia contra la muerte de la luz —repitió en voz baja.

Tragué saliva.

—Fue una idea loca. Debería haber convencido a Lysander para que no lo hiciera.

—¿Por qué? Parece que crearon grandes recuerdos juntos.

—Sí —respondí, incapaz de disimular la amargura que sentía—. Le di a mi hermano una descarga de azúcar, le hice beber alcohol y luego le hice un tatuaje. Fui una hermana muy responsable.

—Quizá no de forma responsable, pero parece que se lo pasaron muy bien —dijo Valerian en voz baja.

—Sí. —Me temblaba la voz. Todo mi cuerpo temblaba, me esforzaba tanto por mantener la pena dentro de mí—. Hasta que no lo tuvimos más…

—No lo entiendo… —A mi madre se le quebró la voz, mientras sollozaba con fuerza—. No entiendo cómo pudiste ser tan irresponsable, Linnea.

Estamos de pie en el frío pasillo blanco de un hospital bañado por el resplandor de las luces de neón. Me siento perdida. Infinitamente perdida.

Lysander murió.

Y fue culpa mía. Le llevé al parque de atracciones, le dejé beber alcohol. Por mi culpa, ahora tiene un tatuaje de las palabras Rabia contra la muerte de la luz *sobre su corazón.*

—¡Tu padre y yo nos preocupamos muchísimo cuando nos dimos cuenta de que el coche no estaba en el garaje, Linnea! ¿En qué estabas pensando?

Lysander y yo queríamos llegar a casa antes del amanecer, antes de que nadie pudiera echarnos de menos. Pero en el camino de vuelta pinchamos una rueda y Lysander no llevaba sus pastillas. Cuando por fin llegamos, estaba dolorido, pero pronto pareció recuperarse. Pero a la mañana siguiente apenas reaccionaba.

«Fue culpa mía». «Fue mi culpa». «Fue mi culpa.»

Mis manos se soltaron de las de Valerian. Me sentí como si hubiera caído en un agujero negro del que no tenía escapatoria. Los recuerdos de Lysander, las palabras de mi madre que apuñalaban mi

alma de lado a lado, todo volvía con una intensidad que me paralizaba. Me quedé sentada, sin poder moverme, sin poder hablar y con todo el cuerpo temblando. Las lágrimas que había retenido durante tanto tiempo estallaron ahora, imparables, como si nunca más fueran a dejar de fluir.

—Todo fue mi culpa mía —jadeé—. Yo lo maté.

Las palabras se sentían a veneno en mi boca. Puse a Lysander en peligro, rompí las reglas y lo… lo había amado más que a nada. Y aun así no fui capaz protegerlo.

El recuerdo del último día con Lysander me inundó, vívido y agonizante. Las risas que compartimos, la libertad que sentimos, todas las cosas que hicimos para desafiar la sombra de la muerte que se cernía sobre nosotros. Y luego… la verdad silenciosa y aplastante de que nada de eso fue suficiente, nada de eso pudo detener la inevitable despedida.

Valerian se sentó a mi lado y me subió a su regazo, me rodeó con sus brazos y me acunó como a un niño pequeño. Parecía saber lo que hacía. Como si supiera que me estaba destrozando por dentro y que solo su firme abrazo me ofrecía apoyo.

—No fuiste tú quien mató a tu hermano, fue la enfermedad, Linnea —me susurró en el pelo—. Todo lo que hiciste fue darle un momento de felicidad. Momentos que él nunca habría experimentado en su situación. Eso no es culpa, es amor.

Sacudí la cabeza, incapaz de aceptar sus palabras.

—¿Amor? —repetí con amargura—. Mi amor lo mató.

—En un mundo caracterizado por la incertidumbre, el amor puede ser a veces la mayor prueba de valor —replicó—. Tú le diste alegría, Linnea. Le permitiste olvidar su enfermedad por un momento y ser simplemente un niño que se divertía.

Miré el pequeño fuego que ardía junto a nosotros. Las llamas crepitaban y bailaban suavemente.

—Pero el precio fue demasiado alto —murmuré.

—El precio del amor siempre es alto —dijo en voz baja—. Pero los recuerdos que deja, la alegría que proporciona, no tiene precio. Le diste a Lysander algo que es más valioso que cualquier precaución: la verdadera alegría de vivir.

Levanté los ojos.

—¿De verdad crees eso? —pregunté, con la voz entrecortada.

—No solo lo creo, lo sé.

No había duda en los ojos grises tormenta de Valerian, y por primera vez desde la muerte de mi hermano tuve esperanza. Esperanza de que algún día sería capaz de perdonarme por lo que había pasado.

30

¿TE APETECE UN BAILE DE APAREAMIENTO?

—¿Qué es eso? ¿Qué demonios es eso?

Valerian se tapó los oídos al salir a la terraza. Había horror en sus ojos. No podía culparle. Esta música —si quería llamarla música— era horrible.

—Esta mañana fui a recoger flores al bosque —grité contra la catástrofe cacofónica.

Valerian me miró sin comprender.

—¿Que estabas qué?

—Recogiendo flores. No podía dormir así que pensé en dar un pequeño paseo. No tenía ni idea de que… —Señalé con impotencia el jarrón de flores silvestres que estaba sobre la mesa del desayuno. Una de ellas levantó la cabeza de azahar como una cantante de ópera antes del gran final. Sus pétalos verdes se balancearon dramáticamente en el aire mientras entonaba un aria tras otra—. Te juro que antes de que llegaras, no hacía ni un solo ruido.

—Esto es una *Serenata Rubescentia* —explicó mientras se alejaba un paso de la flor—. No puedes pasear por el bosque y coger cualquier planta, Linnea. Aquí, hasta las malas hierbas son mágicas.

—La advertencia llegó un poco tarde.

Me levanté de mi sitio en la mesa del desayuno, empujé a Valerian dentro y cerré la puerta del patio tras nosotros. A la *Serenata Rubescentia* no pareció gustarle nada. Cambió a una

canción aún más fuerte y estridente, que ahora nos llegaba con voz apagada a través de la puerta del patio.

—¿Qué es eso de cantar? —quise saber.

Valerian se frotó las sienes.

—Ella canta mis alabanzas, el Señor de la Primavera. Y me temo que no dejará de hacerlo pronto.

—¡Oh, genial! —suspiré y me quedé mirando la puerta cerrada del patio, detrás de la cual la planta seguía gorjeando sin cansarse —. Una serenata que suena como un gato intentando cantar una ópera, y todo por ti. Qué honor.

Todo era tan absurdo que no pude contener la risa.

Valerian me miró con una expresión que oscilaba entre la diversión y la desesperación.

—Sabes, hay una razón por la que te advertí sobre la magia del mundo de la primavera. No todo aquí es tan inofensivo como parece.

—Oh, vamos, Valerian. Es solo una flor cantarina. ¿Qué podría hacer?

Abrí un poco la puerta y de inmediato me golpeó un volumen que me hizo estremecer. Era evidente que *la Serenata Rubescentia* había decidido intensificar su actuación.

—¡Vale, tengo un plan!

Valerian enarcó las cejas con escepticismo.

—¿Y eso sería?

—La evacuaremos. Traeré una maceta, tú la tranquilizas y luego la llevamos de vuelta al bosque de donde salió. Es mágica y aún está vivo, tal vez eche nuevas raíces.

—¿Quieres que la convenza? —repitió Valerian, mirándome como si le hubiera pedido que hiciera un bailecito delante de la flor.

—¡Ahora manos a la obra!

Le empujé a la terraza. La flor se volvió hacia nosotros, como si supiera que estábamos haciendo planes, y entonó un aria tan llena de dramatismo que casi esperaba que sacara un pañuelo y derramara una lágrima.

—Voy por una olla —expliqué y me apresuré a ir a la cocina.

Cuando volví con un recipiente adecuado, encontré a Valerian hablando con la planta a través de él.

—Te encantará volver al bosque. Mucho aire fresco, libertad ilimitada y… ¿otras plantas con las que charlar?

Sus esfuerzos no parecieron impresionar a *Serenata Rubescentia*, que mientras tanto había decidido convertir su solo en un dúo, con ella misma como compañera.

—Bien, yo me encargo —dije y me adelanté con la olla en la mano.

Pero en cuanto toqué el jarrón para replantar la flor, el suelo bajo nuestros pies empezó a vibrar. Nuestra diva de la ópera, lejos de dejarse atrapar, intensificó su concierto de tal manera que ahora resonaba todo el jardín. Las hojas crujían al compás e incluso las briznas de hierba parecían balancearse.

—¡Ha pedido refuerzos! —gritó horrorizado Valerian mientras ambos intentábamos recuperar el control de la situación.

—¿Qué demonios está pasando aquí?

Rosalind salió a la terraza, seguida de cerca por Pip, que corrió alrededor de la mesa del desayuno una vez y luego saltó en su sitio para ver mejor a la flor cantarina.

—Una *Serenata Rubescentia* —le expliqué a Rosalind—. Estamos intentando trasplantarla para poder llevarla de vuelta al bosque.

—¡Oh, niños! —Rosalind suspiró—. Así no se trata a una *Serenata Rubescentia*. Déjenme a mí.

La duende en ciernes se dirigió con paso decidido hacia la mesa del desayuno y se subió a una de las sillas. Pip la siguió con entusiasmo, encantado a todas luces con el espectáculo que estaba a punto de desarrollarse. Valerian y yo intercambiamos una mirada dubitativa, inseguros de lo que Rosalind se proponía, pero dispuestos a intentar casi cualquier cosa para poner fin al Armagedón musical.

—¡Bravo! —Rosalind aplaudió con entusiasmo—. Una interpretación extraordinaria. Mis oídos nunca han oído nada tan maravilloso.

Pip soltó una risita y empezó a aplaudir también. Valerian y yo nos unimos vacilantes.

Y en efecto: la *Serenata Rubescentia* dejó de cantar. Inclinó su cabeza de azahar y casi pareció hacer una reverencia.

Pip gritó algo que sonó como un *bis*, pero fue inmediatamente amordazado por Rosalind.

—Creo que es suficiente por hoy. ¿Por qué no desayunan mientras Pip y yo buscamos un buen sitio para la *Serenata Rubescentia*?

Valerian y yo asentimos agradecidos y nos sentamos a la mesa del desayuno mientras Rosalind cogía el jarrón y se marchaba con Pip a cuestas.

—Ha sido un concierto extraordinario —dijo Valerian, y nos echamos a reír.

—Creo que la próxima vez que me ataque el insomnio, volveré a contar ovejas. Son menos… melodramáticas —expliqué—. Y definitivamente más tranquilas.

—¡Una sabia decisión! —coincidió—. Pero si alguna vez vuelves a caer en la tentación, por favor, asegúrate primero de que la planta al menos toca las notas adecuadas.

—No te preocupes —le aseguré con una amplia sonrisa—. Habrá una audición la próxima vez. *La Voz de la Primavera*. Solo las plantas con calidad de estrella entrarán en mi cesta.

Fue liberador reír. Me senté, comí un cruasán y saboreé los cálidos rayos de sol en la cara. Por un momento, el mundo se sintió bien. Quizá Valerian tenía razón en lo que dijo ayer, y quizá no solo era cierto para Lysander y para mí, sino también para nosotros: el precio del amor era alto. Pero los recuerdos que dejaba, la alegría que traía, no tenía precio.

—En realidad recogí las flores para ti —confesé—. Rosalind me dijo que hoy es tu cumpleaños.

Valerian frunció el ceño.

—Hace mucho que no lo celebro.

—Tal vez deberías.

Sí, de acuerdo, después de más de trescientos años todo este concepto de cumpleaños probablemente se había desgastado un poco, pero seguía siendo un día especial.

—¿De la misma forma que tú celebraste el tuyo? —preguntó Valerian.

Cierto. También fue mi cumpleaños hace seis semanas e ignoré por completo el día.

—Eso es otra cosa —murmuré y ordené los cubiertos para no mirar a Valerian.

—¿Por qué?

—Porque también es *su* cumpleaños.

Lysander y yo siempre habíamos celebrado juntos nuestros cumpleaños. Incluso de niños, pasábamos la noche en vela —o al menos lo intentábamos— para poder abrir nuestros regalos a primera hora de la mañana siguiente. Esto se había convertido en la tradición de ver juntos el amanecer. Era demasiado doloroso hacerlo sin él. Así que aquella mañana de hacía seis semanas enterré la cabeza en la almohada y fingí que era un día más.

Valerian cruzó la mesa del desayuno y me acarició los nudillos antes de entrelazar su mano con la mía.

—Prometo celebrar mi cumpleaños contigo cuando nos pongamos al día con el tuyo también —dijo.

—Trato hecho.

Hace un día, no habría estado de acuerdo. Me habría parecido mal. Hace una semana, habría descartado todo el asunto como una broma de mal gusto. Pero muchas cosas habían cambiado desde entonces. *Yo* cambié. Y ya no quería huir de mis sentimientos. Ni de los que sentía por la muerte de Lysander ni de mis sentimientos por Valerian. Así que levanté la cabeza y le miré. Que viera todas mis inseguridades, pero también mi esperanza.

—¿Y bien? ¿Cómo celebramos tu gran día?

Valerian miró por encima del hombro hacia los jardines del Palacio de la Primavera.

—Podríamos hacer un picnic esta tarde —sugirió.

—¡Una gran idea! —exclamé con entusiasmo—. Hablaré con Rosalind. Ella puede prepararnos una cesta. O mejor aún: haré una tarta.

—¡Por favor, no! —Valerian sonó desesperado.

—¿Por qué no?

—Pusiste mostaza en el pudín para las tartas de fresa, Linnea. ¡Mostaza!

—¡Oye, eso fue intencional! Quería volverte loco.

—¿Y la masa de levadura demasiado salada?

Sí, bueno, fue un descuido.

De mala gana, admití la derrota.

—No hay pastel, entonces.

—Qué alivio.

Valerian se levantó de la mesa del desayuno con una sonrisa. Pensé que estaba a punto de marcharse, pero metió la mano en el bolsillo de su bata, sacó tres pequeñas piedras de colores y las colocó en la mesa junto a mí.

—No son flores —dijo—, pero también he recogido algo para ti.

—¿Piedras? —Le miré interrogante—. Quiero decir que son preciosas. Gracias.

Se rio al ver mi cara de confusión.

—Son guijarros. Pensé en que lo que hacen los pingüinos…

—¿Eso significa que me estás cortejando?

Se me dibujó una sonrisa en la cara, tan amplia que debí de parecer realmente estúpido, pero a Valerian no pareció importarle.

—Si así quieres llamarlo —respondió.

—Entonces me alivia que no te hayas pintado los pies de azul para enseñármelos —me burlé de él.

—Lo pensé. —Asintió con seriedad—. Pero por desgracia fracasé debido al baile de apareamiento. Muy difícil de imitar.

Los dos nos reímos y yo también me levanté, me puse delante de él y le rodeé el cuello con los brazos.

Nuestro segundo beso fue dulce y tierno, e incluso mejor que el primero. Porque no estaba acompañado de toda esa inseguridad. Yo quería a Valerian y él me quería a mí. Y aunque todo a nuestro alrededor era jodidamente complicado, esto no lo era en absoluto.

—Entonces, ¿te veré esta tarde? —pregunté cuando nos separamos después de lo que pareció una eternidad—. ¡Dios mío, las preguntas! Casi las olvido.

La idea me vino de golpe. Me tapé la boca con la mano, escandalizada por mi propio descuido.

—¿Las preguntas? —Valerian parpadeó irritado. Por un momento, casi pareció que no tenía ni idea de lo que estaba hablando. Luego

retiró las manos de mi cintura, dio un paso atrás y se cruzó de brazos—. Bueno, ¡hazlas entonces!

—Emm… vale. ¿Cuántos años?

—327.

—¿Qué nombre?

—Caterine.

—Y… ¿de qué color?

Valerian apretó los labios y se dio la vuelta, con la mirada fija en los jardines.

—¿Valerian? —pregunté con aprensión.

—¿Eh?

—¿De qué color?

Mi corazón se apretaba con cada respiración esperando una respuesta.

—Lila —dijo al fin—. Su vestido era de color lila.

Nos miramos el uno al otro. De repente, todas las risas y la ligereza habían desaparecido. Valerian dudó y ambos sabíamos lo que eso significaba: nuestros días juntos estaban contados.

LOS PEQUEÑOS MOMENTOS INTERMEDIOS

Me sentí fatal. Por un breve momento, creí que todo podía salir bien, que había una posibilidad de felicidad para Valerian y para mí. Pero ahora, con solo una breve vacilación, esa esperanza se derrumbó como un castillo de naipes.

Valerian desapareció tras nuestra sesión de preguntas sin decir una palabra más. Probablemente se sentía tan confundido como yo y solo intentaba hacer frente a esta avalancha de emociones. O con el hecho de que iba a tener que matarle en un futuro próximo.

Me retiré a la biblioteca, me senté en uno de los sillones y volví a hojear el libro con el ritual que ataba el alma.

Era obvio que el ritual no había funcionado como yo esperaba. ¿Deberíamos intentarlo de nuevo? Era nuestro único salvavidas, pero me sentía en un túnel buscando la salida. Una salida que no existía.

—Ejem. —Aclarándome la garganta, levanté los ojos de mi libro.

Torin estaba de pie frente a mí.

Encontrar al duende en ciernes fuera de la cocina fue tan inesperado como encontrar mostaza en polvo en una masa de levadura. No parecía especialmente cómodo en este ambiente. Llevaba en la mano su gorro blanco de cocinero, que amasaba entre los dedos mientras me miraba con desconfianza.

—¿Dónde está el Señor de la Primavera? —preguntó.

—No lo sé —respondí con sinceridad—. No lo he visto desde el desayuno.

Torin me escrutó con ojos entrecerrados, como si no me creyera. Ladeó la cabeza, se inclinó un poco hacia un lado y miró detrás de mí antes de volver a fijarse en mí.

—¿En serio? —preguntó, estirándose.

—De verdad —le aseguré.

¿A qué venía eso? ¿Creía que Valerian se escondía de él detrás de una de las estanterías? ¿Por qué demonios iba a hacer eso?

—Grym dice que el Señor y tú se han acercado.

Así que de ahí venía su actitud.

Resoplé.

—¿Y qué si lo hicimos? No veo qué te importa.

—Es nuestro trabajo, Linnea. Hemos vivido en este mundo mucho más tiempo que tú, y haremos todo lo posible para protegerlo.

Sí, vale. No era como si estuviera planeando conquistar el mundo primaveral con un disfraz de *Darth Vader*. Entonces, ¿cuál era el problema?

Como no tenía ni idea de qué responder a las palabras de Torin, no dije nada. Nos medimos con miradas apreciativas. Finalmente, el duende en ciernes se dio la vuelta y desapareció.

—Qué raro —murmuré.

La marcha de Torin dejó más signos de interrogación en mi cabeza que un rompecabezas sueco de Sudoku. Pero una cosa era cierta: no necesitaba más drama en mi vida.



—Nuestro picnic al parecer quedará en nada.

Me senté junto a Valerian en los escalones de piedra que conducían a los jardines. El sol ya se hundía en el horizonte y bañaba las flores y la hierba con una luz suave y dorada.

Valerian se volvió hacia mí. Parecía agotado. Sus ojos grises tormenta parecían más oscuros que de costumbre, más tristes.

No le había visto en todo el día. Hacia la tarde, preparé una cesta de picnic y me fui a los jardines, esperando y deseando que

apareciera. Pero no lo hizo, y no podía culparle por ello. Que yo aún no estuviera preparada para afrontar la realidad no significaba que él tuviera que fingir que todo iba bien.

Valerian suspiró con pesadez.

—Aún no estoy preparado para renunciar a esto —confesó, con el dolor resonando en su voz.

Crucé los brazos de forma protectora delante del pecho y miré los escalones de piedra a mis pies.

—¿Qué quieres decir?

Sabía muy bien lo que quería decir. Pero tenía que oírlo de su boca.

—Esto —dijo en voz baja—. Tú y yo. Aún no estoy preparado para olvidarlo todo. Pero lo haré si me matas. Y tienes que hacerlo. Me lo prometiste.

—¿Y si no puedo? —Mi voz salió temblorosa.

¿Cómo podía clavar una daga en el corazón del hombre del que apenas empezaba a enamorarme? Eso fue cruel. Demasiado cruel.

—No tienes otra opción —acotó.

—Eso no es justo. —Las lágrimas ardieron en mis ojos y corrieron calientes por mis mejillas.

—No, no es eso. —Valerian me cogió la mano. Su tacto era suave pero firme—. ¡Linnea, mírame! —me suplicó.

Vacilante, alcé los ojos y me encontré con su mirada, que ahora irradiaba no solo tristeza, sino también una profunda determinación.

—Los dos sabíamos que sería complicado con nosotros. Pero lo pensé durante mucho tiempo. Si hay algo por lo que merezca la pena luchar, es esto. Y lucharé, por cada aliento que compartamos.

Tragué saliva.

—¿Vas a hacerlo? ¿De verdad vas a hacerlo? Porque el ritual de unión del alma…

—No me has entendido. —Levantó una mano hacia mi mejilla manchada de lágrimas y la acarició con ternura—. No estoy luchando contra lo que viene. Llegará nos guste o no. Lucho por todos los pequeños momentos intermedios. Momentos contigo, por las risas. —Me acarició la comisura de los labios—. Por las lágrimas.

—Mi mejilla—. Y por esto. —Me besó suave y apasionadamente—. ¿Crees que es suficiente?

Asentí con la cabeza, aunque sabía que ningún asentimiento del mundo podría aligerar la pesadez que sentía en el corazón. Porque nunca sería suficiente.

—Pero ¿cómo podemos disfrutar de estos momentos si sabemos cómo va a acabar?

—Viviendo todos y cada uno de ellos como si no hubiera un mañana —respondió Valerian con una voz tranquila que casi resonaba con confianza—. No podemos luchar contra el destino, Linnea, pero podemos decidir cómo empleamos nuestro tiempo hasta entonces.

El sol se había puesto casi por completo y el jardín empezaba a convertirse en un mar de sombras. Los colores brillantes de las flores se desvanecían en el crepúsculo, pero su presencia aún podía sentirse, una promesa silenciosa de que volverían a florecer con todo su esplendor a la mañana siguiente.

—Vamos, entremos —dijo y me cogió de la mano mientras subíamos juntos los escalones de piedra del palacio. Se detuvo en las escaleras que llevaban a mi habitación—. Buenas noches, Linnea.

En lugar de soltarle la mano, la apreté un poco más, sintiendo el calor que emanaba de ella.

—¿Y si no quiero dar las buenas noches? —susurré.

Los ojos de Valerian se abrieron un poco al comprender.

—¿Estás segura? —preguntó.

—Sí. Lo estoy.

Como no hizo ningún esfuerzo por moverse, le rodeé el cuello con los brazos y tiré de él hacia mí, besándolo con hambre, con pasión y de tal forma que hasta la última duda que le quedaba sobre si realmente lo deseaba se acalló. Vaciló un instante antes de corresponder al beso con la misma pasión. Nuestros cuerpos y nuestras respiraciones se fundieron hasta que ya no supe dónde empezaba él y dónde terminaba yo.

Valerian me levantó y yo le rodeé con las piernas. Apenas era consciente de que me llevaba al ala oeste del palacio. Soltó sus

labios de los míos el tiempo suficiente para abrir una de las puertas de la habitación.

Entramos en la habitación en la que había estado antes, cuando atendí las heridas de Valerian. En aquella ocasión había evitado tocarle en la medida de lo posible, pero ahora apenas podía apartar las manos de él. Le quité la bata de los hombros. Mis manos juguetearon con el dobladillo de la camisa de Valerian, levantándolo y acariciando su vientre firme y plano y sus duros músculos. Soltó un gemido gutural y se apretó contra mí. Sus labios siguieron un rastro caliente desde mi boca hasta mi clavícula.

Estaba ardiendo. Las manos de Valerian se deslizaron por mi cuerpo, encendiendo cada centímetro que tocaban con un calor que nunca antes había sentido. Caímos sobre la cama y me arqueé hacia él.

Jadeando. Sin aliento.

En ese momento, estábamos los dos solos. Sin hoy. Ni mañana. Cada beso era una rebelión contra el destino inevitable. Cada roce era una promesa, un acuerdo silencioso de que esa noche olvidaríamos todo lo demás. El mundo fuera de estas cuatro paredes ya no existía, solo estábamos Valerian y yo, nuestras respiraciones mezcladas, nuestros corazones latiendo al mismo compás.

—Linnea —murmuró Valerian cerca de mi oído, su voz era una vibración profunda que parecía recorrerme todo el cuerpo.

Al oír mi nombre en su boca, me entraron escalofríos. Sus manos se introdujeron bajo mi top de seda y lo levantaron. Eché la cabeza hacia atrás y solté un gemido áspero cuando me pasó los dedos por los bordes del sujetador, una caricia burlona que me dejó sin aliento.

Lo deseaba. Lo deseaba tanto.

Pero Valerian me apartó un poco.

—¿Qué pasa? —Levanté la cabeza y le miré en la cálida penumbra que se colaba por las rendijas de las contraventanas cerradas.

—Linnea, yo… —Se lamió los labios con nerviosismo.

—¿Va todo bien? —pregunté preocupada.

Me incorporé, sintiendo cómo volvía la tensión de la que no había podido deshacerme desde nuestro desayuno.

—Sí, yo… —Me miró, tragó en seco—. Es solo que… Podrías pensar que, porque soy mayor, yo sé… Pero en aquel entonces, cuando estaba comprometido… Era una época completamente diferente y…

Me reí con alivio cuando por fin me di cuenta de lo que intentaba decirme. Quizá no fue la mejor reacción. Valerian pareció estar considerando dejar la habitación ahora.

—No pasa nada —le aseguré—. No es nada del otro mundo. Bueno, más o menos, pero no es complicado. No es como si hubiera un número infinito de posibilidades de qué va en dónde…

Me interrumpí al darme cuenta de lo que estaba insinuando y ahora quien estaba a punto de salir corriendo, era yo, por la vergüenza.

Valerian se inclinó hacia mí con una sonrisa.

—Tengo que decir que, cuando lo pones así, suena muy atrayente —susurró, antes de mordisquearme el lóbulo de la oreja y hacerme olvidar toda la vergüenza que solté.

Nada. Nada se había sentido así.

Después de la muerte de Lysander, me escapé en una que otra aventura. Siempre procurando que los chicos con los que estuviera, tuvieran más experiencia que yo, que supieran lo que hacían. Pero ahora tenía que darme cuenta de lo tonto que fue eso. Cada cuerpo era diferente, quería ser tocada de forma diferente. Y Valerian sabía exactamente cómo tocarme para hacerme sentir como si me deshiciera en polvo de estrellas bajo sus manos.

Le ayudé a quitarme la blusa de seda y el sujetador, observando cómo contemplaba mis pechos desnudos.

—Eres preciosa —susurró asombrado.

Su boca bajó hasta mi pezón y jugueteó con él. Jadeando, me agarré a sus hombros.

Valerian levantó la cabeza para mirarme.

—¿Te parece bien? —preguntó para asegurarse.

Más que bien.

—¡No pares! —le supliqué—. ¡Por favor, no lo hagas!

Le pasé la camisa de lino por la cabeza y le acaricié la espalda desnuda con los dedos, saboreando la fuerza y el movimiento de sus

músculos.

Valerian se inclinó hacia mí con una sonrisa y cubrió mi cuerpo con innumerables besos hasta que me convertí en lava fundida al contacto con sus labios.

—Cada uno de ellos es una promesa —susurró—. Una promesa de que me quedaré contigo todo el tiempo que pueda.

Sus dedos acariciaron suavemente el tatuaje sobre mi corazón, trazando las letras: *Rabia contra la muerte de la luz.*

Rodeé su cintura con las piernas, tirando de él para acercarme más, deseando cerrar por completo la distancia que nos separaba. Su cercanía era embriagadora, una dulce agonía que no quería que acabara nunca. Sus manos estaban por todas partes, explorando, exigiendo, dando, y con cada roce sentía que nos fundíamos más y más el uno en el otro.

Convirtiéndonos en uno.

—Lucharé por ti —susurré—. Esta es mi promesa: pase lo que pase, lucharé por ti, Valerian.

Su lengua acarició delicados dibujos sobre mi clavícula y mis pechos mientras yo me quitaba los pantalones y mi ropa interior de las piernas, primero para mí y luego para él.

Luego lo empujé hacia atrás, hacia las almohadas, y bajé sobre él. Despacio, muy despacio, hasta que pude sentirlo muy dentro de mí. Las manos de Valerian arañaron mis caderas. Su respiración se volvió intermitente.

—¿Te gusta? —pregunté mientras comenzaba a moverme con cuidado encima de él.

Valerian gimió en respuesta y nos dio la vuelta para que yo me tumbara debajo de él. Encontramos un ritmo juntos. Despacio, casi deliberadamente. Me habría encantado rogarle porque fuera más rápido, que me llenara por completo, pero le di tiempo para que se acostumbrara a la sensación. Le daría todo el tiempo que necesitara, aunque sintiera que estaba repleta de sensaciones.

La respiración de Valerian se hizo más rápida y más fuerte. Me besó como si quisiera devorarme. Mis manos arañaron su espalda mientras el placer me invadía en oleadas. Quería ahogarme en él, quería que el momento durara para siempre. Mis músculos se

tensaron en torno a Valerian mientras me penetraba más y más, olvidando cualquier moderación que hubiera mostrado antes.

Nos precipitamos juntos por el acantilado, permaneciendo cerca hasta que nuestra respiración se calmó de nuevo. Y fue como si en ese momento hubiéramos desafiado juntos a la luz mortecina.

TODO LO BUENO VIENE DE ARRIBA

La luz del sol matutino que brillaba a través de los postigos abiertos me devolvió la realidad. Valerian seguía dormido. Sus facciones parecían relajadas, casi tranquilas, pero estaba segura de que eso cambiaría en cuanto abriera los ojos. Habíamos disfrutado de un momento juntos y no me arrepentía en absoluto. Nunca me había sentido tan cálida y segura con alguien. Nunca tan completa. Pero eso no significaba que pudiéramos detener el destino. Valerian perdería su lado humano. Y yo tendría que matarlo.

Me incliné sobre él y le aparté un mechón de cabello blanco plateado de la cara, aspiré su aroma a aire de bosque y madera de cedro y me acurruqué contra él, decidida a saborear los últimos minutos de dicha.

Mis dedos recorrieron las cicatrices de su pecho, donde la daga ya le había atravesado el corazón más de una vez. Se me hizo un nudo en la garganta al pensarlo, y todos los temores que había alejado la noche anterior volvieron a mí.

No podía seguir tumbada a su lado. No cuando podía despertarse en cualquier momento y tendría que volver a hacerle las tres preguntas importantes. No cuando existía la posibilidad de que no supiera la respuesta a una de ellas.

De repente, el pánico era tan grande que no podía respirar. Salí de la cama, recogí mi ropa y me metí dentro.

Valerian emitió un gemido. Contuve la respiración, rezando por no haberle despertado. Pero, para mi alivio, se puso boca arriba y siguió durmiendo. Salí en silencio al pasillo.

Alguien debió de entrar en la habitación mientras dormíamos. No me di cuenta hasta que me arrastré por el palacio. Anoche habían cerrado las contraventanas para protegernos de las criaturas primaverales. Alguien las había abierto. ¿Rosalind? La idea de que la duende en ciernes nos hubiera visto a Valerian y a mí juntos en la cama hizo que se me sonrojaran las mejillas. Al menos nos ahorró la vergüenza de despertarnos.

Salí a los jardines, que cobraron vida a la luz de los primeros rayos de sol. Las losas se sentían frescas bajo mis pies descalzos y el aire fresco de la mañana, que aspiré profundo en mis pulmones, alivió lentamente mi pánico.

Valerian y yo encontraríamos una manera. Y lo que le dije anoche iba en serio: *pase lo que pase, lucharía por él.*

Caminé entre los parterres hasta la parte trasera de los jardines. Aquí los setos eran más espesos, las rosas se aferraban a los muros de piedra gris y la hiedra trepaba por los troncos de los robles centenarios.

Una sombra oscura cruzó el camino delante de mí. Me sobresalté y retrocedí un paso, pero luego la reconocí.

—¿Torin? —pregunté, apretando los ojos para reconocer mejor al incipiente duende al abrigo de los árboles—. ¿Qué haces aquí fuera?

Nunca había visto al cocinero fuera del palacio. Tal vez se dirigía a los jardines de hierbas y verduras para conseguir ingredientes. Pero por lo general era Rosalind quien se encargaba de esta tarea.

Torin se quedó clavado en el sitio y me miró como un ciervo en los faros.

—¡Podría preguntarte lo mismo! —respondió.

Su voz sonaba extrañamente vacilante, como si luchara por controlarla. Su actitud, serena, parecía haber dado paso a una especie de tensión nerviosa.

—Podrías —dije, dando un paso hacia Torin—. No tengo nada que ocultar, solo quería tomar un poco de aire fresco.

—Nada que ocultar. Así que…

Me miró con desconfianza e involuntariamente me pregunté si mi aspecto era el de haber estado despierta toda la noche. ¿Estaba despeinada? ¿Tenía las mejillas sonrojadas? Torin no se cohibió en ocultar que no le gustaba que Valerian y yo nos acercáramos. Quizá por eso se comportaba tan extraño.

—Quizá debería volver dentro —sugerí, volviendo la vista al palacio.

Valerian probablemente ya estaba despierto y se preguntaba dónde estaba yo. Y aunque la idea de hacerle las tres preguntas era como una piedra en mi estómago, era mi deber como elegida. Es más, ni siquiera quería continuar esta extraña conversación con Torin.

Me di la vuelta y me dispuse a salir del jardín, pero Torin saltó en mi camino como una señal de stop.

—Lo siento, Linnea. Pero no puedo dejarte ir.

Fruncí el ceño, irritada.

—¿Cómo así?

—Eres una distracción para el Señor. Y él no puede tener ninguna distracción.

Quise preguntarle qué quería decir con eso, pero antes de que pudiera hacerlo, algo cayó de los árboles sobre mí. Grande, suave y oscuro, me bloqueó la visión y solté un grito de sorpresa antes de darme cuenta de lo que era: una manta. Solo una manta. Desde luego, era mejor que una cigarra monstruosa o algo igual de desagradable.

Antes de que pudiera siquiera preguntarme por qué llovían mantas esta mañana, oí el repiqueteo de innumerables pies. Sentí unas manitas que tiraban y estiraban de la manta para envolverme, como si quisieran convertirme en un burrito humano.

—Eh —protesté cuando me halaron de los pies y caí al suelo con la elegancia de un pez recién pescado. Percibí un olor dulce que emanaba del techo. Floral y de algún modo… amargo—. ¿Qué es eso?

Intenté liberarme de la manta, pero me envolvió por completo. Quienquiera que fuera la había atado como un saco. Me retorcí,

luchando contra la opresión, pero fue inútil. La estúpida cosa no me soltaba y parecía no impresionarle en absoluto mi retorcimiento.

El dulce olor que me rodeaba se hizo más fuerte y mi cabeza empezó a dar vueltas. Perdí la orientación en la oscuridad de mi prisión de tela. Ya no sabía por dónde subir y por dónde bajar. Mis movimientos se volvieron erráticos y mi respiración adquirió el ritmo relajado de un perezoso anestesiado.

—¿Torin? —grité con voz débil, mis párpados revoloteando—. Torin, ¿qué estás haciendo?

¿Qué fue eso? ¿Un secuestro, quizás?

Mi cerebro se negaba a comprender lo que estaba sucediendo. Torin no podía estar hablando en serio. Tal vez él y los otros duendes estaban bromeando. Una broma muy macabra. Pero, ¿qué sabía yo del humor de los duendes?

—¿Torin?

—Lo siento, Linnea —oí murmurar al chef.

El techo empezó a moverse conmigo. Me arrastraron por el suelo, sintiendo cada raíz, cada piedra, mientras dormitaba en un extraño estado entre el sueño y la vigilia.

Torin no estaba solo. El duende en ciernes nunca habría sido capaz de arrastrar mi cuerpo sedado sin ayuda. Pero, ¿quién le ayudaba? Y, sobre todo, ¿por qué? Mientras estaba atrapada en la manta, intenté organizar mis pensamientos, pero el dulce olor que me envolvía lo dificultaba.

Recorrimos los jardines durante lo que me pareció una eternidad, hasta que el suelo bajo mis pies se volvió más duro e irregular. Al parecer, esta excursión incluía un recorrido todoterreno. ¡Moratones incluidos!

Entonces nos detuvimos de repente.

A mis oídos llegaron voces silenciosas: un murmullo tan incomprensible parecido al ruido de fondo de una clase cinco minutos antes de que terminase la lección. Alguien tiraba de mi manta. La tela que había sobre mí se levantó y entrecerré los ojos contra la cegadora luz del sol que me rodeaba.

Cuando por fin mis ojos se hubieron adaptado a la claridad, reconocí las siluetas de varios duendes en ciernes que formaban un

semicírculo a mi alrededor. Eran al menos veinte o treinta. A algunos ya los había conocido en el palacio, a otros no los había visto nunca.

—¿Qué…? —empecé, pero me falló la voz y tuve que toser. Sentía la garganta tan seca como el Sahara.

—Tranquila, querida —dijo una voz suave que reconocí de inmediato: Rosalind.

Salió del círculo de duendes, se arrodilló a mi lado y me dio una botella de agua. Bebí con avidez hasta que se me ocurrió que el agua también podía contener anestésicos. La idea de que un grupo de duendes de las yemas hubiera conspirado contra mí seguía siendo tan absurda que ni siquiera se me había ocurrido al principio.

—Rosalind, ¿qué está pasando aquí? —pregunté mientras miraba con desconfianza el agua restante.

—Es por el bien del Señor de la Primavera —respondió, evitando mi mirada—. Eres una distracción para él.

—¿Una *distracción*? —Torin también utilizó la palabra antes, pero no tenía sentido—. ¿Una distracción de qué?

Rosalind suspiró con pesadez.

—De Caterine. De la mujer a la que ha amado toda su vida y por la que ha jurado proteger el mundo de los hombres. ¿Qué crees que pasará si vuelve a enamorarse? Pero esta vez de ti.

—¿Qué va a pasar? —pregunté desprevenida, causando un verdadero revuelo.

Los duendes de las yemas empezaron a parlotear casi que a los gritos. Parecían molestos. Uno de ellos —un tipo pequeño con una cantidad especialmente grande de matorrales de flores silvestres en la cabeza— se adelantó y me dio un golpecito en la frente con su dedo grueso.

—Piénsalo, chica. ¿Qué crees que pasará si se enamora de otra?

Nada.

A menos que…

Mi cabeza se sintió tan pesada mientras la comprensión se filtraba en mi conciencia a la velocidad de un caracol—. ¿Quieres decir que Valerian olvidará a Caterine? ¿Pero de olvidarla para siempre?

Mi corazón martilleó desbocado contra mi pecho. ¿Subestimé las consecuencias de ceder a mis sentimientos por Valerian? Me había dado cuenta de que podía salir herida. Que tendría que matar a Valerian, darle un reinicio mágico, por así decirlo, tan pronto como perdiera sus recuerdos de Caterine. Pero no me percaté de que el reseteo mágico podría dejar de funcionar si él desarrollaba sentimientos hacia mí.

Rosalind asintió, con el rostro lleno de tristeza y compasión.

—No se puede descartar que ocurra algo así. Y si ocurre, no habrá nada que se interponga entre el monstruo en que se está convirtiendo y el mundo de personas que ha pasado todos estos años intentando proteger por amor.

Torin se puso al lado de Rosalind y le puso una mano en el hombro para consolarla.

—Tienes que entenderlo, Linnea —dijo—. Estamos haciendo todo esto para salvar del desastre al Señor de la Primavera y lo que es importante para él.

—¿Secuestrándome? ¿Ese es tu plan? —pregunté dubitativa. Sonaba bastante drástico para ser una medida preventiva. Y tampoco muy bien pensado—. Valerian no te dejará hacer eso. Vendrá a buscarme.

Seguro que ya estaba rondando por los jardines buscándome, y no le haría mucha gracia enterarse de que sus sirvientes me habían secuestrado.

—Puede ser —respondió Rosalind en voz baja—. Pero para cuando te encuentre, será demasiado tarde. Te llevaremos a un lugar donde no pueda alcanzarte. Un lugar prohibido para él. Habrá una nueva Elegida, y cuando ella lo mate —que lo hará, aunque tú no tengas corazón para hacerlo—, él te olvidará.

Así que ese era el gran plan maestro. Fiel al lema*: fuera de la vista, fuera de la mente.*

Quise contradecir a Rosalind diciéndole que su plan nunca funcionaría, pero las palabras se me atascaron en la garganta. Los duendes de las yemas me estaban traicionando por amor a su amo. Estaban dispuestos a provocar su ira para protegerlo a él y al mundo humano. ¿Era egoísta por mi parte oponerme a ellos? ¿Y si tenían

razón? ¿Y si mis crecientes sentimientos por Valerian lo ponían todo en peligro?

—Lo siento, cariño —susurró Rosalind.

Volvieron a echarme la manta por encima. El olor agridulce volvió a golpear mi nariz y sentí que me arrastraban. Esta vez no me resistí. En lugar de eso, me rendí a la oscuridad y me dormí.



—¿Dónde está?

La voz de Valerian me escupió de vuelta a la realidad. Sonaba profunda y retumbante, apenas humana. Un gruñido profundo vibró en su garganta. Una advertencia que hizo que el corazón me diera un vuelco y me dejó sin aliento por un momento.

Parpadeé, intentando desesperadamente orientarme en la sofocante oscuridad que me rodeaba. Intentaba obligar a mi mente a organizar las sombras arremolinadas de mis pensamientos. La cabeza me latía como si mil tambores golpearan las paredes de mi cráneo.

—¿Dónde? —rugió Valerian, fuera de sí de tanta rabia.

El murmullo excitado de los duendes en ciernes se filtró a través de las capas de tela hasta mí. Podía sentir cómo sus manitas soltaban la manta y se encogían hacia atrás con ansiedad. Las hojas crujieron bajo sus pies.

—Aquí. Estoy aquí, Valerian. —Mis palabras no eran más que un murmullo ronco, un susurro que se desvanecía en el viento áspero que aullaba a mi alrededor.

Intenté ponerme en pie, pero sentía una pesadez increíble en las extremidades. No tenía nada fuerza. Fuera lo que fuera lo que los duendes habían utilizado para anestesiarme, habría podido enviar a un elefante al reino de los sueños.

—Estoy aquí, Valerian. Estoy aquí, ¿me oyes? Estoy bien.

No oyó.

En su lugar, oí el crujido y la rotura de ramas. El suelo empezó a temblar y Rosalind lanzó un grito de pánico.

Conseguí apartar la manta, lo suficiente para ver a Valerian.

El monstruo que llevaba dentro había ganado la partida. Sus ojos eran de un negro tan intenso que parecían tragarse toda la luz a su alrededor. Su piel era plateada y sus rasgos ya no reflejaban nada humanidad.

A su alrededor, la naturaleza se agitaba. Una tormenta barría las copas de los árboles. Se acumulaban nubes oscuras. Las raíces brotaban de la tierra y azotaban en todas direcciones. Una de ellas agarró a Torin. El duende en ciernes trató de liberarse del agarre de la raíz, pero no tuvo oportunidad.

—Por favor —gritó Rosalind—. ¡Por favor, no!

Torin fue lanzado por los aires con fuerza bruta. Se estrelló contra el tronco de un árbol, acompañado por el sonido de huesos rotos, y se deslizó por él. Su pequeño cuerpo quedó inmóvil.

Un gemido de dolor se escapó de mis labios.

—¡Valerian, no! —grazné, encontrando finalmente mi voz de nuevo.

Pero ya era demasiado tarde.

Torin dejó de moverse.

Las lágrimas cayeron inexorables por mis mejillas mientras luchaba por sofocar los sollozos que intentaban salir por la garganta.

Valerian se volvió hacia mí, y en el momento en que su mirada se posó en mí, una sombra pareció revolotear por sus profundos ojos negros. Dejó que su mirada vagara entre Torin y yo, pero el remordimiento que yo buscaba ver con tanta desesperación no se materializó. No parecía darse cuenta de lo que hizo.

Con unos pocos pasos decididos estaba conmigo, levantándome en sus brazos con una facilidad que delataba su fuerza sobrenatural. La tormenta arreciaba a nuestro alrededor, con un aullido tan fuerte y despiadado como el caos que me invadía por dentro.

Los duendes de las yemas gritaban asustados. Podía oír el miedo y la tristeza en sus voces, acompañados por los sollozos silenciosos de Rosalind.

—Es mía —gruñó Valerian con un sonido más propio de un depredador que del hombre que yo conocía—. Debería mataros a todos.

—¡Por favor! —supliqué lastimera—. ¡Valerian, por favor, para! Por favor.

El desmayo volvió a tirar de mí. No podía ceder. Tenía que proteger a los duendes en ciernes.

En mi desesperación, tarareé la canción de cuna que la madre de Valerian le había cantado una vez. La melodía salía suave y entrecortada de mis labios, en un débil intento por sofocar la tormenta que se desataba en el interior de Valerian. Y cuando perdí el conocimiento, solo pude esperar que le hubiera llegado.

TODOS TENEMOS NUESTRO PROPIO EQUIPAJE

Desperté en mi cama del palacio de primavera, y por un momento tuve la esperanza de que todo hubiera sido un mal sueño. Pero el dulce aroma que me había robado el conocimiento aún permanecía en mi cabello. Y el recuerdo del pequeño cuerpo sin vida de Torin era tan vívido que me hizo llorar de nuevo.

Me levanté con dificultad y caminé hacia la puerta con piernas temblorosas.

Estaba cerrada.

¿Fue Valerian quien me trajo aquí? ¿Le había llegado la canción de cuna que intenté tararear? ¿Y qué hay de los duendes en ciernes? El miedo por Rosalind y los demás me ahogó la garganta.

Golpeé la puerta con los puños.

—¡Valerian! Valerian, ¿puedes oírme?

Ninguna respuesta más allá del eco de mi propia impotencia resonando en las habitaciones.

El silencio me estaba afectando. Imaginé todo tipo de cosas. ¿Y si Valerian perdió por completo el control? ¿Y si los duendes de las yemas estaban muertos? ¿Y si no quedaba nada de Valerian salvo el monstruo contra el que estuvo luchando todo este tiempo?

La idea era tan horrible que caí de rodillas. Un peso aplastante se asentó sobre mi pecho, robándome el aire para respirar. Apreté las palmas de las manos contra los oídos como si pudieran contener la marea de pensamientos que me inundaba. Pero no había

escapatoria. Las paredes de la habitación parecían estrecharse, arrastrándose hacia mí.

—No, no, no… —susurré una y otra vez, un mantra inútil contra el pánico abrumador.

Una llave giró en la cerradura y la puerta en la que estaba apoyado se abrió. Caí de espaldas y miré directamente a los ojos grises de Valerian.

—¡Linnea! ¿Estás bien? —Sonaba preocupado y muy, muy humano.

Dejé escapar un sonido de alivio.

—Tú… yo… —tartamudeé, sin saber qué quería decir.

Valerian se acuclilló a mi lado y me estrechó entre sus brazos. Olía familiar, como el aire del bosque y la madera de cedro. Quería cerrar los ojos y ceder a la ilusión de que todo iba bien. Que estábamos bien.

Pero no pude hacerlo.

—Torin —gemí.

Una sola palabra y, sin embargo, me resultó dolorosa al decirla.

—Está vivo —me tranquilizó Valerian—. Tiene algunos huesos rotos, pero se pondrá bien. Fue un accidente, Linnea.

No fue un accidente, y ambos lo sabíamos. La verdad estaba oculta entre nosotros. Una sombra oscura que amenazaba con tragarse la poca luz que nos quedaba.

—Las preguntas —jadeé con dificultad—. Aún no te las he hecho hoy.

Valerian se congeló. Sentí cómo su cuerpo se tensó contra el mío.

—¡Eso puede esperar! —dijo entonces con suavidad, pero con firmeza.

¿Por qué puede esperar? ¿Porque quieres darme tiempo para recuperarme? ¿O porque has olvidado las respuestas?

Me separé un poco de él.

—¿Cuántos años?

Por dentro, contuve la respiración, sin estar realmente preparada para la respuesta que me daría… o para la falta de ella.

Valerian se levantó. Me tiró hacia arriba con él.

—¡Deberías descansar un poco! —sugirió.

—¿De qué color? —insistí.

La desesperación se apoderó de mí. No podía perderle. No quería hacerlo.

Después de la muerte de Lysander, forjé muros a mi alrededor. Muros que Valerian derribó y demolió en incontables pedazos. Quería recoger esos pedazos, volver a unirlos y esconderme tras ellos. Pero sabía que ya era demasiado tarde para eso. Si tenía que matar a Valerian, una parte de mí moriría con él.

Valerian me llevó a la cama. Esperó a que estuviera bien sentada, se dio la vuelta y se dirigió a la puerta.

—¿Qué nombre? —grité suplicante.

¡Por favor, Valerian! Dame algo. Solo una. Para que sepa que aún tenemos una oportunidad.

Se detuvo, con una mano en el pomo de la puerta.

—Caterine —dijo sin girarse para mirarme—. Se llamaba Caterine. Pero hace tiempo que se fue.



Me tumbé boca arriba y me quedé mirando el techo. Valerian cerró la puerta tras de sí. Temía, con razón, que yo intentara escapar. Tenía que salir de aquí. Tenía que…

Mi mente vagó hasta la daga que Grym me mostró cuando llegué al palacio. La daga que ambos esperábamos no tener que usar nunca. Pero no importaba si Valerian había mentido, si Torin seguía vivo o no. Sabía con certeza incontrovertible que ahora era el momento. Se nos había acabado el tiempo. El monstruo en Valerian ganó la mano y yo tenía que ponerle fin.

Lágrimas calientes corrieron por mis mejillas.

Lágrimas de agonía, porque la idea de tener que matarlo me destrozaba por dentro.

Lágrimas de amargura porque no podía creer que se olvidaría así de mí.

Lágrimas de rabia porque el destino no nos dio ninguna oportunidad, porque nos habíamos encontrado para volver a

perdernos enseguida.

Lloré y lloré y lloré hasta que un arañazo en la puerta me sacó de mi orgía de autocompasión. Al principio pensé que era producto de mi mente sobreexcitada, pero luego volví a oírlo.

—¿Hola? —Resoplando, me levanté de la cama y me acerqué a la puerta, escuchando. Oí un chirrido y creí saber a quién pertenecía—. Pip, ¿eres tú?

Otro pitido. Parecía una confirmación. Se me llenaron los ojos de lágrimas de alivio.

—Pip, escucha, necesito tu ayuda. ¿Puedes abrirme la puerta?

Los pasos se alejaron. Hubo silencio durante un rato. Temí que Pip no volviera, pero entonces se oyó un raspado, el sonido de un metal arrastrado por las tablas del suelo. Una llave se introdujo por la estrecha ranura de la puerta.

—¡La conseguiste! —Apenas pude creerlo.

Me apresuré a abrir la puerta y me encontré cara a cara con el pequeño duende en ciernes, que me miraba con ojos brillantes de preocupación.

—¿Estás aquí solo? —quise saber.

Asintió con la cabeza.

Quizá Valerian no dejó que Rosalind y los demás volvieran a entrar en palacio. O no se atrevieron a venir en primer lugar, aunque me costaba imaginar a Rosalind dejando solo a su hijo.

—Pip, ¿sabes dónde está el Señor de la Primavera ahora mismo?

Pip pasó zumbando a mi lado, saltó al alféizar de la ventana y miró al exterior.

—¿Abandonó el Palacio? —pregunté.

Volvió a asentir. Eso fue suficiente para mí. Tenía que aprovechar la oportunidad para conseguir la daga. Y tenía que hacerlo antes de correr a los brazos de Valerian, porque entonces volvería a encerrarme aquí.

—Tú también deberías irte —le aconsejé mientras salía por la puerta—. Tu madre te ha de estar buscando.

Solo podía esperar que Rosalind estuviera por ahí y que Pip la encontrara. Si Valerian regresaba, era mejor que no se encontrara

con mi ayudante de huida, porque no tenía ni idea de hasta qué punto seguía controlando sus sentidos.

Pip correteó alrededor de mis piernas una vez, como para decirme que lo había entendido y me deseó suerte. Luego se fue corriendo.

Yo también me puse en marcha.

El palacio estaba más tranquilo que nunca. No había duendes en ciernes correteando por allí haciendo su trabajo. Ni siquiera se oía a través de las ventanas abiertas el gorjeo habitual de los pájaros. Era como si todo —incluida la naturaleza— se estuviera preparando para el gran enfrentamiento.

Me apresuré por los pasillos, cruzando pasillo tras pasillo hasta llegar a la pesada puerta de roble. Cogí la llave oxidada que había llevado conmigo desde mi llegada a palacio y que esperaba no necesitar nunca jamás. Pero ese momento llegó y ya no había vuelta atrás.

La puerta estaba atascada.

Tuve que golpearla con el hombro dos veces para que se abriera. Era como si el destino mismo dudara. Como si estuviera tan poco dispuesto como yo a seguir este camino.

La habitación estaba aún más oscura de lo que recordaba. Me deslicé dentro. Olía a musgo y a madera vieja. Con la tenue luz que entraba por la puerta hacia el interior, abrí la polvorienta vitrina en la que yacía la daga sobre un cojín verde y brillante. Se me aceleró el corazón cuando agarré la empuñadura y cogí la daga.

Contuve la respiración, esperando que ocurriera algo, que sintiera la energía mágica de la daga, pero no hubo nada. Nada, excepto mi propio miedo a lo que estaba a punto de suceder.

—Muy bien, entonces.

Respiré hondo varias veces, tratando de armarme de valor. Luego salí del palacio, sin estar preparada, pero decidida a hacer lo que tenía que hacer.

GRYM ME ESPERABA al pie de los escalones de piedra. El duende en ciernes me miró, luego la daga en mi mano.

Finalmente, asintió con desgana.

—Grym esperaba que entraras en razón. Aunque ya sea demasiado tarde para eso.

No era el más amistoso de los saludos, pero después de todo lo que sucedió y de lo que le ocurrió a Torin, no podía culparle.

—¿Dónde está? —Vagué mi mirada por los jardines en busca de Valerian.

La daga en mi mano temblaba.

—Por ahí —Grym señaló con la cabeza un estrecho sendero que se adentraba en el bosque—. Tendrás que caminar una media hora.

—¿Caminar? ¿Adónde?

—Lo sabrás cuando llegues.

Muy informativo, como siempre.

—No sé si puedo matarlo, Grym —confesé en voz baja—. No sé si lo llevo dentro.

La daga se sentía infinitamente pesada. Era una carga que no podría llevar sola.

—¡Bueno! —Grym se encogió de hombros—. Y Grym no sabe si podrá volver a subir los muchos escalones de piedra del palacio con la pierna rota. Así que todos tenemos que llevar nuestro propio equipaje, ¿no?

Regañando y cojeando, subió los escalones y me dejó sin habla. No tengo ni idea de lo que esperaba de mi confesión. Tal vez un poco de simpatía o ánimo. Pero el malhumorado duende en ciernes no parecía tener sentido para eso. Estaba sola, de eso no cabía la menor duda.

Suspirando, caminé en la dirección que Grym me indicó. El camino a través del bosque parecía interminable y, sin embargo, demasiado corto. Cada paso parecía arrastrarme más profundo en una red de sombras oscuras y dudas. Pero seguí adelante, impulsada por la necesidad de terminar lo que había empezado.

Cuando llevaba media hora caminando, oí el rumor del agua. Seguí el sonido hasta que llegué al borde de un pequeño claro con un lago en el centro. El agua era tan clara que podía ver hasta el

fondo arenoso, donde innumerables piedras brillaban con los colores del arcoíris. Parecían gotas de rocío refractadas por la luz del sol, que bañaban el lago en un caleidoscopio de rojo, naranja, amarillo, verde, azul claro, añil y violeta.

Valerian estaba de pie en el agua poco profunda cerca de la orilla, de espaldas a mí. Los rayos del sol se reflejaban en las gotas de agua que corrían por su piel, dándole un brillo sobrenatural. Por un momento, olvidé por qué estaba aquí. Olvidé la daga en mi mano y todo lo que había pasado.

Las imágenes de la noche anterior aparecieron ante mi ojo interior. Mis manos recorriendo la musculosa espalda de Valerian y enterrándose en sus rizos blancos y plateados. Sus labios repartiendo besos y promesas sobre mi piel desnuda. Promesas que no pudo sostener durante mucho tiempo, aunque estaba segura de que lo había intentado.

Algo crujió detrás de mí. Un pájaro levantó el vuelo y Valerian se giró para mirarme. Sus ojos grises tormenta eran casi negros, pero aún conservaban un atisbo de humanidad.

—Linnea.

Su mirada se dirigió a la daga que tenía en la mano y que sostenía con dedos temblorosos. Se me cortó la respiración, el corazón me dio un vuelco y por un momento nos quedamos mirándonos, con el inevitable destino entre nosotros.

—Ya es hora, ¿no? —me preguntó. Su voz transmitía una melancolía que me desgarró el corazón.

Tragué saliva, incapaz de responder. En lugar de eso, me acerqué a él hasta que mis pies tocaron el agua. Lágrimas silenciosas corrieron por mis mejillas.

Valerian vadeó el agua hacia mí. Parecía sereno, más sereno de lo que yo me sentía.

—Aún no estoy preparado para olvidarte —admitió—. Pero parece que no tenemos otra opción.

Se detuvo frente a mí. Desnudo y sin ropa, y sin embargo irradiando tanta fuerza. De todas las criaturas que había producido este mundo primaveral, él era el más hermoso y poderoso. Pero esa no era la razón por la que le amaba. Amaba al hombre que fue. El

hombre que eligió proteger el mundo humano y que sacrificó todo por él. Amaba al Señor de la Primavera que protegía a los seres de este mundo, incluso cuando mostraban sus verdaderos y aterradores colores en la oscuridad. Amaba al hombre que rio conmigo y secó mis lágrimas. Que luchó por mí y me salvó una y otra vez. Que se mostró tan vulnerable. Y que durmió en mis brazos, aun sabiendo que nuestros días estaban contados.

—No. —Sacudiendo la cabeza, me alejé de él—. No puedo hacer esto. No puedo.

—Está bien, Linnea.

—No lo está. —Mis palabras fueron un susurro contra la tormenta que se desencadenaba en mi interior. Cada fibra de mi ser se rebelaba contra lo inevitable, contra la idea de hacer lo impensable.

Valerian buscó mi mano con la daga, apuntando la punta a su pecho.

—Tienes que matarme, Linnea —dijo urgido—. Lo haría yo mismo, pero el monstruo que llevo dentro no me deja.

La hoja se clavó en su piel. Un fino hilo de sangre corrió por su pecho desnudo. Era del color de la resina oscura. Parpadeó en los ojos de Valerian. Una sombra recorrió su rostro.

—¡Hazlo! —exigió.

—No.

Podía ver la batalla interior que libraba consigo mismo. El monstruo estaba a punto de tomar el control para siempre, y sin embargo no podía hacerlo. No podía matarlo. Grym había tenido razón desde el principio. Yo era débil. Tan terriblemente débil.

Valerian me soltó la mano y retrocedió un paso. Sus ojos eran ahora tan negros como la noche.

—Entonces tendrás que encontrar otro camino —gruñó en voz baja.

Levantó una mano y, como si lo hubiera ordenado, la tierra se abrió bajo mis pies. Las raíces me arrastraron hacia las profundidades. Tragué arena, tierra y agua. Con un jadeo ahogado, alcé las manos intentando agarrarme a algo. Pero no había nada a lo que pudiera aferrarme.

Las raíces me envolvieron con más fuerza, arrastrándome más profundo bajo la superficie, hacia un mundo sin luz, donde solo existía el gélido susurro de la tierra. Me supo amargo en la boca, mezclado con la sal de mis lágrimas.

Luché, me agité, pero las raíces eran implacables. Cada sonido que hacía parecía ser tragado por la tierra que me rodeaba. Mi corazón latía tan fuerte que era lo único que podía oír: un latido desesperado contra el silencio.

Entonces, de repente, la oscuridad se disipó. Las raíces me soltaron y aterricé en la suave hierba. Resoplando y jadeando, rodé sobre mi espalda y entrecerré los ojos al sol poniente. Una brisa me trajo el olor a madera quemada.

¿Madera quemada?

Irritada, me incorporé y olfateé, tratando de averiguar de dónde procedía el olor. Encontré los restos de una hoguera no muy lejos de mí. Había botellas de cerveza en el suelo. Los restos de un paquete de malvaviscos. Cosas que claramente no pertenecían al mundo de la primavera. Y eso solo podía significar una cosa: Valerian me mandó de vuelta al mundo humano.

CHARLA CON GOTAS DE ROCÍO

Había vuelto. Me di cuenta de golpe. Valerian me devolvió a mi mundo. Un mundo que me era familiar, pero en el que de repente me sentía más extraña y sola que nunca.

Entonces tendrás que encontrar otro camino, el eco de su oscura voz aún sonaba en mis oídos.

Tal vez la última chispa de él estuvo en esas palabras, un intento desesperado de protegerme con lo poco que quedaba de su alma. Tal vez esperaba que yo encontrara ayuda aquí. Alguien que estuviera preparado para hacer lo que yo no fui capaz de hacer.

Matarlo.

Conocía el lugar en el que me encontraba. Alex, Eliza, Dalia y yo habíamos pasado aquí una noche alrededor de la hoguera. Una tarde despreocupada que ahora parecía tan lejana como la vida que había llevado antes de Valerian. La Academia de Primavera estaba a un tiro de piedra, si es que podías tirar piedras mientras estabas completamente sin aliento.

Mis ojos se posaron en la daga que aún sostenía en la mano. No la había soltado en todo el tiempo. La hoja brillaba a la luz del sol poniente, como si dijera: *¡Eh, mira qué eficaz podría haber sido!* La sangre de Valerian estaba en la punta. Estuvo tan cerca. Todo lo que tendría que haber hecho era golpear. Pero no lo hice, no había tenido el valor de hacerlo, y ahora tendría que sufrir las

consecuencias. Y lo que era aún peor: Valerian y mi mundo tenían que soportarlas también.

Un susurro me sacó de mis sombríos pensamientos. Al principio pensé que solo era el susurro del viento en los árboles y arbustos que me rodeaban. Pero entonces se formó una sola palabra: *ladrona.*

Confusa, miré a mi alrededor.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Me robaste, ronroneó una voz que sonaba como la serpiente del *libro de la selva* cuyo nombre había olvidado.

De acuerdo. ¡Ese fue un saludo realmente extraño! Sobre todo, porque la persona no tenía la intención de revelarse. ¿De qué iba este juego del escondite?

—Escucha, ahora mismo no me apetece bromear. Quienquiera que seas, ¡sal de una vez! —gemí, molesta, mientras me levantaba y me quitaba la tierra húmeda de los pantalones.

Una risa silenciosa que habría rivalizado con la de cualquier villano de Disney fue la respuesta. Me di la vuelta, intentando localizar la dirección de la que procedía. Pero la risa estaba en todas partes y en ninguno, el último sistema de sonido envolvente.

Eso daba miedo. ¡De verdad que sí!

—Ni siquiera sabes lo que has hecho, ¿no es así? Eres tan ingenua, tan despistada como cualquier niña pequeña e inocente.

—¿Qué? ¿Qué hice? —grité al vacío.

Todas las alarmas sonaron en mi interior. Cuando una voz incorpórea de serpiente te decía que habías hecho algo, definitivamente no era una buena señal. Y caray, ya tenía bastantes problemas que no sabía cómo resolver.

Otra vez esa risa espeluznante.

La tierra bajo mis pies se agitó y di un paso atrás. Mi mirada se posó en el suelo removido que me había escupido hacía solo unos minutos. Allí, entre piedras, ramas enraizadas y terrones, algo brillaba a la luz de los últimos rayos de sol. Piedras pequeñas, coloridas y brillantes o, mejor dicho: gotas de rocío. Las mismas gotas de rocío que estuvieron en el fondo del lago en el que Valerian estuvo bañándose.

—¿De verdad creíste que el Señor de la Primavera nada más estaría dándose baño inofensivo? —se burló la voz, como si me hubieran leído el pensamiento.

Para ser sincera, en aquel momento estuve más preocupada por mis propias y dramáticas decisiones que por la cuestión de por qué Valerian se estaba bañando. Pero ahora que la voz lo mencionaba, sonaba extraño: había luchado con su lado oscuro, hiriendo a Torin de gravedad y luego encerrándome a mí en Palacio, ¿solo para darse un tranquilo baño en el lago?

Completamente improbable.

—¿Qué era lo que estaba haciendo Valeria en realidad? —pregunté, no segura de querer oír la respuesta.

¿Cuántas malas noticias más podría soportar? La voz fuera de cámara ya me estaba llevando al límite. Hasta ahora no había hecho más que acusarme de robo y pronunciar algunas frases crípticas.

—Estás empezando a hacer las preguntas correctas, niña.

—Oh sí, ¿y me vas a dar una respuesta a eso o tengo que adivinar?

La voz permaneció en silencio. Era evidente que disfrutaba del papel de esfinge invisible, guardando sus enigmas y viendo a los mortales desesperarse por ellos.

Entonces tendría que encontrar la respuesta yo misma.

Me arrodillé ante las gotas de rocío y las examiné detenidamente. Su naturaleza mágica era inconfundible: era como si el aire que las rodeaba vibrara, palpitara con una energía tan fascinante, así como inquietante.

Me invadió una sensación de inquietud.

¿Y si…

—El cristal arcoíris, ¿qué hizo Valerian con él? —quise saber.

Siempre supuse que lo mantenía guardado en un cofre o alguna vitrina. En algún lugar lejano donde la cosa no pudiera hacer ningún daño. Pero tal vez me equivoqué.

La voz rio con suavidad.

—¡Bravo, Linnea! Si tuviera manos, te aplaudiría.

—¡Podrías responder a mi pregunta en su lugar! —sugerí, intentando no asustarme del todo porque mis sospechas acababan

de confirmarse—. ¿Qué hizo Valerian con el cristal arcoíris?

—¡Déjame enseñarte!

La imagen que tenía ante mis ojos cambió de un segundo a otro.

VALERIANO. Estaba de pie en la orilla del lago que acababa de abandonar involuntariamente. Su túnica verde oscuro ondeaba con suavidad al viento. Aunque no podía ver ningún cambio exterior en él, parecía más joven. Sus ojos grises brillaban como si hubiera derramado lágrimas, pero su rostro reflejaba una determinación inquebrantable.

Era temprano por la mañana. Los primeros rayos de sol atravesaban la bruma que cubría como un delicado velo las tranquilas aguas del lago. Todo parecía tranquilo y, sin embargo, sentí que algo que cambiaría el mundo estaba a punto de suceder.

Valerian levantó una mano y la abrió. Dentro estaba el cristal arcoíris. Brillaba en todos los colores, testimonio vivo del poder que yacía latente en su interior. Por un momento, el tiempo pareció detenerse, la propia naturaleza contuvo la respiración, expectante, mientras Valerian empezaba a hablar en voz baja.

Sus palabras eran viejas, olvidadas por el mundo, pero tenían un poder que parecía tejer el tejido mismo de la realidad. Con cada palabra que pronunciaba, el cristal de su mano empezaba a brillar con más intensidad. Sus colores se hicieron más intensos, más vivos, hasta que eclipsaron todo lo que le rodeaba.

Entonces, el cristal del arcoíris se rompió en incontables gotas de rocío, que cayeron al agua en lágrimas y transformaron el lago en un caleidoscopio de colores.

Las gotas de rocío se hundieron hasta el fondo, cada una un fragmento del cristal, un recuerdo del poder que una vez fue.

Valerian se quedó inmóvil junto al agua, con la mirada perdida en la distancia, como si hubiera sacrificado una parte de sí mismo con el cristal.

La escena que tenía ante mis ojos se desdibujó y volví a la realidad, arrodillada ante las gotas de rocío que acababa de ver formarse.

Maldita sea, ¿por qué no había prestado un poco más de atención al aditivo mágico para el baño de Valerian? Pensé que las gotas de rocío eran bonitas piedrecitas y no me percaté del peligro que representaban. Otro punto en mi interminable lista de irresponsabilidades.

—El Señor de la Primavera no podía destruirme para siempre, su poder no era suficiente para eso —dijo la voz que ahora sabía que pertenecía al cristal arcoíris.

Y sí, quise saber quién era la voz incorpórea de la serpiente. Pero ahora que lo sabía, deseaba volver a la ignorancia. Porque la verdad era más aterradora que cualquier cosa que hubiera imaginado.

—Valerian me debilitó y así preservó la frontera entre los mundos. Cuando vino al lago hoy, pensé que lo tenía preparado. Parecía dispuesto a recomponerme, aunque algo en su interior aún se resistía. Pero entonces llegaste tú, y debo agradecértelo, Linnea.

—¿Agradecerme por qué? —pregunté con voz temblorosa.

—Porque me robaste.

Bueno, ¡genial! Ahora yo también era cómplice involuntario de una entidad mágica.

—Esa no fue mi intención. Desde luego que no.

Sacudí la cabeza mientras me alejaba de las gotas de rocío. Debieron haber venido conmigo al mundo humano cuando Valerian me envió de vuelta. Quizá ni él mismo tenía idea de lo que hizo.

—Pero lo hiciste, ladrona. Me robaste. Y te doy las gracias por ello.

Las palabras del cristal resonaron en mi cabeza mientras me iba dando cuenta: las gotas de rocío que tenía ante mí no eran solo fragmentos de un artefacto antaño poderoso. Eran las semillas de una catástrofe potencial que yo, sin saberlo, traje a mi mundo.

Mis manos temblaron incontrolables cuando empecé a recoger las gotas de rocío esparcidas. A mi alrededor había un mar interminable de joyas brillantes, como confeti después de una fiesta de Nochevieja.

—Tic toc, Linnea, el tiempo juega en tu contra —anunció con desdén el cristal arcoíris.

Por reflejo, levanté la cabeza para replicar, para poner la maldita piedra en su sitio. Pero mi mirada se posó en el sol, que se hundía tras el horizonte en ese mismo instante. Desató un fuego artificial de colores que bañó el cielo en un mar llameante de rojo, naranja y púrpura. Luego, los últimos destellos de luz diurna se desvanecieron del cielo, dejando solo el interminable velo de la noche.

Un profundo temblor sacudió la tierra bajo mis pies, como si el propio suelo ya no pudiera resistir la magia del cristal. Unas raíces poderosas, brazos de antiguos gigantes, atravesaron la tierra con fuerza bruta y me arrancaron de mis pies. Tropecé hacia atrás y caí. Las gotas de rocío que había recogido cayeron al suelo, esparciéndose por toda la hierba.

—¡No! —grité desesperada—. No, no, no.

Me arrastré por el suelo a cuatro patas, intentando recoger de nuevo las gotas de rocío. Pero ya era demasiado tarde.

Una mano diminuta cubierta de pelaje rosa brotó del suelo: un espíritu céfiro que se elevó revoloteando en el aire. Luego, una segunda.

Los verderones, pequeños y ágiles, salían de entre las raíces y correteaban por la hierba.

—¡Alto, quédense aquí!

Agarré a uno de ellos por la nuca e intenté devolverlo al hueco por el que había salido, pero me mordió el dedo índice con sus dientes pequeños y puntiagudos.

Lo solté con un grito de sorpresa. Desapareció entre los arbustos y los árboles. La sangre goteó de mi dedo al suelo.

Cada vez más criaturas primaverales salen al exterior. Sus zumbidos y susurros, el susurro de sus alas y el repiqueteo de sus pasos llenaban el aire.

Maldición, maldición, maldición.

Tenía que detenerlos, pero no sabía cómo.

Entonces oí un sonido que me heló la sangre. Un chirrido, fuerte, agudo y penetrante.

La cigarra monstruosa.

Su enorme cuerpo acorazado atravesó la tierra hasta la superficie. El crujido de sus patas puntiagudas resonó en mis oídos. La cigarra agitó sus alas iridiscentes, liberándose de las raíces que la retenían.

Dejé caer las gotas de rocío, me di la vuelta y me eché a correr despavorida.

La adrenalina corría por mis venas mientras volvía a la Academia entre arbustos y árboles. Tenía que avisar a los demás. Teníamos que encontrar la forma de volver a cerrar la frontera entre los mundos. Y solo podía esperar que no fuera ya demasiado tarde.

NO QUIERO UN MALDITO MUÑECO VUDÚ

En mis noches más solitarias en el Palacio de Primavera, había soñado con volver a la Academia de Primavera. Me había imaginado sentada en la cafetería con mis amigos, bromeando y riendo, volviendo a clase o cazando criaturas de primavera. Había añorado desesperadamente mi antigua vida. Pero nunca esperé que mi regreso fuera así.

Entré furiosa por la puerta principal de la Academia, dejando atrás a unos cuantos alumnos que se dirigían a la cafetería. El olor a tacos me llegó a la nariz.

Martes de tacos, me vino a la cabeza.

Pensar en algo tan cotidiano y familiar me hizo soltar una risita, al tiempo que se me llenaban los ojos de lágrimas. Aquí estaba, de vuelta en un lugar que una vez fue mi hogar, donde todo parecía ser igual. Y, sin embargo, había un velo que lo cubría todo, un cambio profundo e irrevocable.

Los alumnos me miraban con curiosidad. Susurraban e inclinaban el cuello.

No me extrañaba. El *aspecto de enterrado* vivo no estaba más de moda aquí que en el Mundo Primavera, y yo arrastraba tras de mí un reguero de barro, hierba y terrones de tierra que habría proporcionado suficiente material ilustrativo para las lecciones de *Botánica Mágica* de la profesora Willowtree.

—¿No es la elegida? —oí susurrar entusiasmado a un chico.

Oh sí, eso…

Por un momento, olvidé que no era solo Linnea, el desastre rosa que lo había vuelto a estropear todo. Aunque esta vez, *estropeado* en realidad significaba en el fondo*. Convertida en una catástrofe absolutamente apocalíptica de proporciones insuperables*, más bien.

Agaché la cabeza, di otro paso e intenté ignorar los cuchicheos y murmullos de los alumnos mientras me dirigía hacia el pasillo que llevaba al despacho de la directora Madreselva. Pero antes de que pudiera llegar a mi destino, una puerta se abrió y alguien salió. No conseguí frenar a tiempo. Choqué con otro cuerpo y ambos caímos al suelo en una maraña de miembros.

—¿Linnea?

—Alex. —Se me escapó un sollozo al reconocer a mi mejor amigo frente a mí.

Se ajustó las gafas, que se le resbalaron de la nariz al caer. Me miró con incredulidad.

—¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar… no sé, acurrucándote con esponjosas criaturas primaverales o algo así?

Negué con la cabeza, incapaz de responderle. La presencia de Alex me recordó lo mucho que echaba de menos a mis amigos, lo mucho que había anhelado esa normalidad que ahora corría el peligro de ser destruida para siempre por mis actos.

—Es el cristal del arcoíris, Alex. Yo… por accidente lo traje a nuestro mundo. Y ahora… ahora la cigarra monstruosa y otras criaturas están aquí. —Respiré hondo, tratando de organizar mis pensamientos y dominar mi miedo, pero ambas cosas se hicieron añicos—. ¡Tenemos que avisar a la directora Madreselva! La Academia, el mundo entero está en peligro.

—*¿Cigarra monstruosa*? *¿Cristal arco iris*? —Alex me miró sin comprender.

Habían pasado meses desde que dejé la Academia de Primavera. Y no había experimentado lo mismo que yo. Pero no tenía tiempo para explicarlo todo.

—Las criaturas de la primavera… han roto la barrera a nuestro mundo. Ya vienen.

Alex no tenía ni idea de lo que eso significaba. No sabía en qué clase de monstruos podían convertirse estas pequeñas criaturas. Pero la urgencia de mi voz pareció convencerle.

—¡Ven! —Me cogió de la mano y me arrastró con él, su paso decidido y rápido, y le amé por ello. Lo amaba porque no me cuestionaba, sino que simplemente actuaba.

Llegamos al despacho de la directora en un tiempo récord. Alex llamó a la puerta mientras yo luchaba por secarme las lágrimas y recuperar una compostura que no sentía.

—¡Adelante! —llegó la voz de la Directora Madreselva.

Alex abrió la puerta y me dejó pasar primero. Entré en el despacho con piernas temblorosas.

—Señorita Sullivan. —La directora Madreselva saltó literalmente de su silla, con los ojos abiertos de par en par en una expresión de sorpresa y alarma inmediata—. ¿Qué haces aquí? Se supone que deberías estar en el Mundo de Primavera. ¿Ha pasado algo?

Asentí con la cabeza. Por un momento no supe por dónde empezar, pero entonces las palabras brotaron de mí. Hablé de las malvadas criaturas del manantial, de Valerian, que ya no podía controlar su lado oscuro, del cristal arcoíris y de la barrera entre los mundos que estaba a punto de derrumbarse.

Cuando terminé, me desplomé en la silla frente al escritorio de la directora Madreselva. Me sentía miserable. Me habría encantado irme a mi habitación, enterrarme bajo el edredón y fingir que el apocalipsis no era inminente. Pero quizá mi habitación ya no existía, y el fin del mundo no se detendría solo porque a mí me apeteciera.

La directora Madreselva soportó mis malas noticias con una compostura asombrosa. Rodeó su mesa y cerró la puerta de su despacho, que seguía abierta. Sus ojos pasaron de mí a Alex.

—Eso no es bueno —dijo por fin, lo que fue casi el eufemismo del milenio—. Sr. Rivera, confío en que lo que hablemos aquí sea estrictamente confidencial y no salga de esta habitación.

Alex asintió con seriedad. Se colocó detrás de mí y me puso una mano en el hombro.

—Por supuesto —prometió.

Atónita, miré a la directora, que, como era claro, acababa de mutar en la guardiana de todos los secretos terribles. ¿De verdad era eso lo único que le importaba? ¿Que nadie conociera el estado de Valerian y los peligros que albergaba el mundo de la primavera?

—No debemos arriesgarnos a provocar el pánico —dijo la directora mientras organizaba estoica y tranquilamente los papeles de su mesa—. Pero, por supuesto, tenemos que controlar el problema de alguna manera.

¿Controlar el problema? ¿Que no cunda el pánico?

Reprimí el impulso de arrebatarle los papeles de la mano y tirarlos por la ventana, porque el pánico estaba a la orden del día. ¡Pero estaba tan en su punto!

Estaba claro, la directora no tenía ni la más remota idea de lo que estaba hablando ni de lo que nos traíamos entre manos. Una vez que el mundo humano fuera invadido por cigarras monstruosas, tendríamos más que un *pequeño problema*.

¿Y qué se suponía que debíamos hacer? Nuestra magia no estaba diseñada para matar a las criaturas del manantial. Podíamos invocar a la naturaleza, pedirle que enviara a las criaturas de vuelta a su mundo. Pero no tenía sentido hacer nada de eso a menos que el Señor de la Primavera viniera en nuestra ayuda —y Valerian no estaba en condiciones de hacerlo. No en su estado actual.

—¿Y las otras academias? —sugirió Alex, que obviamente también se había dado cuenta de que necesitábamos refuerzos—. Las cazadoras de la Academia de Otoño son luchadoras entrenadas. Podrían ayudarnos.

La directora Madreselva asintió. Al menos no estaba del todo ciega ante la amenaza a la que nos enfrentábamos.

—Buena idea. Me pondré en contacto con la directora Malloy y veré qué puedo hacer.

Cazadoras.

Eso fue un comienzo. Pero incluso con su ayuda, no podríamos matar a todas las criaturas de la primavera. Sería una carnicería a una escala inimaginable, y la idea de acabar con todas estas criaturas me rompía el corazón. Sí, no estaban precisamente bien dispuestas hacia nosotros. Algunas estaban dispuestas a arrancarnos

la cabeza. Pero seguían siendo criaturas que conocían el dolor y el miedo, y que tal vez incluso temían a la muerte tanto como nosotros.

Pensé en el ritual de unión de almas que Valerian y yo realizamos y el cual fracasamos. Valerian dijo que el libro con el ritual procedía de la colección de la Academia de Verano.

¿Y si…

—Necesito un contacto para la Academia de Verano —le dije.

Podía sentir algo parecido a la esperanza agitándose en mi interior. Una esperanza ciega y sin cabeza, pero de momento estaba cogiendo todo lo que podía. Incluso una pajita que era tan corta que habría rivalizado con un palillo.

La directora Madreselva me miró sorprendida.

—¿Por qué?

—Necesito a alguien que sepa de magia vudú.



—No, no vendo muñecos vudú —graznó una voz femenina y mayor al otro lado de la línea.

—Por favor, ¿qué? —Con las cejas fruncidas, miré el móvil que tenía en la mano y me pregunté si acababa de oír mal.

La directora Madreselva me dio este número de teléfono. Al parecer, no habían podido ayudarnos en la Academia de Verano y por eso nos remitieron a una dama vudú del corazón de Nueva Orleans llamada Madame Fontenot.

—Nada de juguetes vudú. ¿Entendido?

—Emm… —*No, no realmente—.* Mi nombre es Linnea Sullivan. Director Wilkins de la Academia de Verano me dio su número. Se trata de…

—…el ritual de unión de almas —me interrumpió Madame Fontenot con un quejido molesto—. Así que eres la elegida de la Academia Primavera que cree que puede jugar con la magia de los demás.

Jugar. Por supuesto, podrías llamarlo así.

La tal Madame Fontenot era tal vez una maestra del vudú y se sintió personalmente ofendida por mis torpes intentos. No eran las mejores condiciones para iniciar una conversación.

Todavía tenía que probar:

—Tenía la esperanza…

—Puedes esperar muchas cosas, querida. Por ejemplo, espero que mi Henri se recupere por fin de sus lombrices pulmonares.

—¿Perdón?

—Henri. Mi macho cabrío.

¿Qué demonios tenía que ver un macho cabrío con todo esto?

Esta conversación no llevaba a ninguna parte y me estaba quedando sin tiempo. Me paseé por mi habitación, me acerqué a la ventana una vez más y miré fuera para asegurarme de que las criaturas primaverales no habían invadido ya la Academia.

Nada.

Ni insectos gigantes, ni criaturas esponjosas de color rosa. Pero era cuestión de tiempo que nos atacaran.

La directora Madreselva había informado a la Academia de Otoño. Algunas cazadoras ya estaban de camino, pero Canadá no estaba lo que se dice a la vuelta de la esquina. Algunos de los profesores y algunos alumnos seleccionados de la Academia de Primavera habían sido enviados para capturar tantas criaturas de primavera como fuera posible. Pero eso solo nos daría un poco de margen.

—Oiga, si no quiere ayudarme… —empecé, pero la anciana volvió a interrumpirme.

—¿Por qué tan antipática? No he dicho que no quiera ayudarte. Bueno, entonces, ¡dime cómo estropeaste el hechizo!

Vale la pena intentarlo.

Aferré la pajita del tamaño de un palillo y se lo conté todo con detalle a Madame Fontenot. Cuando terminé, se hizo un largo silencio.

—Hola, ¿sigues ahí? —pregunté para asegurarme.

Un bostezo.

—Lo siento, querida, has hablado tanto que casi me duermo. Quizá sea mejor que te límites a lo esencial en el futuro.

Me mordí el talón de la mano para reprimir un gemido de frustración. Quién fue la que sacó la infestación de gusanos en su cabra?

—¿Y? —le insistí—. ¿Hice algo mal durante el ritual?

—Parece que has pintado los símbolos al revés. La punta debería apuntar a la persona cuya alma va a ser atada.

—¿Eso es todo? —No podía creer que un error tan pequeño pudiera haber determinado el destino de Valerian y el mío.

—La juventud de hoy —refunfuñó Madame Fontenot—. Tienen la capacidad de atención de un pez dorado. Pero no es culpa de ustedes. Estos teléfonos móviles les están destrozando el cerebro.

—Vale, sí, muchas gracias.

Decidí poner fin a la conversación antes de que Madame Fontenot me diera algún buen consejo sobre mi consumo de medios. Ahora mismo no lo necesitaba.

Estaba a punto de colgar cuando la voz de la anciana me hizo reflexionar.

—Linnea, ¡deberías saber una cosa!

—¿Y eso sería?

—A veces solo puedes robarle al destino unos momentos fugaces. Pero esos momentos son los que importan.

UNA ZAMBULLIDA EN LO DESCONOCIDO

Las palabras de Madame Fontenot resonaron en mi cabeza mientras regresaba al mundo de la primavera. Era noche cerrada y estaba segura de que hasta las criaturas más inofensivas del manantial se habían convertido en pequeños monstruos. Cada paso era un riesgo, cada susurro en la maleza me hacía reflexionar. Mi deseo de volver a encontrarme con la cigarra monstruosa era limitado, y ¿quién sabía qué otras criaturas peligrosas me deparaban el mundo primaveral?

Con la daga en la mano —una póliza de seguro por si fallaba mi plan— avancé con sigilo. El corazón me latía con fuerza en la garganta. El frío de la noche se colaba bajo mi ropa, pero el miedo en mi estómago era un compañero mucho peor.

El mundo primaveral se había extendido. La grieta que se había abierto en la tierra ya no era solo una grieta, sino un enorme agujero, tan grande como las fauces del infierno. Las raíces sobresalían en nuestro mundo y, allí donde tocaban el suelo, la tierra cobraba una vida grotesca. Hierbas y helechos brotaban en todas direcciones, creciendo a un ritmo antinatural, como impulsados por un hambre insaciable. Setas de colores brillantes salieron disparadas del suelo. Sus esporas bailaban en el aire como fino polvo de oro.

Intenté evitarlos. A cada paso que daba, a cada respiración, sentía cómo se difuminaban los límites entre nuestro mundo y el de la primavera. Un proceso de irresistible belleza y, al mismo tiempo, demasiado inquietante.

Al acercarme a las enmarañadas raíces que se adentraban en las profundidades del mundo primaveral como las venas de un ser vivo gigante, se me aceleró el pulso. El aire fresco de la noche, que hasta entonces me había acompañado, pareció ser sustituido por el calor terroso de las raíces. Cada respiración se llenaba del aroma de la tierra húmeda y del olor dulce y pesado de flores desconocidas. La oscuridad aquí no estaba vacía, sino llena del susurro de las hojas y el brillo de las setas que iluminaban escasamente el camino.

Apoyé con cuidado el pie en la primera de las enormes raíces que descendían hacia la oscuridad, me agarré a ella y bajé despacio. La superficie fue áspera. Palpitaba como si el corazón del mismísimo mundo primaveral latiera bajo las yemas de mis dedos. Con la daga bien agarrada en la mano, me adentré más. Los latidos de mi corazón retumbando en mis oídos.

¡Cálmate, cálmate, Linnea! Tú puedes hacerlo. Solo tienes que dejarte deslizar hacia abajo, agarre a agarre, con seguridad y control.

Pero el mundo primaveral tenía otros planes para mí.

Sonó un graznido. Algo pasó por encima de mi cabeza, tan cerca que me tocó el pelo. Por el rabillo del ojo, reconocí un pelaje rosa y esponjoso y unas alas de gasa.

Un espíritu céfiro.

Continué mi descenso con frenesí. Me temblaban las manos, ahora húmedas de sudor. El recuerdo de mi último encuentro con esas pequeñas criaturas, con sus garras afiladas y sus dientes afilados como cuchillas, aún estaba demasiado fresco.

Otro espíritu céfiro se abalanzó sobre mí con un chillido y me atravesó la cara con sus garras. En un gesto desesperado de defensa, blandí mi daga, pero fallé ante la criatura.

Ahora eran dos. Zumbaban alrededor de mi cabeza y sus ataques eran cada vez más agresivos. Sus garras me cortaban la piel y cada contacto era un dolor punzante.

Cada vez más rápido bajé por las raíces. Mis agarres y puntos de apoyo se volvieron incontrolables. Más de una vez perdí el agarre, me deslicé un poco hacia abajo antes de agarrarme a una raíz que

frenó mi caída. Me sangraban las palmas de las manos, por lo que me resultó casi imposible sujetarme.

En mi intento de repeler a un espíritu céfiro especialmente agresivo, perdí el equilibrio. Mis dedos resbalaron y caí en picada, acompañada por los gritos triunfantes de las pequeñas criaturas rosas. Vi las sombras de sus cuerpos dando vueltas en el cielo sobre mí mientras caía y me iba hacia abajo.

Mi caída terminó de golpe.

El agua se cerró a mi alrededor fría y despiadada, dejándome sin aliento y tragándose todo ruido, todo sonido del mundo de arriba. Agité los brazos, pataleando frenética en un intento por alcanzar la superficie. Las astillas en forma de gotas de rocío del cristal arcoíris danzaban a mi alrededor. Lo bañaban todo con una luz colorida e iridiscente.

Una mano se extendió hacia mí. Sin pensarlo mucho, la agarré. Unos dedos fuertes se cerraron en torno a la mía y tiraron de mí hacia la superficie del agua. Jadeé en busca de aire.

¿Valerian? Tenía que ser él.

Parpadeé. El agua del lago me nublaba la vista, pero intenté distinguir a mi salvador a la pálida luz de la luna.

Y me congelé…

—Linnea, ¿estás bien? —Una voz, suave y sin embargo tan inconfundiblemente familiar, me hizo estremecer.

—¿Lysander? —Miré incrédula a mi hermano, que estaba en cuclillas frente a mí en la orilla del lago.

Tenía el mismo aspecto que yo le recordaba, antes de que la enfermedad me lo arrebatara. Sus rizos rubios, empapados por la bruma del lago, le caían sobre la cara, sus ojos verdes centelleaban con picardía y pequeños hoyuelos de risa aparecían en sus mejillas.

—¿Cómo… cómo es posible? —balbuceé.

—Estamos en el mundo de la primavera, Linnea. Aquí todo es posible.

—Pero estás muerto. Yo te enterré. Me paré en tu tumba y… —Se me llenaron los ojos de lágrimas al recordarlo.

Me invadían las emociones: alegría, dolor, esperanza y un anhelo infinito de más tiempo. Porque para Lysander y para mí nunca fue

suficiente.

—Nada de eso importa ahora. —Mi hermano volvió a tenderme la mano—. ¡Vamos!

Lo agarré y dejé que me acercara a la orilla. Mi cuerpo flotó con suavidad sobre la superficie del agua.

Pero algo iba mal.

La mano de Lysander estaba fría. Demasiado fría.

—No eres mi hermano —me di cuenta.

Intenté liberarme de su agarre, pero entonces, me apretó la muñeca con una fuerza dolorosa.

—¡Quédate conmigo, hermana! Solo un poco más. Estoy tan solo, bajo tierra, en mi fría y oscura tumba.

La sonrisa de Lysander se distorsionó. Su rostro empezó a desdibujarse, como si las brumas del mundo primaveral se lo tragaran y volvieran a liberarlo.

Un frío pavor se apoderó de mí. De un tirón, me separé de mi hermano.

La forma de Lysander se disolvió y me encontré bajo el agua de nuevo, en el fresco abrazo del lago. Agité los brazos, jadeando en busca de aire, cuando por fin salí a la superficie.

Tosiendo y jadeando, nadé hasta la orilla y me dejé caer sobre el suelo húmedo. Me temblaban las piernas. Sentía el cuerpo pesado y la ropa mojada pegada a la piel. Pero todo esto no era nada comparado con el dolor que sentía en lo más profundo de mi corazón.

¿Cuántas veces? ¿Cuántas veces tendría que perder a mi hermano?

—¡Linnea! Linnea, ¡por aquí! —Oí una voz suave.

¿Qué fue eso? ¿Un nuevo engaño? ¿Un intento del cristal arcoíris de disuadirme de mi tarea?

Me incorporé y miré a mi alrededor, entrecerrando los ojos para ver mejor en la oscuridad iluminada por la luna.

—¡Estamos aquí, Linnea!

Rosalind y otros duendes de las yemas estaban un poco alejados, al abrigo de los árboles. Parecían asustados. El pequeño Pip se acurrucó junto a su madre.

—¿Qué hacen aquí? —pregunté, aún sin estar segura de si los duendes en ciernes no eran más que otro producto de mi imaginación. Pero a diferencia de Lysander, su imagen no se desdibujó ante mis ojos.

—Te hemos estado buscando. ¡Aléjate del lago, amor! Es maligno. —Rosalind me hizo señas para que me acercara.

Y la duende en ciernes no necesitó decírmelo dos veces. Si de algo estaba seguro era de que aquella masa de agua y las gotas de rocío que flotaban en ella no eran de fiar. Me puse en pie con dificultad y me acerqué a los duendes en ciernes, todavía un poco recelosa.

—Grym te siguió hasta el lago esta tarde —explicó Rosalind, y yo miré al duende de brotes gruñones, que había bajado la cabeza y parecía absorto en la visión de sus pies musgosos—. Se sentía mal por haberte dejado sola con esta difícil tarea. Lo observó todo. ¡Oh, Linnea! Teníamos tantas esperanzas de que encontraras el camino de vuelta al mundo de la primavera para que pudieras redimir por fin al Señor de su existencia.

Tragué saliva.

Por supuesto, Rosalind y los otros duendes de las yemas seguían esperando que matara a Valerian. Para ellos, así eran las cosas. No conocían nada diferente. Valerian moría y resucitaba. El hecho de que perdiera algunos de sus recuerdos en el proceso no les importaba.

Pensé en hablar a los duendes en ciernes sobre el ritual de ligadura de almas, que podría ofrecer otra salida. Pero luego descarté la idea. Solo conseguirían disuadirme.

—Valerian, ¿dónde está? —pregunté en su lugar mientras escudriñaba a mi alrededor, impulsada por una sensación de urgencia que se extendió por mi pecho.

—Se ha ido a la ciénaga —respondió Rosalind—. Creo que una parte de él espera que los recuerdos almacenados en las volutas mantengan vivo su lado humano.

Su suspiro reveló que no creía que esto pudiera tener éxito.

—Tengo que verle —dije, sintiendo de repente el impulso irrefrenable de estar cerca de él, de estar a su lado en su hora más

oscura.

Rosalind asintió. Sus ojos se posaron en la daga que tenía en la mano y una sombra oscura se dibujó en su rostro.

—Te llevaremos allí —prometió.

POR ÚLTIMA VEZ

Los duendes en ciernes me llevaron al borde del páramo.

—Tendrás que seguir sola a partir de aquí —dijo Rosalind, y sus ojos brillantes volvieron a viajar de un lado a otro entre la daga que tenía en la mano y yo.

Parecía tan nerviosa como yo, aunque por motivos completamente distintos.

—Gracias —susurré, mis palabras casi engullidas por el vasto y silencioso paisaje que se extendía ante mí: una alfombra de helechos verdes, musgo y barro.

—Te esperaremos aquí. ¡Estarás bien, amor!

Rosalind me dio unas palmaditas alentadoras en la pierna mientras Pip daba unos saltitos en el aire. Los demás duendes de las yemas murmuraron en señal de acuerdo. Todos supusieron que iba a matar a Valerian.

Pensar en ello me provocó una oleada de náuseas, una tormenta de dudas y miedo que sacudió mi interior. Sabía que era mi último recurso. Pero solo lo tomaría si el ritual de unión de almas volvía a fallar y no tenía otra opción.

Tiene que funcionar. Sí tiene que hacerlo.

¡Por favor, por favor, por favor!

Mi miedo era ahora tan grande que me parecía casi imposible poner un pie delante del otro. Porque, ¿y si el monstruo había tomado el control por completo y no quedaba nada de Valerian? ¿Y

si no me recordaba? ¿Cómo conseguiría que realizara el ritual de unión de almas?

Pero estaba en el páramo, rodeado de sus recuerdos. ¿Era tan descabellado esperar que aún quedara una chispa de su humanidad? Una parte de mí estaba convencida de que podía funcionar, aunque la paja a la que me agarraba parecía acortarse con cada respiración.

Dirigí a Rosalind y a los demás duendes en ciernes una sonrisa de gratitud y dolor antes de dar vacilante un paso delante del otro. Mis pies se hundieron en el fango, acompañados por los sonidos del pantano.

Escuché en la oscuridad, en busca de un indicio de que Valerian estuviera cerca. Pero cuando lo hizo, no emitió ningún sonido. Me rodeaba un silencio casi fantasmal en el que retumbaban con más fuerza mis propios pensamientos ansiosos.

Después de caminar un rato, de repente capté un destello de luz que parpadeaba entre la espesura de hierbas altas. Se movía en zigzag, a veces acercándose y luego alejándose de nuevo, sus movimientos casi un poco juguetones.

Un fuego fatuo.

Me dejé guiar por él y le seguí hasta llegar al claro donde había estado antes. Aquí, fue donde vislumbre los recuerdos de Valerian. Su tiempo con Caterine. La nana de su madre. Recuerdos de amor, pero también de dolor: todas las cosas que le hacían humano y que yo esperaba que estuviera mirando ahora mismo, aferrándose a ellas como a un salvavidas.

El claro parecía diferente. Las sombras eran más profundas, la noche mucho más oscura. El aire parecía crepitar de magia.

Valerian estaba aquí. Podía sentirlo. No podía estar lejos. Tal vez ya me estaba observando desde el refugio de los árboles —más monstruo que hombre. Un depredador al acecho.

Dejé mi daga a un lado. Junté algunas ramitas y encendí la leña con el mechero que había traído.

Fuego, agua, tierra, aire: todos los elementos juntos. Era una suerte que Valerian se hubiera retirado al páramo y no al palacio.

Con un palo, dibujé en el suelo húmedo los símbolos del pasado, el presente y el futuro, esta vez asegurándome de que apuntaban en

la dirección correcta. Así preparé todo para el ritual de unión de almas.

Solo faltaba Valerian.

Me senté en el suelo con las piernas cruzadas, la daga en el regazo, y esperé. Cada susurro de los arbustos me hacía levantar la vista, cada ráfaga de viento me aceleraba el corazón. Siguiendo un impulso interior, canté la canción que la madre de Valerian le cantaba antes de dormir. La suave melodía flotaba sobre el páramo, frágil, como un recuerdo olvidado hacía tiempo.

Al terminar la canción, una figura surgió de entre las sombras.

Valeriana.

Reprimí el impulso de levantarme de un salto, pero me quedé quieta y le miré. Se acercó con lentitud, con movimientos tan suaves parecidos a los de un gato de presa. Solo llevaba unos pantalones que le quedaban holgados en las caderas. Su torso desnudo brillaba plateado a la luz de la luna, con la piel surcada de venas en forma de zarcillos.

La naturaleza que le rodeaba reaccionó a su presencia, como si percibiera la energía oscura que emanaba de él. Las plantas y los arbustos parecían inclinarse ante su amo. La tierra bajo sus pies descalzos vibraba con energía.

—¿Valerian? —susurré.

Me miró o mejor dicho, miró a través de mí. No había reconocimiento en sus ojos. Solo una negrura profunda e impenetrable. Una oscuridad que penetraba en lo más profundo de mi ser y quería llenar cada fibra de mí. Luché contra ella, luché contra el miedo y la desesperanza mientras se acercaba a mí y se detenía frente a los símbolos.

Las llamas crepitaron. Las chispas volaron hacia arriba, reflejándose en la oscuridad de los ojos de Valerian.

—Linnea. —Su voz era profunda, como el rumor de una tormenta que se aproxima. Su sonido me produjo escalofríos y, sin embargo, me sentí esperanzada. No me había olvidado, no del todo—. ¿Qué estás haciendo?

—El ritual de unión de almas —dije, tragando en seco—. Quiero intentarlo de nuevo.

Mis palabras flotaban en el aire, frágiles y quebradizas. Valerian podía decidir en cualquier momento que estaba mejor sin mí y sin el ritual de ligadura de almas. Y aunque hiciera todo lo que estuviera en mi mano para convencerle, no podría obligarle.

Miró la daga en mi regazo, luego sus ojos se dirigieron a los símbolos en sus pies descalzos.

—Estás jugando con poderes que no entiendes —gruñó.

Madame Fontenot dijo algo parecido. Y sin embargo…

—Tengo que intentarlo.

Me miró. Sus rizos blancos y plateados enmarcaban un rostro duro e inaccesible bajo el resplandor del fuego.

—Tienes que intentarlo porque quieres salvar tu mundo —dijo.

Le devolví la mirada, aunque me dolía verle así.

—No —respondí con calma—. Tengo que intentarlo porque quiero salvarte. Estoy dispuesta a arriesgarlo todo por eso. Porque confío en que sigues ahí dentro en alguna parte, Valerian.

Cogí la daga y la dejé a un lado. Quizá no fuera la mejor decisión si querías salvar el mundo. Pero la mejor si quería salvar al hombre que amaba. Y lo haría. Lo salvaría o moriría en el intento.

Valerian dudó. El hombre que tenía delante era más monstruo que hombre. Pero parecía haber una parte de él que aún quería ser salvada.

Finalmente, se sentó frente a mí.

—De acuerdo —aceptó, su voz era poco más que un murmullo en el viento.

Extendió las manos sobre los símbolos y yo las agarré. Eran ásperas como la corteza de un árbol y extrañamente frías al mismo tiempo. No eran humanas.

Hice un leve gesto de dolor.

Una sonrisa burlona y cómplice apareció en los labios de Valerian.

—Averigüemos si te queda algo que salvar.

Pronuncié el conjuro con voz temblorosa. Valerian me observaba sin emitir gestos ni sonidos, casi al acecho de sus ojos negros. Cerré los párpados para evitar su mirada.

¡Por favor, que funcione! ¡Por favor, por favor, por favor!

Estuvo de acuerdo. Dijimos las palabras juntos.

Parecía haberse roto un dique. Me invadieron los recuerdos.

Los recuerdos de Valerian.

Lo vi sentado en el taller de su padre. El niño de los rizos rubios, sentado en un taburete de madera y mirando cómo su padre reparaba un mecanismo de relojería.

Vi a su madre acariciándole el cabello con cariño y cómo recordaba haber estado solo en el mundo de la primavera.

Sentí su soledad, su tristeza por lo que había perdido. Pero también sentí la oscuridad que le acompañaba y que cada vez más formaba parte de él.

Y entonces me vi a mí misma a través de sus ojos: una chica con el pelo rosa y una risa que traía luz a su oscuridad. Que le desconcertaba porque no luchaba para ganar y porque era la única que parecía verle. No al Señor de la Primavera, sino Valerian. El que una vez había sido y del que solo parecían quedar fragmentos.

Los recuerdos se interrumpieron de golpe cuando Valerian apartó sus manos de las mías. Parecía agotado, como si el viaje a través de su propio pasado le hubiera pasado factura física. Sus ojos, aún negros, brillaban ahora con otra chispa.

Algo más humano.

—¿Valerian? —Mi voz temblaba de miedo y de esperanza reprimida. No quería ceder demasiado rápido, sabiendo que la decepción me destrozaría si el ritual fracasaba.

—¿Linnea? —Parpadeó. Sus ojos cambiaron. Fue como si la chispa se encendiera y las sombras que lo mantenían cautivo retrocedieran despacio hasta que por fin desaparecieron por completo—. Yo… no sé cómo llegué hasta aquí.

Se me llenaron los ojos de lágrimas de alivio. Me lancé a sus brazos, sintiendo su corazón latir contra el mío.

—Funcionó —gemí, riendo y llorando al mismo tiempo—. El ritual de unión de almas, realmente funcionó.

Valerian me devolvió el abrazo con tal vigor que casi me quedo sin aliento. Su olor me resultaba familiar: el aire del bosque y la madera de cedro, así como todo lo que me había hecho sentir segura en los últimos meses. Sus labios encontraron los míos para un beso íntimo. Fue como si ambos redescubriéramos algo precioso e indestructible en aquel momento. La oscuridad que le había rodeado pareció disolverse como si nunca hubiera formado parte de él.

—Puedo recordar —anunció en voz baja, su voz llena de asombro —. De mi pasado. De ti. De nosotros.

Sus palabras fueron un bálsamo para mi alma. Me aparté un poco para mirarle a la cara. El cambio era evidente. Ya no se veía esa oscuridad vacía en sus ojos que lo consumía todo. En su lugar, brillaban con el suave resplandor del fuego, salpicado de las huellas de una tormenta que había pasado.

Le besé de nuevo, acurrucándome en el calor de su abrazo. Fueron minutos preciosos que robé. Teníamos que salvar al mundo humano de las criaturas de la primavera. Al fin y al cabo, aún quedaban por ahí una cigarra monstruosa y unos que otros espíritus céfiro desagradables. Pero tenían que esperar un momento más. No todo el tiempo estuve segura de si mi plan funcionaría o si nada más era pura locura. Pero logré tener éxito contra todo pronóstico. Y ahora estaba agradecida, infinitamente agradecida de poder tener a Valerian en mis brazos.

Mi Valerian.

Él pareció sentir lo mismo. Sus manos se deslizaron con ternura por mis mejillas, como si quisiera asegurarse de que en verdad estaba allí, de que no era un sueño, demasiado bueno para ser verdad. Su tacto desencadenó mil sensaciones en mí. Alegría. Alivio. Amor. Seguridad. Y deseo, un deseo poderoso, casi abrumador.

Nuestros labios volvieron a encontrarse en un beso más apasionado y urgente que antes. Valerian tiró de mí hacia él, de modo que quedamos estrechamente entrelazados sobre el suelo

cubierto de musgo. El frescor del suelo pasó a un segundo plano, mientras que el calor entre nosotros eclipsaba todo lo demás.

Mis dedos se enterraron en sus rizos blancos y plateados, recorriendo su pecho desnudo y sintiendo el calor de su piel. Sus labios se separaron de los míos solo para trazar un camino de besos a lo largo de mi cuello. Gemí en el fondo de la garganta y me quedé inmóvil, porque se había desatado el infierno.

Un violento temblor recorrió la tierra, sacudiéndonos como si hubiéramos caído en la coctelera de un camarero demasiado motivado. Me enderecé, me apoyé en el pecho de Valerian y miré a mi alrededor.

—¿Qué fue eso?

—No lo sé.

Valerian me puso una mano en la nuca. Quería darme otro beso, pero no se lo permití.

—Algo va mal —insistí, con los ojos fijos en el fuego que encendí para el ritual. Parpadeaba y danzaba salvaje, como si fuerzas invisibles estuvieran tirando de él.

Un estruendo procedente de las profundidades de la tierra rompió el silencio. Valerian y yo nos levantamos de un salto al mismo tiempo, con los ojos fijos en el cielo que amenazaba con rasgarse imitando una fina hoja de papel.

¡Oh, mierda!

No era una experta en apocalipsis, pero esto se parecía muchísimo a uno.

El claro en el que nos encontrábamos empezó a cambiar. El musgo y la hierba se desvanecían en segundos, como si los años pasaran en instantes. Las hojas caían de los árboles, surcando el aire y marchitándose con la caída. El aire vibraba con una energía tan poderosa y cruda que apenas podía respirar.

—¿Qué está pasando? —jadeé.

Valerian me rodeó con sus brazos protectores, abrazándome con fuerza mientras sus ojos se fijaban en el fenómeno que había sobre nosotros.

—Parece que si el mundo de la primavera y el mundo de los humanos se están colapsando el uno contra el otro —dijo sin ton ni

son.

Colapsándose el uno contra el otro, ¡genial!

¿Y cómo podía imaginármelo? ¿Como una fondue cósmica en la que todo se fusionara y nadie supiera exactamente cuál sería el resultado final?

—¡Tenemos que hacer algo al respecto! —grité.

Porque una cosa era cierta: nada bueno podía salir de una fondue con una cigarra monstruosa nadando en ella.

Valerian sacudió la cabeza. Había miedo en sus ojos grises tormenta.

—No podemos hacer nada.

—Pero tú eres el Señor de la Primavera —protesté desesperada —. Tiene que haber algo que puedas hacer. Cualquier cosa.

La naturaleza le obedecía, ¿no? Sería capaz de cerrar la grieta en el cielo, de hacer regresar las raíces que se abrieron paso hasta el mundo humano.

—Linnea, no sé de qué estás hablando. Soy Valerian. Solo Valerian.

—No exactamente. Tú eres el Señor de la Primavera. Creaste la barrera entre los mundos. Lo hiciste para proteger a Caterine y al mundo humano.

—¿Caterine? —El nombre salió pesado de sus labios, como si lo dijera por primera vez.

—Tu prometida —insistí, pero Valerian se limitó a mirarme sin comprender.

—Linnea, solo existes tú. Siempre has sido solo tú.

Y aunque eso fuera todo lo que una chica quisiera oír, ahora mismo no lo necesitaba.

Otro temblor sacudió la tierra, casi haciéndonos perder el equilibrio. Valerian y yo nos abrazamos mientras el cielo sobre nosotros se desgarraba con un trueno. Un relámpago azul atravesó el firmamento.

Y me di cuenta.

El ritual de unión de almas sí funcionó. Devolvió a Valerian a su forma humana. Pero le quitó todo lo que lo hacía el Señor de la Primavera. El protector de dos mundos.

El Señor de la Primavera desapareció y solo había una forma de recuperarlo.

A veces solo puedes robarle al destino unos momentos fugaces. Pero esos momentos son los que importan.

No había entendido las palabras de Madame Fontenot y creí que el ritual de unión de almas podría arreglarlo todo. Pero estaba equivocada.

Rabia contra la muerte de la luz.

Desafié a la luz moribunda —el destino—, pero no podía detenerla. Nunca tuve ninguna oportunidad.

Nunca tuvimos ninguna.

—Linnea, ¿va todo bien? —preguntó Valerian para asegurarse.

Me mordí el labio inferior para contener un sollozo y asentí. Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Sí, eso es. ¡Pero tienes que hacer algo por mí!

—Lo que quieras.

Valerian me agarró un mechón de cabello rosa que me había caído en la cara y me lo pasó por detrás de la oreja. Su ternura me rompió el corazón.

—¡Quiero que cierres los ojos! —me estremecí.

Él lo hizo. Ni siquiera preguntó por qué. Su confianza en mí me ahogó la garganta mientras me agachaba a recoger la daga que yacía en el suelo junto al fuego parpadeante.

—Te amo —susurré, mi voz apenas más que un suspiro.

Una sutil sonrisa jugueteó alrededor de los labios de Valerian mientras respondía:

—Yo te amo a ti.

Lo besé, una última vez. Luego clavé la daga en su corazón.

38

NO HAY DESPEDIDA…

—Hiciste lo que tenías que hacer, Linnea.

Rosalind me acarició la pierna. Fue un gesto cariñoso y afectuoso, pero apenas podía soportarlo. Sentía que mi cuerpo solo se mantenía en pie gracias a mi voluntad, un caparazón en el que estaba atrapada y que de pronto me resultaba terriblemente ajeno. Había un vacío helado y despiadado en mi interior.

Yo te amo a ti, oí a Valerian en mi cabeza.

Palabras que no recordaría cuando despertara de nuevo.

—¿Cuánto tiempo…? —Mi voz se quebró, ahogada por la repentina pesadez en mi pecho. Tuve que tragar saliva antes de encontrar fuerzas para empezar de nuevo—. ¿Cuánto tardará en renacer?

—No mucho tiempo —respondió Rosalind con suavidad. Señaló con la cabeza un lugar desnudo y desolado donde un único brote de planta verde luchaba por salir a la superficie—. ¡Ya lo ves! La naturaleza ya siente que su amo regresa.

Nos sentamos junto a los demás duendes en ciernes mientras la naturaleza volvía lentamente a la vida a nuestro alrededor. Mientras la barrera entre los mundos cicatrizaba, las raíces se retiraban y los primeros rayos de sol bañaban el horizonte de un cálido color anaranjado.

Sabía que Valerian había vuelto. Que respiraba, que estaba vivo y que tejía de nuevo el tejido de este mundo. Esa certeza era lo único

que me impedía romperme en mil pedacitos.

Cuando la barrera entre los mundos estaba casi cerrada, Rosalind me miró con tristeza.

—Es hora de que te vayas, Linnea. El Señor no debe verte, vuestro vínculo es demasiado fuerte. Aunque no te recuerde, podría volver a enamorarse de ti. Y entonces…

Entonces todo se repetiría.

Asentí con la cabeza, dándole a entender que lo entendía: ya no había sitio para mí en este mundo.

Había deseado tanto irme de aquí durante mis primeros meses en el Palacio de Primavera. Ahora sentía que se me rompía el corazón. Una y otra vez, hasta que no quedara nada de él.

—Te echaremos de menos, Linnea. —Para mi sorpresa, fue Grym, entre todos, quien pronunció estas palabras con voz ronca mientras escudriñaba sus pies cubiertos de musgo.

Rosalind y los demás duendes en ciernes asintieron.

Sentía las piernas infinitamente pesadas mientras caminaba hacia el enorme agujero que se había abierto entre los mundos y que ahora se iba cerrando poco a poco. Miré por encima del hombro, observando por última vez a los duendes en ciernes que se habían convertido en mis amigos durante los últimos meses.

Mis pensamientos estaban con Valerian, el hombre al que amaba y amaría siempre, por muchos mundos que nos separaran. Respiré hondo. Luego alcancé la raíz más baja y comencé mi ascenso hacia un futuro incierto.

...PARA SIEMPRE

6 SEMANAS DESPUÉS

—...ESO ERA TODO LO QUE QUERÍA: DARLE UNOS ÚLTIMOS Y HERMOSOS momentos.

Por un momento, cuando terminé, solo se oía el susurro del viento en los árboles. Entonces mi madre extendió la mano por encima de la mesa y agarró la mía.

—Y eso es lo que hiciste, Linnea. Lysander tuvo suerte de tenerte como hermana.

A mi madre le temblaba la voz y tenía lágrimas en los ojos, pero por primera vez desde la muerte de mi hermano no me sentí incómoda. Compartimos el mismo dolor, pero también los mismos recuerdos. Recuerdos que dolían porque eran increíblemente hermosos.

Me alegré de que por fin habláramos de la muerte de Lysander. Había tardado más de un año, y sin las reconfortantes palabras de Valerian tras el fallido ritual de unión de almas, quizá nunca habríamos llegado a esto. Pero tal vez algunas cosas solo necesitaban tiempo.

Era hora de perdonar y sanar.

Era hora de aceptar que no podíamos influir en el destino, pero sí en los muchos pequeños momentos intermedios.

Mi padre, que estaba sentado junto a mi madre en el banco de madera del jardín de la Academia, se aclaró la garganta.

—¿Y estás segura de que quieres repetir el año en la Academia de Primavera, pequeña? Podría volver a hablar con la directora Madreselva. Dadas las circunstancias y el hecho de que hayas sido elegida…

—No, papá —le interrumpí, negando con la cabeza—. Está bien como está. No siempre estaba concentrada en clase y me perdía muchas cosas. Me vendrá bien quedarme aquí un año más, aclarar mis ideas y averiguar qué quiero hacer con mi vida.

—Eso es muy maduro por tu parte. —Mi padre sonrió—. Estoy orgulloso de ti, pequeña.

—Papá, estoy conmovida. Creo que nunca me habías dicho eso. —Con un gesto teatral, me agarré el corazón e intenté ridiculizar mis palabras, pero mi padre permaneció serio.

—Oh, tengo Linnea un buen número de veces. Pero creo que esta es la primera vez que de verdad lo has oído.

Quizá tuviera razón.

Mi mirada viajó de mi padre a mi madre y viceversa, y sentí que algo se aflojaba dentro de mí, un nudo que se había apretado desde la muerte de Lysander.

—Me… me alegro mucho de que hayan venido —balbuceé, sintiendo que las lágrimas que había retenido durante tanto tiempo se abrían paso.

Pero esta vez las permití, las dejé correr por mis mejillas, porque no eran solo lágrimas de tristeza, sino también de curación.

Mi madre se levantó, rodeó la mesa y me estrechó en un fuerte abrazo que casi me dejó sin aliento, pero de la forma más confortable posible. Mi padre se unió a nosotras y en ese momento, en ese abrazo, sentí una seguridad que echaba de menos desde hacía mucho tiempo.



Después de despedirme de mis padres, volví a la Academia. Todavía me resultaba extraño estar de vuelta aquí. Habían pasado seis

semanas desde que dejé atrás el mundo de la primavera y a Valerian.

Seis semanas en las que los profesores y alumnos de la Academia de Primavera habían tenido mucho trabajo capturando a las criaturas primaverales y enviándolas de vuelta a su mundo. Mis amigos, que se habían graduado entretanto, se quedaron para ayudar, y sospechaba que también querían vigilarme a mí. Porque también fueron seis semanas en las que eché de menos a Valerian cada día, cada aliento.

Hice lo correcto, de eso estaba segura. Pero dolía tanto.

—Ahí está.

—¡Linnea!

Alex, Eliza y Dalia vinieron corriendo hacia mí. Mis amigos parecían animadas. Las gafas de Alex estaban un poco descolocadas y Eliza daba saltitos como si hubiera sorbido mi mezcla de café y cola por accidente.

—¿Qué pasa? —quise saber y miré de un lado y a otro entre mis amigos.

—¿Quién se lo va a decir?

Alex miró a su alrededor y aunque Eliza y Dalia parecieron estallar por dentro, no hicieron ademán de abrir la boca.

—¡Venga, escúpanlo! —exigí riendo.

La última vez que los tres estuvieron tan alterados, Madame Flora había mezclado los menús y había servido tortitas sobre un jueves de menestra de verduras. Capaz que se trataba de algo igual de sorprendente.

Alex respiró hondo, como si fuera a soltar una bomba. Luego dijo:

—La directora Madreselva quiere que nos reunamos todos en el patio de la Academia. Habrá una nueva selección.

Una nueva selección.

Todo dentro de mí se congeló.

—¿Ahora? —pregunté.

Eliza asintió.

—Sí, ahora mismo. El Señor de la Primavera ha anunciado su llegada.

Mis amigos me miraron expectantes. No tenía ni idea de cómo reaccionar ante esta noticia. Por supuesto que sabía que habría una nueva elección: Valerian necesitaba a alguien a su lado. Pero no tenía ni idea de que sería tan pronto.

Me apoyé en la pared con una mano, sin estar segura de que mis piernas pudieran sostenerme más tiempo. Parecían de gelatina.

—Linnea, ¿estás bien? —preguntó Dalia.

—Todo está bien —gemí.

Pensé en la advertencia de Rosalind de que Valerian no debía verme porque mi mirada podría traerle recuerdos. No podía arriesgarme a que la historia se repitiera.

Pero, ¿y si echaba un vistazo rápido a Valerian desde la distancia? Solo para asegurarme de que estuviera bien. No había nada malo en ello, ¿verdad?

—¡Adelante! —les dije a mis amigos—. Estaré justo detrás de ustedes.

—¿Estás segura? —preguntó Eliza dubitativa.

Asentí con la cabeza.

Mis amigos parecían preocupados, pero aceptaron mi petición. Esperé hasta que los últimos alumnos se hubieron reunido en el patio de la Academia, entonces los seguí y entré también, encontrando un sitio muy atrás, al abrigo de un sauce de ensueño.

Mi corazón latió tan fuerte que no podía escuchar nada más. Las palabras de la directora pasaban a toda velocidad mientras yo no podía apartar los ojos del lugar donde aparecería Valerian.

La tierra empezó a temblar, primero con sutileza, luego cada vez con más violencia, hasta que se formó una grieta de la que surgió una red de raíces. El aire estaba impregnado de un aroma a bosque y a madera de cedro, un olor que yo asociaba tan fuertemente con la valeriana que casi me mareaba.

Y entonces allí estaba: el Señor de la Primavera, lentamente liberado por las raíces, como si solo lo estuvieran soltando vacilantes a este mundo. Su visión me dejó sin aliento.

Los rizos blancos de plata que enmarcaban su cara y en los que enterraba mis manos cuando nos besábamos.

Sus anchos hombros, cargando el peso de un mundo que la mayoría de la gente ni siquiera sabía que existía.

El poder de su presencia, que era tan envolvente que creía sentirla en lo más profundo de mí.

Por un instante, el tiempo pareció detenerse. Valerian se enderezó. Sus ojos, tormentosos como el cielo, escrutaron a la multitud.

Y entonces, en voz baja, casi inaudible en la distancia, sus labios formaron una palabra: Linnea.

FIN